

CAPÍTULO I

LA DESTRUCCIÓN DE JERUSALÉN

“Vendrán días sobre ti, cuando tus enemigos te rodearán con vallado, y te sitiarán, y por todas partes te estrecharán, y te derribarán a tierra, y a tus hijos dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación.” (S. Lucas 19:43,44.)

Desde lo alto del monte de los Olivos, mira Jesús sobre Jerusalén, que ofrece a sus ojos un cuadro de hermosura y de paz. Desde los viñedos y jardines las laderas verdes donde se espacian las tiendas de los peregrinos, se elevan las colinas con sus terrazas, los airosos palacios y los soberbios baluartes de la capital Israelita. La hija de Sión parece decir en su orgullo: “¡Estoy sentada reina, y...nunca veré el duelo!” tan adorable ahora, creía estar segura de merecer aún los favores del Cielo como en los tiempos antiguos cuando el poeta rey cantaba: “Hermoda por su situación, el gozo de toda la tierra, es el monte de Sión,...la ciudad del gran Rey.” (Salmo 48:2.) A plena vista están los magníficos edificios del templo. Los rayos del sol del poniente hacen resplandecer las paredes de mármol blanco con una blancura semejante a la nieve, y penetran desde los dorados portones, torre (17) y pináculo. “La bella perfección,” se mantiene, el orgullo de la nación judaica. ¿Qué niño de Israel podía mirar esta escena sin sentir una emoción de gozo y admiración? Pero otros pensamientos lejanos ocupaban la mente de Jesús. “Cuando llegó cerca, viendo la ciudad, lloró sobre ella.” (S. Lucas 19:41.) En medio del universal regocijo de la entrada triunfal, mientras los alegres hosannas despertaban los ecos de las colinas, y miles de voces lo declaraban Rey, el Redentor del mundo es sobrecogido por una repentina y misteriosa tristeza. Él, el Hijo de Dios, el Prometido de Israel, quien a conquistado la muerte, y ha llamado a los cautivos de sus tumbas, esta llorando, no con un dolor ordinario, sino intenso, de una agonía irreprochable.

No llore por sí mismo, por más que supiera adónde iba. Frente a Él estaba el Getsemaní. Poco más allá se destacaba el lugar de la crucifixión. Sobre la senda que pronto le tocaría recorrer, iban a caer densas y horrorosas tinieblas mientras Él entregaba su alma en expiación por el pecado. Pero no era la contemplación de estas escenas lo que arrojaba sombras sobre el Señor en aquella hora de gran regocijo, ni tampoco el presentimiento de su angustia sobrehumana lo que nublaba su alma generosa.

Él llora por el fatal destino de los millares de Jerusalén, por la ceguera y por la dureza de corazón de aquellos a quienes él viniera a bendecir y salvar.

La historia de mil años de privilegios y bendiciones, dada al pueblo Judío, es descubierta al ojo de Jesús. El Señor había hecho de Sión su santa habitación. Allí los profetas habían abierto sus rollos y manifestado sus advertencias. Allí (18) los sacerdotes habían manifestado sus críticas y ofrecido diariamente la sangre de corderos inmaculados, apuntando más adelante al Cordero de Dios. Allí Jehová había habitado en gloria visible, la presencia de Dios sobre el asiento de la misericordia. Allí descansaba la base de aquella mística escalera conectando el Cielo con la tierra, - aquella escalera donde los ángeles de Dios descendían y ascendían, y la cual abrió al mundo el camino más santo de todos. Si Israel hubiera como nación perseverado su lealtad con el Cielo, Jerusalén se hubiera mantenido por siempre, la metrópoli escogida por Dios. Pero la historia de este pueblo favorecido tiene un récord de deserción y rebelión. Ellos

resistieron la gracia del Cielo, abusaron de sus privilegios, y menospreciaron sus oportunidades.

En medio de olvidos y apostasía, Dios trató con Israel, como un padre amoroso lo hace con un hijo rebelde, amonestando, advirtiendo, corrigiendo, aún diciendo en su alma de padre angustiado, ¿Cómo podré abandonarte? Cuando protestas, súplicas y reprimendas habían fallado, Dios mando a su pueblo el mejor regalo del Cielo; Él vertió sobre ellos todo el Cielo en este solo Regalo.

Durante tres años el Hijo de Dios llamó en la puerta de la impenitente ciudad. Él vino a su viñedo buscando fruta. El Israel como una vid había sido trasplantado de Egipto en una tierra genial. Él cavó alrededor de su vid; lo podó y la acarició. Él fue infatigado en sus esfuerzos por salvar esta vida de su propia plantación. Durante tres años, el Señor de la luz y de la gloria estuvo yendo y viniendo entre su pueblo. Sanó a los enfermos; confortó a los condolidos; resucitó a los muertos; habló de perdón y paz a los arrepentidos. Atraía hacia él a los débiles (19), los heridos, los necesitados y desesperados y extendía a todos, sin importar edad o carácter, una invitación de misericordia. “Venid a mi todos los que estáis fatigados y cargados, y yo os haré descansar.” (S. Mateo 11:28.)

Sin importarle la indiferencia y el menosprecio, Él constantemente confirmó su ministerio de amor. Sin fruncir el ceño de rechazo al suplicante. Él mismo sujetado a privación y reproche vivió dejando bendición esparcida por su camino, persuadiendo a todos a que aceptasen el don de la vida. Los efluvios de la misericordia divina eran rechazados por el corazón endurecido pero volvió como marea de amor infatigable. Pero Israel se alejó de Él, apartándose así de su mejor Amigo y de su único Auxiliador. Su amor fue despreciado, rechazados sus dulces consejos y ridiculizadas sus cariñosas amonestaciones.

La hora de gracia y de perdón transcurrió rápidamente. La copa de la ira de Dios, por tanto tiempo contenida, estaba casi llena. La nube de ira que había ido formándose a través de los tiempos de apostasía y rebelión, cargada de maldiciones, próxima a estallar sobre un pueblo culpable; y el único que podía librarle de su suerte fatal inminente había sido menospreciado, Jesús fijaba su mirada en Jerusalén, veía la ruina de toda una ciudad, de todo un pueblo; de aquella ciudad y de aquel pueblo que habían sido escarnecido y rechazado, y en breve lo iban a crucificar. Cuando el Cristo estuviera clavado en la cruz del Calvario, el día de Israel como nación favorecida y saciada de las bendiciones de Dios terminaría. La pérdida de una sola alma se considera como una calamidad en comparación con la ganancia de un mundo que se hunde en la insignificancia; pero mientras elegidos de Dios, su especial tesoro.

Los profetas habían llorado la apostasía de Israel. Jeremías deseaba que sus ojos se volvieran manantiales de lágrimas para “llorar día y noche (20) por los muertos de la hija de mi pueblo.” ¡Cuál no sería entonces, la angustia de Aquel cuya mirada profética abarcaba, no unos pocos años, sino muchos siglos! Él mantiene el ángel destructor revoloteando sobre la antigua metrópoli de patriarcas y profetas. Desde la cumbre del monte, de los Olivos, en el lugar mismo que más tarde iba a ser ocupado por Tito y sus soldados, Él mira a través del valle los atrios y pórticos sagrados, y con los ojos nublados por las lágrimas, Él mira en horroroso anticipo los muros de la ciudad circundados por ejércitos extranjeros; oye el estrépito de los ejércitos que marchaban en son de guerra, oye los tristes lamentos de las madres y de los niños que lloran por pan en la ciudad sitiada. Vi el templo santo y hermoso, los palacios y las torres devorados por las llamas, dejando en su lugar tan sólo un montón de humeantes ruinas.

Mirando a través de los siglos, Él ve al pueblo del pacto disperso en toda la tierra, como náufragos en una playa desierta. Él ve en la retribución temporal que estaba

por caer sobre sus hijos, pero el primer trago de la copa de la ira la cual en el juicio final deberá purgar sus desechos. La compasión divina y el sublime amor de Cristo halla su expresión en estas lúgubres palabras: “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que son enviados a ti! ¡Cuántas veces quise juntar tus hijos, como la gallina junta sus pollos debajo de las alas, y no quisiste!” (S. Mateo 23:37.) ¡Oh! ¡Si tú, nación favorecida entre todas, hubieras conocido el tiempo de tu visitación y lo que atañe a tu paz! Yo detuve al ángel de justicia y te llamé al arrepentimiento, pero en vano. No rechazaste tan sólo a los siervos ni despreciaste tan sólo a los enviados y profetas (21), sino al Santo de Israel, tu Redentor. Si eres destruida, tú sola tienes la culpa. “No queréis venir a mí para que tengáis vida.” (S. Juan 5:40.)

Cristo vio en Jerusalén un símbolo del mundo endurecido en la incredulidad y rebelión que corría presuroso a recibir el pago de la justicia de Dios. Los lamentos de una raza caída oprimían el alma del Señor, y le hicieron prorrumpir en esas expresiones de dolor. Vio además las profundas huellas del pecado marcadas por la miseria humana en lágrimas y sangre; su tierno corazón se conmovió de compasión infinita por las víctimas de los padecimientos y aflicciones de la tierra; anheló salvarlos a todos. Pero Él sabe que ni aun su mano podía desviar la corriente del dolor humano que del pecado dimana; pocos buscarían la única fuente de salud. Él estaba dispuesto a sufrir y morir para traer así la salvación al alcance de todos; pero muy pocos iban a acudir a Él para tener vida.

¡Mirad al Rey del Ciclo derramando copioso llanto! ¡Ved al Hijo del Dios infinito turbado en espíritu y doblegado bajo el peso del dolor! Los Cielos se llenaron de asombro al contemplar semejante escena que pone tan de manifiesto la culpabilidad enorme del pecado, y que nos enseña lo que le cuesta, aun al poder infinito, salvar al pecador de las consecuencias que le acarrea la transgresión de la ley de Dios. Jesús mirando hacia la última generación, vio al mundo envuelto en una decepción similar a la que causó por la destrucción de Jerusalén. El gran pecado de los judíos consistió en que rechazaron a Cristo; el gran pecado del mundo Cristiano iba a consistir en que rechazaría la ley de Dios, que es el fundamento de su gobierno en el Cielo y en la tierra. Los preceptos del Señor iban a ser menospreciados y anulados. Millones de almas sujetas al pecado, esclavas de Satanás, condenadas a sufrir la segunda muerte, se negarían a escuchar las palabras de verdad en el día de su visitación. ¡Terrible ceguedad, extraña infatuación! (22.)

Dos días antes de la Pascua, cuando Cristo se había despedido ya del templo por última vez, después de haber denunciado públicamente la hipocresía de los príncipes de Israel, volvió al monte de los Olivos, acompañado de sus discípulos y se sentó entre ellos en una ladera cubierta de blando césped, dominando con la vista la ciudad. Una vez más contempló sus muros, torres y palacios. Una vez más miró el templo que en su deslumbrante esplendor parecía una diadema de hermosura que coronara al sagrado monte.

Mil años antes el salmista había magnificado la bondad de Dios hacia Israel porque había escogido aquel templo como su morada. “En Salem está su tabernáculo, y su habitación en Sión.” “Escogió la tribu de Judá, el monte de Sión, al cual amó. Y edificó su santuario como un lugar excelso.” (Salmos 76:2.) “...mas eligió a la tribu de Judá, el monte Sión al cual amaba. Construyó como las alturas del Cielo su santuario, como la tierra que fundó por siempre. (Salmos 78:68,69.) El primer templo había sido erigido durante la época de mayor prosperidad en la historia de Israel. Vastos almacenes fueron construidos para contener los tesoros que con dicho propósito acumulara el rey David, y los planos para la edificación del templo fueron hechos por inspiración divina. Salomón, el más sabio de los monarcas de Israel, completó la obra. Este templo resultó

ser el edificio más soberbio que este mundo haya visto. No obstante, el Señor declaró por boca del profeta Ageo, refiriéndose al segundo templo: “La gloria postrera de esta casa será mayor que la primera,” “y haré temblar a todas las naciones, y vendrá el Deseado de todas las naciones; y llenaré de gloria esta Casa, ha dicho Jehová de los ejércitos.” (Ageo 2:9,7.)

Después de su destrucción por Nabucodonosor, el templo fue reconstruido unos cinco siglos antes del nacimiento de Cristo por un pueblo que tras largo cautiverio había vuelto a su país asolado y casi (23) desierto. Había entonces en Israel algunos hombres muy ancianos que habían visto la gloria del templo de Salomón y que lloraban al ver el templo nuevo que parecía tan inferior al anterior. El sentimiento que dominaba entre el pueblo nos es fielmente descrito por el profeta cuando dice: “¿Quién ha quedado entre vosotros que haya visto esta casa en su gloria primera? ¿Y como la veis ahora? ¿No es ella como nada delante de vuestros ojos?” (Ageo 2:3.) Entonces fue dada la promesa de que la gloria del segundo templo sería mayor que la del primero.

Pero el segundo templo no igualó al primero en magnificencia ni fue santificado por las señales visibles de la presencia divina con que lo fuera el templo de Salomón, ni hubo tampoco manifestaciones de poder sobrenatural que dieran realce a su dedicación. Ninguna nube de gloria cubrió al santuario que acababa de ser erigido; no hubo fuego que descendiera del Cielo para consumir el sacrificio sobre el altar. La manifestación divina no se encontraba ya entre los querubines en el lugar santísimo; ya no estaban allí el arca del testimonio, ni el propiciatorio, ni las tablas de la ley. Ninguna voz del Cielo se dejaba oír para revelar la voluntad del Señor al sacerdote que preguntaba por ella.

Durante varios siglos los judíos se habían esforzado para probar cómo y dónde se había cumplido la promesa que Dios había dado por Ageo. Pero el orgullo y la incredulidad habían cegado su mente de tal modo que no comprendían el verdadero significado de las palabras del profeta. Al segundo templo no le fue conferido el honor de ser cubierto con la nube de la gloria de Jehová, pero sí fue honrado con la presencia de Uno en quien habitaba corporalmente la plenitud de la Divinidad, de Uno que era Dios mismo manifestado en carne. Cuando el Nazareno enseñó y realizó curaciones en los atrios sagrados se cumplió la profecía gloriosa: Él era el “Deseado de todas las naciones” que entraba en su (24) templo. Por la presencia de Cristo, y sólo por ella, la gloria del segundo templo superó la del primero; pero Israel tuvo en poco al anunciado don del Cielo; y con el humilde Maestro que salió aquel día por la puerta de oro, la gloria había abandonado el templo para siempre. Así se cumplieron las palabras del Señor, que dijo: “He aquí que vuestra casa os es dejada desierta.” (S. Mateo 23:38.)

Los discípulos se habían llenado de asombro y hasta de temor al oír las predicciones de Cristo respecto de la destrucción del templo, y deseaban entender de un modo más completo el significado de sus palabras. Durante más de cuarenta años se habían prodigado riquezas, trabajo y arte arquitectónico para enaltecer los esplendores y la grandeza de aquel templo. Herodes el Grande y hasta el mismo emperador del mundo contribuyeron con los tesoros de los judíos y con las riquezas romanas a engrandecer la magnificencia del hermoso edificio. Con este objeto se habían importado de Roma enormes bloques de preciado mármol, de tamaño casi fabuloso, a los cuales los discípulos llamaron la atención del Maestro, diciéndole: “Mira qué piedras tan enormes, y qué construcciones tan magníficas.” (S. Marcos 13:1.)

Pero Jesús contestó con estas solemnes y sorprendentes palabras: “De cierto os digo, que no quedará aquí piedra sobre piedra, que no sea derribada.” (S. Mateo 24:2.)

Los discípulos creyeron que la destrucción de Jerusalén coincidiría con los sucesos de la venida personal de Cristo revestido de gloria temporal para ocupar el trono de un imperio universal, para castigar a los judíos impenitentes y libertar a la nación del

yugo romano. Cristo les (25) había anunciado que volvería, y por eso al oírle predecir los juicios que amenazaban a Jerusalén, se figuraron que ambas cosas sucederían al mismo tiempo y, al reunirse en derredor del Señor en el monte de los Olivos, le preguntan: “¿Cuándo sucederán estas cosas y cuál será la señal de tu venida, y del final de esta época?” (S. Mateo 24:3.)

Lo porvenir les era misericordiosamente velado a los discípulos. De haber visto con toda claridad esos dos terribles acontecimientos futuros: los sufrimientos del Redentor y su muerte, y la destrucción del templo y de la ciudad, los discípulos hubieran sido paralizados con horror. Cristo les dio un bosquejo de los sucesos culminantes que habrían de desarrollarse antes de la consumación de los tiempos. Sus palabras no fueron entendidas plenamente entonces, pero su significado iba a aclararse a medida que su pueblo necesitase la instrucción contenida en esas palabras. La profecía del Señor entrañaba un doble significado: a la par que anunciaba la ruina de Jerusalén presagiaba también los horrores del gran día final.

Jesús declaró a los discípulos los castigos que iban a caer sobre el apóstata Israel y especialmente los que debería sufrir por haber rechazado y crucificado al Mesías. Iban a producirse señales inequívocas, precursoras del espantoso desenlace. La hora aciaga llegaría presta y repentinamente. Y el Salvador advirtió a sus discípulos: “Por tanto, cuando veáis en el lugar santo la abominación de la desolación, anunciada por medio del profeta Daniel (el que lee, entienda), entonces los que estén en Judea, huyan a los montes.” (S. Mateo 24:15,16.) Tan pronto como los estandartes del (26) ejército romano idólatra fuesen clavados en el suelo sagrado, que se extendía varios estadios más allá de los muros, los creyentes en Cristo debían huir a un lugar seguro. Cuando la señal de advertencia fuera vista, el juicio seguiría tan prontamente que aquellos que puedan escapar no deberán demorarse en lo absoluto. Aquel que se encuentra en el tejado no deberá bajar a su casa y luego a la calle, sino que deberá apresurarse en su camino de tejado en tejado hasta alcanzar el muro de la ciudad, para salvarse “así como por fuego.” Los que trabajarán en el campo y en los viñedos no debían perder tiempo en volver por las túnicas que se hubiesen quitado para sobrellevar mejor el calor y la faena del día. Todos debían marcharse sin tardar si no querían verse envueltos en la ruina general.

Durante el reinado de Herodes, la ciudad de Jerusalén no sólo había sido notablemente embellecida, sino también fortalecida. Se erigieron torres, muros y fortalezas que, unidos a la ventajosa situación topográfica del lugar, la hacían aparentemente inexpugnable. Si en aquellos días alguien hubiese predicho públicamente la destrucción de la ciudad, sin duda habría sido considerado cual lo fuera Noé en su tiempo: como alarmista insensato. Pero Cristo había dicho: “El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.” (S. Mateo 24:35.) La ira del Señor se había declarado contra Jerusalén a causa de sus pecados, y su obstinada incredulidad hizo inevitable su condenación.

El Señor había dicho por el profeta Miqueas: “Oíd ahora esto, jefes de la casa de Jacob, y capitanes de la casa de Israel, que abomináis la justicia, y pervertís todo el derecho; que edificáis a Sión con sangre, y a Jerusalén con iniquidad. Sus jefes juzgan por soborno, y sus sacerdotes (27) enseñan por precio, y sus profetas adivinan por dinero; y se apoyan en Jehová, diciendo: ¿No está Jehová entre nosotros? No vendrá mal sobre nosotros.” (Miqueas 3:9-11.)

Con que exactitud estas palabras dan una idea cabal de cuán corruptos eran los moradores de Jerusalén y de cuán justos se consideraban. A la vez que se decían escrupulosos observadores de la ley de Dios, quebrantaban todos sus preceptos. La pureza de Cristo y su santidad hacían resaltar la iniquidad de ellos; por eso le aborrecían y le señalaban como el causante de todas las desgracias que les habían sobrevenido

como consecuencia de su maldad. Aunque hartos sabían que Cristo no tenía pecado, declararon que su muerte era necesaria para la seguridad de la nación. “Si le dejamos así,” decían los gulas judaicos. “Si le dejamos así, todos creerán en Él; y vendrán los romanos, y destruirán nuestro lugar santo y nuestra nación.” (S. Juan 11:48.) Si se sacrificaba a Cristo, pensaban ellos, podrían ser otra vez un pueblo fuerte y unido. Así discurrían, y convinieron con el sumo sacerdote en que era mejor que uno muriera y no que la nación entera se perdiese.

Así era cómo los príncipes judíos habían edificado “a Sión con sangre, y a Jerusalén con iniquidad,” y al paso que sentenciaban a muerte a su Salvador porque les echara en cara sus iniquidades, se atribuían tanta justicia que se consideraban el pueblo favorecido de Dios y esperaban que el Señor viniese a librarlos de sus enemigos. “Por eso - había añadido el profeta, - por culpa vuestra Sión será arada como un campo, y Jerusalén vendrá a ser montones de ruinas, y el monte del templo como otros de bosque.” (Miqueas 3: 12.)

Dios aplazó sus juicios sobre la ciudad y la nación cuarenta años después (28) que Cristo hubo anunciado el castigo de Jerusalén. Admirable fue la paciencia que tuvo Dios con los que rechazaran su Evangelio y asesinaran a su Hijo. La parábola de la higuera estéril representa el trato bondadoso de Dios con la nación judía. Ya había sido dada la orden: “...córtala, ¿para qué va a cansar la tierra?” (S. Lucas 13:7). Pero la divina misericordia la preservó por algún tiempo. Había todavía muchos judíos que ignoraban lo que habían sido el carácter y la obra de Cristo. Y los hijos no habían tenido las oportunidades ni visto la luz que sus padres habían rechazado. Por medio de la predicación de los apóstoles y de sus compañeros, Dios iba a hacer brillar la luz sobre ellos para que pudieran ver cómo se habían cumplido las profecías, no únicamente las que se referían al nacimiento y vida del Salvador sino también las que anunciaban su muerte y su gloriosa resurrección. Los hijos no fueron condenados por los pecados de sus padres; pero cuando, conociendo ya plenamente la luz que fuera dada a sus padres, rechazaron la luz adicional que a ellos mismos les fuera conocida, entonces se hicieron cómplices de las culpas de los padres y colmaron la medida de su iniquidad.

La longanimidad de Dios hacia Jerusalén no hizo sino confirmar a los judíos en su terca impenitencia. Por el odio y la crueldad que manifestaron hacia los discípulos de Jesús, rechazaron el último ofrecimiento de misericordia. Dios les retiró entonces su protección y dio rienda suelta a Satanás y a sus ángeles, y la nación cayó bajo el dominio del caudillo que ella misma se había elegido. Sus hijos menospreciaron la gracia de Cristo, que los habría capacitado para subyugar (29) sus malos impulsos, y éstos los vencieron. Satanás despertó las más fieras y degradadas pasiones de sus almas. Los hombres ya no razonaban, completamente dominados por sus impulsos y su ira ciega. En su crueldad se volvieron satánicos. Tanto en la familia como en la nación, en las clases bajas como en las clases superiores del pueblo, no reinaban más que la sospecha, la envidia, el odio, el altercado, la rebelión y el asesinato. No había seguridad en ninguna parte. Los amigos y parientes se hacían traición unos a otros. Los padres mataban a los hijos y éstos a sus padres. Los que gobernaban al pueblo no tenían poder para gobernarse a sí mismos; las pasiones más desordenadas los convertían en tiranos. Los judíos habían aceptado falsos testimonios para condenar al Hijo inocente de Dios, y ahora las acusaciones más falsas hacían inseguras sus propias vidas. Con sus hechos habían expresado desde hacía tiempo sus deseos: “cesad de confrontarnos con al Santo de Israel!” (Isaías 30:11) y ya dichos deseos se habían cumplido. El temor de Dios no les preocupaba más; Satanás se encontraba ahora al frente de la nación y las más altas autoridades civiles y religiosas estaban bajo su dominio.

Los jefes de los bandos opuestos hacían a veces causa común para despojar y torturar a sus desgraciadas víctimas, y otras veces esas mismas facciones peleaban unas con otras y se daban muerte sin misericordia; ni la santidad del templo podía refrenar su ferocidad. Los fieles eran derribados al pie de los altares, y el santuario era mancillado por los cadáveres de aquellas carnicerías. No obstante, en su necia y abominable presunción, los instigadores de la obra infernal declaraban públicamente que no temían que Jerusalén fuese destruida, pues era la ciudad de Dios; y, con el propósito de afianzar (30) su satánico poder, sobornaban a falsos profetas para que proclamaran que el pueblo debía esperar la salvación de Dios, aunque ya el templo estaba sitiado por las legiones romanas. Hasta el fin las multitudes creyeron firmemente que el Todopoderoso intervendría para derrotar a sus adversarios. Pero Israel había despreciado la protección de Dios, y no había ya defensa alguna para él. ¡Desdichada Jerusalén! Mientras la desgarraban las contiendas intestinas y la sangre de sus hijos, derramada por sus propias manos, teñía sus calles de carmesí, los ejércitos enemigos echaban a tierra sus fortalezas y mataban a sus guerreros.

Todas las predicciones de Cristo acerca de la destrucción de Jerusalén se cumplieron al pie de la letra; los judíos palparon la verdad de aquellas palabras de advertencia del Señor: “Con la medida que medís, se os medirá.” (S. Mateo 7:2.)

Aparecieron muchas señales y maravillas como síntomas precursores del desastre y de la condenación. Un cometa semejante a una flamante espada, estuvo suspendido sobre la ciudad por un año. Una luz sobrenatural fue vista revolotear sobre el templo. En las nubes se vieron los carros de guerra en preparación para la batalla. Misteriosas voces en el atrio del templo proferían palabras de amenaza, “Vamos a salir de aquí.” La puerta oriental del interior del patio, la cual era de latón y tan pesada que con dificultad era cerrada por una veintena de hombres, y teniendo unos pernos largos firmemente clavados en el pavimento, fue vista a la media noche abrirse como por sí misma.

Durante siete años un hombre recorrió continuamente las calles de Jerusalén anunciando las calamidades que iban a caer sobre la ciudad. De día y de noche entonaba la frenética endecha: “Voz del (31) oriente, voz del occidente, voz de los cuatro vientos, voz contra Jerusalén y contra el templo, voz contra el esposo y la esposa, voz contra todo el pueblo.” Este extraño personaje fue encarcelado y azotado sin que exhalase una queja. A los insultos que le dirigían y a las burlas que le hacían, no contestaba sino con estas palabras: “¡Ay de Jerusalén! ¡Ay, ay de sus moradores!” y sus tristes presagios no dejaron de oírse sino cuando encontró la muerte en el sitio que él había predicho.

Ni un solo cristiano pereció en la destrucción de Jerusalén. Cristo había prevenido a sus discípulos, y todos los que creyeron sus palabras esperaron atentamente las señales prometidas. Después que los romanos rodearon la ciudad, ellos inesperadamente retiraron sus fuerzas, cuando todo parecía favorable para un ataque inmediato. En la providencia de Dios la señal prometida fue dada para los cristianos que esperaban y sin esperar ni un momento se encaminaron hacia un lugar seguro, la ciudad de Pella, en tierra de Perea, más allá del Jordán.

Terribles fueron las calamidades que sobrecayeron sobre Jerusalén en el asedio de la ciudad por Tito. El último intento desesperado fue hecho durante la pascua cuando millones de judíos se reunieron dentro de sus muros para celebrar el festival nacional. Si sus tiendas de provisión, hubieran sido administradas con cuidado, habrían sido suficientes para alimentar a sus habitantes por años, habían sido previamente destruidos por causa de los celos y la venganza de los factores contendientes, y ahora todos los horrores de la hambruna fueron experimentados. Una medida de trigo fue vendida por un talento. Gran número de personas robaban por la noche, para apaciguar su hambre

devoraban hierbas y plantas silvestres que crecían (32) en las afueras de la ciudad, a pesar de que muchas veces eran detectados, y castigados con tortura y la muerte. Muchos otros carcomían el cuero de sus escudos y de sus sandalias. Las más inhumanas torturas fueron impuestas por aquellos en poder para forzar a la gente en necesidad a darles las pocas provisiones que habían podido conservar, y éstas crueldades eran practicadas con frecuencia por hombres que estaban bien alimentados por sí mismos, y quienes solamente estaban deseosos de amontonar provisiones para el futuro.

Millares murieron a consecuencia del hambre y la pestilencia. Los afectos naturales parecían haber desaparecido totalmente. Los hijos quitaban a sus ancianos padres la comida que se llevaban a la boca, y la pregunta del profeta: “¿Se olvidará la mujer de su niño de pecho?” (Isaías 49:15), recibió respuesta en el interior de los muros de la desgraciada ciudad, tal como la diera la Santa Escritura: “Las manos de mujeres tiernas cocieron a sus hijos; Sus propios hijos les sirvieron de comida en el día del quebrantamiento de la hija de mi pueblo” (Lamentaciones 4: 10.)

Los jefes romanos procuraron aterrorizar a los judíos para que se rindiesen. A los que eran apresados resistiendo, los azotaban, los atormentaban y los crucificaban frente a los muros de la ciudad. Centenares de ellos eran así ejecutados cada día, y el horrendo proceder continuó hasta que a lo largo del valle de Josafat y en el Calvario se erigieron tantas cruces que apenas dejaban espacio para pasar entre ellas. Tan terrible fue cumplida la oración profana pronunciada 40 años atrás: “¡Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos!” (S. Mateo 27:25.)

De buen grado hubiera Tito hecho cesar tan terribles escenas y ahorrado a Jerusalén la plena (33) medida de su condenación. Le horrorizaba ver los montones de cadáveres en los valles. Como obsesionado, miraba desde lo alto del monte de los Olivos el magnífico templo y dio la orden de que no se tocara una sola de sus piedras. Antes de hacer la tentativa de apoderarse de esa fortaleza, dirigió un fervoroso llamamiento a los jefes judíos para que no le obligasen a profanar con sangre el lugar sagrado. Si querían salir a pelear en cualquier otro sitio, ningún romano violaría la santidad del templo. Josefo mismo, en elocuentísimo discurso, les rogó que se entregasen, para salvarse a sí mismos, a su ciudad y su lugar de culto. Pero respondieron a sus palabras con maldiciones, y arrojaron dardos a su último mediador humano mientras alegaba con ellos. Los judíos habían rechazado las súplicas del Hijo de Dios, y ahora cualquier otra instancia o amonestación no podía obtener otro resultado que inducirlos a resistir hasta el fin. Vanos fueron los esfuerzos de Tito para salvar el templo. Uno mayor que él había declarado que no quedaría piedra sobre piedra que no fuese derribada.

La ciega obstinación de los jefes judíos y los odiosos crímenes perpetrados en el interior de la ciudad sitiada excitaron el horror y la indignación de los romanos, y finalmente Tito dispuso tomar el templo por asalto. Resolvió, sin embargo, que si era posible evitaría su destrucción. Pero sus órdenes no fueron obedecidas. A la noche, cuando se había retirado a su tienda, los judíos hicieron una salida desde el templo y atacaron a los soldados que estaban afuera. Durante la lucha, un soldado romano arrojó al pórtico por una abertura un leño encendido, e inmediatamente ardieron los aposentos enmaderados que rodeaban el edificio santo. Tito acudió apresuradamente (34), seguido por sus generales y legionarios, y ordenó a los soldados que apagasen las llamas. Sus palabras no fueron escuchadas. Furiosos, los soldados arrojaban teas encendidas en las cámaras contiguas al templo y con sus espadas degollaron a gran número de los que habían buscado refugio allí. La sangre corría como agua por las gradas del templo. Miles y miles de judíos perecieron. Por sobre el ruido de la batalla, se oían voces que gritaban: ¡Ichabod! - la gloria se alejó.

El fuego no había alcanzado a la misma casa santa cuando entró Tito, y viendo el sorprendente esplendor fue impulsado a un último esfuerzo para su conservación. Pero ante el mismo, un soldado tiro una antorcha, encendida en medio de las bisagras de la puerta, y en un instante estallo el santuario en llamaradas. Mientras que el rojo fulgor revelaba las paredes del lugar santo, brillando con el oro, un frenesí se apoderó de los soldados, impulsados por el deseo de despojar, y enfurecidos por la resistencia de los Judíos que estaban fuera de control.

Las grandiosas y sólidas estructuras que habían coronado al Monte Mona, eran fuego y humo. La siniestra ola continuaba devorando lo que se le ponía enfrente, toda la cima de la colina ardía como un volcán. En medio de los rugidos de las llamaradas, gritos de soldados y estallido de edificios que caían, fueron oídos llantos frenéticos, de corazones desgarrados, de los jóvenes y viejos, sacerdotes y gobernantes. Las mismas montañas parecían regresar el eco. El horrible resplendor del fuego alumbraba todo a su alrededor, y la gente se reunió sobre las colinas, y miraban con terror toda la escena (35.)

Destruído el templo, no tardó la ciudad entera en caer en poder de los romanos. Los caudillos judíos abandonaron las torres que consideraban inexpugnables y Tito las encontró vacías. Las contempló asombrado y declaró que Dios mismo las había entregado en sus manos, pues ninguna máquina de guerra, por poderosa que fuera, hubiera logrado hacerle dueño de tan formidables baluartes. La ciudad y el templo fueron arrasados hasta sus cimientos. El solar sobre el cual se irguiera el santuario fue arado “como campo.” Más de un millón de judíos fueron asesinados; los que sobrevivieron fueron llevados cautivos, vendidos como esclavos, conducidos a Roma para enaltecer el triunfo del conquistador, arrojados a las fieras del circo o desterrados y esparcidos por toda la tierra.

Los judíos habían forjado sus propias cadenas; ellos habían forjado para sí mismos la nube de venganza. En la destrucción absoluta de que fueron victimas como nación y en todas las desgracias que les persiguieron en la dispersión, no hacían sino cosechar lo que habían sembrado con sus propias manos. Los padecimientos de los judíos son muchas veces representados como castigo que cayó sobre ellos por decreto del Altísimo. Este es un dispositivo por lo cual el gran engañador procura ocultar su propia obra. Por la tenacidad con que rechazaron el amor y la misericordia de Dios, los judíos le hicieron retirar su protección, y Satanás pudo regirlos como quiso. Las horrosas crueldades perpetradas durante la destrucción de Jerusalén demuestran el poder con que se ensaña Satanás sobre aquellos que ceden a su influencia.

No podemos saber cuánto debemos a Cristo por (36) la paz y la protección de que disfrutamos. Es el poder restrictivo de Dios lo que impide que el hombre caiga completamente bajo el dominio de Satanás. Los desobedientes e ingratos deberían hallar un poderoso motivo de agradecimiento a Dios en el hecho de que su misericordia y clemencia hayan coartado el poder maléfico del diablo. Pero cuando el hombre traspasa los límites de la paciencia divina, ya no cuenta con aquella protección que le libraba del mal. Dios no asume nunca para con el pecador la actitud de un verdugo que ejecuta la sentencia contra la transgresión; sino que abandona a su propia suerte a los que rechazan su misericordia, para que recojan los frutos de lo que sembraron sus propias manos. Todo rayo de luz que se desprecia, toda admonición que se desoye y rechaza, toda pasión malsana que se abriga, toda transgresión de la ley de Dios, son semillas que darán infaliblemente su cosecha. Cuando se le resiste tenazmente, el Espíritu de Dios concluye por apartarse del pecador, y éste queda sin fuerza para dominar las malas pasiones de su alma y sin protección alguna contra la malicia y perfidia de Satanás. La destrucción de Jerusalén es una advertencia terrible y solemne para todos aquellos que

menosprecian los dones de la gracia divina y dándole la espalda a las súplicas de la misericordia divina. Nunca se dio un testimonio más decisivo de cuánto aborrece Dios el pecado y de cuán inevitable es el castigo que sobre si atraen los culpables.

La profecía del Salvador referente al juicio que iba a caer sobre Jerusalén va a tener otro cumplimiento, y la terrible desolación del primero no fue más que un pálido reflejo de lo que será el segundo. El segundo advenimiento del Hijo de Dios es predicho por los labios que no se equivocan: “Entonces aparecerá la señal del hijo del Hombre en el cielo; y entonces harán duelo todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria. Y enviará sus (37) ángeles con gran voz de trompeta, y reunirán a sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del ciclo hasta el otro.” (S. Mateo 24:30,31.) Entonces los que no obedezcan al Evangelio serán muertos con el aliento de su boca y destruidos con el resplandor de su venida. (2 Tesalonicenses 2:8.)

Deben guardarse los hombres de no menospreciar el aviso de Cristo respecto a su segunda venida; Él ha declarado que Él vendrá la segunda vez, a reunir para sí mismo a sus fieles, y a tomar venganza sobre aquellos que rechazaron su misericordia. Cómo el advirtió a sus discípulos de la destrucción de Jerusalén, dándoles señales de la proximidad de su ruina, para que así ellos pudieran escapar, así también Él advirtió a su gente acerca del día de la destrucción final, y les ha dado señales de su proximidad, para que todos aquellos que puedan escapar de su ira venidera. Aquellos que han contemplado las señales prometidas han de saber “que Él está cerca, a las puertas.” “Velad, pues” son sus palabras de amonestación. “Pues si no velas, vendré sobre ti como ladrón.”

El mundo no está hoy más dispuesto a creer la amonestación, de lo que estaban los judíos en los días de nuestro Salvador. Venga cuando venga, el fin caerá repentinamente sobre los impíos desprevenidos. El día menos pensado, en medio del curso rutinario de la vida, absortos los hombres en los placeres de la vida, en los negocios, en la caza al dinero, cuando los guías religiosos ensalcen el progreso y la ilustración del mundo, y los moradores de la tierra se dejen arrullar por una falsa seguridad, - entonces, como ladrón que a media noche penetra en una morada sin custodia, así caerá la inesperada destrucción sobre los desprevenidos “y no escaparán.” (38.)

Capítulo II

LA PERSECUCIÓN EN LOS PRIMEROS SIGLOS

Cuando Jesús reveló a sus discípulos la suerte de Jerusalén y los acontecimientos de la segunda venida, predijo también lo que habría de experimentar su pueblo desde el momento en que Él sería quitado de en medio de ellos, hasta el de su segunda venida en poder y gloria para libertarlos. Desde el monte de los Olivos vio el Salvador las tempestades que iban a azotar a la iglesia apostólica y, penetrando aún más en lo porvenir, su ojo vislumbró las fieras y desoladoras tormentas que se desatarían sobre sus discípulos en los tiempos de obscuridad y de persecución que habían de venir. En unas cuantas declaraciones breves, de terrible significado, predijo la medida de aflicción que los gobernantes del mundo impondrían a la iglesia de Dios. Los discípulos de Cristo habían de recorrer la misma senda de humillación, escarnio y sufrimientos que a Él le tocaba pisar. La enemistad que contra el Redentor se despertara, iba a manifestarse contra todos los que creyesen en su nombre.

La historia de la iglesia primitiva atestigua que se cumplieron las palabras del Salvador. Los poderes de la tierra y del infierno se coligaron para atacar a Cristo en la persona de sus discípulos. El paganismo anticipó que de triunfar el Evangelio, sus templos y sus altares serían derribados, y reunió sus fuerzas para destruir el cristianismo. Se encendió el fuego de la (39) persecución. Los cristianos fueron despojados de sus posesiones y expulsados de sus hogares. Todos ellos “sostuvisteis gran combate de padecimientos.” “Otros soportaron burlas y azotes, y hasta cadenas y prisiones.” (Hebreos 10:32; 11:36.) Muchos sellaron su testimonio con su sangre. Nobles y esclavos, ricos y pobres, sabios e ignorantes, todos eran muertos sin misericordia.

Doquiera fuesen los discípulos de Cristo en busca de refugio, se les perseguía como a animales de rapiña. Se vieron pues obligados a buscar escondite en lugares desolados y solitarios. “Apedreados, torturados, aserrados, muertos a espada; anduvieron errantes cubiertos de pieles de oveja y de cabras; faltos de todo; oprimidos y maltratados, ¡hombres de los que no era digno el mundo!; errantes por desierto y montañas, por cavernas y antros de la tierra.” (Hebreos 11:37,38.) Las excavaciones subterráneas conectadas con la ciudad de Roma ofrecieron refugio a millares. Grandes galerías largas se habían cavado a través de la tierra y piedras largas para procurar material para las estructuras vastas de la capital, y cuya oscura e intrincada red se extendía por millas más allá de los muros. En estos retiros subterráneos, muchos de los discípulos de Cristo, cuando se les sospechaba y se les proscribía, hallaban hogar; y aquí también sepultaban a sus muertos. Cuando el Dispensador de la vida despierte a los que pelearon la buena batalla, muchos mártires de la fe de Cristo se levantarán de entre aquellas cavernas tenebrosas.

En las persecuciones más encarnizadas, estos testigos de Jesús conservaron su fe sin mancha. A pesar de verse privados de toda comodidad y aun de la luz del sol mientras moraban en el obscuro pero benigno seno de la tierra, no profirieron quejas. Con palabras de fe, paciencia y esperanza (40), se animaban unos a otros para soportar la privación y la desgracia. La pérdida de todas las bendiciones temporales no pudo obligarlos a renunciar a su fe en Cristo. Las pruebas y la persecución no eran sino peldaños que los acercaban más al descanso y a la recompensa.

Recordaban que su Maestro había dicho que cuando fuesen perseguidos por causa de Cristo debían regocijarse mucho, pues grande sería su galardón en los Cielos; porque así fueron perseguidos los profetas antes que ellos. Como los siervos de Dios en los tiempos antiguos, fueron “torturados, no aceptando el rescate, a fin de obtener una mejor resurrección.” (Hebreos 11:35.) Se alegraban de que se los hallara dignos de sufrir por la verdad, y entonaban cánticos de triunfo en medio de las crepitantes hogueras. Mirando hacia arriba por la fe, velan a Cristo y a los ángeles que desde las almenas del Cielo los observaban con el mayor interés y apreciaban y aprobaban su entereza. Descendía del trono de Dios hasta ellos una voz que decía: “Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida.” (Apocalipsis 2: 10.)

Vanos eran los esfuerzos de Satanás para destruir la iglesia de Cristo por medio de la violencia. La gran lucha en que los discípulos de Jesús entregaban la vida, no cesaba cuando estos fieles portaestandartes caían en su puesto. Triunfaban por su derrota. Los siervos de Dios eran sacrificados, pero su obra seguía siempre adelante. El Evangelio cundía más y más, y el número de sus adherentes iba en aumento. Alcanzó hasta las regiones inaccesibles para las águilas de Roma. Dijo un Cristiano, reconviendo a los jefes paganos que atizaban la persecución: (41) “Ustedes posiblemente nos atormenten, nos afligen, y nos molesten. Su maldad pone nuestra debilidad a la prueba, pero su crueldad es en vano. Es que como invitación más

poderosa para traer otros a nuestra persuasión. Cuantos más segados somos, mas brotamos de nuevo de repente. La sangre de los cristianos es semilla.”

Miles de Cristianos eran encarcelados y muertos, pero otros los reemplazaban. Y los que sufrían el martirio por su fe quedaban asegurados para Cristo y tenidos por Él como conquistadores. Habían peleado la buena batalla y recibirían la corona de gloria cuando Cristo viniese. Los padecimientos unían a los cristianos unos con otros y con su Redentor. El ejemplo que daban en vida y su testimonio al morir eran una constante atestación de la verdad; y dónde menos se esperaba, los súbditos de Satanás abandonaban su servicio y se alistaban bajo el estandarte de Cristo.

En vista de esto Satanás se propuso oponerse con más éxito al gobierno de Dios implantando su bandera en la iglesia cristiana. Si podía engañar a los discípulos de Cristo e inducirlos a ofender a Dios, decaería su resistencia, su fuerza y su estabilidad y ellos mismos vendrían a ser presa fácil.

El gran adversario se esforzó entonces por obtener con artificios lo que no consiguiera por la violencia. Cesó la persecución y la reemplazaron las peligrosas seducciones de la prosperidad temporal y del honor mundano. Los idólatras fueron inducidos a aceptar parte de la fe cristiana, al par que rechazaban otras verdades esenciales. Profesaban aceptar a Jesús como Hijo de Dios y creer en su muerte y en su resurrección, pero no eran convencidos de pecado (42) ni sentían necesidad de arrepentirse o de cambiar su corazón. Habiendo hecho algunas concesiones, propusieron que los cristianos hicieran las suyas para que todos pudiesen unirse en el terreno común de la fe en Cristo.

La iglesia se vio entonces en gravísimo peligro, y en comparación con él, la cárcel, las torturas, el fuego y la espada, eran bendiciones. Algunos cristianos permanecieron firmes, declarando que no podían transigir. Otros razonaron que si deberían ceder o modificar algunos puntos de su confesión de fe, y se unían con los que habían aceptado parte del cristianismo, podrían ser los medios de su conversión completa. Fue un tiempo de profunda angustia para los verdaderos discípulos de Cristo. Bajo el manto de un cristianismo falso, Satanás se introducía en la iglesia para corromper la fe de los creyentes y apartarlos de la Palabra de verdad.

Finalmente la mayor porción de la compañía cristiana arriaba su bandera y se realizó la unión del cristianismo con el paganismo. Aunque los adoradores de los ídolos profesaban haberse convertido y unido con la iglesia, seguían aferrándose a su idolatría, y sólo habían cambiado los objetos de su culto por imágenes de Jesús y hasta de María y de los santos. La levadura de la idolatría, introducida de ese modo en la iglesia, prosiguió su funesta obra. Doctrinas falsas, ritos supersticiosos y ceremonias idolátricas se incorporaron en la fe y en el culto Cristiano. Al unirse los discípulos de Cristo con los idólatras, la religión cristiana se corrompió y la iglesia perdió su pureza y su fuerza. Hubo sin embargo creyentes que no se dejaron extraviar por esos engaños y adorando sólo a Dios, se mantuvieron fieles al Autor de la verdad (43.)

Entre los que profesan el cristianismo ha habido siempre dos categorías de personas: la de los que estudian la vida del Salvador y se afanan por corregir sus defectos y asemejarse al que es nuestro modelo; y la de aquellos que rehuyen las verdades sencillas y prácticas que ponen de manifiesto sus errores. Aun en sus mejores tiempos la iglesia no contó exclusivamente con fieles verdaderos, puros y sinceros. Nuestro Salvador enseñó que no se debe recibir en la iglesia a los que pecan voluntariamente; no obstante, unió consigo mismo a hombres de carácter defectuoso y les concedió el beneficio de sus enseñanzas y de su ejemplo, para que tuviesen oportunidad de ver y enmendar sus faltas. Entre los doce apóstoles hubo un traidor. Judas fue aceptado no a causa de los defectos de su carácter, sino a pesar de ellos.

Estuvo unido con los discípulos para que, por la instrucción y el ejemplo de Cristo, aprendiese lo que constituye el carácter Cristiano y así pudiese ver sus errores, arrepentirse y, con la ayuda de la gracia divina, purificar su alma obedeciendo “a la verdad.” Pero Judas no anduvo en aquella luz que tan misericordiosamente le iluminó; antes bien, abandonándose al pecado atrajo las tentaciones de Satanás. Los malos rasgos de su carácter llegaron a predominar; entregó su mente al dominio de las potestades tenebrosas; se airó cuando sus faltas fueron reprendidas, y fue inducido a cometer el espantoso crimen de vender a su Maestro. Así también obran todos los que acarician el mal mientras hacen profesión de piedad y aborrecen a quienes les perturban la paz condenando su vida de pecado. Como Judas, en cuanto se les presente la oportunidad, traicionarán a los que para su bien les han amonestado (44.)

Los apóstoles se opusieron a los miembros de la iglesia que, mientras profesaban tener piedad, daban secretamente cabida a la iniquidad. Ananías y Safira fueron engañadores que pretendían hacer un sacrificio completo delante de Dios, cuando en realidad guardaban para sí con avaricia parte de la ofrenda. El Espíritu de verdad reveló a los apóstoles el carácter verdadero de aquellos engañadores, y el juicio de Dios libró a la iglesia de aquella inmunda mancha que empañaba su pureza. Esta señal evidente del discernimiento del Espíritu de Cristo en los asuntos de la iglesia, llenó de terror a los hipócritas y a los obradores de maldad. No podían éstos seguir unidos a los que eran, en hábitos y en disposición, fieles representantes de Cristo; y cuando las pruebas y la persecución vinieron sobre éstos, sólo los que estaban resueltos a abandonarlo todo por amor a la verdad, quisieron ser discípulos de Cristo. De modo que mientras continuó la persecución la iglesia permaneció relativamente pura; pero al cesar aquélla se adhirieron a ésta conversos menos sinceros y consagrados, y quedó preparado el terreno para la penetración de Satanás.

Pero no hay unión entre el Príncipe de luz y el príncipe de las tinieblas, ni puede haberla entre los adherentes del uno y los del otro. Cuando los cristianos consintieron en unirse con los paganos que sólo se habían convertido a medias, entraron por una senda que les apartó más y más de la verdad. Satanás se alegró mucho de haber logrado engañar a tan crecido número de discípulos de Cristo; luego ejerció aun más su poder sobre ellos y los indujo a perseguir a los que permanecían fieles a Dios. Los que habían sido una vez defensores (45) de la fe cristiana eran los que mejor sabían cómo combatirla, y estos cristianos apóstatas, junto con sus compañeros semipaganos, dirigieron sus ataques contra los puntos más esenciales de las doctrinas de Cristo.

Fue necesario sostener una lucha desesperada por parte de los que deseaban ser fieles y firmes, contra los engaños y las abominaciones que, envueltos en las vestiduras sacerdotales, se introducían en la iglesia. La Biblia no fue aceptada como regla de fe. A la doctrina de la libertad religiosa se la llamó herejía, y sus sostenedores fueron aborrecidos y proscritos.

Tras largo y tenaz conflicto, los pocos que permanecían fieles resolvieron romper toda unión con la iglesia apóstata si ésta rehusaba aún desechar la falsedad y la idolatría. Y es que vieron que dicho rompimiento era de todo punto necesario si querían obedecer la Palabra de Dios. No se atrevían a tolerar errores fatales para sus propias almas y dar así un ejemplo que ponía en peligro la fe de sus hijos y la de los hijos de sus hijos. Para asegurar la paz y la unidad estaban dispuestos a cualquier concesión que no contrariase su fidelidad a Dios, pero les parecía que sacrificar un principio por amor a la paz era pagar un precio demasiado alto. Si no se podía asegurar la unidad sin comprometer la verdad y la justicia, más valía que siguiesen las diferencias y aun la guerra.

Bueno sería para la iglesia y para el mundo que los principios que aquellas almas vigorosas sostuvieron revivieran hoy en los corazones de los profesos hijos de Dios. Se nota hoy una alarmante indiferencia respecto de las doctrinas que son como las columnas de la fe cristiana. Está ganando más y más terreno la opinión de que, al fin y al cabo, dichas doctrinas no son de vital importancia. Semejante degeneración del pensamiento fortalece las manos de los agentes de Satanás, de modo (46) que las falsas teorías y los fatales engaños que en otros tiempos eran rebatidos por los fieles que exponían la vida para resistirlos, encuentran ahora aceptación por parte de miles y miles que declaran ser discípulos de Cristo.

No hay duda de que los cristianos primitivos fueron un pueblo peculiar. Su conducta intachable y su fe inquebrantable constituían un reproche continuo que turbaba la paz del pecador. Aunque pocos en número, escasos de bienes, sin posición ni títulos honoríficos, aterrorizaban a los obradores de maldad dondequiera que fueran conocidos su carácter y sus doctrinas. Por eso los odiaban los impíos, como Abel fue aborrecido por el impío Caín. Por el mismo motivo que tuvo Caín para matar a Abel, los que procuraban librarse de la influencia refrenadora del Espíritu Santo daban muerte a los hijos de Dios. Por este mismo motivo los judíos habían rechazado y crucificado al Salvador, es a saber, porque la pureza y la santidad del carácter de éste constituían una reprensión constante para su egoísmo y corrupción. Desde el tiempo de Cristo hasta hoy, sus verdaderos discípulos han despertado el odio y la oposición de los que siguen con deleite los senderos del mal.

¿Cómo pues, puede llamarse el Evangelio un mensaje de paz? Cuando Isaías predijo el nacimiento del Mesías le confirió el título de “Príncipe de Paz.” Cuando los ángeles anunciaron a los pastores que Cristo había nacido, cantaron sobre los valles de Belén: “¡Gloria a Dios en lo más alto; Y sobre la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!” (S. Lucas 2:14.) Hay contradicción aparente entre estas declaraciones proféticas y las palabras de Cristo: “No he venido para traer paz, sino espada.” (S. Mateo 10:34). Pero si se las entiende correctamente, se nota armonía perfecta entre ellas. El Evangelio es un mensaje de paz (47.) El cristianismo es un sistema que, de ser recibido y practicado, derramaría paz, armonía y dicha por toda la tierra. La religión de Cristo unirá en estrecha fraternidad a todos los que acepten sus enseñanzas. La misión de Jesús consistió en reconciliar a los hombres con Dios, y así a su prójimo; pero el mundo en su mayoría se halla bajo el dominio de Satanás, el enemigo más encarnizado de Cristo. El Evangelio presenta a los hombres principios de vida que contrastan por completo con sus hábitos y deseos, y por esto se rebelan contra él. Aborrecen la pureza que pone de manifiesto y condena sus pecados, y persiguen y dan muerte a quienes los instan a reconocer sus sagrados y justos requerimientos. Por esto, es decir, por los odios y disensiones que despiertan las verdades que trae consigo, el Evangelio se llama una espada.

La providencia misteriosa que permite que los justos sufran persecución por parte de los malvados, ha sido causa de gran perplejidad para muchos que son débiles en la fe. Hasta los hay que se sienten tentados a abandonar su confianza en Dios porque él permite que los hombres más viles prosperen, mientras que los mejores y los más puros sean afligidos y atormentados por el cruel poderío de aquéllos. ¿Cómo es posible, dicen ellos, que Uno que es todo justicia y misericordia y cuyo poder es infinito tolere tanta injusticia y opresión? Es una cuestión que no nos incumbe. Dios nos ha dado suficientes evidencias de su amor, y no debemos dudar de su bondad porque no entendamos los actos de su providencia. Previendo las dudas que asaltarían a sus discípulos en días de pruebas y obscuridad, el Salvador les dijo: “Acordaos de la palabra que yo os he dicho: El siervo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también (48) a vosotros

os perseguirán.” (S. Juan 15:20.) Jesús sufrió por nosotros más de lo que cualquiera de sus discípulos pueda sufrir al ser víctima de la crueldad de los malvados. Los que son llamados a sufrir la tortura y el martirio, no hacen más que seguir las huellas del amado Hijo de Dios.

“El Señor no retarda su promesa.” (2 Pedro 3:9.) Él no se olvida de sus hijos ni los abandona, pero permite a los malvados que pongan de manifiesto su verdadero carácter para que ninguno de los que quieran hacer la voluntad de Dios sea engañado con respecto a ellos. Además, los rectos pasan por el horno de la aflicción para ser purificados y para que por su ejemplo otros queden convencidos de que la fe y la santidad son realidades, y finalmente para que su conducta intachable condene a los impíos y a los incrédulos.

Dios permite que los malvados prosperen y manifiesten su enemistad contra Él, para que cuando hayan llenado la medida de su iniquidad, todos puedan ver la justicia y la misericordia de Dios en la completa destrucción de aquéllos. Pronto llega el día de la venganza del Señor, cuando todos los transgresores de su ley y los que han oprimido a su pueblo recibirán la justa recompensa de sus actos; cuando todo acto de crueldad u opresión contra los fieles de Dios será castigado como si hubiera sido hecho contra Cristo mismo.

Otro asunto hay de más importancia aún, que debería llamar la atención de las iglesias en el día de hoy. El apóstol Pablo declara que “todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús, padecerán persecución.” (2 Timoteo 3:12.)

¿Por qué, entonces, parece adormecida la persecución en nuestros días? El único motivo es que la iglesia se ha conformado a las reglas del mundo y (49) por lo tanto no despierta oposición. La religión que se profesa hoy no tiene el carácter puro y santo que distinguiera a la fe cristiana en los días de Cristo y sus apóstoles. Si el cristianismo es aparentemente tan popular en el mundo, ello se debe tan sólo al espíritu de transigencia con el pecado, a que las grandes verdades de la palabra de Dios son miradas con indiferencia, y a la poca piedad vital que hay en la iglesia. Revivan la fe y el poder de la iglesia primitiva, y el espíritu de persecución revivirá también y el fuego de la persecución volverá a encenderse (50.)

CAPÍTULO III

LA IGLESIA ROMANA

El apóstol Pablo, en su segunda carta a los Tesalonicenses, predijo la gran apostasía que había de resultar en el establecimiento del poder papal. Declaró, respecto al día de Cristo: “porque no vendrá sin que antes venga la apostasía, y sea revelado el hombre de pecado, el hijo de perdicción; el cual se opone y se exalta sobre todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se siente en el santuario de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios.” Y además el apóstol advierte a sus hermanos que “ya está en acción el misterio de la iniquidad.” (2 Tesalonicenses 2:7.) Ya en aquella época veía él que se introducían en la iglesia errores que prepararían el camino para el desarrollo del papado.

Poco a poco, primero solapadamente y a hurtadillas, y después con más desembozo, conforme iba cobrando fuerza y dominio sobre los espíritus de los hombres, el misterio de iniquidad hizo progresar su obra engañosa y blasfema. De un modo casi

imperceptible las costumbres del paganismo penetraron en la iglesia Cristiana. El espíritu de avenencia y de transacción fue coartado por algún tiempo por las terribles persecuciones que sufriera la iglesia bajo el régimen del paganismo. Mas habiendo cesado la persecución y habiendo penetrado el cristianismo en las cortes (51) y palacios, la iglesia dejó a un lado la humilde sencillez de Cristo y de sus apóstoles por la pompa y el orgullo de los sacerdotes y gobernantes paganos, y substituyó los requerimientos de Dios por las teorías y tradiciones de los hombres. La conversión nominal de Constantino, a principios del siglo cuarto, causó gran regocijo; y el mundo, adornado en mantos de justicia, se introdujo en la iglesia. Desde entonces la obra de corrupción progresó rápidamente. El paganismo que parecía haber sido vencido, vino a ser el vencedor. Su espíritu dominó a la iglesia. Sus doctrinas, ceremonias y supersticiones se incorporaron a la fe y al culto de los que profesaban ser discípulos de Cristo.

Esta avenencia entre el paganismo y el cristianismo dio por resultado el desarrollo del hombre de pecado predicho en la profecía como oponiéndose a Dios y ensalzándose a sí mismo sobre Dios. Ese gigantesco sistema de falsa religión es obra maestra del poder de Satanás, un monumento de sus esfuerzos para sentarse él en el trono y reinar sobre la tierra según su voluntad.

Satanás se había esforzado una vez por hacer transigir a Cristo. Vino adonde estaba el Hijo de Dios en el desierto para tentarle, y mostrándole todos los reinos del mundo y su gloria, ofreció entregárselo todo con tal que reconociera la supremacía del príncipe de las tinieblas. Cristo reprendió al presuntuoso tentador y le obligó a marcharse. Pero al presentar las mismas tentaciones a los hombres, Satanás obtiene más éxito. A fin de asegurarse honores y ganancias mundanas, la iglesia fue inducida a buscar el favor y el apoyo de los grandes de la tierra, y habiendo rechazado de esa manera a Cristo (52), tuvo que someterse al representante de Satanás, el obispo de Roma.

Una de las principales doctrinas del romanismo enseña que el papa es cabeza visible de la iglesia universal de Cristo, y que fue investido de suprema autoridad sobre los obispos y los pastores de todas las partes del mundo. Aún más, al papa se le había arrogado los títulos mismos de la Deidad. El se titula a sí mismo “Señor Dios el Papa,” y asume infalibilidad, y demanda que todos los hombres le paguen homenaje. Así la misma pretensión que sostuvo Satanás cuando tentó a Cristo en el desierto, la sostiene aún por medio de la iglesia de Roma, y muchos son los que están dispuestos a rendirle homenaje.

Empero los que temen y reverencian a Dios, resisten esa pretensión, que es un desafío al Cielo, como resistió Cristo las instancias del astuto enemigo: “Al Señor tu Dios adorarás, y sólo a Él servirás.” (S. Lucas 4:8.) Dios no ha hecho alusión alguna en su Palabra a que Él haya elegido a un hombre para que sea la cabeza de la iglesia. La doctrina de la supremacía papal se opone abiertamente a las enseñanzas de las Santas Escrituras. Sólo por usurpación puede el papa ejercer autoridad sobre la iglesia de Cristo.

Los romanistas se han empeñado en acusar a los protestantes de herejía y de haberse separado caprichosamente de la verdadera iglesia. Pero estos cargos recaen más bien sobre ellos mismos. Ellos son los que arriaron la bandera de Cristo y se apartaron de “la fe que ha sido transmitida a los santos de una vez por todos.” (S. Judas 3.)

Bien sabía Satanás que las Sagradas Escrituras capacitarían a los hombres para discernir los engaños de él y para oponerse a su poder. Por medio de la Palabra fue como el mismo Salvador del mundo resistió los ataques del tentador. A cada (53) asalto suyo, Cristo presentaba el escudo de la verdad eterna diciendo: “Escrito está.” A cada

sugestión del adversario oponía Él la sabiduría y el poder de la Palabra. Para mantener su poder sobre los hombres y establecer la autoridad del usurpador papal, Satanás necesita que ellos ignoren las Santas Escrituras. La Biblia ensalza a Dios y coloca a los hombres, seres finitos, en su verdadero sitio; por consiguiente hay que esconder y suprimir sus verdades sagradas. Esta fue la lógica que adoptó la iglesia romana. Por centenares de años fue prohibida la circulación de la Biblia. No se permitía a la gente que la leyese ni que la tuviese en sus casas, y sacerdotes y prelados sin principios interpretaban las enseñanzas de ella para sostener sus pretensiones. Así fue como el papa vino a ser reconocido casi universalmente como vicegerente de Dios en la tierra, dotado de autoridad suprema sobre la Iglesia y el Estado.

Una vez suprimido lo que descubría el error, Satanás hizo lo que quiso. La profecía había declarado que el papado pensaría “cambiar los tiempos y la ley.” (Daniel 7:25.) No tardó en iniciar esta obra. Para dar a los convertidos del paganismo algo que equivaliera al culto de los ídolos y para animarles a que aceptaran nominalmente el cristianismo, se introdujo gradualmente en el culto Cristiano la adoración de imágenes y de reliquias. Este sistema de idolatría papista fue definitivamente sancionado por decreto de un concilio general. Para remate de su obra sacrílega, Roma se atrevió a borrar de la ley de Dios el segundo mandamiento, que prohíbe la adoración de las imágenes y a dividir en dos el último mandamiento para conservar el número de éstos (54.)

El espíritu de concesión al paganismo fomentó aún más el desprecio de la autoridad del Cielo. Satanás atentó también contra el cuarto mandamiento y trató de echar a un lado el antiguo sábado, el día que Dios había bendecido y santificado (Génesis 2:2,3), para colocar en su lugar el día festivo observado por los paganos como “el venerable día del sol.” Este intento no se hizo al principio abiertamente. En los primeros siglos el verdadero día de reposo, el sábado, había sido guardado por todos los cristianos, los cuales siendo celosos de la honra de Dios y creyendo que su ley es inmutable, respetaban escrupulosamente la santidad de sus preceptos. Pero Satanás procedió con gran sutileza por medio de sus agentes para llegar al fin que se propusiera. Para llamar la atención de las gentes hacia el domingo, fue declarado día de fiesta en honor de la resurrección de Cristo. Se celebraban servicios religiosos en ese día; no obstante se lo consideraba como día de recreo, y seguía guardándose piadosamente el sábado.

Constantino, mientras aún era un pagano, publicó un decreto ordenando la observancia general del domingo como una fiesta pública en todas partes del imperio Romano. Después de su conversión, fue un defensor fiel del domingo, y su decreto pagano entonces fue ejecutado por él en los intereses de su fe nueva. Pero la honra mostrada en este día aún no era suficiente para impedir que los cristianos recordaran el sábado verdadero como el día Santo del Señor. Otro paso tendría que tomarse; el sábado falso tenía que exaltarse a una igualdad como el verdadero. Algunos años después de la edición del decreto de Constantino, el obispo de Roma confirió al domingo el título de día del Señor. Así se condujo gradualmente la gente a considerarlo como poseyendo un grado de santidad. Aún el sábado original era guardado (55.)

Pero no paró aquí la obra del jefe engañador. Había resuelto reunir al mundo Cristiano bajo su bandera y ejercer su poder por medio de su vicario, el orgulloso pontífice, que aseveraba ser el representante de Cristo. Realizó su propósito valiéndose de paganos semiconvertidos, de prelados ambiciosos y de eclesiásticos amigos del mundo. Se convocaban de vez en cuando grandes concilios, en que se reunían los dignatarios de la iglesia de todas partes del mundo. Casi en cada concilio el día de reposo que Dios había instituido era deprimido un poco más en tanto que el domingo

era exaltado en igual proporción. Así fue cómo la fiesta pagana llegó a ser honrada como institución divina, mientras que el sábado de la Biblia era declarado reliquia del judaísmo y se pronunciaba una maldición sobre sus observadores.

El gran apóstata había logrado ensalzarse a sí mismo “sobre todo lo que se llama Dios, o que es objeto de culto.” (2 Tesalonicenses 2:4.) Se había atrevido a alterar el único precepto de la ley divina que señala de un modo infalible a toda la humanidad al Dios viviente y verdadero. En el cuarto mandamiento Dios es dado a conocer como el Creador de los Cielos y de la tierra y distinto por lo tanto de todos los dioses falsos. Como monumento conmemorativo de la obra de la creación fue santificado el día séptimo como día de descanso para el hombre. Estaba destinado a recordar siempre a los hombres que el Dios viviente es fuente de toda existencia y objeto de reverencia y adoración. Satanás se esfuerza por disuadir a los hombres de que se sometan a Dios y obedezcan a su ley; y por lo tanto dirige sus golpes especialmente contra el mandamiento que presenta a Dios como al Creador (56.)

Los protestantes alegan ahora que la resurrección de Cristo en el domingo convirtió a dicho día en el día del Señor. Pero las Santas Escrituras en nada confirman este modo de ver. Ni Cristo ni sus apóstoles confirieron semejante honor a ese día. La observancia del domingo como institución Cristiana tuvo su origen en aquel “misterio de iniquidad” que ya había iniciado su obra en los días de San Pablo. ¿Dónde y cuándo adoptó el Señor a este hijo del papado? ¿Qué razón válida puede darse al respecto para un cambio al cual las Escrituras permanecen en silencio?

En el siglo sexto el papado concluyó por afirmarse. El asiento de su poder quedó definitivamente fijado en la ciudad imperial, cuyo obispo fue proclamado cabeza de toda la iglesia. El paganismo había dejado el lugar al papado. El dragón dio a la bestia “su poder y su trono, y gran autoridad.” (Apocalipsis 13:2.) Entonces empezaron a correr los 1260 años de la opresión papal predicha en las profecías de Daniel y San Juan. (Daniel 7:25; Apocalipsis 13:5-7.) Los cristianos se vieron obligados a optar entre sacrificar su integridad y aceptar el culto y las ceremonias papales, o pasar la vida encerrados en los calabozos o morir en el tormento, en la hoguera o bajo el hacha del verdugo. Entonces se cumplieron las palabras de Jesús: “Seréis entregados aun de vuestros padres, y hermanos, y parientes y amigos; y matarán a algunos de vosotros. Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre.” (S. Lucas 21:16,17.) La persecución se desencadenó sobre los fieles con furia jamás conocida hasta entonces, y el mundo vino a ser un vasto campo de batalla. Por centenares de años la iglesia de Cristo no halló más refugio que en la reclusión y en la obscuridad. Así lo dice el profeta: “Y la mujer huyó al desierto, donde (57) tiene un lugar preparado de Dios, para que allí la sustenten durante mil doscientos sesenta días.” (Apocalipsis 12:6.)

El advenimiento de la iglesia romana al poder marcó el principio de la Edad Media. A medida que crecía su poder, las tinieblas se hacían más densas. La fe pasó de Cristo, el verdadero fundamento, al papa de Roma. En vez de confiar en el Hijo de Dios para obtener el perdón de sus pecados y la salvación eterna, el pueblo recurría al papa y a los sacerdotes y prelados a quienes él invistiera de autoridad. Se le enseñó que el papa era su mediador y que nadie podía acercarse a Dios sino por medio de él, y andando el tiempo se le enseñó también que para los fieles el papa ocupaba el lugar de Dios y que por lo tanto debían obedecerle implícitamente. Con sólo desviarse de sus disposiciones se hacían acreedores a los más severos castigos que debían imponerse a los cuerpos y almas de los transgresores. Así fueron los espíritus de los hombres desviados de Dios y dirigidos hacia hombres falibles y crueles; sí, aun más, hacia el mismo príncipe de las tinieblas que ejercía su poder por intermedio de ellos. El pecado se disfrazaba como manto de santidad. Cuando las Santas Escrituras se suprimen y el hombre llega a

considerarse como ente supremo, ¿qué otra cosa puede esperarse sino fraude, engaño y degradante iniquidad? Al ensalzarse las leyes y las tradiciones humanas, se puso de manifiesto la corrupción que resulta siempre del menosprecio de la ley de Dios.

Días azarosos fueron aquéllos para la iglesia de Cristo. Pocos, en verdad, eran los sostenedores de la fe. Aun cuando la verdad no quedó sin testigos, a veces parecía que el error y la superstición (58) concluirían por prevalecer completamente y que la verdadera religión iba a ser desarraigada de la tierra. El Evangelio se perdía de vista mientras que las formas de religión se multiplicaban, y la gente se veía abrumada bajo el peso de exacciones rigurosas.

No sólo se le enseñaba a ver en el papa a su mediador, sino aun a confiar en sus propias obras para la expiación del pecado. Largas peregrinaciones, obras de penitencia, la adoración de reliquias, la construcción de templos, relicarios y altares, la donación de grandes sumas a la iglesia, - todas estas cosas y muchas otras parecidas les eran impuestas a los fieles para aplacar la ira de Dios o para asegurarse su favor; ¡como si Dios, a semejanza de los hombres, se enojara por pequeñeces, o pudiera ser apaciguado por regalos y penitencias!

Por más que los vicios prevalecieran, aun entre los jefes de la iglesia romana, la influencia de ésta parecía ir siempre en aumento. A fines del siglo VIII los partidarios del papa empezaron a sostener que en los primeros tiempos de la iglesia tenían los obispos de Roma el mismo poder espiritual que a la fecha se arrogaban. Para dar a su aserto visos de autoridad, había que valerse de algunos medios, que pronto fueron sugeridos por el padre de la mentira. Los monjes fraguaron viejos manuscritos. Se descubrieron decretos conciliares de los que nunca se había oído hablar hasta entonces y que establecían la supremacía universal del papa desde los primeros tiempos. Y la iglesia que había rechazado la verdad, aceptó con avidez estas imposturas.

Los pocos fieles que edificaban sobre el cimiento verdadero estaban perplejos y trabados, pues los escombros de las falsas doctrinas entorpecían el trabajo. Como los constructores de los muros de Jerusalén en tiempo de Nehemías, algunos estaban por exclamar: “Las fuerzas de los acarreadores (59) se han debilitado, y el escombro es mucho, y no podemos edificar el muro.” (Nehemías 4:10.) Debilitados por el constante esfuerzo que hacían contra la persecución, el engaño, la iniquidad y todos los demás obstáculos que Satanás inventara para detener su avance, algunos de los que habían sido fieles edificadores llegaron a desanimarse; y por amor a la paz y a la seguridad de sus propiedades y de sus vidas se apartaron del fundamento verdadero. Otros, sin dejarse desalentar por la oposición de sus enemigos, declararon sin temor: “No temáis delante de ellos: acordaos del Señor, grande y terrible” (Nemia 4:14), y cada uno de los que trabajaban tenía la espada ceñida.

En todo tiempo el mismo espíritu de odio y de oposición a la verdad inspiró a los enemigos de Dios, y los siervos de él necesitaron la misma vigilancia y fidelidad. Las palabras de Cristo a sus primeros discípulos se aplicarán a cuantos le sigan, hasta el fin de los tiempos: “Y lo que os digo a vosotros, lo digo a todos: ¡Velad! (S. Marcos 13:37.) Las tinieblas parecían hacerse más densas. La adoración de las imágenes se hizo más general. Se les encendían velas y se les ofrecían oraciones. Llegaron a prevalecer las costumbres más absurdas y supersticiosas. Los espíritus estaban tan completamente dominados por la superstición, que la razón misma parecía haber perdido su poder. Mientras que los sacerdotes y los obispos eran amantes de los placeres, sensuales y corrompidos, sólo podía esperarse del pueblo que acudía a ellos en busca de dirección, que siguiera sumido en la ignorancia y en los vicios.

Las pretensiones papales dieron otro paso más cuando en el siglo XI el papa Gregorio VII proclamó la perfección de la iglesia romana (60.) Entre las proposiciones

que él expuso había una que declaraba que la iglesia no había errado nunca ni podía errar, según las Santas Escrituras. Pero las pruebas de la Escritura faltaban para apoyar el aserto. El altivo pontífice reclamaba para sí el derecho de deponer emperadores, y declaraba que ninguna sentencia pronunciada por él podía ser revocada por hombre alguno, pero que él tenía la prerrogativa de revocar las decisiones de todos los demás.

El modo en que trató al rey Alemán Enrique IV nos pinta a lo vivo el carácter tiránico de este abogado de la infalibilidad papal. Por haber intentado desobedecer la autoridad papal, dicho monarca fue excomulgado y destronado. Para hacer su paz con Roma, Enrique cruzó los Alpes en pleno invierno así el podría humillarse ante el papa. Habiendo llegado al castillo donde Gregorio se había retirado, fue conducido, despojado de sus guardas, a un patio exterior, y allí, en el crudo frío del invierno, con la cabeza descubierta, los pies descalzos y miserablemente vestido, esperó el permiso del papa para llegar a su presencia. Sólo después que hubo pasado así tres días, ayunando y haciendo confesión, condescendió el pontífice en perdonarle. Y aun entonces le fue concedida esa gracia con la condición de que el emperador esperaría la venia del papa antes de reasumir las insignias reales o de ejercer su poder. Y Gregorio, envanecido con su triunfo, se jactaba de que era su deber abatir la soberbia de los reyes.

Cuán notable contraste hay entre el despótico orgullo de tan altivo pontífice y la mansedumbre y humildad de Cristo, quien se presenta a sí mismo (61) como llamando a la puerta del corazón para ser admitido en él y traer perdón y paz, y enseñó a sus discípulos: “El que quiera ser el primero entre vosotros, será vuestro siervo.” (S. Mateo 20:27.)

Los siglos que sucedieron presenciaron un constante aumento del error en las doctrinas sostenidas por Roma. Aun antes del establecimiento del papado, las enseñanzas de los filósofos paganos habían recibido atención y ejercido influencia dentro de la iglesia. Muchos de los que profesaban ser convertidos se aferraban aún a los dogmas de su filosofía pagana, y no sólo seguían estudiándolos ellos mismos sino que inducían a otros a que los estudiaran también a fin de extender su influencia entre los paganos. Así se introdujeron graves errores en la fe Cristiana. Uno de los principales fue la creencia en la inmortalidad natural del hombre y en su estado consciente después de la muerte. Esta doctrina fue la base sobre la cual Roma estableció la invocación de los santos y la adoración de la virgen María. De la misma doctrina se derivó también la herejía del tormento eterno para los que mueren impenitentes, que muy pronto figuró en el credo papal.

De este modo se preparó el camino para la introducción de otra invención del paganismo, a la que Roma llamó purgatorio, y de la que se valió para aterrorizar a las muchedumbres crédulas y supersticiosas. Con esta herejía Roma afirma la existencia de un lugar de tormento, en el que las almas de los que no han merecido eterna condenación han de ser castigadas por sus pecados, y de donde, una vez limpiadas de impureza, son admitidas en el Cielo.

Una impostura más necesitaba (62) Roma para aprovecharse de los temores y de los vicios de sus adherentes. Fue ésta la doctrina de las indulgencias. A todos los que se alistasen en las guerras que emprendía el pontífice para extender su dominio temporal, castigar a sus enemigos o exterminar a los que se atreviesen a negar su supremacía espiritual, se concedía plena remisión de los pecados pasados, presentes y futuros, y la condonación de todas las penas y castigos merecidos. Se enseñó también al pueblo que por medio de pagos hechos a la iglesia podía librarse uno del pecado y librar también a las almas de sus amigos difuntos entregadas a las llamas del purgatorio. Por estos medios llenaba Roma sus arcas y sustentaba la magnificencia, el lujo y los vicios de los que pretendían ser representantes de Aquel que no tuvo donde recostar la cabeza.

La institución bíblica de la Cena del Señor fue substituida por el sacrificio idolátrico de la misa. Los sacerdotes papales aseveraban que con sus palabras podían convertir el pan y el vino en “el cuerpo y sangre verdaderos de Cristo.” Con blasfema presunción se arrogaban el poder de crear “Creador de todo.” Se les obligaba a los cristianos, bajo pena de muerte, a confesar su fe en esta horrible herejía que afrentaba al Cielo. Muchísimos que se negaron a ello fueron entregados a las llamas.

En el siglo XIII se estableció la más terrible de las maquinaciones del papado: la Inquisición. El príncipe de las tinieblas obró de acuerdo con los jefes de la jerarquía papal. En sus concilios secretos, Satanás y sus ángeles, mientras que invisible acampaba entre ellos un ángel de Dios que llevaba apunte de sus malvados decretos y escribía la historia de hechos demasiado horrorosos para ser presentados a la vista de los hombres (63.) “Babilonia la grande” fue “embriagada de la sangre de los santos.” Los cuerpos mutilados de millones de mártires clamaban a Dios venganza contra aquel poder apóstata.

El papado había llegado a ejercer su despotismo sobre el mundo. Reyes y emperadores acataban los decretos del pontífice romano. El destino de los hombres, en este tiempo y para la eternidad, parecía depender de su albedrío. Por centenares de años las doctrinas de Roma habían sido extensas e implícitamente recibidas, sus ritos cumplidos con reverencia y observadas sus fiestas por la generalidad. Su clero era colmado de honores y sostenido con liberalidad. Nunca desde entonces ha alcanzado Roma tan grande dignidad, magnificencia, ni poder.

El mediodía del papado era la medianoche moral del mundo. Las Sagradas Escrituras eran casi desconocidas, no sólo de las gentes, sino de los mismos sacerdotes. A semejanza de los antiguos fariseos, los caudillos papales aborrecían la luz que habría revelado sus pecados. Rechazada la ley de Dios, modelo de justicia, ejercieron poderío sin límites y practicaron desenfrenadamente los vicios. Prevalcieron el fraude, la avaricia y el libertinaje. Los hombres no retrocedieron ante ningún crimen que pudiese darles riquezas o posición. Los palacios de los papas y de los prelados eran teatro de los más viles excesos. Algunos de los pontífices reinantes se hicieron reos de crímenes tan horrorosas que los gobernantes civiles tuvieron que procurar deponer a dichos dignatarios de la iglesia como monstruos demasiado viles para ser tolerados en el trono. Durante siglos Europa no progresó en las ciencias, ni en las artes, ni en la civilización. La Cristiandad quedó moral e intelectualmente paralizada.

La condición en que el mundo se encontraba bajo el poder romano (64) resultaba ser el cumplimiento espantoso e impresionante de las palabras del profeta Oseas: “Mi pueblo fue talado porque le faltó sabiduría. Porque tú desechaste la sabiduría, yo te echaré del sacerdocio; y pues que olvidaste la ley de tu Dios, también yo me olvidaré de tus hijos.” “No hay ya fidelidad ni amor, ni conocimiento de Dios en esta tierra; sino perjuicio y mentira, asesinato y robo, adulterio y violencia, sangre que sucede a sangre.” (Oseas 4:6,1,2.) Tales fueron los resultados de haber desterrado la Palabra de Dios (65.)

Capítulo IV

LOS VALDENSES

Aunque sumida la tierra en tinieblas durante el largo periodo de la supremacía papal, la luz de la verdad no pudo apagarse por completo. En todas las edades hubo testigos de Dios, hombres que conservaron su fe en Cristo como única regla de su vida y

santificaban el verdadero día de reposo. Nunca sabrá la posteridad cuánto debe el mundo a esos hombres. Se les marcaba como a herejes, los móviles que los inspiraban eran impugnados, su carácter difamado y sus escritos prohibidos, adulterados o mutilados. Sin embargo permanecieron firmes, y de siglo en siglo conservaron pura su fe, como herencia sagrada para las generaciones futuras.

La historia de gente fiel de Dios por cientos de años después de que Roma logró el poder, es conocida sólo para el Cielo. No pueden trazarse en los registros humanos, excepto como insinuaciones de su existencia son encontrados en las censuras y acusaciones de sus perseguidores. La política de Roma consistió en hacer desaparecer toda huella de oposición a sus doctrinas o decretos. Trató de destruir todo lo que era herético, bien se tratase de personas o de escritos, eran destruidos. Una simple expresión de duda, una pregunta en cuanto a la autoridad de los dogmas papales, era suficiente para costarle la vida de ricos o pobres, de orgullosos o humildes. Igualmente se esforzó Roma (66) en destruir todo lo que denunciase su crueldad contra los disidentes. Los concilios papales decretaron que los libros o escritos que hablasen sobre el particular fuesen quemados. Antes de la invención de la imprenta eran pocos los libros, y su forma no se prestaba para conservarlos, de modo que los romanistas encontraron pocos obstáculos para llevar a cabo sus propósitos.

Ninguna iglesia que estuviese dentro de los límites de la jurisdicción romana gozó mucho tiempo en paz de su libertad de conciencia. No bien se hubo hecho dueño del poder el papado, extendió los brazos para aplastar a todo el que rehusara reconocer su gobierno; y unas tras otras las iglesias se sometieron a su dominio.

En Gran Bretaña el cristianismo primitivo se habla arraigado muy temprano. Hombres fieles habían predicado el Evangelio en ese país con gran celo y éxito. Entre los líderes evangelistas había un observador del Sábado de la Biblia, y así esta verdad encontraba su camino entre la gente para quien él trabajaba. Hacia el cierre del sexto siglo, se mandaron misioneros de Roma a Inglaterra para convertir a los Sajones bárbaros. Indujeron a muchos miles a profesar la fe romana. A medida que progresaba la obra, los jefes papales y sus secuaces tuvieron encuentros con los cristianos primitivos. Se vio entonces un contraste muy notable. Eran estos cristianos primitivos sencillos y humildes, cuyo carácter y cuyas doctrinas y costumbres se ajustaban a las Escrituras, mientras que los discípulos de Roma ponían de manifiesto la superstición, la arrogancia y la pompa del papado. El emisario de Roma exigió de estas iglesias Cristianas que reconociesen la supremacía del soberano pontífice. Los habitantes de Gran Bretaña respondieron humildemente que ellos deseaban amar a todo el mundo, pero que el papa no tenía derecho de supremacía en la iglesia y que ellos (67) no podían rendirle más que la sumisión que era debida a cualquier discípulo de Cristo. Varias tentativas se hicieron para conseguir que se sometiesen a Roma, pero estos humildes cristianos, espantados del orgullo que ostentaban los apóstoles papales, respondieron con firmeza que ellos no reconocían a otro jefe que a Cristo. Entonces se reveló el verdadero espíritu del papado. El enviado católico romano les dijo: “Si no recibís a los hermanos que os traen paz, recibiréis a los enemigos que os traerán guerra; si no os unís con nosotros para mostrar a los sajones el camino de vida, recibiréis de ellos el golpe de muerte.” No fueron vanas estas amenazas. La guerra, la intriga y el engaño se emplearon contra estos testigos que sostenían una fe bíblica, hasta que las iglesias de la primitiva Inglaterra fueron destruidas u obligadas a someterse a la autoridad del papa.

En los países que estaban fuera de la jurisdicción de Roma existieron por muchos siglos grupos de cristianos que permanecieron casi enteramente libres de la corrupción papal. Rodeados por el paganismo, con el transcurso de los años fueron afectados por sus errores; no obstante siguieron considerando la Biblia como la única

regla de fe y adhiriéndose a muchas de sus verdades. Creían estos cristianos en el carácter perpetuo de la ley de Dios y observaban el sábado del cuarto mandamiento. Hubo en el Africa central y entre los armenios de Asia iglesias que mantuvieron esta fe y esta observancia.

Mas entre los que resistieron las intrusiones del poder papal, los valdenses fueron los que más sobresalieron. Por siglos las iglesias de Piamonte mantuvieron su independencia; pero al fin el tiempo vino cuando Roma demandó su sumisión. Después de luchas ineficaces contra su tiranía, los líderes de estas iglesias (68) renuenteemente admitieron la supremacía del poder al cual todo el mundo pareció postrarse. Sin embargo un número considerable rehusó rendirse a la autoridad del papa o del prelado. Fueron determinados mantener su lealtad a Dios, y preservar la pureza y simplicidad de su fe. Una separación tuvo lugar. Algunos de los protestantes cruzaron los Alpes, y levantó el estándar de verdad en países extranjeros. Otros se retiraron en valles escondidos entre las montañas, y allí mantuvieron su libertad para adorar a Dios.

La creencia religiosa de los valdenses fue basada en la Palabra escrita de Dios, el sistema verdadero del cristianismo, estaba en contraste marcado con los errores de Roma. Pero esos vaqueros y viñadores, en sus retiradas obscuras, se cerraron lejos del mundo, no habían ellos mismos llegado a la verdad en oposición a los dogmas y herejías de la iglesia apóstata. La suya no era una fe nuevamente recibida. Su creencia religiosa era su herencia de sus padres. Contendieron por la fe de la iglesia apostólica, - "la fe que ha sido transmitida a los santos de una vez por todas."

Entre las causas principales que motivaron la separación entre la verdadera iglesia y Roma, se contaba el odio inveterado de ésta hacia el sábado bíblico. Como se había predicho en la profecía, el poder papal echó por tierra la verdad. La ley de Dios fue pisoteada mientras que las tradiciones y las costumbres de los hombres eran ensalzadas. Se obligó a las iglesias que estaban bajo el gobierno del papado a honrar el domingo como día santo. Entre los errores y la superstición que prevalecían, muchos de los verdaderos hijos de Dios se encontraban tan confundidos, que a la vez (69) que observaban el sábado se abstendían de trabajar el domingo. Mas esto no satisfacía a los jefes papales. No sólo exigían que se santificara el domingo sino que se profanara el sábado; y acusaban en los términos más violentos a los que se atrevían a honrarlo. Sólo huyendo del poder de Roma era posible obedecer en paz a la ley de Dios.

Los valdenses son los primeros de todos los pueblos de Europa que poseyeron una traducción de las Santas Escrituras. Centenares de años antes de la Reforma tenían ya la Biblia manuscrita entera en su propio idioma. Tenían pues la verdad sin adulteración y esto los hizo objeto especial del odio y de la persecución. Declaraban que la iglesia de Roma era la Babilonia apóstata del Apocalipsis, y con peligro de sus vidas se oponían a su influencia y principios corruptores. Aunque bajo la presión de una larga persecución, algunos sacrificaron su fe e hicieron poco a poco concesiones en sus principios distintivos, otros se aferraron a la verdad. Durante siglos de obscuridad y apostasía, hubo valdenses que negaron la supremacía de Roma, que rechazaron como idolátrico el culto a las imágenes y que guardaron el verdadero día de reposo. Conservaron su fe en medio de la más violenta y tempestuosa oposición. Aunque degollados por la espada de Saboya y quemados en la hoguera romanista, defendieron con firmeza la Palabra de Dios y su honor. Ellos no habían cedido una tilde de la verdad.

Tras los elevados baluartes de sus montañas, refugio de los perseguidos y oprimidos en todas las edades, hallaron los valdenses seguro escondite. Allí se mantuvo encendida la lámpara de la verdad durante la noche larga que (70) descendió sobre la cristiandad. Allí conservaron por mil años su antigua fe.

Dios había provisto para su pueblo un santuario de terrible grandeza como convenía a las grandes verdades que les había confiado. Para aquellos fieles desterrados, las montañas eran un emblema de la justicia inmutable de Jehová. Señalaban a sus hijos aquellas altas cumbres que a manera de torres se erguían en inalterable majestad y les hablaban de Aquel en quien no hay mudanza ni sombra de variación, cuya palabra es tan firme como los montes eternos. Dios había afirmado las montañas y las había ceñido de fortaleza; ningún brazo podía removerlas de su lugar, sino sólo el del Poder infinito. Asimismo había establecido su ley, fundamento de su gobierno en el Cielo y en la tierra. El brazo del hombre podía alcanzar a sus semejantes y quitarles la vida; pero antes podría desarraigar las montañas de sus cimientos y arrojarlas al mar que modificar un precepto de la ley de Jehová, o borrar una de las promesas hechas a los que cumplen su voluntad. En su fidelidad a la ley, los siervos de Dios tenían que ser tan firmes como las inmutables montañas.

Los montes que circundaban sus hondos valles atestiguaban constantemente el poder creador de Dios y constituían una garantía de la protección que Él les deparaba. Aquellos peregrinos aprendieron a cobrar cariño a esos símbolos mudos de la presencia de Jehová. No se quejaban por las dificultades de su vida; y nunca se sentían solos en medio de la soledad de los montes. Daban gracias a Dios por haberles dado un refugio donde librarse de la crueldad y de la ira de los hombres. Se regocijaban de poder adorarle libremente. Muchas veces, cuando eran perseguidos por sus enemigos (71), sus fortalezas naturales eran su segura defensa. En más de un encumbrado risco cantaron las alabanzas de Dios, y los ejércitos de Roma no podían acallar sus cantos de acción de gracias.

Pura, sencilla y ferviente fue la piedad de estos discípulos de Cristo. Apreciaban los principios de verdad más que las casas, las tierras, los amigos y parientes más que la vida misma. Trataban ansiosamente de inculcar estos principios en los corazones de los jóvenes. Desde su más tierna edad, éstos recibían instrucción en las Sagradas Escrituras y se les enseñaba a considerar sagrados los requerimientos de la ley de Dios. Los ejemplares de la Biblia eran raros; por eso se aprendían de memoria sus preciosas palabras. Muchos podían recitar grandes porciones del Antiguo Testamento y del Nuevo. Los pensamientos referentes a Dios se asociaban con las escenas sublimes de la naturaleza y con las humildes bendiciones de la vida cotidiana. Los niños aprendían a ser agradecidos a Dios como al dispensador de todos los favores y de todos los consuelos.

Como padres tiernos y afectuosos, amaban a sus hijos con demasiada inteligencia para acostumarlos a la complacencia de los apetitos. Les esperaba una vida de pruebas y privaciones y tal vez el martirio. Desde niños se les acostumbraba a sufrir penurias, a ser sumisos y, sin embargo, capaces de pensar y obrar por sí mismos. Desde temprano se les enseñaba a llevar responsabilidades, a hablar con prudencia y a apreciar el valor del silencio. Una palabra indiscreta que llegara a oídos del enemigo, podía no sólo hacer peligrar la vida del que la profería, sino la de centenares de sus hermanos; porque así como los lobos acometen su presa, los enemigos de la verdad perseguían a los que se atrevían a abogar por la libertad de la fe religiosa (72.)

Los valdenses habían sacrificado su prosperidad mundana por causa de la verdad y trabajaban con incansable paciencia para conseguirse el pan. Aprovechaban cuidadosamente todo pedazo de suelo cultivable entre las montañas, y hacían producir a los valles y a las faldas de los cerros menos fértiles. La economía y la abnegación más rigurosa formaban parte de la educación que recibían los niños como único legado. Se les enseñaba que Dios había determinado que la vida fuese una disciplina y que sus necesidades sólo podían ser satisfechas mediante el trabajo personal, la previsión, el

cuidado y la fe. Este procedimiento era laborioso y fatigoso, pero saludable. Es precisamente lo que necesita el hombre en su condición caída, la escuela que Dios le proveyó para su educación y desarrollo.

Mientras que se acostumbraba a los jóvenes al trabajo y a las privaciones, no se descuidaba la cultura de su inteligencia. Se les enseñaba que todas sus facultades pertenecían a Dios y que todas debían ser aprovechadas y desarrolladas para servirle.

La iglesia de los Alpes, en su pureza y su simplicidad, se pareció a la iglesia en los primeros siglos. Los pastores del rebaño guiaron su cargo a la fuente de aguas vivas, - la Palabra de Dios. En los declives herbosos de los valles, o en alguna cañada albergada entre las colinas, la gente se reunió alrededor de los siervos de Cristo para escuchar las palabras de verdad.

Aquí la juventud recibió instrucción. La Biblia era su libro de texto. Estudiaron y aprendieron de memoria las palabras de la Sagrada Escritura. Una porción considerable de su tiempo fue gastada, también, en reproducir copias de las Escrituras. Algunos manuscritos contenían la Biblia entera y otros solamente selecciones breves (73), trozos escogidos, a los cuales agregaban algunas sencillas explicaciones del texto los que eran capaces de exponer las Escrituras. Así se sacaban a luz los tesoros de la verdad que por tanto tiempo habían ocultado los que querían elevarse a sí mismos sobre Dios.

Trabajando con paciencia y tenacidad en profundas y oscuras cavernas de la tierra, alumbrándose con antorchas, copiaban las Sagradas Escrituras, versículo por versículo, y capítulo por capítulo. Así proseguía la obra y la Palabra revelada de Dios brillaba como oro puro; pero sólo los que se empeñaban en esa obra podían discernir cuánto más pura, radiante y bella era aquella luz por efecto de las grandes pruebas que sufrían ellos. Angeles del Cielo rodeaban a tan fieles servidores.

Satanás había incitado a los sacerdotes del papa a que sepultaran la Palabra de verdad bajo los escombros del error, la herejía y la superstición; pero ella conservó de un modo maravilloso su pureza a través de todas las edades tenebrosas. No llevaba la marca del hombre sino el sello de Dios. Incansables han sido los esfuerzos del hombre para obscurecer la sencillez y claridad de las Santas Escrituras y para hacerles contradecir su propio testimonio, pero a semejanza del arca que flotó sobre las olas agitadas y profundas, la Palabra de Dios cruza ileso las tempestades que amenazan destruirla. Como las minas tienen ricas vetas de oro y plata ocultas bajo la superficie de la tierra, de manera que todo el que quiere hallar el precioso depósito debe forzosamente cavar para encontrarlo, así también contienen las Sagradas Escrituras tesoros de verdad que sólo se revelan a quien los busca con sinceridad, humildad y abnegación. Dios se había propuesto que la Biblia fuese un libro de instrucción para toda la humanidad en la niñez, en la juventud y en la edad adulta, y que fuese estudiada en todo tiempo. Dio su Palabra a los hombres como una revelación de sí mismo (74.) Cada verdad que vamos descubriendo es una nueva revelación del carácter de su Autor. El estudio de las Sagradas Escrituras es el medio divinamente instituido para poner a los hombres en comunión más estrecha con su Creador y para darles a conocer más claramente su voluntad. Es el medio de comunicación entre Dios y el hombre.

Cuando la juventud valdense había asistido algún tiempo a sus escuelas en las montañas, algunos de ellos fueron enviados para completar su educación en las ciudades grandes, donde pudieron tener una extensión más amplia para el pensamiento y la observación que en sus hogares apartados. Los jóvenes así enviados estaban expuestos a las tentaciones, presenciaban de cerca los vicios y tropezaban con los astutos agentes de Satanás que les insinuaban las herejías más sutiles y los más peligrosos engaños. Pero

habían recibido desde la niñez una sólida educación que los preparara convenientemente para hacer frente a todo esto.

En las escuelas adonde iban no debían intimar con nadie. Su ropa estaba confeccionada de tal modo que podía muy bien ocultar el mayor de sus tesoros: los preciosos manuscritos de las Sagradas Escrituras. Estos, que eran el fruto de meses y años de trabajo, los llevaban consigo, y, siempre que podían hacerlo sin despertar sospecha, ponían cautelosamente alguna porción de la Biblia al alcance de aquellos cuyo corazón parecía dispuesto a recibirlo. La juventud valdense era educada con tal objeto desde el regazo de la madre; comprendía su obra y la desempeñaba con fidelidad. En estas casas de estudios se ganaban conversos a la verdadera fe, y con frecuencia se veía que sus principios compenetraban toda la escuela; con todo, los dirigentes papales no podían encontrar, ni aun apelando a minuciosa investigación, la fuente de lo que ellos llamaban herejía corruptora (75.)

Los valdenses sintieron que Dios requería más de ellos que meramente mantener la verdad en sus montañas propias; que una responsabilidad solemne descansaba sobre ellos, permitir su resplandor de luz delante de aquellos que estuvieron en oscuridad; que por el gran poder de la Palabra de Dios, podrían romper la esclavitud que Roma había impuesto. Era una ley entre ellos que todo aquel quien entraba al ministerio debería, antes de cuidar una iglesia en casa, servir tres años en el campo misionero. Como se pusieron las manos de los hombres de Dios sobre sus cabezas la juventud vio ante ellas, no la perspectiva de riqueza o gloria terrenal, pero posiblemente el destino de un mártir. Los misioneros empezaron sus trabajos en los llanos y valles al pie de sus montañas propias, yendo adelante dos y dos, como Jesús envió a fuera sus discípulos. No andaban siempre juntos, pero con frecuencia se reunían para orar y conferenciar, y de este modo se fortalecían uno a otro en la fe.

Hacer saber la naturaleza de su misión hubiera bastado para asegurar su fracaso; así que ocultaban su verdadero carácter bajo el modo de alguna profesión secular, muy comúnmente de comerciantes o buhoneros. Ofrecieron sedas de venta, joyas, y otros artículos valiosos, y fueron recibidos como comerciantes allí donde se les habría repelidos como misioneros. Constantemente elevaban su corazón a Dios pidiéndole sabiduría para poder exhibir a las gentes un tesoro más precioso que el oro y que las joyas que vendían. Llevaban siempre ejemplares porciones de las Sagradas Escrituras ocultos en sus vestidos o su mercancía, y siempre que pudieron hacer eso con seguridad, llamaban la atención de los residentes de la morada a estos manuscritos. Cuando veían que un interés era despertado, dejaban alguna porción con ellos como un regalo (76.)

Con los pies desnudos y en vestidos rústicos, estos misioneros pasaron a través de ciudades grandes y atravesaron provincias lejos de sus valles nativos. Por todas partes esparcieron la semilla preciosa. Doquiera fueron se levantaban iglesias, y la sangre de mártires daba testimonio de la verdad. El día de Dios pondrá de manifiesto una rica cosecha de almas segadas por aquellos hombres tan fieles. A escondidas y en silencio la Palabra de Dios se abría paso por la Cristiandad y encontraba buena acogida en los hogares y en los corazones de los hombres.

Para los valdenses, las Sagradas Escrituras no contenían tan sólo los anales del trato que Dios tuvo con los hombres en lo pasado y una revelación de las responsabilidades y deberes de lo presente, sino una manifestación de los peligros y glorias de lo porvenir. Creían que no distaba mucho el fin de todas las cosas, y al estudiar la Biblia con oración y lágrimas, tanto más los impresionaban sus preciosas enseñanzas y la obligación que tenían de dar a conocer a otros sus verdades. Veían claramente revelado en la Palabra de Dios el plan de la salvación, y hallaban consuelo,

esperanza y paz, creyendo en Jesús. A medida que la luz iluminaba su entendimiento y alegraba sus corazones, deseaban con ansia ver derramarse sus rayos sobre aquellos que se hallaban en la obscuridad del error papal.

Veían que muchos, guiados por el papa y los sacerdotes, se esforzaban en vano por obtener el perdón mediante las mortificaciones que imponían a sus cuerpos por el pecado de sus almas. Como se les enseñaba a confiar en sus buenas obras para obtener la salvación, se fijaban siempre en sí mismos, pensando continuamente en lo pecaminoso de su condición, viéndose expuestos a la ira de Dios, afligiendo (77) su cuerpo y su alma sin encontrar alivio. Así es como las doctrinas de Roma tenían sujetas a las almas concienzudas. Millares abandonaban amigos y parientes y se pasaban la vida en las celdas de un convento. Trataban en vano de hallar paz para sus conciencias con repetidos ayunos y crueles azotes y vigiliias, postrados por largas horas sobre las losas frías y húmedas de sus tristes habitaciones, con largas peregrinaciones, con sacrificios humillantes y con horribles torturas. Agobiados por el sentido del pecado y perseguidos por el temor de la ira vengadora de Dios, ellos se sometían a padecimientos hasta que la naturaleza exhausta concluía por sucumbir y bajaban al sepulcro sin un rayo de luz o de esperanza.

Los valdenses ansiaban compartir el pan de vida con aquellas almas hambrientas, presentándoles los mensajes de paz contenidos en las promesas de Dios y enseñándoles a Cristo como su única esperanza de salvación. Tenían por falsa la doctrina de que las buenas obras pueden hacer satisfacción para la transgresión de la ley de Dios. La confianza que se deposita en el mérito humano hace perder de vista el amor infinito de Cristo. Jesús murió en sacrificio por el hombre porque la raza caída no tiene en sí misma nada que pueda hacer valer ante Dios. Los méritos de un Salvador crucificado y resucitado son el fundamento de la fe del cristiano. La unión del alma a Cristo por fe es tan real, tan cercana, como es un miembro con el cuerpo, o de una rama con la parra.

Las enseñanzas de los papas y de los sacerdotes habían inducido a los hombres a considerar el carácter de Dios, y aun el de Cristo, como austero, tétrico y antipático. Se representaba al Salvador tan desprovisto de toda simpatía hacia los hombres caídos, que era necesario invocar la mediación de los sacerdotes y de los santos (78.) Aquellos cuya inteligencia había sido iluminada por la Palabra de Dios ansiaban mostrar a estas almas que Jesús es un Salvador compasivo y amante, que con los brazos abiertos invita a que vayan a Él todos los cargados de pecados, cuidados y cansancio. Anhelaban derribar los obstáculos que Satanás había ido amontonando para impedir a los hombres que viesan las promesas y fueran directamente a Dios para confesar sus pecados y obtener perdón y paz.

Los misioneros valdenses se empeñaban en descubrir a los espíritus investigadores las verdades preciosas del Evangelio, y con muchas precauciones les presentaban porciones de la Palabra de Dios esmeradamente escritas. Su mayor gozo era infundir esperanza a las almas sinceras y agobiadas por el peso del pecado, que no podían ver en Dios más que un juez justiciero y vengativo. Con voz temblorosa y lágrimas en los ojos y muchas veces hincados de hinojos, presentaban a sus hermanos las preciosas promesas que revelaban la única esperanza del pecador. De este modo la luz de la verdad penetraba en muchas mentes obscurecidas, disipando las nubes de tristeza hasta que el Sol de Justicia brillaba en el corazón impartiendo salud con sus rayos. Leían una y otra vez alguna parte de las Sagradas Escrituras a petición del que escuchaba, que quería asegurarse de que había oído bien. Lo que se deseaba en forma especial era la repetición de estas palabras: “La sangre de Jesucristo su hijo nos limpia de todo pecado.” (1 S. Juan 1:7.) “Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así

también tiene que ser levantado el Hijo del hombre; para que todo aquel que cree en Él, no perezca, sino que tenga vida eterna.” (S. Juan 3:14,15.)

Muchos no se dejaban engañar por los asertos de Roma. Comprendían la nulidad de la mediación de hombres (79) o ángeles en favor del pecador. Cuando la aurora de la luz verdadera alumbraba su entendimiento exclamaban con alborozo: “Cristo es mi Sacerdote, su sangre es mi sacrificio, su altar es mi confesionario.” Confiaban plenamente en los méritos de Jesús, y repetían las palabras: “Sin fe es imposible agradar a Dios.” (Hebreos 11:6.) “Porque no hay otro nombre bajo el Cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos.” (Hechos 4:12.)

La seguridad del amor del Salvador era cosa que muchas de estas pobres almas agitadas por los vientos de la tempestad no podían concebir. Tan grande era el alivio que les traía, tan inmensa la profusión de luz que sobre ellos derramaba, que se creían arrebatados al Cielo. Con plena confianza ponían su mano en la de Cristo; sus pies se asentaban sobre la Roca de los siglos. Perdían todo temor a la muerte. Ya podían ambicionar la cárcel y la hoguera si por su medio podían honrar el nombre de su Redentor.

En lugares secretos la Palabra de Dios era así sacada a luz y leída a veces a una sola alma, y en ocasiones a algún pequeño grupo que deseaba con ansias la luz y la verdad. Con frecuencia se pasaba toda la noche de esa manera. Tan grandes eran el asombro y la admiración de los que escuchaban, que el mensajero de la misericordia, con no poca frecuencia se veía obligado a suspender la lectura hasta que el entendimiento llegara a darse bien cuenta del mensaje de salvación. A menudo se proferían palabras como éstas: “¿Aceptará Dios en verdad *mi* ofrenda?” “¿*Me* mirará con ternura?” “¿*Me* perdonará?” La respuesta que se les leía era: “¡Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, y yo os haré descansar!” (S. Mateo 11:28.)

La fe se aferra de las promesas, y se oye esta alegre respuesta: “Ya no habrá que hacer más peregrinaciones, ni viajes (80) penosos a los santuarios. Puedo acudir a Jesús, tal como soy, pecador e impío, seguro de que no desechará la oración de arrepentimiento. 'Los pecados te son perdonados.' ¡Los míos, sí, aun los míos pueden ser perdonados!”

Un raudal de santo gozo llenaba el corazón, y el nombre de Jesús era ensalzado con alabanza y acción de gracias. Esas almas felices volvían a sus hogares a derramar luz, para contar a otros, lo mejor que podían, lo que habían experimentado y cómo habían encontrado el verdadero Camino. Había un poder extraño y solemne en las palabras de la Santa Escritura que hablaba directamente al corazón de aquellos que anhelaban la verdad. Era la voz de Dios que llevaba el convencimiento a los que oían.

El mensajero de la verdad proseguía su camino; pero su apariencia humilde, su sinceridad, su formalidad y su fervor profundo se prestaban a frecuentes observaciones. En muchas ocasiones sus oyentes no le preguntaban de dónde venía ni adónde iba. Tan embargados se hallaban al principio por la sorpresa y después por la gratitud y el gozo, que no se les ocurría hacerle preguntas. Cuando le habían instado a que los acompañara a sus casas, les había contestado que debía primero ir a visitar las ovejas perdidas del rebaño. ¿Sería un ángel del Cielo? se preguntaban.

En muchas ocasiones no se volvía a ver al mensajero de la verdad. Se había marchado a otras tierras, o su vida se consumía en algún calabozo desconocido, o quizá sus huesos blanqueaban en el sitio mismo donde había muerto dando testimonio por la verdad. Pero las palabras que había pronunciado no podían desvanecerse. Hacían su obra en el corazón de los hombres, y sólo en el día del juicio se conocerán plenamente sus preciosos resultados (81.)

Los misioneros valdenses invadían el reino de Satanás y los poderes de las tinieblas se sintieron incitados a mayor vigilancia. Cada esfuerzo que se hacía para que la verdad avanzara era observado por el príncipe del mal, y éste atizaba los temores de sus agentes. Los caudillos papales veían peligrar su causa debido a los trabajos de estos humildes viandantes. Si permitían que la luz de la verdad brillara sin impedimento, disiparía las densas nieblas del error que envolvían a la gente; guiaría los espíritus de los hombres hacia Dios solo y destruiría al fin la supremacía de Roma.

La misma existencia de estos creyentes que guardaban la fe de la primitiva iglesia era un testimonio constante contra la apostasía de Roma, y por lo tanto despertaba el odio y la persecución más implacables. Era además una ofensa que Roma no podía tolerar el que se negasen a entregar las Sagradas Escrituras. Determinó raerlos de la superficie de la tierra. Entonces empezaron las más terribles cruzadas contra el pueblo de Dios en sus hogares de las montañas. Se lanzaron inquisidores sobre sus huellas, y la escena del inocente Abel cayendo ante el asesino Caín se repitió con frecuencia.

Una y otra vez fueron asolados sus feraces campos, destruidas sus habitaciones y sus capillas, de modo que de lo que habían sido campos florecientes y hogares de cristianos sencillos y hacendosos no quedaba más que un desierto. Como la fiera que se enfurece más y más al probar la sangre, así se enardecía la saña de los siervos del papa con los sufrimientos de sus víctimas. A muchos de estos testigos de la fe pura se les perseguía por las montañas y se les cazaba por los valles donde estaban escondidos, entre bosques espesos y cumbres roqueñas (82.)

Ningún cargo se le podía hacer al carácter moral de esta gente proscrita. Sus mismos enemigos la tenían por gente pacífica, sosegada y piadosa. Su gran crimen consistía en que no querían adorar a Dios conforme a la voluntad del papa. Y por este crimen se les infligían todos los ultrajes, humillaciones y torturas que los hombres o los demonios podían inventar.

Una vez que Roma resolvió exterminar la secta odiada, el papa expidió una bula en que condenaba a sus miembros como herejes y los entregaba a la matanza. No se les acusaba de holgazanes, ni de deshonestos, ni de desordenados, pero se declaró que tenían una apariencia de piedad y santidad que seducía “a las ovejas del verdadero rebaño.” Por lo tanto el papa ordenó que si “la maligna y abominable secta de malvados,” rehusaba abjurar, “fuese aplastada como serpiente venenosa.” ¿Esperaba este altivo potentado tener que hacer frente otra vez a estas palabras? ¿Sabía que se hallaban archivadas en los libros del Cielo para confundirle en el día del juicio? “En cuanto lo hicisteis a uno de éstos mis hermanos más pequeños - dijo Jesús, - a mí me lo hicisteis.” (S. Mateo 25:40.)

Esta bula invitó a todos los católicos a levantar la cruz contra los herejes. Con el propósito de estimularlos en tan despiadada empresa, les absolvía de toda pena o penalidad eclesiástica, esta libró a todos los que se unieran a la cruzada de algunos juramentos que ellos habían tomado; esto legalizó sus títulos sobre cualquiera propiedad que hubieran adquirido ilegalmente, y prometía la remisión de todos sus pecados a aquellos que mataran a cualquier hereje. Anulaba todo contrato hecho en favor de los valdenses; ordenaba a los criados de éstos que los abandonasen; prohibía a (83) todos que les prestasen ayuda de cualquiera clase y los autorizaba para tomar posesión de sus propiedades. Cuán claramente este documento muestra qué espíritu satánico obraba detrás del escenario; es el rugido del dragón, y no la voz de Cristo, lo que en él se dejaba oír.

Los jefes papales no quisieron conformar su carácter con el gran modelo dado en la ley de Dios, sino que levantaron modelo a su gusto y determinaron obligar a todos a

ajustarse a éste porque así lo había dispuesto Roma. Se perpetraron las más horribles tragedias. Los sacerdotes y papas corrompidos y blasfemos hacían la obra que Satanás les señalara. No había cabida para la misericordia en sus corazones. El mismo espíritu que crucificara a Cristo y que matara a los apóstoles, el mismo que impulsara al sanguinario Nerón contra los fieles de su tiempo, estaba empeñado en exterminar a aquellos que eran amados de Dios.

Las persecuciones que por muchos siglos cayeron sobre esta gente temerosa de Dios fueron soportadas por ella con una paciencia y constancia que honraban a su Redentor. No obstante las cruzadas lanzadas contra ellos y la inhumana matanza a que fueron entregados, siguieron enviando a sus misioneros a diseminar la preciosa verdad. Se los buscaba para darles muerte; su sangre regó la semilla sembrada, que no dejó de dar fruto. De esta manera fueron los valdenses testigos de Dios siglos antes del nacimiento de Lutero. Esparcidos por muchas tierras, arrojaron la semilla de la Reforma que brotó en tiempo de Wiclef, se desarrolló y echó raíces en días de Lutero, para seguir creciendo hasta el fin de los tiempos mediante el esfuerzo de todos cuantos estén listos para sufrirlo todo “por causa de la Palabra de Dios y del testimonio de Jesucristo.” (Apocalipsis 1:9) (84.)

Capítulo V

Los primeros Reformadores

Tan amargo había sido la guerra hecha contra la Biblia, que a veces muy pocas copias estuvieron en existencia; pero Dios no había permitido que su Palabra fuese destruida completamente. Sus verdades no habían de quedar ocultas para siempre. Le era tan fácil quitar las cadenas a las palabras de vida como abrir las puertas de las cárceles y quitar los cerrojos a las puertas de hierro para poner en libertad a sus siervos. En los diferentes países de Europa hubo hombres que se sintieron impulsados por el Espíritu de Dios a buscar la verdad como un tesoro escondido, y que, siendo guiados providencialmente hacia las Santas Escrituras, estudiaron las sagradas páginas con el más profundo interés. Deseaban adquirir la luz a cualquier costo. Aunque no lo veían todo con claridad, pudieron discernir muchas verdades que hacía tiempo yacían sepultadas. Iban como mensajeros enviados del Cielo, rompiendo las ligaduras del error y la superstición, y exhortando a los que por tanto tiempo habían permanecido esclavos, a que se levantaran y afirmaran su libertad.

Salvo entre los valdenses, la Palabra de Dios había quedado encerrada dentro de los límites de idiomas conocidos tan sólo por la gente instruida; pero llegó el tiempo en que las Sagradas Escrituras iban a ser traducidas y entregadas a gentes de diversas tierras en su propio idioma. Había ya pasado la obscura medianoche para el mundo; fenecían las horas de tinieblas (85), y en muchas partes aparecían señales del alba que estaba para rayar.

En el siglo XIV salió en Inglaterra “el lucero de la Reforma,” Juan Wiclef, que fue el heraldo de la Reforma no sólo para Inglaterra sino para toda la cristiandad. Era el progenitor de los puritanos; su era fue un oasis en el desierto.

Recibió Wiclef una educación liberal y para él era el amor de Jehová el principio de la sabiduría. Se distinguió en el colegio por su ferviente piedad, a la vez que por su talento notable y su profunda erudición. Fue educado en el derecho civil y la ley de canon, y trataron de hacerse familiarizar con cada ramo de conocimiento. En sus

trabajos posteriores el valor de esta disciplina temprana era aparente. Mientras pudo manejar la espada del Espíritu Santo, fue familiarizado también con la práctica de las escuelas. Esta combinación de realizaciones ganó para él, el respeto de todos los grupos. Sus partidarios vieron con satisfacción que su maestro era delantero entre los sabios y doctores de su tiempo. El Señor vio justo confiar el trabajo de Reforma a una cuya habilidad intelectual daría carácter y dignidad a sus trabajos. Éste hizo callar la voz de desprecio, e impidió a los adversarios de verdad de intentar poner descrédito sobre su causa ridiculizando la ignorancia del abogado.

Cuando Wiclef había dominado el aprendizaje de las escuelas, entró sobre el estudio de las Escrituras. Cada tema al cual dio vuelta su atención estaba acostumbrado a investigarlo profundamente, y persiguió el mismo curso con la Biblia. Hasta entonces había experimentado una necesidad que ni sus estudios escolares ni las enseñanzas de la iglesia habían podido satisfacer (86.) Encontró en la Palabra de Dios lo que antes había buscado en vano. En ella halló revelado el plan de la salvación, y vio a Cristo representado como el único abogado para el hombre. Vio que Roma había abandonado las sendas Bíblicas por tradiciones humanas. Se entregó al servicio de Cristo y resolvió proclamar las verdades que había descubierto.

Comenzó con gran prudencia, pero como discernió más claramente los errores del papado, enseñó más seriamente la doctrina de fe. Su conocimiento de teología, su mente penetrante, la pureza de su vida, y su valor inflexible e integridad, ganaron para él confianza general y estima. Era un maestro capaz y serio, y un predicador elocuente, y su vida diaria eran una demostración de las verdades que predicaba. Él acusó al clero de haber desterrado las Sagradas Escrituras, y demandó que la autoridad de la Biblia debería ser restablecida en la iglesia. Muchos de entre el pueblo estaban descontentos con su antiguo credo al ver las iniquidades que prevalecían en la iglesia de Roma, y con inmenso regocijo recibieron las verdades expuestas en estas discusiones, pero los caudillos papistas temblaron con rabia cuando observaron que el reformador estaba adquiriendo una influencia superior a la de ellos.

Wiclef era un pensador claro y un detector agudo del error, y él golpeó audazmente contra muchos de los abusos sancionados por la autoridad de Roma. Así trajo sobre sí mismo la enemistad del papa y sus partidarios. Los intentos repetidos fueron hechos para condenarlo y ejecutarlo por herejía; pero Dios le había dado el favor con príncipes, que estuvieron en su defensa (87.) Mientras desempeñaba el cargo de capellán del rey, se opuso osadamente al pago de los tributos que el papa exigía al monarca Inglés, y demostró que la pretensión del pontífice al asumir autoridad sobre los gobiernos seculares era contraria a razón y revelación. Algunos años más tarde defendió hábilmente los derechos de la corona inglesa contra las usurpaciones del poder papista. La gente y la nobleza de Inglaterra se unieron con él, y sus enemigos no pudieron llevar a cabo nada contra él. Hubo una ocasión, cuando fue sometido a juicio ante un sínodo de obispos, la gente rodeó el edificio donde el sínodo se reunió, y, entrando rápidamente, estuvieron entre él y todo daño.

Para este tiempo, hubo contienda en la iglesia por las demandas contradictorias de dos papas rivales. Cada uno profesó infalibilidad, y demandó obediencia. Cada uno llamó sobre los fieles ayudarlo hacer guerra sobre el otro imponiendo su demanda con terribles anatemas contra sus adversarios y las promesas de recompensas en el Cielo a sus partidarios. Esta ocurrencia debilitó grandemente el poder del papado, y salvó a Wiclef de persecuciones posteriores.

Dios había preservado su siervo para trabajos más importantes. Como su Maestro, predicaba Wiclef el Evangelio a los pobres. Siendo profesor de teología

presentaba la verdad a los estudiantes con tanta fidelidad, que mereció el título de “Doctor evangélico.” En su parroquia se dirigía a la gente como un amigo y pastor.

Pero la obra más grande de su vida era la traducción de las Escrituras en el idioma inglés. Ésta era la primera traducción en Inglés completa jamás hecha. El arte de imprimir siendo aún desconocido (88), era solamente para trabajos lentos y aburridos que las copias de la obra podían ser multiplicados; sin embargo se hizo ésto, y la gente de Inglaterra recibió la Biblia en su lengua propia. Así la luz de la Palabra de Dios empezó a arrojar sus rayos brillantes a través de la oscuridad. Una mano divina estaba preparando el camino para la Gran Reforma.

Como el sagrado libro apelaba a la razón, logró despertar a los hombres de su pasiva sumisión a los dogmas papales. Las Sagradas Escrituras fueron recibidas con favor por las clases más altas, que solo en esa edad poseían un conocimiento de letras. Wiclef enseñaba las doctrinas distintivas del protestantismo: la salvación por medio de la fe en Cristo y la infalibilidad única de las Sagradas Escrituras. Muchos sacerdotes se unieron con él en la circulación de la Biblia y en la predicación del Evangelio; de tal manera que grande era el efecto de estos trabajos y de los escritos de Wiclef, que la fe nueva fue aceptada por casi la mitad de la gente de Inglaterra. El reino de oscuridad tembló. Frailes mendigos, que pululaban en Inglaterra, escucharon con ira y asombro a sus expresiones elocuentes y atrevidas. Se encendió el odio de Roma con intensidad más grande, y otra vez conspiró hacer callar la voz del reformador. Pero el Señor cubrió con Su escudo al mensajero de la verdad. Los esfuerzos de sus enemigos para parar su trabajo y destruir su vida eran igualmente sin éxito, y en sus primeros sesenta años él murió en paz en el servicio mismo del altar.

Las doctrinas que enseñó Wiclef siguieron cundiendo por algún tiempo; pero pronto la tempestad de la despiadada persecución se desató sobre aquellos que se atrevían a aceptar la Biblia como guía y patrón. Los martirios seguían a los martirios. Los que abogaban (89) por la verdad eran desterrados o atormentados y sólo podían sufriendo clamar al oído del Dios de Sabaoth. Los reformadores perseguidos encontraron refugio como mejor pudieron entre las clases más bajas, predicando en lugares secretos, y escondiéndose lejos hasta en cavernas y cuevas. Muchos fueron testigos intrépidos por la verdad en calabozos masivos y las torres de Lollard.

Los papistas fracasaron en su intento de perjudicar a Wiclef durante su vida, y su odio no podía aplacarse mientras que los restos del reformador siguieran descansando en la paz del sepulcro. Más de cuarenta años después de la muerte de Wiclef sus huesos fueron exhumados y quemados públicamente, y las cenizas arrojadas a un arroyo cercano. “Ese arroyo - dice un antiguo escritor - llevó las cenizas al río Avón, el Avón al Severna, el Severna a los mares y éstos al océano; y así es como las cenizas de Wiclef son emblema de sus doctrinas, las cuales se hallan esparcidas hoy día por el mundo entero.” ¡Cuán poco alcanzaron a comprender sus enemigos el significado de su acto perverso!

Por medio de los escritos de Wiclef, Juan Hus de Bohemia, fue inducido a renunciar muchos de los errores de Roma y a asociarse a la obra de Reforma. Como Wiclef, Hus era un cristiano noble, un hombre de conocimiento y de devoción inquebrantable a la verdad. Sus apelaciones a las Sagradas Escrituras y sus denuncias atrevidas de las vidas escandalosas e inmorales del clero, despertaron interés extenso, y millares gustosamente aceptaron una fe más pura. Esto agitó la ira del papa y prelados, sacerdotes y frailes, y Hus fue convocado para comparecer ante el Consejo de Constanza para contestar a la acusación de herejía.

Se le otorgó un salvoconducto por el (90) emperador Alemán, y sobre su llegada a Constanza era personalmente asegurado por el papa que ninguna injusticia se le haría.

Sin embargo, en poco tiempo, fue colocado bajo arresto, por orden del papa y los cardenales, y empujado en un calabozo repugnante. Algunos de los nobles y la gente de Bohemia se dirigieron al consejo con protestas serias contra este ultraje. El emperador que estuvo poco dispuesto para permitir la violación de un salvoconducto, se opuso a los procedimientos contra él. Pero los enemigos del reformador eran malignos y determinantes. Apelaron a los perjuicios del emperador, a sus temores, a su celo por la iglesia. Ellos plantearon argumentos de largo alcance para comprobar que estaba perfectamente en la libertad de no mantener la fe con un hereje; y que el consejo, estando sobre el emperador, podía liberarle de su palabra. Así prevalecieron.

Después de un juicio largo, en el que mantuvo firmemente la verdad, se requirió a Hus escoger entre retractarse de sus doctrinas o sufrir la muerte. Eligió el destino del mártir, y después de ver sus libros dados a las llamas, él mismo fue quemado en la estaca. En la presencia de los dignatarios reunidos de la Iglesia y el Estado, el siervo de Dios había proferido una protesta solemne y fiel contra las corrupciones de la jerarquía papal. Su ejecución, en violación desvergonzada de la promesa más solemne y pública de protección, exhibió a todo el mundo la crueldad perfidia de Roma. Los enemigos de verdad, aunque no lo supieron, postergaban la causa que buscaban vanamente destruir.

En la oscuridad de su calabozo, Juan Hus había previsto el triunfo de la fe verdadera. Volviendo en sus sueños (91) a la parroquia humilde donde había predicado el Evangelio, vio al papa y sus obispos borrando los cuadros de Cristo que él había pintado en las paredes de su capilla. La visión le causó gran dolor; pero al día siguiente él fue llenado de alegría de tal forma que miró muchos artistas afanosamente comprometidos en reemplazar las figuras en mayor número y colores más brillantes. Cuando se completó su trabajo, los pintores exclamaron a la muchedumbre inmensa que los rodeaba: “¡Que vengan ahora papas y obispos! ya no las borrarán jamás.” Dijo el reformador cuando relató su sueño: “Estoy seguro que nunca más se borraría la imagen de Cristo. Ellos han querido destruirla; pero será nuevamente pintada en los corazones, por muchos predicadores mejores que yo.”

Pronto después de la muerte de Hus, su amigo fiel Jerónimo, un hombre de la misma piedad ferviente y de erudición más grande, también fue condenado, y encontró su destino en la misma manera. Así perecieron los fieles porta antorchas de Dios. Pero la luz de las verdades que proclamaron, - la luz de su ejemplo heroico, - no podía ser extinguida. También podrían intentar los hombres voltear el sol en su curso, en cuanto a evitar la alborada de ese día que estará hasta entonces rompiendo sobre el mundo.

A pesar de la ira de la persecución, con calma, devoción, ardiente y paciente protesta contra la corrupción predominante de la fe religiosa continuó siendo pronunciada después de la muerte de Wiclef. Como los creyentes en los días apostólicos, muchos libremente sacrificaban sus posesiones mundanas por la causa de Cristo. Aquellos a quienes les fue permitido habitar en sus hogares, con mucho gusto recibieron a sus hermanos que habían sido desterrados de sus hogares (92) y parentesco. Cuando también ellos eran despojados aceptaban la suerte del desprecio, y se regocijaron de que se le permitió sufrir por el bien de la verdad.

Se hicieron esfuerzos extremos para reforzar y extender el poder del papado; pero mientras los papas aún reclamaban ser los representantes de Cristo, sus vidas eran tan corrompidas que le repugnaba a la gente. Con la ayuda de la invención de la imprenta, las Sagradas Escrituras circularon ampliamente, y muchos fueron conducidos a ver que las doctrinas papales no eran sustentadas por la Palabra de Dios.

Cuando un testigo fue forzado a dejar caer la antorcha de la verdad, otro lo tomó de su mano, y con valor impávido lo sostuvo en alto. La lucha abierta dio como resultado la emancipación, no solamente de individuos e iglesias, pero también de

naciones. A través del abismo de cientos de años, los hombres extendieron sus manos para empuñar las manos de los Lollards del tiempo de Wiclef. Bajo Lutero empezó la Reforma en Alemania; Calvin predicó el Evangelio en Francia, Zuinglo en Suiza. El mundo era despertado del sopor de las edades, al ir de país en país sonando las palabras mágicas, “Libertad Religiosa.” (93.)

Capitulo VI

La separación de Lutero de Roma

El mas distinguido de todos los que fueron llamados a guiar a la iglesia de las tinieblas del papado a la luz de una fe más pura, fue Martín Lutero. Celoso, ardiente y abnegado, sin más temor que el temor de Dios y sin reconocer otro fundamento de la fe religiosa que el de las Santas Escrituras, fue Lutero el hombre de su época. Por su medio realizó Dios una gran obra para reformar a la iglesia e iluminar al mundo.

A semejanza de los primeros heraldos del Evangelio, Lutero surgió del seno de la pobreza. Sus primeros años transcurrieron en el humilde hogar de un aldeano de Alemania, que con su oficio de minero ganara los medios necesarios para educar al niño. Quería que ese hijo fuese abogado, pero Dios se había propuesto hacer de él un constructor del gran templo que venía levantándose lentamente en el transcurso de los siglos. Las contrariedades, las privaciones y una disciplina severa constituyeron la escuela donde la Infinita Sabiduría preparara a Lutero para la gran misión que iba a desempeñar.

El padre de Lutero era hombre de robusta y activa inteligencia y de gran fuerza de carácter, honrado, resuelto y franco. Era fiel a las convicciones que le señalaban su deber, sin cuidarse de las consecuencias. Su propio sentido común le hacía mirar con desconfianza el sistema monástico. Le disgustó mucho ver (94) que Lutero, sin su consentimiento, entrara en un monasterio, y pasaron dos años antes que el padre se reconciliara con el hijo, y aun así no cambió de opinión.

Los padres de Lutero velaban con gran esmero por la educación y el gobierno de sus hijos. Procuraban instruirlos en el conocimiento de Dios y en la práctica de las virtudes cristianas. Muchas veces oía el hijo las oraciones que su padre dirigía al Cielo para pedir que Martín tuviera siempre presente el nombre del Señor y contribuyese un día a propagar la verdad. Los padres no desperdiciaban los medios que su trabajo podía proporcionarles, para dedicarse a la cultura moral e intelectual. Hacían esfuerzos sinceros y perseverantes para preparar a sus hijos para una vida piadosa y útil. Siendo siempre firmes y fieles en sus propósitos y obrando a impulsos de su sólido carácter, eran a veces demasiado severos; pero el reformador mismo, si bien reconoció que se habían equivocado en algunos respectos, no dejó de encontrar en su disciplina más cosas dignas de aprobación que de censura.

En la escuela a la cual le enviaran en su tierna edad, Lutero fue tratado con aspereza y hasta con dureza. Tanta era la pobreza de sus padres que al salir de su casa para la escuela de un pueblo cercano, se vio obligado por algún tiempo a ganar su sustento cantando de puerta en puerta y padeciendo hambre con mucha frecuencia. Las ideas religiosas lóbregas y supersticiosas que prevalecían en su tiempo le llenaban de pavor. A veces se iba a acostar con el corazón angustiado, pensando con temor en el sombrío porvenir, y viendo en Dios a un juez inexorable y un cruel tirano más bien que un bondadoso Padre celestial. Mas a pesar de tantos motivos de desaliento (95), Lutero

siguió resueltamente adelante, puesta la vista en un dechado elevado de moral y de cultura intelectual que él había determinado para lograr.

Él tenía sed de conocimiento, y el carácter serio y práctico de su mente lo condujo a desear lo sólido y útil más que lo ostentoso y superficial. Cuando a la edad de dieciocho años ingresó en la universidad de Erfurt, su situación era más favorable y se le ofrecían perspectivas más brillantes que las que había tenido en años anteriores. Sus padres podían entonces mantenerle más desahogadamente merced a la pequeña hacienda que habían logrado con su laboriosidad y sus economías. Y la influencia de amigos juiciosos había borrado un tanto el sedimento de tristeza que dejara en su carácter su primera educación. Ahora se dedicó a estudiar diligentemente los mejores autores, enriqueciendo su entendimiento con diligencia sus maduras reflexiones y haciendo suyo el tesoro de conocimientos de los sabios. Por su buena memoria su despejada imaginación, sus sólidas facultades de raciocinio y su enérgica consagración al estudio vinieron a quedar pronto al frente de sus con discípulos.

El temor del Señor moraba en el corazón de Lutero y le habilitó para mantenerse firme en sus propósitos y siempre humilde delante de Dios. Permanentemente dominado por la convicción de que dependía del auxilio divino, comenzaba cada día con oración y elevaba constantemente su corazón a Dios para pedir su dirección y su auxilio “Orar bien - decía él con frecuencia - es la mejor mitad del estudio.”

Un día, mientras examinaba unos libros en la biblioteca de la universidad descubrió Lutero una Biblia latina. Había oído fragmentos de los Evangelios y de las Epístolas que se leían en el culto público y pensó que eso era todo de la Palabra de Dios. Ahora, por primera vez (96) veía la Biblia completa. Con reverencia mezclada de admiración hojeó las sagradas páginas; con pulso tembloroso y corazón turbado leyó con atención las palabras de vida, deteniéndose a veces para exclamar: ¡Ah! ¡si Dios quisiese darme para mí otro libro como este!” Los ángeles del Cielo estaban a su lado y rayos de luz del trono de Dios revelaban a su entendimiento los tesoros de la verdad. Siempre había tenido temor de ofender a Dios, pero ahora se sentía como nunca antes convencido de que era un pobre pecador.

Un sincero deseo de librarse del pecado y de reconciliarse con Dios le indujo al fin a entrar en un claustro para consagrarse a la vida monástica. Allí se le obligó a desempeñar los trabajos más humillantes y a pedir limosnas de casa en casa. Se hallaba en la edad en que más se apetecen el aprecio y el respeto de todos, y por consiguiente aquellas viles ocupaciones le mortificaban y ofendían sus sentimientos naturales; pero todo lo sobrellevaba con paciencia, creyendo que lo necesitaba por causa de sus pecados.

Dedicaba al estudio todo el tiempo que le dejaban libre sus ocupaciones de cada día y aun robaba al sueño y a sus escasas comidas el tiempo que hubiera tenido que darles. Sobre todo se deleitaba en el estudio de la Palabra de Dios. Había encontrado una Biblia encadenada en el muro del convento, y allá iba con frecuencia a escudriñarla. A medida que se iba convenciendo más y más de su condición de pecador, procuraba por medio de sus obras obtener perdón y paz. Observaba una vida llena de mortificaciones, esforzándose por crucificar la carne por medio de ayunos y vigiliias y azotándose. De ningún sacrificio se contraía para llegar a ser santo y ganar el Cielo. A consecuencia de esta dolorosa disciplina (97) perdió sus fuerzas y sufrió convulsiones y desmayos de los que jamás pudo reponerse enteramente. Pero a pesar de todos sus esfuerzos, su alma agobiada no hallaba alivio, y al fin fue casi arrastrado a la desesperación.

Cuando Lutero creía que todo estaba perdido, Dios le deparó un amigo que le ayudó. El piadoso Staupitz le expuso la Palabra de Dios y le indujo a apartar la mirada

de sí mismo, a dejar de contemplar un castigo venidero infinito por haber violado la ley de Dios, y a acudir a Jesús, el Salvador que le perdonaba sus pecados. “En lugar de martirizarte por tus faltas, échate en los brazos del Redentor. Confía en Él, en la justicia de su vida, en la expiación de su muerte. ...Escucha al Hijo de Dios, que se hizo hombre para asegurarte el favor divino.” “¡Ama a quien primero te amó!” Así se expresaba este mensajero de la misericordia. Sus palabras hicieron honda impresión en el ánimo de Lutero. Después de larga lucha contra los errores que por tanto tiempo albergara, pudo asirse de la verdad y la paz reinó en su alma atormentada.

Lutero fue ordenado sacerdote y se le llamó del claustro a una cátedra de la universidad de Wittenberg. Allí se dedicó al estudio de las Santas Escrituras en las lenguas originales. Comenzó a dar conferencias sobre la Biblia, y de este modo, el libro de los Salmos, los Evangelios y las epístolas fueron abiertos al entendimiento de multitudes, de oyentes que escuchaban aquellas enseñanzas con verdadero deleite. Staupitz, su amigo y superior, le instaba a que ocupara el púlpito y predicase la Palabra de Dios. Lutero vacilaba, sintiéndose indigno de hablar al pueblo en lugar de Cristo. Sólo después de larga lucha consigo mismo se rindió a las súplicas de sus (98) amigos. Era ya poderoso en las Sagradas Escrituras y la gracia del Señor descansaba sobre él. Su elocuencia cautivaba a los oyentes, la claridad y el poder con que presentaba la verdad persuadía a todos y su fervor conmovía los corazones.

Lutero seguía siendo hijo sumiso de la iglesia papal y no pensaba cambiar. La providencia de Dios le llevó a hacer una visita a Roma. Empezó el viaje a pie, hospedándose en los conventos que hallaba en su camino. En un convento en Italia se llenó de asombro al ver el esplendor de los apartamentos, la riqueza de los vestidos, el lujo de la mesa, el despilfarro por todas partes. Consideró Lutero todo aquello que tanto contrastaba con la vida de abnegación y de privaciones que él llevaba, y se quedó perplejo.

Finalmente vislumbró en la distancia la ciudad de las siete colinas. Con profunda emoción, cayó de rodillas y, levantando las manos hacia el Cielo, exclamó; “¡Salve Roma santa, te saludo!” - Entró en la ciudad, visitó las iglesias, prestó oídos a las maravillosas narraciones de los sacerdotes y de los monjes y cumplió con todas las ceremonias de ordenanza. Por todas partes veía escenas que le llenaban de extrañeza y horror. Notó que había iniquidad entre todas las clases del clero. Oyó a los sacerdotes contar chistes indecentes y se escandalizó de la espantosa profanación de que hacían gala los prebostes aun en el acto de decir misa. Al mezclarse con los monjes y con el pueblo descubrió en ellos una vida de disipación y lascivia. Doquiera volviera la cara, tropezaba con libertinaje y corrupción en vez de santidad. “Es increíble - escribió él, - no se podía creer que en Roma se cometían pecados y atrocidades. Si hay un infierno, no puede estar en otra parte que debajo de Roma; y de este abismo salen todos los pecados.” (99.)

Una indulgencia fue prometida por el papa a todo aquel que ascendiera en sus rodillas lo que se conocía como la escalera de Pilato. Un día, mientras estaba Lutero ejecutando este acto, escuchó de pronto estas palabras que como trueno repercutieron en su corazón: “El justo vivirá por la fe.” Se puso de pronto de pie con vergüenza y horror y huyó de la escena de su tontería. Ese pasaje bíblico no dejó nunca de ejercer poderosa influencia en su alma. Desde entonces vio con más claridad que nunca el engaño que significa para el hombre confiar en sus obras para su salvación y cuán necesario es tener fe constante en los méritos de Cristo. Sus ojos se habían abierto y ya no se cerrarían jamás para dar crédito a los engaños satánicos del papado. Al apartar de Roma sus miradas, su corazón se apartó también, y desde entonces la separación se hizo más

pronunciada, hasta que Lutero concluyó por cortar todas sus relaciones con la iglesia papal.

Después de su regreso de Roma, recibió Lutero en la universidad de Wittenberg el grado de doctor en teología. Tenía pues mayor libertad que antes para consagrarse a las Santas Escrituras, que tanto amaba. Había formulado el voto solemne de estudiar cuidadosamente y de predicar con toda fidelidad y por toda la vida la Palabra de Dios, y no los dichos ni las doctrinas de los papas. Ya no sería en lo sucesivo un mero monje, o profesor, sino el heraldo autorizado de la Biblia. Había sido llamado como pastor para apacentar el rebaño de Dios que estaba hambriento y sediento de la verdad. Declaraba firmemente que los cristianos no debieran admitir más doctrinas que las que tuviesen apoyo en la autoridad de las Sagradas Escrituras. Estas palabras minaban los cimientos en que descansaba la supremacía papal. Contenían los principios vitales de la Reforma.

Lutero advirtió que era peligroso ensalzar las doctrinas de los hombres (100) en lugar de la Palabra de Dios. Atacó resueltamente la incredulidad especulativa de los escolásticos y combatió la filosofía y la teología que por tanto tiempo ejercieran su influencia dominadora sobre el pueblo. Denunció el estudio de aquellas disciplinas no sólo como inútil sino como pernicioso, y trató de apartar la mente de sus oyentes de los sofismas de los filósofos y de los teólogos y de hacer que se fijasen más bien en las eternas verdades expuestas por los profetas y los apóstoles.

Era muy precioso el mensaje que Lutero daba a las ansiosas muchedumbres que pendían de sus palabras. Nunca antes habían oído tan hermosas enseñanzas. Las buenas nuevas de un amante Salvador, la seguridad del perdón y de la paz por medio de su sangre expiatoria, regocijaban los corazones e inspiraban en todos una esperanza de vida inmortal. Encendióse así en Wittenberg una luz cuyos rayos iban a esparcirse por todas partes del mundo y que aumentada en esplendor hasta el fin de los tiempos.

Pero la luz y las tinieblas no pueden conciliarse. Entre el error y la verdad hay un conflicto inevitable. Sostener y defender uno de ellos es atacar y vencer al otro. Nuestro Salvador ya lo había declarado: “No he venido para traer paz, sino espada.” (S. Mateo 10:34.) Y el mismo Lutero dijo pocos años después de principiada la Reforma: “Dios no me conduce, pero me dirige adelante. No soy el amo de mis acciones propias. Viviría alegremente en reposo, pero soy dirigido en medio de los tumultos y las revoluciones. En aquella época de su vida estaba a punto de verse obligado a entrar en la contienda.

La iglesia romana hacia comercio con la gracia de Dios. Las mesas de los cambistas (S. Mateo 21:12) habían sido colocadas junto a los altares y llenaba el aire la gritería (101) de los que compraban y vendían. Con el pretexto de reunir fondos para la erección de la iglesia de San Pedro en Roma, se ofrecían en venta pública, con autorización del papa, indulgencias por el pecado. Con el precio de los crímenes se iba a construir un templo para el culto divino, y la piedra angular se echaba sobre cimientos de iniquidad. Empero los mismos medios que Roma para engrandecerse fueron los que hicieron caer el golpe mortal que destruyó su poder y su soberbia. Aquellos medios fueron lo que exasperó al más abnegado y afortunado de los enemigos del papado, y le hizo iniciar la lucha que estremeció el trono de los papas e hizo tambalearse la triple corona en la cabeza del pontífice.

El encargado de la venta de indulgencias en Alemania, un monje llamado Tetzl, era reconocido como culpable de haber cometido las más viles ofensas contra la sociedad y contra la ley de Dios; pero habiendo escapado del castigo que merecieran sus crímenes, recibió el encargo de propagar los planes mercantiles y nada escrupulosos del papa. Con atroz cinismo divulgaba las mentiras más desvergonzadas y contaba leyendas maravillosas para engañar al pueblo ignorante, crédulo y supersticioso. Si hubiese tenido éste la Biblia no se habría dejado engañar. Pero para poderlo sujetar bajo el

dominio del papado, y para acrecentar el poderío y los tesoros de los ambiciosos jefes de la iglesia, se le había privado de la Escritura.

Cuando entraba Tetzal en una ciudad, iba delante de él un mensajero gritando: “La gracia de Dios y la del padre santo están a las puertas de la ciudad.” Y el pueblo recibía al blasfemo usurpador como si hubiera sido el mismo Dios que hubiera descendido del Cielo. El (102) infame tráfico se establecía en la iglesia, y Tetzal ponderaba las indulgencias desde el púlpito como si hubiesen sido el más precioso don de Dios. Declaraba que en virtud de los certificados de perdón que ofrecía, le quedaban perdonados al que comprara las indulgencias aun aquellos pecados que desease cometer después, y que aún el arrepentimiento no era indispensable. Hasta aseguraba a sus oyentes que las indulgencias tenían poder para salvar no sólo a los vivos sino también a los muertos, y que en el instante en que las monedas resonaran al caer en el fondo de su cofre, el alma por la cual se hacía el pago escaparía del purgatorio y se dirigiría al Cielo.

Cuando Simón el Mago intentó comprar a los apóstoles el poder de hacer milagros, Pedro le respondió: “Tu dinero vaya contigo a la perdición, porque has supuesto que el don de Dios se obtenga con dinero.” (Hechos 8:20.) Pero millares de personas aceptaban ávidamente el ofrecimiento de Tetzal. Sus arcas se llenaban de oro y plata. Una salvación que podía comprarse con dinero era más fácil de obtener que la que requería arrepentimiento, fe y un diligente esfuerzo para resistir y vencer el mal.

La doctrina de las indulgencias había encontrado opositores entre hombres instruidos y piadosos del seno mismo de la iglesia de Roma, y eran muchos los que no tenían fe en asertos tan contrarios a la razón y a las Escrituras. Empero ningún obispo se atrevía a levantar la voz para condenar el inicuo tráfico. Los hombres empezaban a turbarse y a inquietarse, y muchos se preguntaban ansiosamente si Dios no obraría por medio de alguno de sus siervos para purificar su iglesia (103.)

Lutero, aunque seguía adhiriéndose estrictamente al papa, estaba horrorizado por las blasfemas declaraciones de los traficantes en indulgencias. Muchos de sus feligreses habían comprado certificados de perdón y no tardaron en acudir a su pastor para confesar sus pecados esperando de él la absolución, no porque fueran penitentes y desearan cambiar de vida, sino el mérito de las indulgencias. Lutero les negó la absolución y les advirtió que como no se arrepintiesen y no reformasen su vida, morirían en sus pecados. Llenos de perplejidad ellos buscaron a Tetzal y le informaron que un monje de Agustín había tratado sus certificados con desprecio y hubo algunos que con toda energía exigieron que les devolviese su dinero. El fraile se llenó de ira. Lanzó las más terribles maldiciones, hizo encender hogueras en las plazas públicas, y declaró que “había recibido del papa la orden de quemar a los herejes que osaran levantarse contra sus santísimas indulgencias.”

Lutero inició entonces resueltamente su obra como campeón de la verdad. Su voz se oyó desde el púlpito en solemne exhortación. Expuso al pueblo el carácter ofensivo del pecado y le enseñó que le es imposible al hombre reducir su culpabilidad o evitar el castigo por sus propias obras. Sólo el arrepentimiento ante Dios y la fe en Cristo podían salvar al pecador. La gracia de Cristo no podía comprarse; era un don gratuito. Aconsejaba a sus oyentes que no comprasen las indulgencias, sino que tuviesen fe en el Redentor crucificado. Refería su dolorosa experiencia personal, diciéndoles que en vano había intentado por medio de la humillación y de las mortificaciones del cuerpo asegurar su salvación, y afirmaba que desde que había dejado de mirarse a sí mismo y había confiado en Cristo, había alcanzado paz y gozo para su corazón (104.)

Viendo que Tetzal seguía con su tráfico y sus impías declaraciones, resolvió Lutero hacer una protesta más enérgica contra semejantes abusos. La fiesta de todos los

Santos era un día importante para Wittenberg. Eran exhibidas entonces las reliquias costosas de la iglesia, plena remisión de pecados a los que visitasen la iglesia e hiciesen confesión de sus culpas. De acuerdo en este día, el pueblo acudía en masa a aquel lugar. En conformidad con este día, la gente en gran número acudió allí. En el día anterior a la fiesta, Lutero fue audazmente a la iglesia, a la cual muchedumbres de adoradores acudían, y él fijó en la puerta noventa y cinco proposiciones contra la doctrina de las indulgencias. En estas tesis él se declara a sí mismo preparado para defenderse contra todos los opositores.

Estas proposiciones atrajeron la atención general. Fueron leídas y vueltas a leer y se repetían por todas partes. Fue muy intensa la excitación que produjeron en la universidad y en toda la ciudad. Demostraban que jamás se había otorgado al papa ni a hombre alguno el poder de perdonar los pecados y de remitir el castigo consiguiente. Todo ello no era sino una farsa, un artificio para ganar dinero valiéndose de las supersticiones del pueblo, un invento de Satanás para destruir las almas de todos los que confíasen en tan necias mentiras. Se probaba además con toda evidencia que el Evangelio de Cristo es el tesoro más valioso de la iglesia, y que la gracia de Dios revelada en él se otorga de balde a los que la buscan por medio del arrepentimiento y de la fe.

Las tesis de Lutero desafiaban a discutir; pero nadie osó aceptar el reto. Las proposiciones hechas por él se esparcieron luego por toda Alemania y en pocas semanas se difundieron por todos los dominios (105) de la Cristiandad. Muchos devotos romanistas, que habían visto y lamentado las terribles iniquidades que prevalecían en la iglesia, pero que no sabían qué hacer para detener su desarrollo, leyeron las proposiciones de Lutero con profundo regocijo, reconociendo en ellas la voz de Dios. Les pareció que el Señor extendía su mano misericordiosa para detener el rápido avance de la marca de corrupción que procedía de la sede de Roma. Los príncipes y los magistrados se alegraron secretamente de que iba a ponerse un freno al arrogante poder que negaba el derecho de apelación.

Pero las multitudes supersticiosas y dadas al pecado se aterrorizaron cuando vieron desvanecerse los sofismas que amortiguaban sus temores. Los astutos eclesiásticos, al ver interrumpida su obra que sancionaba el crimen, y en peligro sus ganancias, se airaron y se unieron para sostener sus pretensiones. El reformador tuvo que hacer frente a implacables acusadores, algunos de los cuales le culpaban de ser violento y ligero para apreciar las cosas. Otros le acusaban de presuntuoso, y declaraban que no era guiado por Dios, sino que obraba a impulso de orgullo y de la audacia. “¿Quién no sabe - respondía él - que rara vez se avanza una idea nueva sin ser tildado de orgullo, y sin ser acusado de buscar disputas? ... ¿Por qué fueron inmolados Jesucristo y todos los mártires? - porque parecieron despreciadores orgullosos de la sabiduría de los tiempos en que vivieron, y porque presentaron verdades nuevas sin haber primero consultado los oráculos de las opiniones viejas.”

Y añadía: “No debo consultar la prudencia humana, sino el consejo de Dios. Si la obra es de Dios, ¿quién la contendrá? Si no lo es ¿quién la adelantará? (106.) ¡Ni mi voluntad, ni la de ellos, ni la nuestra, sino la tuya, Padre santo, que estás en el Cielo!”

A pesar de ser movido Lutero por el Espíritu de Dios para comenzar la obra, no había de llevarla a cabo sin duros conflictos. Las censuras de sus enemigos, la manera en que falseaban los propósitos de Lutero y la mala fe con que juzgaban desfavorable e injustamente el carácter y los móviles del reformador, le envolvieron como ola que todo lo sumerge; y no dejaron de tener su efecto. Lutero había abrigado la confianza de que los caudillos en la iglesia Filósofos de la nación se unirían con él de buen grado para colaborar en la obra de Reforma. Ciertas palabras de estímulo que le habían dirigido

algunos personajes de elevada categoría le habían infundido gozo y esperanza. Ya veía despuntar el alba de un día mejor para la iglesia; pero el estímulo se tomó en censura y en condenación. Muchos dignatarios de la iglesia y del estado estaban plenamente convencidos de la verdad de las tesis; pero pronto vieron que la aceptación de estas verdades entrañaba grandes cambios. Dar luz al pueblo y realizar una Reforma equivalía a minar la autoridad papal y detener en el acto miles de corrientes que ahora iban a parar a las arcas del tesoro, lo que daría por resultado hacer disminuir la magnificencia y el fausto de las guías romanos. Además, enseñar al pueblo a pensar y a obrar como seres responsables, mirando sólo a Cristo para obtener la salvación, equivalía a derribar el trono pontificio y destruir por ende su propia autoridad. Por estos motivos rehusaron aceptar el conocimiento que Dios había puesto a su alcance y se declararon contra Cristo y la verdad, al oponerse a quien Él había enviado para que les iluminase (107.)

Lutero temblaba cuando se veía a sí mismo solo frente a los más opulentos y poderosos de la tierra. Dudaba a veces, preguntándose si en verdad Dios le impulsaba a levantarse contra la autoridad de la iglesia. “¿Quién era yo - escribió más tarde - para oponerme a la majestad del papa, a cuya presencia temblaban... los reyes de la tierra?... Nadie puede saber lo que sufrí en los dos primeros años, y en qué abatimiento, en qué desesperación caí.” Pero no fue dejado solo en brazos del desaliento. Cuando le faltaba la ayuda de los hombres, la esperaba de Dios solo y aprendió así a confiar sin reserva en su brazo todopoderoso.

A un amigo de la Reforma escribió Lutero: “No se puede llegar a comprender las Escrituras, ni con el estudio, ni con la fuerza de la inteligencia; vuestro primer deber es pues empezar por la oración. Pedid al Señor que nos conceda, en su misericordia rica, el verdadero conocimiento de su Palabra. No hay otro intérprete de la Palabra de Dios, que el mismo Autor de esta Palabra, según lo que ha dicho: “Todos serán enseñados de Dios.” Nada esperéis de vuestros estudios ni de vuestra inteligencia; confiad únicamente en Dios y en la influencia de su Espíritu. Creed a un hombre que lo ha experimentado.” Aquí está una lección de importancia vital a aquellos que consideran que Dios los ha llamado a presentar a otros las verdades solemnes para este tiempo. Estas verdades provocaron la enemistad de Satanás, y de los hombres que aman las fábulas que ha inventado. En el conflicto o con los poderes del mal, hay la necesidad de algo más que el intelecto y la sabiduría humana.

Mientras que los enemigos apelaban a las costumbres y a la tradición (108), o a los testimonios y a la autoridad del papa, Lutero los atacaba con la Biblia y sólo con la Biblia. En ella había argumentos que ellos no podían rebatir; en consecuencia, los esclavos del formalismo y de la superstición pedían a gritos la sangre de Lutero, como los judíos habían pedido la sangre de Cristo. “Es un hereje - decían los fanáticos romanistas. ¡Es un pecado permitirlo vivir una hora más! ¡Lejos con él enseguida al degolladero!” pero Lutero no fue víctima del furor de ellos. Dios le tenía reservada una tarea; y mandó a los ángeles del Cielo para que le protegiesen. Pero muchos de los que recibieron de él la preciosa luz resultaron blancos de la ira del demonio, y por causa de la verdad sufrieron valientemente el tormento y la muerte.

Las enseñanzas de Lutero despertaron por toda Alemania la atención de los hombres reflexivos. Sus sermones y demás escritos arrojaban rayos de luz que alumbraban y despertaban a miles y miles de personas. Una fe viva fue reemplazando el

formalismo muerto en que había estado viviendo la iglesia por tanto tiempo. El pueblo iba perdiendo cada día la confianza que había depositado en las supersticiones de Roma. Poco a poco iban desapareciendo las vallas de los prejuicios. La Palabra de Dios, por medio de la cual probaba Lutero cada doctrina y cada aserto, era como una espada de

dos filos que penetraba en los corazones del pueblo. Por doquiera se notaba un gran deseo de adelanto espiritual. En todas partes había hambre y sed de justicia como no se habían conocido por siglos. Los ojos del pueblo, acostumbrados por tanto tiempo a mirar los ritos humanos y a los mediadores terrenales, se apartaban de éstos y se fijaban, con arrepentimiento y fe, en Cristo y Cristo crucificado (109.)

Este interés general contribuyó a despertar más los recelos de las autoridades papales. Lutero fue citado a Roma para que contestara el cargo de herejía que pesaba sobre él. Este mandato llenó de espanto a sus amigos. Comprendían muy bien el riesgo que correría en aquella ciudad corrompida y embriagada con la sangre de los mártires de Jesús. De modo que protestaron contra su viaje a Roma y pidieron que fuese examinado en Alemania.

Así se convino al fin y se eligió al delegado papal que debería entender en el asunto. En las instrucciones que a éste dio el pontífice, se hacía constar que Lutero había sido declarado ya hereje. Se encargaba, pues, al legado que le procesara y reducirlo a sumisión “sin tardanza.” En caso de que persistiera firme, y el legado no lograra apoderarse de su persona, tenía poder para “proscribirle de todos los puntos de Alemania, así como para desterrar, maldecir y excomulgar a todos sus adherentes.” Además, para arrancar de raíz la pestilente herejía, el papa recurriendo a su legado de que excomulgara a todos los que fueran negligentes en cuanto a prender a Lutero y a sus correligionarios para entregarlos a la venganza de Roma, cualquiera que fuera su categoría en la iglesia o en el estado, con excepción del emperador.

Esto revela el verdadero espíritu del papado. No hay en todo el documento un vestigio de principio cristiano ni de la justicia más elemental. Lutero se hallaba a gran distancia de Roma; no había tenido oportunidad para explicar o defender sus opiniones; y sin embargo, antes que su caso fuese investigado, se le declaró sumariamente hereje, y en el mismo día fue exhortado, acusado, juzgado y sentenciado; ¡y todo esto por el que se llamaba padre santo, única autoridad suprema e infalible de la iglesia y del estado! (110.)

Augsburgo era el punto señalado para verificación del juicio, y allá se dirigió a pie el reformador. Sus amigos sintieron despertarse en sus ánimos serios temores por él. Se habían proferido amenazas sin embozo de que le secuestrarían y le matarían en el camino, y sus amigos le rogaban que no se arriesgara. Hasta llegaron a aconsejarle que saliera de Wittenberg por una temporada y que se refugiara entre los muchos que gustosamente le protegerían. Pero él no quería dejar por nada el lugar donde Dios le había puesto. Debía seguir sosteniendo fielmente la verdad a pesar de las tempestades que se cernían sobre él. Sus palabras eran éstas: “Soy como Jeremías, el hombre de las disputas y de las discordias; pero cuanto más aumentan sus amenazas, más acrecientan mi alegría. ... Han desgarrado a pedazos mi honor y mi buen nombre. Todo lo que yo he dejado es mi cuerpo miserable; permítanles tenerlo; entonces acortarán mi vida por pocas horas. Pero en cuanto a mi alma, no la tendrán. Él que resuelve llevar la palabra de Cristo al mundo, tiene que esperar la muerte a cada hora.

Las noticias de la llegada de Lutero a Augsburgo dieron gran satisfacción al legado del papa. El molesto hereje que había despertado la atención del mundo entero parecía hallarse ya en poder de Roma, y el legado estaba resuelto a no dejar la ciudad como había entrado. El reformador no se había cuidado de obtener un salvoconducto. Sus amigos le instaron a que no se presentase sin él y ellos mismos se prestaron a recarlo del emperador. El legado quería obligar (111) a Lutero a retractarse, o si no lo lograba, a hacer que lo llevaran a Roma para someterle a la suerte que habían corrido Hus y Jerónimo. Así que, por medio de sus agentes se esforzó en inducir a Lutero a que compareciese sin salvoconducto, confiando sólo en el arbitrio del legado. El reformador

se negó a ello resueltamente. No fue sino después de recibido el documento que le garantizaba la protección del emperador, cuando se presentó ante el embajador papal.

Pensaron los romanistas que convenía conquistar a Lutero por una apariencia de bondad. El legado, en sus entrevistas con él, fingió gran amistad, pero le exigía que se sometiera implícitamente a la autoridad de la iglesia y que cediera a todo sin reserva alguna y sin alegar. En realidad no había sabido aquilatar el carácter del hombre con quien tenía que habérselas. Lutero, en debida respuesta, manifestó su veneración por la iglesia, su deseo de conocer la verdad, su disposición para contestar las objeciones que se hicieran a lo que él había enseñado, y que sometería sus doctrinas al fallo de ciertas universidades de las principales. Pero, a la vez, protestaba contra la actitud del cardenal que le exigía se retractara sin probarle primero que se hallaba en error.

La única respuesta que se le daba era: “¡Retráctate! ¡Retráctate!” El reformador adujo que su actitud era apoyada por las Santas Escrituras, y declaró con entereza que él no podía renunciar a la verdad.

Cuando el prelado vio que el razonamiento de Lutero era irrefutable, perdió dominio de sí mismo, y en una rabia salvaje clamó: “Retráctate, o te mandaré a Roma, allí aparecerás ante los jueces comisionados para tomar el conocimiento de tu caso. Yo te excomulgaré a ti (112) y a todos tus partidarios, y a todos los que en algún tiempo te apoyaron y los echaré fuera de la iglesia. “Y finalmente declaró, en un tono arrogante y enojado, “retráctate o no regreses más.”

El reformador se retiró con sus amigos, dejando al cardenal y a sus partidarios para considerarse en confusión completa en el resultado inesperado de la conferencia.

Esta vez los esfuerzos de Lutero no quedaron sin buenos resultados. El vasto concurso reunido allí pudo comparar a ambos hombres y juzgar por sí mismo el espíritu que habían manifestado, así como la fuerza y veracidad de sus asertos. ¡Cuán grande era el contraste! El reformador, sencillo, humilde, firme, se apoyaba en la fuerza de Dios, teniendo de su parte a la verdad; mientras que el representante del papa, dándose importancia, intolerante, hinchado de orgullo, falto de juicio, no tenía un solo argumento de las Santas Escrituras, y sólo gritaba con impaciencia: “Si no te retractas, serás despachado a Roma para que te castiguen.”

No obstante tener Lutero un salvoconducto, los romanistas intentaban apresarle. Sus amigos insistieron en que, como ya era inútil su presencia allí, debía volver a Wittenberg sin demora y que era menester ocultar sus propósitos con el mayor sigilo. Conforme con esto salió de Augsburgo antes del alba, a caballo, y acompañado solamente por un guía que le proporcionara el magistrado. Con mucho cuidado cruzó las desiertas y oscuras calles de la ciudad. Enemigos vigilantes y crueles complotaban su muerte. ¿Lograría burlar las redes que le tendían? Momentos (113) de ansiedad y de solemne oración eran aquéllos. Llegó a una pequeña puerta, practicada en el muro de la ciudad; le fue abierta y pasó con su guía sin impedimento alguno. Una vez más allá de los límites, pronto dejó lejos la ciudad. Satanás y sus emisarios habían sido derrotados. El hombre a quien pensaban tener en su poder se les había escapado, como un pájaro de la red del cazador.

Al saber que Lutero se había ido, el legado quedó anonadado por la sorpresa y el furor. Había pensado recibir grandes honores por su sabiduría y aplomo al tratar con el perturbador de la iglesia, y ahora quedaban frustradas sus esperanzas. Expresó su enojo en una carta que dirigió a Federico, elector de Sajonia, para quejarse amargamente de Lutero, y exigir que Federico enviase a Roma al reformador o que le desterrase de Sajonia.

En su defensa, había pedido Lutero que el legado o el papa le demostraran sus errores por las Santas Escrituras, y se había comprometido solemnemente a renunciar a

sus doctrinas si le probaban que estaban en contradicción con la Palabra de Dios. También había expresado su gratitud al Señor por haberle tenido por digno de sufrir por tan sagrada causa. Estas palabras hicieron una impresión honda sobre el elector, y resolvió permanecer como el protector de Lutero. Se negó mandarlo a Roma, o expulsarlo de sus territorios.

El elector notaba un decaimiento general en el estado moral de la sociedad. Se necesitaba una grande obra de Reforma. Las disposiciones tan complicadas y costosas requeridas para refrenar y castigar los delitos estarían de más si los hombres reconocieran y acataran los mandatos de Dios y los dictados de una conciencia (114) iluminada. Vio que los trabajos de Lutero tendían a este fin y se regocijó secretamente de que una influencia mejor se hiciese sentir en la iglesia.

Vio asimismo que como profesor de la universidad Lutero tenía mucho éxito. De todas partes de Alemania, los estudiantes se amontonaron a Wittenberg para escuchar sus enseñanzas. Había jóvenes que, al ver a Wittenberg por vez primera, “levantaban sus manos al Cielo, y alababan a Dios, porque hacia brillar en aquella ciudad, como en otro tiempo en Jerusalén.”

Lutero no estaba aún convertido del todo de los errores del romanismo. Pero cuando comparaba los Sagrados Oráculos con los decretos y las constituciones papales, se maravillaba: “las decretales de los papas, y... yo no sé si el papa es el mismo anticristo, o si es su apóstol, tan tergiversado y aún crucificado aparece Cristo en ellos.” Sin embargo en este tiempo Lutero aún era un partidario de la Iglesia Romana, y no tenía la idea que alguna vez se separaría de su comunión.

Los escritos del reformador y sus doctrinas se estaban difundiendo por todas las naciones de la cristiandad. La obra se inició en Suiza y Holanda. Llegaron ejemplares de sus escritos a Francia y España. En Inglaterra recibieron sus enseñanzas como palabra de vida. La verdad se dio a conocer en Bélgica e Italia. Miles de creyentes despertaban de su mortal letargo y recibían el gozo y la esperanza de una vida de fe.

Roma se exasperaba más y más con los ataques de Lutero, y de entre los más encarnizados enemigos de éste y hubo quienes declararon secretamente (115) que no se imputaría pecado al que tomara la vida. Cierta día, un desconocido se acercó al reformador con una pistola escondida debajo de su manto y le preguntó por qué iba solo. “Estoy en manos de Dios - contestó Lutero; - Él es mi ayuda y mi amparo. ¿Qué puede hacerme el hombre mortal?” Al oír estas palabras el hombre se demudó y huyó como si se hubiera hallado en presencia de los ángeles del Cielo.

Roma estaba resuelta a aniquilar a Lutero, pero Dios era su defensa. Sus doctrinas se oían por doquiera, “en las cabañas, en los conventos, ... en los palacios de los nobles, en las academias, y en la corte de los reyes;” y aun hubo hidalgos que se levantaron por todas partes para sostener los esfuerzos del reformador.

En un llamamiento que dirigió Lutero al emperador y a la nobleza de Alemania en pro de la Reforma del cristianismo, decía refiriéndose al papa: “Es monstruoso ver a quien es llamado el vicario de Cristo, mostrando una magnificencia incomparable por esto a la de ningún emperador. ¿Es esto para al representar al pobre Jesús o al humilde San Pedro? ¡El papa, dicen ellos, es el señor del mundo! Mas Cristo, del cual se jacta ser el vicario, dijo: 'Mi reino no es de este mundo.' El reino de un vicario ¿se extendería más allá que el de su Señor?”

Hablando de las universidades, decía: “Temo mucho que las universidades se encuentren siendo puertas abiertas dirigiendo al infierno, si no se aplican cuidadosamente a explicar la Escritura Santa y grabarla en el corazón de la juventud. Yo no aconsejaré a nadie que coloque a su hijo donde la Escritura Santa no es considerada

como la regla de vida. Todo instituto donde la Palabra de Dios no es estudiada diligentemente se corromperá.” (116.)

Este llamamiento circuló con rapidez por toda Alemania e influyó poderosamente en el ánimo del pueblo. La nación entera se sentía conmovida a alistarse bajo el estandarte de la Reforma. Los opositores de Lutero que se consumían en deseos de venganza, exigían que el papa tomara medidas decisivas contra él. Se decretó que sus doctrinas fueran condenadas inmediatamente. Se concedió un plazo de sesenta días al reformador y a sus correligionarios, al cabo de los cuales, si no se retractaban, serían todos excomulgados.

Fue un tiempo de crisis terrible para la Reforma. Por siglos, la sentencia de Roma de excomunión había sido rápidamente seguido por el golpe de la muerte. Lutero no ignoraba la tempestad que estaba a punto de desencadenarse sobre él, pero se mantuvo firme, confiando en que Cristo era su escudo y fortaleza. Con la fe y el valor de un mártir, escribía: “¿Qué va a suceder? No lo sé, ni me interesa saberlo...” Dondequiera que el golpe puede alcanzarme, no temo; ni una hoja del árbol cae sin el beneplácito de nuestro Padre celestial; ¡cuánto menos nosotros! Es poca cosa morir por el Verbo, pues que este Verbo que estuvo en carne por nosotros él mismo murió. Con él resucitaremos, si con él morimos; y pasando por donde pasó, llegaremos a donde llegó, y moraremos con él durante la eternidad.”

Cuando tuvo conocimiento de la bula papal, dijo: “La desprecio y la resisto como impía y mentirosa. El mismo Cristo es quien está condenado en ella.” “Yo me glorío en la perspectiva de sufrir para la mejor de las causas. Me siento ya más libre en mi corazón; pues sé finalmente que el papa es el Anticristo, y que su silla es la de Satanás.” (117.)

Sin embargo la palabra del pontífice de Roma aún tenía el poder. La cárcel, el tormento y la espada eran armas poderosas para imponer la sumisión. Todo parecía indicar que la obra del reformador iba a terminar. Los débiles y los supersticiosos temblaron ante el decreto del papa, y si bien era general la simpatía hacia Lutero, muchos consideraron que la vida era demasiado cara para arriesgarla en la causa de la Reforma.

Pero Lutero procedió a quemar públicamente la bula del papa con las leyes canónicas, las decretales y otros escritos que daban apoyo al poder papal. Por esta acción audazmente declaró su separación final de la Iglesia Romana. Aceptó su excomunión, y proclamó al mundo que entre él y el papa tendría que haber guerra. La gran lucha ahora estaba comenzando completamente. Poco después, una bula nueva apareció, y la excomunión que antes había estado amenazando, fue finalmente pronunciada contra el reformador y a todos los que recibieron sus doctrinas.

La oposición es la suerte que les toca a todos aquellos a quienes emplea Dios para que prediquen verdades aplicables especialmente en su época. Había una verdad presente, - una verdad que en aquel tiempo revestía especial importancia - en los días de Lutero; y así hay ahora una verdad de actualidad para la iglesia en nuestros días. Pero hoy día la mayoría no tiene más deseo de la verdad que los papistas enemigos de Lutero. Existe hoy la misma disposición que antaño para aceptar las teorías y tradiciones de los hombres por las Palabras de Dios. Y los que esparcen hoy este conocimiento de la verdad no deben esperar encontrar más aceptación que la que tuvieron los primeros reformadores. El gran conflicto entre la verdad y la mentira, entre Cristo y Satanás, irá aumentando en intensidad a medida que se acerque el fin de la historia de este mundo (118.)

CAPITULO VII

LUTERO ANTE LA DIETA

Un nuevo emperador, Carlos V, había ascendido al trono de Alemania, y los emisarios de Roma se apresuraron a presentarle sus felicitaciones, y procuraron que el monarca emplease su poder contra la Reforma. Por otra parte, el elector de Sajonia, con quien Carlos tenía una gran deuda por su exaltación al trono, le rogó que no tomase medida alguna contra Lutero, sin antes haberle oído. De este modo, el emperador se hallaba en embarazosa situación que le dejaba perplejo. Los papistas no se darían por contentos sino con un edicto imperial que sentenciase a muerte a Lutero. El elector había declarado terminantemente “que ni su majestad imperial, ni otro ninguno había demostrado que los escritos de Lutero hubiesen sido refutados;” y por este motivo, “pedía que el doctor Lutero, provisto de un salvoconducto, pudiese comparecer ante jueces sabios, piadosos e imparciales.”

La atención general se fijó en la reunión de los Estados Alemanes convocada en Worms a poco de haber sido elevado Carlos al trono. Varios asuntos políticos importantes tenían que ventilarse en dicha dieta (119.) Pero estos aparecieron por un pequeño momento cuando contrastaron con la causa del monje de Wittenberg.

Carlos había encargado ya de antemano al elector que trajese a Lutero ante la dieta, asegurándole que el reformador debería ser protegido de toda la violencia, y que se le debería permitir una conferencia libre con la persona competente para discutir los puntos disputados. Lutero por su parte ansiaba comparecer ante el monarca. Su salud por entonces no estaba muy buena; no obstante, escribió al elector: “Si no puedo hacer el viaje a Worms con buena salud, yo seré llevado allí, enfermo como estoy. Pero, desde que el emperador me ha llamado, no puedo dudar que es un llamado de Dios mismo. Si ellos intentan usar la violencia contra mí, como probablemente lo hagan, ciertamente es con la idea de ganar la información que ellos requieren de mí para comparecer delante de ellos. Yo pongo el asunto en las manos del Señor. Aún vive y reina Él que preservó a los tres israelitas en el horno ardiente. Si no sería su voluntad salvarme, mi vida es de consecuencia pequeña. Cuidemos solamente que el Evangelio no sea expuesto al desprecio del impío, y derramemos nuestra sangre en su defensa mas que les permita a ellos triunfar. ¿Quién diría si mi vida o mi muerte contribuiría más a la salvación de mis hermanos?” “Esperen cualquier cosa de mí excepto el vuelo o la retractación. Volar no puedo; aún menos puedo retractarme.”

La noticia de que Lutero comparecería ante la dieta circuló en Worms y despertó una agitación general. Aleandro a quien, como legado del papa, se le había confiado el asunto de una manera especial, se alarmó y enfureció. Preveía que el resultado sería desastroso para la causa del papado. Hacer investigaciones en un (120) caso sobre el cual el papa había dictado ya sentencia condenatoria, era tanto como discutir la autoridad del soberano pontífice. Además de esto, temía que los elocuentes y poderosos argumentos de este hombre apartasen de la causa del papa a muchos de los príncipes. Por eso, de la manera más urgente, protestó con Carlos en que Lutero no compareciese en Worms. Él advirtió, imploró, y amenazó, hasta que el emperador cedió, y escribió al elector diciéndole que si Lutero no quería retractarse debía quedarse en Wittenberg.

No bastaba este triunfo para Aleandro, el cual siguió intrigando para conseguir también la condenación de Lutero. Con una tenacidad digna de mejor causa, insistía en presentar al reformador a los príncipes, a los prelados y varios miembros de la dieta, “como sedicioso, rebelde, impío y blasfemo.” Pero la vehemencia y la pasión de que

daba pruebas el legado manifestada por el legado sencillamente reveló que él fue motivado por el odio y la venganza más que por el cello por la religión. Era el sentimiento prevaleciente de la asamblea que Lutero era inocente.

Con redoblado celo insistió Aleandro cerca del emperador para que cumpliera su deber de ejecutar los edictos papales. Carlos le ordeno al legado que presentara su caso a la dieta. Roma tuvo abogados más competentes, por la naturaleza y la educación, para defender su causa. Los amigos del reformador esperaron con algunas ansias el resultado del discurso de Aleandro.

No había pequeña agitación cuando el legado (121), con gran dignidad y pompa, apareció ante la asamblea nacional. Muchos recordaron la escena del juicio de nuestro Salvador, cuando Anás y Caifás, ante el tribunal de Pilato, demandaron la muerte de Él “como alborotador del pueblo.”

Con todo el poder de la instrucción y la elocuencia se propuso Aleandro derrocar la verdad. Arrojó contra Lutero cargo sobre cargo acusándole de ser enemigo de la Iglesia y del estado, de vivos y muertos, de clérigos y laicos, de concilios y cristianos en particular. “Hay – dijo – en los errores de Lutero motivo para quemar a cien mil herejes.”

En conclusión procuró vilipendiar a los adherentes de la fe reformada, diciendo: “¿Qué son todos estos luteranos? - Una multitud abigarrada de gramáticos insolentes, de sacerdotes enviciados, de frailes disolutos, abogados ignorantes, nobles degradados y populacho pervertido y seducido. Cuán grandemente y superior es el partido Católico en números, en inteligencia, y en poder. Un decreto unánime de esta ilustre asamblea abrirá los ojos del sencillo, mostrará al incauto su peligro, determinará al vacilante, y fortalecerá al débil de espíritu.”

Estas son las armas que en todo tiempo han esgrimido los enemigos de la verdad. Estos son los mismos argumentos que presentan hoy los que sostienen el error, para combatir a los que propagan las enseñanzas de la Palabra de Dios. “¿Quiénes son estos predicadores de nuevas doctrinas? - exclaman los que abogan por la religión popular. Son indoctos, escasos en número, y los más pobres de la sociedad. Y, con todo, pretenden tener la verdad y ser el pueblo escogido de Dios. Son ignorantes (122) que se han dejado engañar. ¡Cuán superior es en número y en influencia nuestra denominación! ¡Cuántos hombres grandes e ilustrados hay en nuestras iglesias!” Estos son los argumentos que más sacan a relucir y que parecen tener influencia en el mundo, pero que no son ahora de más peso que en los días del gran reformador.

La Reforma no terminó, como muchos lo creen, al concluir la vida de Lutero. Tiene aún que seguir hasta el fin del mundo. Lutero tuvo una gran obra que hacer - la de dar a conocer a otros la luz que Dios hiciera brillar en su corazón; pero él no recibió la luz que iba a ser dada al mundo. Desde aquel tiempo hasta hoy y sin interrupción, nuevas luces han brillado sobre las Escrituras y nuevas verdades han sido dadas a conocer.

Honda fue la impresión que produjo en la asamblea el discurso del legado. No hubo ningún Lutero para refutar los cargos del campeón papal con las verdades convincentes y sencillas de la Palabra de Dios. Ningún esfuerzo se hizo para defender al reformador. Había de manifiesto un impulso general, en desarraigar la herejía luterana del imperio. Roma había disfrutado de la oportunidad más favorable para defender su causa. El más grande de sus oradores había hablado. Se había dicho todo cuanto pudiera decirse para justificarla. Pero aquella victoria aparente no fue sino la señal de la derrota. Desde aquel día el contraste entre la verdad y el error iba a resaltar más y más, porque la lucha entre ambos quedaba resueltamente empeñada. Nunca desde aquel momento iba a quedar Roma tan segura como antes lo estuviera.

La mayoría de la asamblea estuvo lista para sacrificar a Lutero a las demandas del papa; no eran pocos (123) los que echaban de ver con dolor la corrupción que prevalecía en la iglesia, y deseaban que se concluyera con los abusos que sufría el pueblo alemán como consecuencia de la degradación e veracidad de Roma. El legado había presentado al gobierno del papa del modo más favorable. Pero entonces el Señor movió a uno de los miembros de la dieta a que hiciese una verdadera exposición de los efectos de la tiranía papal. Con noble firmeza el duque Jorge de Sajonia se levantó ante aquella asamblea de príncipes y expuso con aterradora exactitud los engaños y las abominaciones del papado y sus fatales consecuencias. En conclusión añadió:

“Estos son excepto algunos de los abusos que clamaron contra Roma por la enmienda. Toda la vergüenza es puesta a un lado, y un objeto solo incesantemente persiguió: ¡El dinero! ¡Siempre el dinero! De tal manera que los mismos hombres cuya obligación es enseñar la verdad, no predicán sino la mentira; y no solamente son tolerados, sino también recompensados, porque cuanto más mientan, tanto más ganan. Esta es la fuente sucia de la cual tantas corrientes corruptas fluyeron a cada lado. El libertinaje y la avaricia van de la mano. ¡Ah! es un escándalo que da el clero, precipitando así tantas almas a una perdición eterna. Se debe efectuar una Reforma completa.

Lutero mismo no hubiera podido hablar con tanta maestría y con tanta fuerza contra los abusos de Roma; y la circunstancia de ser el orador un declarado enemigo del reformador daba más valor a sus palabras.

De haber estado abiertos los ojos de los circunstantes, habrían visto allí a los ángeles de Dios arrojando rayos de luz para disipar las tinieblas del error y abriendo las mentes y los corazones de todos, para que recibiesen (124) la verdad. Era el poder del Dios de verdad y de sabiduría el que dominaba a los mismos adversarios de la Reforma y preparaba así el camino para la gran obra que iba a realizarse. Martín Lutero no estaba presente pero la voz de Uno más grande que Lutero se había dejado oír en la asamblea.

El concilio pidió entonces que compareciese ante él el reformador. A pesar de las intrigas, protestas y amenazas de Alejandro, el emperador consintió al fin, y Lutero fue citado a comparecer ante la dieta. Con la notificación se expidió también un salvoconducto que garantizaba al reformador su regreso a un lugar seguro. Ambos documentos le fueron llevados por un heraldo encargado de conducir a Lutero de Wittenberg a Worms.

Los amigos de Lutero estaban espantados y desesperados. Conocedores del prejuicio y de la enemistad que contra él reinaban, pensaban que ni aun el salvoconducto sería respetado, y le aconsejaban que no expusiese su vida al peligro. Pero él replicó: “Los papistas tienen pocos deseos de verme en Worms, pero ellos anhelan mi condenación y muerte. ¡No importa! rogad, no por mí, sino por la Palabra de Dios...Cristo me dará su Espíritu para vencer a estos ministros de Satanás. Yo los desprecio mientras yo vivo, y triunfaré de ellos con mi muerte. En Worms se agitan para hacer que me retractase. He aquí cuál será mi retractación: Antes decía que el papa era el vicario de Cristo; ahora digo que es el adversario del Señor, y el apóstol del diablo.”

Lutero no iba a emprender solo su peligroso viaje. Además del mensajero imperial, se decidieron a acompañarle tres de sus más fieles amigos. Una multitud de estudiantes y ciudadanos, a quien el Evangelio era (125) precioso, le dijeron adiós con llanto, en tanto que él se marchaba. Así salieron de Wittenberg el reformador y sus acompañantes.

En el viaje miraron que las mentes de la gente estaban oprimidas por presentimientos oscuros. En algunos pueblos no les mostraron atención alguna. En uno de ellos donde pernoctaron, un sacerdote amigo manifestó sus temores al reformador,

enseñándole el retrato de un reformador Italiano que había padecido el martirio por la causa de la verdad. A la mañana siguiente se supo que los escritos de Lutero habían sido condenados en Worms. Los pregoneros del emperador publicaban su decreto e impeliendo a todos los hombres a que entregasen a los magistrados las obras del reformador. El heraldo, en alarma, le preguntó al reformador si estaba aún resuelto a seguir adelante. Lutero contestó: “Continuaré aunque me pongan en interdicto en todos los pueblos.”

En Erfurt, Lutero fue recibido con honra. Rodeado por multitudes admirables, entró a la ciudad donde, en sus años más tempranos, a menudo había rogado un bocado de pan. Deseaban oírle predicar. Esto le era prohibido, pero el heraldo dio su consentimiento, y el monje cuya obligación era una vez abrir las puertas y barrer los pasillos, ahora ascendía al púlpito, mientras las gentes escuchaban sus palabras como hechizados. El pan de vida fue repartido a aquellas almas hambrientas. Cristo fue ensalzado ante ellas por encima de papas, legados, emperadores y reyes. No dijo Lutero una palabra tocante a su peligrosa situación. No quería hacerse objeto de los pensamientos y de las simpatías. En la contemplación de Cristo se perdía de vista a sí mismo. Se ocultaba detrás del Hombre del Calvario y sólo procuraba presentar a Jesús como Redentor de los pecadores (126.)

El reformador prosiguió su viaje siendo agasajado en todas partes y considerado con grande interés. Las gentes salían presurosas a su encuentro, y algunos amigos le ponían en guardia contra el propósito hostil que respecto de él acariciaban los romanistas. “Usted será quemado vivo,” dijeron ellos, “y su cuerpo reducido a las cenizas, como lo fue con Juan Hus.” Lutero contestó: “Sin embargo ellos deberían encender un fuego en todo camino de Worms a Wittenberg, cuyas llamas deberían llegar hasta el Cielo, yo lo atravesaría en el nombre del Señor, y permanecería ante ellos; entraré en la boca de ese Behemoth, romperé sus dientes, y confesaré a nuestro Señor Jesucristo.”

Al tener noticias de que se aproximaba a Worms, el pueblo se conmovió. Sus amigos temblaron recelando por su seguridad; los enemigos temblaron porque desconfiaban del éxito de su causa. Se hicieron los últimos esfuerzos para disuadir a Lutero de entrar en la ciudad. Los papistas lo exhortaron a acudir al castillo de un caballero amistoso, donde, ellos declararon que todas las dificultades podrían ser amigablemente ajustadas. Los defensores de la verdad esforzaron agitar sus temores describiendo los peligros que lo amenazaban. Todos sus esfuerzos fallaron. Lutero, todavía firme, declaró: “Aunque hubiera tantos diablos en Worms como hay tejas en sus techos, entraría.”

En su llegada a Worms, la muchedumbre que se congregó a las puertas para recibirle fue más grande que en la entrada misma del emperador. La agitación era intensa, y de en medio del gentío se elevó una voz quejumbrosa que cantaba una endecha fúnebre, como tratando de avisar a Lutero de la suerte que le estaba reservada. Dios será mi defensa: “dijo él al apearse de su carruaje.”

El emperador convocó inmediatamente a sus consejeros para (127) considerar lo que debía hacerse. Uno de los obispos, fanático papista, dijo: “Mucho tiempo hace que nos hemos consultado sobre este asunto. Deshágase pronto de ese hombre vuestra majestad. ¿No trajo a la estaca Segismundo a Juan Hus? Nadie está obligado a conceder ni a respetar un salvoconducto dado a un hereje.” “No, - dijo el emperador; - lo que uno ha prometido es menester cumplirlo.” Se convino entonces en que el reformador sería oído.

Todos ansiaban ver a aquel hombre tan notable, y solo había gozado de pocas horas de descanso cuando los nobles, los caballeros, los sacerdotes, y los ciudadanos

vinieron a él. Aún sus enemigos notaron su firmeza, porte valiente, la expresión amable y alegre sobre su semblante, y la elevación solemne y seriedad profunda que dieron a sus palabras un poder irresistible. Algunos estaban convencidos de que le asistía una fuerza divina, otros decían de él lo que los fariseos decían de Cristo: “Demonio tiene.”

Al día siguiente de su llegada Lutero fue citado a comparecer ante la dieta. Se nombró a un dignatario imperial para que lo condujese a la sala de audiencias, a la que llegaron no sin dificultad. Todas las calles estaban obstruidas por el gentío que se agolpaba en todas partes, curioso de conocer al monje que se había atrevido a resistir la autoridad del papa.

En el momento en que entraba en la presencia de sus jueces, un viejo general, héroe de muchas batallas, le dijo en tono bondadoso: “¡Frailecito! ¡Frailecito! ¡Haces frente a una empresa tan ardua, que ni yo ni otros capitanes hemos visto jamás tal en nuestros más sangrientos combates! Pero si tu causa es justa, y si estás convencido de ello, ¡avanza en nombre de Dios, y nada temas! ¡Él no te abandonará!” (128.)

Se abrieron por fin ante él las puertas del concilio. El emperador ocupaba el trono, rodeado de los más ilustres personajes del imperio. Ningún hombre compareció jamás ante una asamblea tan imponente como aquella ante la cual compareció Martín Lutero para dar cuenta de su fe.

La mera realidad de esa comparecencia fue una victoria notable para la verdad. Aquel hombre a quién el papa había condenado debería ser juzgado por otro tribunal, era virtualmente una negación de la autoridad suprema del pontífice. El reformador, se puso debajo de la prohibición, y denunció el compañerismo humano por el papa, se le había asegurado protección, y fue concedida una audiencia, por los dignatarios más altos de la nación. Roma le había ordenado que se callara; pero él estuvo a punto de hablar en la presencia de miles de todas las partes del cristianismo.

Al verse ante tan augusta asamblea, el reformador de humilde cuna pareció sentirse asombrado y apenado. Algunos de los príncipes, observando su emoción, se acercaron a él y uno de ellos le dijo al oído: “No temáis a aquellos que no pueden matar más que el cuerpo y que nada pueden contra el alma.” Otro añadió también: “Cuando os entregaren ante los reyes y los gobernadores, no penséis cómo o qué habéis de hablar; el

Espíritu de vuestro Padre hablará por vosotros.” Así fueron recordadas las palabras de Cristo por los grandes de la tierra para fortalecer al siervo fiel en la hora de la prueba.

Lutero fue conducido hasta un lugar situado frente al trono del emperador. Un profundo silencio reinó en la numerosa asamblea. En seguida un alto dignatario se puso en pie y señalando una colección de los escritos de Lutero, exigió que el reformador contestase dos preguntas: - Si reconocía aquellas obras como suyas (129) y si estaba dispuesto a retractar el contenido de ellas. Lutero dijo que sí las reconocía como suyas. “Tocante a la segunda pregunta - añadió, - viendo que se refiere a fe, a la salvación de las almas, y la Palabra de Dios, que es el más grande y precioso tesoro que existe en los ciclos y en la tierra. Me sería peligroso y precipitado si hablara sin reflexión. Pudiera afirmar menos de lo que se me pide, o más de lo que exige la verdad, en cualquier caso debería caer bajo la sentencia de Cristo: “Cualquiera que me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los Cielos.” (S. Mateo 10:33.) Por esta razón, suplico a su majestad imperial, con toda sumisión, se digne concederme tiempo, para que pueda yo responder sin manchar la Palabra de Dios.”

Lutero obró sabiamente al hacer esta súplica. Sus palabras convencieron a la asamblea de que él no hablaba movido por pasión ni arrebató. Esta reserva, esta calma tan sorprendente en semejante hombre, acreció su fuerza, y le preparó para contestar

más tarde con una sabiduría, una firmeza y una dignidad que iban a frustrar las esperanzas de sus adversarios y confundir su malicia y su orgullo.

Al día siguiente debía comparecer de nuevo para dar su respuesta final. Por unos momentos, al verse frente a tantas fuerzas que hacían causa común contra la verdad. Su fe vaciló al ver que sus enemigos se multiplicaban ante él, y que las potestades de las tinieblas iban a prevalecer. Las nubes se amontonaban sobre su cabeza y le ocultaban la faz de Dios. Deseaba con ansia estar seguro de que el Señor de los ejércitos le ayudaría. Con (130) el ánimo angustiado se postró en el suelo, y con gritos entrecortados que sólo Dios podía comprender. Exclamó en su desamparo, su alma se aferró a Cristo, El Salvador poderoso. No por su seguridad misma, sino por el éxito de la verdad luchó con Dios y venció. Se sintió fortalecido con la plena seguridad de que no comparecería solo ante el concilio. La paz volvió a su alma y se inundó de gozo su corazón al pensar que iba a ensalzar a Cristo ante los gobernantes de la nación. Una sabia providencia permitió a Lutero apreciar debidamente el peligro que le amenazaba, para que no confiase en su propia fuerza y sabiduría y se arrojase al peligro con temeridad y presunción. Dios estaba preparando a su siervo para la gran obra ante él.

Como el tiempo para su comparecencia se acercaba, Lutero se acercó a la mesa en la cual ponía las Santas Escrituras, colocó su mano izquierda sobre el volumen sagrado, y, levantando su mano derecha al Cielo, él juró adherirse constantemente al Evangelio, y confesar libremente su fe, aunque tuviese que sellar su confesión con su sangre.”

Cuando fue llevado nuevamente ante la dieta, no revelaba su semblante sombra alguna de temor ni de cortedad. Sereno y manso, a la vez que valiente y digno, se presentó como testigo de Dios entre los poderosos de la tierra. El canciller le exigió que dijese si se retractaba de sus doctrinas. Lutero respondió del modo más sumiso y humilde, sin violencia ni apasionamiento. Su porte era correcto y respetuoso si bien revelaba en sus modales una confianza y un gozo que llenaban de sorpresa a la asamblea (131.)

Él hizo constar que sus escritos no eran todos del mismo carácter. En algunos había tratado de la fe y de las buenas obras y aun sus enemigos los declaraban no sólo inofensivos, sino hasta provechosos. “Retractarse de ellos - dijo, - sería condenar verdades que todo el mundo se gozaba en confesar.” En otros escritos exponía los abusos y la corrupción del papado. Revocar lo que había dicho sobre el particular equivaldría a infundir nuevas fuerzas a la tiranía de Roma y a abrir a tan grandes impiedades una puerta aun más ancha. Finalmente había una tercera categoría de escritos en que atacaba a simples particulares que querían defender los males reinantes. En cuanto a esto confesó francamente que los había atacado con más acritud de lo debido. No se declaró inocente, pero tampoco podía retractar dichos libros, sin envalentonar a los enemigos de la verdad, dándoles ocasión para despedazar con mayor crueldad al pueblo de Dios.

“Sin embargo - añadió, - soy un simple hombre, y no Dios; me defenderé como lo hizo Jesucristo quien dijo: 'Si he hablado mal, dadme testimonio del mal.'...Os conjuro por el Dios de las misericordias, a vos, serenísimo emperador y a vosotros, ilustres príncipes, y a todos los demás, de alta o baja graduación, a que me probéis, por los escritos de los profetas que estoy en error. Así que me hayáis convencido, retractaré todos mis errores y seré el primero en echar instantáneamente mis escritos a las llamas. Lo que yo solamente he dicho, enseñaré que yo he considerado y pesado los peligros los cuales yo mismo me estoy exponiendo; pero lejos de ser desalentado por ellos, yo me regocijo sumamente en ver el Evangelio este día, como en antaño, una causa de problemas y disensión. Este es el carácter, el destino, de la Palabra de Dios. Dijo Cristo,

'no he venido para traer paz, sino espada.' Dios es maravilloso y terrible en sus (132) consejos. Tengamos cuidado en nuestros esfuerzos en detener las discordias que no hemos encontrado en la lucha contra la Palabra Santa de Dios, y bajar sobre nuestras cabezas una inundación espantosa de peligros inextricables, desastre presente, y desolación eterna... Puedo citar los ejemplos de los que se han apartado de los oráculos de Dios. Puedo hablar de los Faraones, de los reyes de Babilonia o de Israel, quienes nunca estuvieron contribuyendo más a sus propias ruinas que cuando, por las medidas en la apariencia más prudente, pensaron establecer su autoridad. Dios "arranca los montes, y ellos no saben".

Lutero había hablado en alemán; se le pidió que repitiera su discurso en latín. Y aunque rendido por el primer esfuerzo, hizo lo que se le pedía y repitió su discurso en latín, con la misma energía y claridad que la primera vez. La providencia de Dios dirigió este asunto. La mente de muchos de los príncipes estaba tan cegada por el error y la superstición que la primera vez no apreciaron la fuerza de los argumentos de Lutero; pero al repetirlos el orador pudieron darse mejor cuenta de los puntos desarrollados por él.

Aquellos que cerraban obstinadamente los ojos para no ver la luz, resueltos ya a no aceptar la verdad, se llenaron de ira al oír las poderosas palabras de Lutero. Tan luego como hubo dejado de hablar, el que tenía que contestar en nombre de la dieta le dijo con indignación: "No habéis respondido a la pregunta. Se exige de vos una respuesta clara y precisa. ¿Queréis retractaros, sí o no?"

El reformador contestó: "Siendo que su serena majestad y los príncipes requieren una respuesta sencilla, yo la daré así: A menos que yo sea convencido por las pruebas de las Escrituras o por razón evidente (por lo que yo (133) no creeré en los papas ni en concilios, desde que ellos han errado frecuentemente y se han contradecido ellos mismos), yo no puedo elegir pero me adheriré a la Palabra de Dios, la cual tiene posesión de mi conciencia. No puedo hacerlo ni nunca me retractaré, por lo que ni es seguro ni honesto actuar en contra de la conciencia. Aquí tomo mi posición; No puedo hacerlo de otra manera. ¡Dios es mi ayuda! Amén."

Así se mantuvo este hombre recto en el firme fundamento de la Palabra de Dios. La luz del Cielo iluminaba su rostro. La grandeza y pureza de su carácter, el gozo y la paz de su corazón eran manifiestos a todos los que le oían dar su testimonio contra el error, y veían en él esa fe que vence al mundo.

La asamblea entera quedó un rato muda de asombro. El emperador mismo y muchos de los príncipes fueron impresionados con admiración. Los partidarios de Roma estaban derrotados; su causa ofrecía un aspecto muy desfavorable. Procuraron conservar

su poderío, no por medio de las Escrituras, sino apelando a las amenazas, como lo hace siempre Roma en semejantes casos. El orador de la dieta dijo: "Si no te retractas, el emperador y los estados del imperio considerarán que camino adoptar contra un hereje obstinado."

Los amigos de Lutero, que habían oído su noble defensa, poseídos de sincero regocijo, temblaron al oír las palabras del orador oficial; pero el doctor mismo, con toda calma, repuso: "¡Dios me ayude! porque de nada puedo retractarme."

Firme como una roca él estuvo de pie, mientras las olas más furiosas del poder mundano estrellaban inofensivamente contra él. La energía sencilla de sus palabras, su porte intrépido, su (134) calma, sus ojos expresivos, y la determinación inalterable expresada en cada palabra y acción, hicieron una impresión honda en la asamblea. Era ya bien claro y evidente que no podrían inducirle a ceder, ni de grado ni por fuerza, a las exigencias de Roma.

Los caudillos papales estaban acongojados porque su poder, que había hecho temblar a los reyes y a los nobles, era así despreciado por un pobre monje, y se propusieron hacerle sentir su ira, entregándole al tormento. Pero, reconociendo Lutero el peligro que corría, había hablado a todos con dignidad y serenidad cristiana. Sus palabras habían estado exentas de orgullo, pasión o falsedad. Se había perdido de vista a sí mismo y a los grandes hombres que le rodeaban, y sólo sintió que se hallaba en presencia de Uno que era infinitamente superior a los papas, a los prelados, a los reyes y a los emperadores. Cristo mismo había hablado por medio del testimonio de Lutero con tal poder y grandeza, que tanto en los amigos como en los adversarios despertó pavor y asombro. El Espíritu de Dios había estado presente en aquel concilio impresionando vivamente los corazones de los jefes del imperio. Varios príncipes reconocieron abiertamente la justicia de la causa del reformador. Muchos se convencieron de la verdad; pero en algunos la impresión no fue duradera. Otros aún hubo que en aquel momento no manifestaron sus convicciones, pero que, habiendo estudiado las Escrituras después, las declararon con gran intrepidez para la Reforma.

El elector Federico había aguardado con ansiedad la comparecencia de Lutero ante la dieta y escuchó su discurso con profunda emoción. Él se regocijó en el valor, la firmeza, y la serenidad del doctor, y estuvo orgulloso de su protector (135.) Comparó entre sí a ambas partes contendientes, y vio que la sabiduría de los papas, de los reyes y de los prelados había sido anulada por el poder de la verdad. El papado había sufrido una derrota que iba a dejarse sentir en todas las naciones a través de los siglos.

Al notar el legado el efecto que produjeran las palabras de Lutero, temió, como nunca había temido, por la seguridad del poder papal, y resolvió echar mano de todos los medios que estuviesen a su alcance para acabar con el reformador. Con toda la elocuencia y la habilidad diplomática que le distinguían en gran manera, le pintó al joven emperador la insensatez y el peligro que representaba el sacrificar, en favor de un insignificante fraile, la amistad y el apoyo de la poderosa sede de Roma.

Sus palabras no fueron inútiles. El día después de la respuesta de Lutero, Carlos V mandó a la dieta un mensaje en que manifestaba su determinación de seguir la política de sus antecesores de sostener y proteger la religión romana. Ya que Lutero se negaba a renunciar a sus errores, se tomarían las medidas más enérgicas contra él y contra las herejías que enseñaba. No obstante el salvoconducto concedido debía ser respetado y antes de que se pudiese proceder contra él, debía dejársele llegar a su casa sano y salvo.

“Estoy firmemente resuelto a caminar en los pasos de mis antepasados” escribió el emperador. Estaba decidido a no salirse del sendero de la costumbre, ni siquiera para ir por el camino de la verdad y de la rectitud. Por la razón de que sus padres lo habían sostenido, él también sostendría al papado y toda su crueldad y corrupción. De modo que se dispuso a no aceptar más luz (136) que la que habían recibido sus padres y a no hacer cosa que ellos no hubiesen hecho.

Él pareció sentir un cambio en las ideas religiosas que no concordaban con la dignidad de un rey. Son muchos los que en la actualidad se aferran a las costumbres y tradiciones de sus padres. Cuando el Señor les envía alguna nueva luz se niegan a aceptarla porque sus padres, no habiéndola conocido, no la recibieron. No estamos en la misma situación que nuestros padres, y por consiguiente nuestros deberes y responsabilidades no son los mismos tampoco. No nos aprobará Dios si miramos el ejemplo de nuestros padres para determinar lo que es nuestro deber, en vez de escudriñar la Biblia por nosotros mismos. Nuestra responsabilidad es más grande que la de nuestros antepasados. Somos deudores por la luz que recibieron ellos y que nos

entregaron como herencia y deudores por la mayor luz que nos alumbra hoy procedente de la Palabra de Dios.

Cristo dijo a los incrédulos judíos: “Si yo no hubiera venido ni les hubiera hablado, no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa de su pecado.” (S. Juan 15:22.) El mismo poder divino habló por boca de Lutero al emperador y a los príncipes de Alemania. Y mientras la luz resplandecía procedente de la Palabra de Dios, su Espíritu alegó por última vez con muchos de los que se hallaban en aquella asamblea. Así como Pilato, siglos antes, permitiera que el orgullo y la popularidad le cerraran el corazón para que no recibiera al Redentor del mundo; y así como el cobarde Félix rechazara el mensaje de verdad, diciendo: “Ahora vete; mas cuando tenga oportunidad te llamaré,” y así como el orgulloso Agripa (137) confesara: “Por poco me persuades a ser Cristiano,” pero rechazó el mensaje que le era enviado del Cielo, así también Carlos V, cediendo a las instancias del orgullo y de la política del mundo, decidió rechazar la luz de la verdad.

Algunos adherentes del papa demandaron que el salvoconducto de Lutero fuera violado. “El Rin, - decían, - debe recibir sus cenizas, como recibió hace un siglo las de Juan Hus”. Corrían por todas partes muchos rumores de los proyectos hostiles a Lutero y despertaban gran agitación en la ciudad. El reformador se había conquistado muchos amigos que, conociendo la traidora crueldad de Roma para con los que se atrevían a sacar a luz sus corrupciones, resolvieron evitar a todo trance que él fuese sacrificado. Centenares de nobles se comprometieron a protegerle. No pocos denunciaban públicamente el mensaje imperial como prueba evidente de humillante sumisión al poder de Roma. Se fijaron pasquines en las puertas de las casas y en las plazas públicas, unos contra Lutero y otros en su favor. En uno de ellos se leían sencillamente estas enérgicas palabras del sabio: “¡Ay de ti, tierra, cuando tu rey es un jovenzuelo!” El entusiasmo que el pueblo manifestaba en favor de Lutero en todas partes del imperio, dio a conocer a Carlos y a la dieta que si se cometía una injusticia contra él bien podrían quedar comprometidas la paz del imperio y la estabilidad del trono.

Federico de Sajonia observó una bien estudiada reserva, ocultando cuidadosamente sus verdaderos sentimientos para con el reformador, y al mismo tiempo lo custodiaba con incansable vigilancia, observando todos sus movimientos y los de sus adversarios. Pero había muchos que no se cuidaban de ocultar su (138) simpatía. Los príncipes, los caballeros, los señores, los eclesiásticos, y las personas comunes rodearon la habitación de Lutero, entrando y mirándolo como si fuera más humano. Aún aquellos que creyeron que él estaba en error no pudieron sino admirar esa nobleza de alma que lo condujo a arriesgar su vida en vez de violar su conciencia.

Se hicieron esfuerzos supremos para conseguir que Lutero consintiera en transigir con Roma. Príncipes y nobles le manifestaron que si persistía en sostener sus opiniones contra la iglesia y los concilios, pronto se le desterraría del imperio y entonces nadie le defendería. A esto respondió el reformador: “Es imposible predicar el Evangelio de Cristo sin escándalo. ¿Cómo es posible que el temor o aprensión de los peligros me desprenda del Señor y de su Palabra divina, que es la única verdad? ¡No, antes daré mi cuerpo, mi sangre y mi vida!”

Se le instó nuevamente a someterse al juicio del emperador, pues entonces no tendría nada que temer. “Consiento de veras - dijo en replica - en que el emperador, los príncipes y aun los más humildes cristianos, examinen y juzguen mis libros; pero bajo una condición, que tomarán por su guía la Sagrada Escritura. Los hombres no tienen nada que hacer sino rendir obediencia a ella. Mi conciencia esta en dependencia de esa palabra, y soy súbdito de su autoridad.”

A otra súplica que dijo, “Consiento renunciar mi salvoconducto, y dimito mi persona y mi vida a la disposición del emperador pelo la Palabra de Dios - ¡nunca!” Declaró su consentimiento en someterse a la decisión de un consejo general, pero solamente con (139) la condición de que al consejo se le exija decidir según las Escrituras. Ambos los amigos y los adversarios se convencieron por fin que los esfuerzos posteriores para la reconciliación sería inútil.

Si el reformador hubiera cedido en un solo punto, Satanás y sus ejércitos habrían ganado la victoria. Pero la inquebrantable firmeza de él fue el medio de emancipar a la iglesia y de iniciar una era nueva y mejor. La influencia de este solo hombre que se atrevió a pensar y a obrar por sí mismo en materia de religión, iba a afectar a la iglesia y al mundo, no sólo en aquellos días sino en todas las generaciones futuras. Su fidelidad y su firmeza fortalecerían la resolución de todos aquellos que, al través de los tiempos, pasaran por experiencia semejante. El poder y la majestad de Dios prevalecieron sobre los consejos de los hombres y sobre el gran poder de Satanás.

Pronto recibió Lutero orden del emperador de volver al lugar de su residencia, y comprendió que aquello era un síntoma precursor de su condenación. Nubes amenazantes se cernían sobre su camino, pero, al salir de Worms, su corazón rebosaba de alegría y de alabanza. “Satanás mismo - dijo - mantuvo la ciudadela del papa; pero Cristo ha hecho una brecha ancha en ella, y el diablo ha sido obligado a confesar que Cristo es más poderoso que él.” En este viaje el reformador recibió las más lisonjeras atenciones de todas las clases. Los dignatarios de la iglesia le dieron la bienvenida al monje en quién la maldición del papa descansaba, y los oficiales seculares honraron al hombre que estaban debajo de la prohibición del imperio.

No hacía mucho que el reformador dejara a Worms cuando los papistas consiguieron que el emperador expidiera contra él un edicto en el cual se le denunciaba como “el mismo Satanás bajo la semejanza (140) humana y con una capa de fraile.” Se ordenaba que tan pronto como dejara de ser valedero su salvoconducto, se tomaran medidas para detener su obra. Se prohibía hospedarlo, suministrarle alimento, bebida o socorro alguno, con obras o palabras, en público o en privado. Debía apresársele en cualquier parte donde se le hallara y entregársele a las autoridades. Sus adeptos debían ser encarcelados también y sus bienes confiscados. Los escritos todos de Lutero debían ser destruidos y, finalmente, cualquiera que osara obrar en contradicción con el decreto quedaba incluido en las condenaciones del mismo. El emperador había hablado, y la dieta había dado su sanción al decreto. Los católicos romanos estaban jubilosos. Ahora consideraron que la suerte de la Reforma estaba ya sellada.

Pero Dios había provisto un medio de escape para su siervo en aquella hora de peligro. Un ojo vigilante había seguido los movimientos de Lutero y un corazón sincero y noble se había resuelto a ponerle a salvo. Fácil era echar de ver que Roma no había de quedar satisfecha sino con la muerte del reformador; y sólo ocultándose podía éste burlar las garras del león. Dios dio sabiduría a Federico de Sajonia para idear un plan que salvara la vida de Lutero. Ayudado por varios amigos verdaderos se llevó a cabo el propósito del elector, y Lutero fue efectivamente sustraído a la vista de amigos y enemigos. Mientras regresaba a su residencia, se vio rodeado de repente, separado de sus acompañantes y llevado por fuerza a través de los bosques al castillo de Wartburg, fortaleza que se alzaba sobre una montaña aislada. Tanto su secuestro como su escondite fueron rodeados de tanto misterio, que Federico mismo por mucho tiempo no supo dónde se hallaba el reformador. Esta ignorancia tenía un propósito, pues mientras el elector no conociera el paradero del reformador, no podía revelar nada. Se aseguró (141) de que Lutero estuviera protegido, y esto le bastaba.

Pasaron así la primavera, el verano y el otoño, y llegó el invierno, y Lutero seguía aún secuestrado. Ya exultaban Aleandro y sus partidarios al considerar casi apagada la luz del Evangelio. Pero, en vez de ser esto así, el reformador estaba llenando su lámpara en los almacenes de la verdad y su luz iba a brillar con deslumbrantes fulgores.

En la amigable seguridad que disfrutaba en la Wartburg, se congratulaba Lutero por haber sido sustraído por algún tiempo al calor y al alboroto del combate. Pero no podía encontrar satisfacción en prolongado descanso. Acostumbrado a la vida activa y al rudo combate, no podía quedar mucho tiempo ocioso. En aquellos días de soledad, tenía siempre presente la situación de la iglesia, y exclamaba desesperado: “¡Ay! ¡Y que no haya nadie en este último día de su ira, que quede en pie delante del Señor como un muro, para salvar a Israel!” También pensaba en sí mismo y tenía miedo de ser tachado de cobardía por haber huido de la lucha. Se reprochaba su indolencia y la indulgencia con que se trataba a sí mismo. Y no obstante esto, estaba haciendo diariamente más de lo que hubiera podido hacer un hombre solo. Su pluma no permanecía nunca ociosa. En el momento en que sus enemigos se lisonjaban de haberle acallado, los asombraron y confundieron las pruebas tangibles de su actividad. Un sinnúmero de tratados, provenientes de su pluma, circulaban por toda Alemania. También prestó entonces valioso servicio a sus compatriotas al traducir al alemán el Nuevo Testamento. Desde su Patmos perdido entre riscos siguió casi un año proclamando el Evangelio y censurando los pecados y los errores de su tiempo (142.)

Pero no fue únicamente para preservar a Lutero de la ira de sus enemigos, ni para darle un tiempo de descanso en el que pudiese hacer estos importantes trabajos, para lo que Dios separó a su siervo del escenario de la vida pública. Había otros resultados más preciosos que alcanzar. En el descanso y en la obscuridad de su montaña solitaria, quedó Lutero sin auxilio humano y fuera del alcance de las alabanzas y de la admiración de los hombres. Así fue salvado del orgullo y de la confianza en sí mismo, que a menudo son frutos del éxito. Por medio del sufrimiento y de la humillación fue preparado para andar con firmeza en las vertiginosas alturas adonde había sido llevado de repente.

A la vez que los hombres se regocijan en la libertad que les da el conocimiento de la verdad, se sienten inclinados a ensalzar a aquellos de quienes Dios se ha valido para romper las cadenas de la superstición y del error. Satanás procura distraer de Dios los pensamientos y los afectos de los hombres y hacer que se fijen en los agentes humanos; induce a los hombres a dar honra al mero instrumento, ocultándole la Mano que dirige todos los sucesos de la providencia. Con demasiada frecuencia acontece que los maestros religiosos así alabados y reverenciados pierden de vista su dependencia de Dios y sin sentirlo empiezan a confiar en sí mismos. Resulta entonces que quieren gobernar el espíritu y la conciencia del pueblo, el cual esta dispuesto a considerarlos como guías en vez de mirar a la Palabra de Dios. La obra de Reforma ve así frenada su marcha por el espíritu que domina a los que la sostienen. Dios quiso evitar este peligro a la Reforma. Quiso que esa obra recibiese, no la marca de los hombres, sino la impresión de Dios. Los ojos de los hombres estaban fijos en Lutero como en el expositor de la verdad; pero él fue arrebatado de en medio de ellos para que todas las miradas se dirigieran al eterno Autor de la verdad (143.)

CAPITULO VIII

PROGRESO DE LA REFORMA

La misteriosa desaparición de Lutero despertó consternación en toda Alemania, y por todas partes se oían averiguaciones acerca de su paradero. Aún sus enemigos estaban más agitados por su ausencia de lo que pudieron haber estado en su presencia. Circulaban los rumores más descabellados y muchos creían que había sido asesinado. Se oían lamentos, no sólo entre sus partidarios declarados, sino también entre millares de personas que aún no se habían decidido abiertamente por la Reforma. Muchos se comprometían por juramento solemne a vengar su muerte.

Los principales jefes del romanismo vieron aterrorizados a qué grado había llegado la animosidad contra ellos, y aunque al principio se habían regocijado por la supuesta muerte de Lutero, pronto desearon huir de la ira del pueblo. Aquellos que fueron enfurecidos contra él cuando estaba en libertad, fueron llenos de temor ahora que estaba en cautividad. “La única manera de librarnos nosotros mismos, - dijo, - es encender nuestras antorchas, e ir buscando por todas partes a Lutero, hasta que nosotros podamos restaurarlo a una nación que lo tendrá.” El edicto del emperador parecía completamente ineficaz. Los legados del papa se llenaron de indignación al ver que dicho edicto llamaba menos atención que la suerte de Lutero (144.)

Las noticias de que él estaba a salvo, aunque prisionero, calmaron los temores del pueblo y hasta acrecentaron el entusiasmo en su favor. Sus escritos se leían con mayor avidez que nunca antes. Un número siempre creciente de adeptos se unía a la causa del hombre heroico que frente a desventajas abrumadoras defendía la Palabra de Dios. La Reforma iba cobrando constantemente fuerzas. La semilla que Lutero había sembrado brotaba en todas partes. Su ausencia realizó una obra que su presencia no habría realizado. Otros obreros sintieron nueva responsabilidad al serles quitado su jefe, y con nueva fe y ardor se adelantaron a hacer cuanto pudiesen para que la obra tan noblemente comenzada no fuese estorbada.

Pero Satanás no estaba ocioso. Intentó lo que ya había intentado en otros movimientos de Reforma, es decir engañar y perjudicar al pueblo dándole una falsificación en lugar de la obra verdadera. Así como hubo falsos cristos en el primer siglo de la iglesia cristiana, así también se levantaron falsos profetas en el siglo XVI.

Unos cuantos hombres afectados íntimamente por la agitación religiosa, se imaginaron haber recibido revelaciones especiales del Cielo, y se dieron por designados divinamente para llevar a feliz término la obra de la Reforma tenuemente iniciada por Lutero. En realidad, lo que hacían era deshacer la obra que el reformador había realizado. Ellos rechazaron el principio fundamental de la Reforma,- la Palabra de Dios como la regla suficiente de la fe y la práctica; y en lugar de tan infalible guía substituían la norma variable e insegura de sus propios sentimientos (145) e impresiones. Y así, por haberse despreciado al único medio seguro de descubrir el engaño y la mentira se le abrió camino a Satanás para que a su antojo dominase los espíritus.

Uno de estos profetas aseveraba haber sido instruido por el ángel Gabriel. Un estudiante que se unió con él abandonó sus estudios, declarando que había recibido de Dios mismo la habilidad para explicar las Escrituras. Se les unieron otros, de por sí inclinados al fanatismo. Los proceder de estos iluminados crearon mucha excitación. La predicación de Lutero había hecho sentir al pueblo en todas partes la necesidad de una Reforma, y algunas personas de buena fe se dejaron extraviar por las pretensiones de los nuevos profetas.

Los cabecillas de este movimiento fueron a Wittenberg y expusieron sus exigencias a Melancton y a sus colaboradores. Decían: “Somos enviados por Dios para enseñar al pueblo. Hemos recibido revelaciones especiales de Dios mismo, y por lo

tanto sabemos lo que va a pasar. Somos apóstoles y profetas, y apelamos al doctor Lutero en cuanto a la verdad que nosotros decimos.”

Los reformadores estaban atónitos y perplejos. Era éste un factor con que nunca habían tenido que habérselas y se hallaban sin saber qué partido tomar. Dijo Melancton: “Hay en verdad espíritus extraordinarios en estos hombres, pero ¿qué espíritus serán?” “Por una parte, debemos precavernos de contristar el Espíritu de Dios, y por otra, de ser seducidos por el espíritu de Satanás.”

Pronto se dio a conocer el fruto de toda esta enseñanza. Se desviaron las mentes de la gente de (146) la Palabra de Dios, o decididamente se predispusieron contra ella. Las escuelas se llenaron de confusión. Los estudiantes, despreciando todas las sujeciones, abandonaron sus estudios. Los hombres que se tuvieron a sí mismos por competentes para reavivar y dirigir la obra de la Reforma, lograron sólo arrastrarla al borde de la ruina. Los romanistas, recobrando confianza, exclamaban alegres: “Un esfuerzo más, y todo será nuestro.”

Al saber Lutero en la Wartburg lo que ocurría, dijo, con profunda consternación: “Siempre esperaba yo que Satanás nos mandara esta plaga.” Se dio cuenta del verdadero carácter de estos fementidos profetas y vio el peligro que amenazaba a la causa de la verdad. La oposición del papa y del emperador no le habían sumido en la perplejidad y congoja que ahora experimentaba. De entre los que profesaban ser amigos de la Reforma se habían levantado sus peores enemigos. Las mismas verdades que habían traído paz a sus perturbados corazones habían sido la causa de disensión en la iglesia.

En la obra de la Reforma, Lutero había sido impulsado por el Espíritu de Dios y llevado más allá de lo que pensara. No había tenido el propósito de tomar tales resoluciones ni de efectuar cambios tan radicales. Había sido solamente instrumento en manos del poder infinito. Sin embargo, temblaba a menudo por el resultado de su trabajo. Dijo una vez: “Si yo supiera que mi doctrina hubiera herido a un ser viviente, por mas pobre y desconocido, - lo cual no podía ser porque ella es el mismo Evangelio, - hubiera preferido mejor morir diez veces antes que negarme a retractarme.”

Y ahora una ciudad entera, y esa misma ciudad de Wittenberg (147) fue cayendo rápidamente en confusión. Las doctrinas enseñadas por Lutero no habían causado este mal; pero no obstante por toda Alemania sus enemigos se la achacaban a él. Con el ánimo deprimido, se preguntaba a veces a sí mismo: “¿Será posible que así remate la gran obra de la Reforma?” Pero cuando hubo orado fervientemente al respecto, volvió la paz a su alma. “La obra no es mía sino tuya - decía él, - y no consentirás que se malogre por causa de la superstición o del fanatismo.” El solo pensamiento de seguir apartado del conflicto en una crisis tal, le era insoportable; de modo que decidió volver a Wittenberg.

Sin más tardar arriesgó el viaje. Se hallaba proscrito en todo el imperio. Sus enemigos tenían libertad para quitarle la vida, y a sus amigos les era prohibido protegerle. El gobierno imperial aplicaba las medidas más rigurosas contra sus adherentes, pero vio que peligraba la obra del Evangelio, y en el nombre del Señor se adelantó a combatir por la verdad.

Con exquisita precaución y humildad, pero a la vez con decisión y firmeza, volvió Lutero a su trabajo. “Con la palabra de Dios - dijo él, - tenemos que refutar y echar fuera lo que ha ganado un lugar e influencia mediante la violencia. Yo no recurriría a la fuerza contra los supersticiosos e incrédulos.” “No hay que constreñir a nadie. He estado trabajando por la libertad de conciencia. La Libertad es la misma esencia de la fe.” Subiendo al púlpito, instruyó el reformador a sus oyentes; con notable

sabiduría y mansedumbre los exhortó y los amonestó. Y mediante el poder del Evangelio encarriló a la gente desorientada en el camino de verdad.

Lutero no deseaba verse con los fanáticos (148) cuyas enseñanzas habían causado tan grave perjuicio. Harto los conocía por hombres de temperamento apresurado y violento, y que, pretendiendo ser iluminados directamente por el Cielo, no admitirían la menor contradicción ni atenderían a un solo consejo cariñoso. Arrogándose la suprema autoridad, exigían de todos que, sin la menor resistencia, reconociesen lo que ellos pretendían. Pero como solicitaron una entrevista con él, consintió en recibirlos; y denunció sus pretensiones con tanto éxito que los impostores se alejaron en el acto de Wittenberg.

El fanatismo quedó detenido por un tiempo; pero pocos años después resucitó con mayor violencia y logró resultados más desastrosos. Respecto a los principales directores de este movimiento, dijo Lutero: “Para ellos las Sagradas Escrituras son letra muerta; todos gritan: “¡El Espíritu! ¡El Espíritu!” Pero yo no quisiera ir por cierto adonde su espíritu los guía. ¡Plegue a Dios en su misericordia guardarme de pertenecer a una iglesia en la cual sólo haya santos! Yo deseo estar en compañerismo con el humilde, el débil, el enfermo, quienes conozcan y sientan sus pecados, y quienes suspiren y clamen continuamente a Dios desde el fondo de sus corazones para obtener su consolación y sustento.”

Tomás Munzer, el más activo de los fanáticos, era hombre de notable habilidad que, si la hubiese encauzado debidamente, habría podido hacer mucho bien; pero desconocía aun los principios más rudimentarios de la religión verdadera. Se imaginó él mismo ordenado por Dios para reformar el mundo, olvidando, como muchos otros entusiastas, que la Reforma debería de empezar con el mismo.” Ambicionaba ejercer cargos e influencia, y no quería ocupar el segundo puesto, ni aun bajo el mismo Lutero. El acusó a los (149) reformadores con establecer, mediante su adhesión a la Biblia sólo, una especie de papado. Él se considero así mismo llamado de Dios para remediar el mal, y sostuvo que las manifestaciones del Espíritu eran los medios por los cuales esto iba a ser realizado, y que aquel quién tuviera el Espíritu poseerá la verdadera fe, aunque posiblemente nunca haya visto las Sagradas Escrituras.

Los maestros del fanatismo se abandonaban al influjo de sus impresiones y llamándose cada pensamiento de la mente la voz de Dios; en consecuencia, se fueron a los extremos. Algunos llegaron hasta quemar sus Biblias, exclamando: “La letra mata, el Espíritu es el que da vida.” Los hombres naturalmente aman lo maravilloso, y todo lo que lisonjee su orgullo, y muchos estuvieron listos en aceptar las enseñanzas de Munzer. Pronto llegó a condenar el orden en el culto público y declaró que obedecer a los príncipes era querer servir a Dios y a Belial.

El pueblo que comenzaba a emanciparse del yugo del papado, tascaba el freno bajo las restricciones de la autoridad civil. Las enseñanzas revolucionarias de Munzer, con su presunta aprobación divina, los indujeron a sublevarse contra toda sujeción y a abandonarse a sus prejuicios y a sus pasiones. Se siguieron las más terribles escenas de sedición y contienda y los campos de Alemania se empaparon de sangre.

La angustia de corazón que Lutero había experimentado hacía tanto tiempo en su celda en Erfurt, se apoderó de él nuevamente con redoblada fuerza al ver que los resultados del fanatismo eran considerados como efecto de la Reforma. Los príncipes papistas declaraban y muchos creyeron, que las doctrinas de Lutero habían sido la causa de la rebelión. A pesar de que estos cargos carecían del más leve fundamento, no pudieron menos que causar honda (150) pena al reformador. Que el trabajo del Cielo debería ser así degradado siendo clasificado con el fanatismo más bajo, parecido a lo que él podía soportar. Por otra parte, los jefes de la revuelta odiaban a Lutero no sólo

porque se había opuesto a sus doctrinas y se había negado a reconocerles autorización divina, sino porque los había declarado rebeldes ante las autoridades civiles. En venganza le llamaban vil impostor. Parecía haberse atraído la enemistad tanto de los príncipes como del pueblo.

Los romanistas se regocijaban y esperaban ver pronto la ruina de la Reforma. Hasta culpaban a Lutero de los mismos errores que él mismo se afanara tanto en corregir. El partido de los fanáticos, declarando falsamente haber sido tratado con injusticia, logró ganar la simpatía de mucha gente, y, como sucede usualmente con los que se inclinan del lado del error, fueron pronto aquellos considerados como mártires. De esta manera los que desplegaran toda su energía en oposición a la Reforma fueron compadecidos y admirados como víctimas de la crueldad y de la opresión. Esta era la obra de Satanás, y la impulsaba el mismo espíritu de rebelión que se manifestó por primera vez en los Cielos.

Satanás procura constantemente engañar a los hombres y les hace llamar pecado a lo que es bueno, y bueno a lo que es pecado. ¡Y cuánto éxito ha tenido su obra! ¡Cuántas veces se critica a los siervos fieles de Dios porque permanecen firmes en defensa de la verdad! Hombres que sólo son agentes de Satanás reciben alabanzas y lisonjas y hasta pasan por mártires, en tanto que otros que deberían ser considerados y sostenidos por su fidelidad a Dios, son abandonados y objeto de sospecha y de desconfianza (151.)

La falsa piedad y la falsa santificación siguen haciendo su obra de engaño. Bajo diversas formas dejan ver el mismo espíritu que las caracterizara en días de Lutero, pues apartan a las mentes de las Escrituras e inducen a los hombres a seguir sus propios sentimientos e impresiones en vez de rendir obediencia a la ley de Dios. Este es uno de los más eficaces inventos de Satanás para desprestigiar la pureza y la verdad.

Denodadamente defendió Lutero el Evangelio contra los ataques de que era objeto desde todas partes. La Palabra de Dios demostró ser un arma poderosa en cada conflicto. Con ella combatió el reformador la usurpada autoridad del papa y la filosofía racionalista de los escolásticos, y la vez que se mantenía firme como una roca contra el fanatismo que pretendía aliarse con la Reforma.

Cada uno a su manera, estos elementos opuestos dejaban a un lado las Sagradas Escrituras y exaltaban la sabiduría humana como el gran recurso para conocer la verdad religiosa. El racionalismo hace un ídolo de la razón, y la constituye como criterio religioso. El romanismo, al atribuir a su soberano pontífice una inspiración que proviene en línea recta de los apóstoles y continúa invariable al través de los tiempos, da amplia oportunidad para toda clase de extravagancias y corrupciones que se ocultan bajo la santidad del mandato apostólico. La inspiración a que pretendían Munzer y sus colegas no procedía sino de los desvaríos de su imaginación y su influencia subvertía toda autoridad, humana o divina. El cristianismo recibe la Palabra de Dios como el gran tesoro de la verdad inspirada y la piedra de toque de toda inspiración.

A su regreso de la Wartburg, terminó Lutero (152) su traducción del Nuevo Testamento y no tardó el Evangelio en ser ofrecido al pueblo de Alemania en su propia lengua. Esta versión fue recibida con agrado por todos los amigos de la verdad, pero fue vilmente desechada por los que preferían dejarse guiar por las tradiciones y los mandamientos de los hombres.

Se alarmaron los sacerdotes al pensar que el vulgo iba a poder discutir con ellos los preceptos de la Palabra de Dios y descubrir la ignorancia de ellos. Las armas carnales de su raciocinio eran impotentes contra la espada del Espíritu. Roma puso en juego toda su autoridad para impedir la circulación de las Santas Escrituras; pero los decretos, los anatemas y el mismo tormento eran inútiles. Cuanto más se condenaba y

prohibía la Biblia, mayor era el afán del pueblo por conocer lo que ella enseñaba. Todos los que sabían leer deseaban con ansia estudiar la Palabra de Dios por sí mismos. La llevaban consigo, la leían y releían, y no se quedaban satisfechos antes de saber grandes trozos de ella de memoria. Viendo la buena voluntad con que fue acogido el Nuevo Testamento, Lutero dio comienzo a la traducción del Antiguo y la fue publicando por partes conforme las iba terminando.

Sus escritos tenían aceptación en la ciudad y en las aldeas. De noche, los maestros de las escuelas rurales los leían en alta voz a pequeños grupos que se reunían al amor de la lumbre. Cada esfuerzo que en este sentido se hacía convencía a algunas almas de la verdad, y ellas a su vez habiendo recibido la Palabra con alegría, la comunicaban a otros.

Así se cumplían las palabras inspiradas: “Al abrirse, iluminan tus palabras; hacen entender a los sencillos.” (153) (Salmo 119:130.) El estudio de las Sagradas Escrituras producía un cambio notable en las mentes y en los corazones del pueblo. El dominio papal les había impuesto un yugo férreo que los mantenía en la ignorancia y en la degradación. Con escrúpulos supersticiosos, observaban las formas, pero era muy pequeña la parte que la mente y el corazón tomaban en los servicios. La predicación de Lutero, al exponer las sencillas verdades de la Palabra de Dios, y la Palabra misma, al ser puesta en manos del pueblo, despertaron sus facultades aletargadas, y no sólo purificaban y ennoblecían la naturaleza espiritual, sino que daban nuevas fuerzas y vigor a la inteligencia.

Se veían a personas de todas las clases sociales defender, con la Biblia en la mano, las doctrinas de la Reforma. Los papistas que habían abandonado el estudio de las Sagradas Escrituras a los sacerdotes y a los monjes, les pidieron que viniesen en su auxilio a refutar las nuevas enseñanzas. Empero, ignorantes de las Escrituras y del poder de Dios, monjes y sacerdotes fueron completamente derrotados por aquellos a quienes habían llamado herejes e indoctos. “Desgraciadamente - decía un escritor católico, - Lutero ha convencido a sus correligionarios que su fe solamente debe ser fundada en los oráculos de las Sagradas Escrituras.” Las multitudes se congregaban para escuchar a hombres de poca ilustración defender la verdad y hasta discutir acerca de ella con teólogos instruidos y elocuentes. La vergonzosa ignorancia de estos grandes hombres se descubría tan luego como sus argumentos eran refutados por las sencillas enseñanzas de la Palabra de Dios. Mujeres y niños, artesanos y soldados, tuvieron un mejor conocimiento de las Escrituras que lo que habían aprendido los doctores o sacerdotes con sobrepelliz (154.)

Cuando el clero se dio cuenta de que iba menguando el número de los congregantes, invocó la ayuda de los magistrados, y por todos los medios a su alcance procuró atraer nuevamente a sus oyentes. Pero el pueblo había hallado en las nuevas enseñanzas algo que satisfacía las necesidades de sus almas, y se apartaba de aquellos que por tanto tiempo le habían alimentado con las cáscaras vacías de los ritos supersticiosos y de las tradiciones humanas.

Cuando la persecución ardía contra los predicadores de la verdad, ponían éstos en práctica las palabras de Cristo: “Cuando os persigan en esta ciudad, huid a la otra.” (S. Mateo 10:23.) La luz penetraba en todas partes. Los fugitivos hallaban en algún lugar puertas hospitalarias que les eran abiertas, y morando allí, predicaban a Cristo, a veces en la iglesia, o, si se les negaba ese privilegio, en casas particulares o al aire libre. Cualquier sitio en que hallasen un oyente se convertía en templo. La verdad, proclamada con tanta energía y fidelidad, se extendía con irresistible poder.

En vano se mancomunaban las autoridades civiles y eclesiásticas para detener el avance de la herejía. Inútilmente recurrían a la cárcel, al tormento, al fuego y a la

espada. Millares de creyentes sellaban su fe con su sangre, pero la obra seguía adelante. La persecución no servía sino para hacer cundir la verdad, y el fanatismo que Satanás intentara unir a ella, no logró sino hacer resaltar aun más el contraste entre la obra diabólica y la de Dios (155.)

Capitulo IX

La Protesta de los Príncipes

Uno de los testimonios más nobles dados en favor de la Reforma, fue la protesta presentada por los príncipes cristianos de Alemania, ante la dieta de Spira. El valor, la fe y la entereza de aquellos hombres de Dios, aseguraron para las edades futuras la libertad de pensamiento y la libertad de conciencia. Esta protesta dio a la iglesia reformada el nombre de protestante; y sus principios “son la verdadera esencia del protestantismo.”

Había llegado para la causa de la Reforma un momento sombrío y amenazante. Por una temporada la tolerancia religiosa prevaleció en el imperio. La providencia de Dios mantuvo a los elementos opuestos en jaque, para que el Evangelio pudiera establecer una posición más firme; pero Roma comenzó a llamar a sus fuerzas para destruir la verdad. En Spira los papistas abiertamente manifestaron su hostilidad hacia los reformadores y todos los que les favorecían. Dijo Melancton: “Nosotros somos la abominación y la basura de la tierra; pero Cristo mirará a su pobre pueblo, y les preservará.” A los príncipes evangélicos que asistieron a la dieta se les prohibió que se predicara el Evangelio en sus residencias. Pero la gente de Spira estaba sedienta de la Palabra de Dios y, a pesar de la prohibición, miles acudían a los cultos de la mañana y la tarde que se llevaba a caso en la capilla del elector de Sajonia (156.)

Esto precipitó la crisis. Una comunicación imperial anunció a la dieta que habiendo originado graves desórdenes la autorización que concedía la libertad de conciencia, el emperador declaró que estaba suprimida. Este acto arbitrario excitó la indignación y la alarma de los cristianos evangélicos. Uno de ellos dijo: “Cristo ha caído de nuevo en manos de Caifás y de Pilato.” Los romanistas se volvieron más intransigentes. Un fanático papista dijo: “Los turcos son mejores que los luteranos; porque los turcos observan días de ayuno mientras que los luteranos los profanan. Si hemos de escoger entre las Sagradas Escrituras de Dios y los antiguos errores de la iglesia, tenemos que rechazar aquéllas.” Melancton decía: “Cada día, Faber, en plena asamblea, arroja una piedra más contra los evangélicos.”

La tolerancia religiosa había sido implantada legalmente, y los estados evangélicos resolvieron oponerse a que sus derechos fueran pisoteados. A Lutero, todavía condenado por el edicto de Worms, no le era permitido presentarse en Spira, pero le representaban sus colaboradores y los príncipes que Dios había suscitado en defensa de su causa en aquel trance. El ilustre Federico de Sajonia, antiguo protector de Lutero, había sido arrebatado por la muerte, pero el duque Juan, su hermano quién sucedido al trono había saludado la Reforma con gran gozo, y aunque hombre de paz no dejó de desplegar gran energía y celo en todo lo que se relacionaba con los intereses de la fe.

Los sacerdotes exigían que los estados que habían aceptado la Reforma se sometieran implícitamente a la jurisdicción de Roma. Por su parte, los reformadores reclamaban la libertad que previamente se les había (157) otorgado. No podían consentir en que Roma volviera a tener bajo su dominio las naciones que habían

recibido con tanto regocijo la Palabra de Dios. La dieta finalmente decretó, que donde la Reforma había sido establecida, el edicto de Worms debería ser rigurosamente forzado; y en los Estados evangélicos, donde habría peligro de revolución, ninguna nueva reforma debería ser introducida, que no habría predicaciones acerca de puntos controversiales, no se debía oponer la celebración de la misa, y a ningún católico romano se le permitiría que abrazara al Luteranismo.

Si este decreto se hiciera ley, la Reforma no podría ser extendida hasta donde todavía no había alcanzado, ni ser establecida sobre un firme fundamento donde ya existía. Quedaría suprimida la libertad de palabra y no se tolerarían más conversiones. Y se exigía a los amigos de la Reforma que se sometieran inmediatamente a estas restricciones y prohibiciones. Las esperanzas del mundo parecían estar a punto de extinguirse. El restablecimiento de la jerarquía papal inevitablemente causaría un reavivamiento de los abusos antiguos; y se hallaría una ocasión para completar la destrucción de un trabajo que ya había sido sacudido por el fanatismo y la disensión.

Cuando el partido evangélico se reunió para conferenciar, los miembros se miraban unos a otros con manifiesto desaliento. Todos se preguntaban unos a otros: “¿Qué hacer?” Estaban en juego grandes consecuencias para el porvenir del mundo. Si estos hombres hubieran sido controlados por la ambición o el egoísmo, hubieran aceptado el decreto. Aparentemente fueron dejados en libertad para mantener su fe. ¿No debían estar satisfechos con esto? ¿Deberían (158) tirarse en el conflicto para luchar por la libertad de conciencia en todo el mundo? ¿Deberían exponerse a la venganza de Roma?

Nunca fueron estos hombres colocados en una posición más difícil; pero salieron triunfantes de la prueba con los principios limpios. Cuando la neblina que había ocupado sus mentes se había aclarado, vieron cual sería el resultado de este decreto. ¿Deberían prestar su influencia para restaurar el fuego y la tortura? ¿Deberían oponerse a la verdad, - al Espíritu de Dios en su trabajo de llamar a los hombres a que vengan a Cristo? ¿Podrían dejar de obedecer al mandato del Salvador: “Id por todo el mundo, y proclamad el Evangelio a toda criatura”? (S. Marcos 16:15.) ¿Deberían consentir que a aquellos que quieren renunciar al error se les niegue ese privilegio? ¿Habiendo entrado al reino de los Cielos ellos mismos, deberían ponerse en el camino de aquellos que podrían entrar? Así sacrificaran sus dominios, sus títulos, y sus propias vidas.

“Rechacemos este decreto - dijeron los príncipes. - En asuntos de conciencia la mayoría no tiene poder.” Declararon los disputados que Alemania estaba endeudada al decreto de tolerancia por la paz de la cual gozaba, y que la abolición llenaría el imperio de disturbios y divisiones. “Es incompetente la dieta, - dicen ellos, - para hacer más que conservar la libertad religiosa hasta tanto que se reúna un concilio general.” Proteger la libertad de conciencia es un deber del Estado, y es el límite de su autoridad en materia de religión. Todo gobierno secular que intenta regir las observancias religiosas o imponerlas por medio de la autoridad civil, sacrifica (159) precisamente el principio por el cual lucharon tan noblemente los cristianos evangélicos.

Los papistas resolvieron concluir con lo que llamaban una atrevida obstinación. Para principiar, procuraron sembrar disensiones entre los que sostenían la causa de la Reforma e intimidar a quienes todavía no se habían declarado abiertamente por ella. Los príncipes fueron citados a comparecer ante la dieta. Pidieron ellos que se les diera tiempo para contestar, lo que no les fue concedido. Los que aun se negaron a sacrificar la libertad de conciencia y el derecho de seguir su juicio individual, harto sabían que su actitud les acarrearía las críticas, la condenación y la persecución. Uno de los reformadores dijo: “Debemos negar la Palabra de Dios, o ser quemados.”

El rey Fernando, representante del emperador ante la dieta, vio que el decreto causaría serios disturbios, a menos que se indujese a los príncipes a aceptarlo y apoyarlo. En vista de esto, apeló al arte de la persuasión, pues sabía muy bien que emplear la fuerza contra semejantes hombres no tendría otro resultado que confirmarlos más en sus resoluciones. “Suplicó a ellos que aceptasen el decreto, asegurándoles que tal acto sería muy complaciente para el emperador.” Pero estos hombres leales reconocían una autoridad superior a todos los gobernantes de la tierra, y contestaron con toda calma: “Nosotros obedeceremos al emperador en todo aquello que contribuya a mantener la paz y la gloria de Dios.”

Finalmente manifestó el rey al elector y a sus amigos que lo único que les quedaba era someterse a la decisión de la mayoría. Y habiéndose expresado así, salió de la asamblea, sin dar oportunidad a los reformadores para discutir o replicar. En vano ellos enviaron mensajeros implorándolo (160) para que volviera. A las súplicas de ellos, sólo contestó: “Es asunto concluido; no queda más que la sumisión.”

El partido imperial estaba convencido de que los príncipes cristianos se aferrarían a las Santas Escrituras como a algo superior a las doctrinas y a los mandatos de los hombres y ellos sabían que una aceptación de este principio eventualmente trastornaría el papado. Pero ellos se halagaban diciendo que la debilidad estaba al lado de la Reforma, mientras que la fuerza estaba al lado del emperador y el papa. Si los reformadores hubieran hecho de la carne su arma, habrían resultado tan impotentes como lo suponían los papistas. Pero aunque débiles en número, y en desacuerdo con Roma, tenían fuerza. Apelaban a la decisión de la dieta por la Palabra de Dios, y del emperador de Alemania al Rey de reyes y Señor de señores.

Como Fernando se negó a tener en cuenta las convicciones de los príncipes, decidieron éstos no hacer caso de su ausencia, sino presentar sin demora su protesta ante el concilio nacional. Se formuló en consecuencia la siguiente declaración que fue presentada a la dieta: - “Protestamos por medio del presente, ante Dios, nuestro único Creador, Conservador, Redentor y Salvador, y que un día será nuestro Juez, como también ante todos los hombres y todas las criaturas, y hacemos presente, que nosotros, en nuestro nombre, y por nuestro pueblo, no daremos nuestro consentimiento ni nuestra adhesión de manera alguna al propuesto decreto, en todo aquello que sea contrario a Dios, a su Palabra, a los derechos de nuestra conciencia, y a la salvación de nuestras almas.”...No podemos afirmar que cuando Dios Todopoderoso lleva al hombre a su conocimiento, el hombre no se atreva a abrazar a ese conocimiento divino...No hay doctrina verdadera sino la que esté (161) de acuerdo con la Palabra de Dios. El Señor prohíbe la enseñanza de otra fe. Las Sagradas Escrituras, con un texto que explica a otro y textos claros, son, en todas las cosas necesarias para el Cristiano, fácil de entender, y adaptado para iluminar. Estamos, por lo tanto, resueltos por la gracia divina a mantener la predicación pura de la Palabra de Dios solamente expresar, así como está en las Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento, sin añadir algo más. Esta Palabra es la única verdad. Es la regla segura de toda doctrina y de vida, y no puede faltar ni engañarnos. Él que edifica sobre este fundamento estará firme contra todos los poderes del infierno, mientras que cuanta vanidad se le oponga caerá delante de Dios.” “Por tanto, rechazamos el yugo que se nos impone.”

Este acto produjo honda impresión en el ánimo de la dieta. La mayoría de ella se sorprendió y alarmó ante el arrojado de los que suscribían semejante protesta. El porvenir se presentaba incierto y proceloso. Las disensiones, las contiendas y el derramamiento de sangre parecían inevitables. Pero los reformadores, firmes en la justicia de su causa, y entregándose en brazos del Omnipotente, se sentían fuertes y animosos.

La Protesta negó el derecho de los líderes civiles de legislar en los asuntos entre el alma y Dios, y declararon así como los profetas y apóstoles: “Hemos de obedecer a Dios en vez de los hombres.” Rechazó también el poder arbitrario de la iglesia, y puso por delante el principio infalible que toda enseñanza humana debería estar en sujeción a los oráculos de Dios. Los protestantes pudieron librarse del yugo de la supremacía del hombre, y exaltar a Cristo como único ser supremo en la iglesia, y su palabra desde el púlpito. El poder de conciencia puesto (162) por encima del Estado, y la autoridad de las Sagradas Escrituras por encima de la iglesia visible. La corona de Cristo fue elevada por encima de la tiara del papa y la diadema del emperador. Los protestantes afirmaron además el derecho que les asistía para expresar libremente sus convicciones tocantes a la verdad. Querían no solamente creer y obedecer, sino también enseñar lo que contienen las Santas Escrituras, y negaban el derecho del sacerdote o del magistrado para intervenir en asuntos de conciencia. La protesta de Spira fue un solemne testimonio contra la intolerancia religiosa y una declaración en favor del derecho que asiste a todos los hombres para adorar a Dios según les dicte la conciencia.

El acto estaba consumado. Grabado quedaba en la memoria de millares de hombres y consignado en las crónicas del Cielo, de donde ningún esfuerzo humano podía arrancarlo. Toda la Alemania evangélica hizo suya la protesta como expresión de su fe. Por todas partes la consideraban como prenda de una era nueva y más halagüeña. Uno de los príncipes se expresó así ante los protestantes de Spira: “Que el Todopoderoso, que os ha concedido gracia para que le confeséis enérgicamente, con libertad y denuedo, se digne conservaros en esta firmeza cristiana hasta el día de la eternidad.”

Si la Reforma, después de alcanzar tan notable éxito, se hubiese contemporizado con el mundo para contar con su favor, habría sido infiel a Dios y a sí misma, y hubiera labrado su propia ruina. La experiencia de aquellos primitivos reformadores encierra una lección para todas las épocas venideras. No ha cambiado en nada el modo en que trabaja Satanás contra Dios y contra su Palabra; se opone hoy tanto como en el siglo XVI a que las Escrituras sean reconocidas como guía de la vida. En la actualidad los hombres se han alejado mucho de las doctrinas y preceptos, y se hace muy necesario volver (163) al gran principio protestante: la Biblia, únicamente la Biblia, como regla de la fe y del deber. Satanás sigue valiéndose de todos los medios de que dispone para destruir la libertad religiosa. El mismo poder anticristiano que repudió los protestantes de Spira procura ahora, con redoblado esfuerzo, restablecer su perdida supremacía. La misma adhesión incondicional a la Palabra de Dios que se manifestó en los días tan críticos de la Reforma del siglo XVI, es la única esperanza de una reforma en nuestros días.

Aparecieron señales precursoras de peligros para los protestantes. Juntamente con otras indicaciones de que la mano divina protegía a los fieles. Fue para este tiempo que Melancton apuró a su amigo Gryneo para que atravesara las calles de Spira al Rin, y lo exhortó para que cruzara el río sin demora. Gryneo asombrado, quiso conocer la razón por este escape repentino. Le contestó Melancton: “Un anciano de aspecto augusto y venerable, pero que me es desconocido, se me apareció y me dio la noticia de que en un minuto los agentes de la justicia iban a ser despachados por Fernando para arrestar a Gryneo.” En las riberas del Rin, Melancton esperó hasta que las aguas de la corriente se interpusieron entre su amigo querido y aquellos quienes buscaban terminar con su vida. Cuando por fin lo vio al otro lado, dijo, “Fue arrancado de las quijadas crueles de aquellos quienes estaban sedientos por sangre inocente.”

Gryneo estaba en términos íntimos con un doctor papista; pero, escandalizado por uno de sus sermones, fue a él, y le anunció que ya no iba a hacerle guerra a la

verdad. El papista encubrió su enojo, pero inmediatamente acudió al rey, para obtener de él su autoridad para arrestar al (164) protestante. Cuando Melanchton regresó a su casa, fue informado que después de su partida, oficiales en persecución de Gryneo lo habían registrado de arriba a abajo. El siempre creyó que el Señor había salvado a su amigo enviando un ángel santo para darle aviso.

La Reforma debía alcanzar mayor preeminencia ante los poderosos de la tierra. El rey Fernando se había negado a oír a los príncipes evangélicos, pero iban a tener éstos la oportunidad de presentar su causa ante el emperador y ante la asamblea de los dignatarios del estado y de la iglesia. Para calmar las disensiones que perturbaban al imperio, Carlos V convocó una dieta en Augsburgo, manifestando que él mismo la presidiría en persona. Y a ella fueron convocados los jefes de la causa protestante.

Grandes peligros amenazaban a la Reforma; pero sus defensores confiaron su causa a Dios, y se comprometieron a permanecer firmes y fieles al Evangelio. Ellos determinaron preparar una exposición sistemática de sus opiniones, con prueba de las Santas Escrituras, y presentarla a la dieta; y la tarea fue encomendada a Lutero, Melanchton y sus compañeros. Esta confesión, así preparada, fue aceptada por los protestantes como expresión genuina de su fe, y se reunieron para firmar tan importante documento. Fue ésta una ocasión solemne y decisiva. Estaban muy deseosos los reformadores de que su causa no se confundiera con los asuntos políticos, y creían que la Reforma no debía ejercer otra influencia que la que procede de la Palabra de Dios. Cuando los príncipes cristianos se adelantaron a firmar la confesión, Melanchton se interpuso, diciendo: “A los (165) teólogos y a los ministros a quienes corresponde proponer estas cosas, mientras la autoridad de los poderosos estará reservada para otros asuntos.” “No permita Dios - replicó Juan de Sajonia - que sea yo excluido. Estoy resuelto a cumplir con mi deber, sin preocuparme de mi corona. Deseo confesar al Señor. Mi birrete y mi toga de elector no me son tan preciosos como la cruz de Cristo.” Habiendo dicho esto, firmó. Otro de los príncipes, al tomar la pluma para firmar, dijo: “Si la honra de mi Señor Jesucristo lo requiere, estoy listo para sacrificar mis bienes y mi vida.” “Preferiría dejar a mis súbditos, mis estados y la tierra de mis padres, para irme bordón en mano - prosiguió diciendo, - antes que recibir otra doctrina que la contenida en esta confesión.” Tal era la fe y el arrojo de aquellos hombres de Dios.

Llegó el momento señalado para comparecer ante el emperador. Carlos V sentado en su trono, rodeado de los electores y los príncipes, dio audiencia a los reformadores protestantes. Se dio lectura a la confesión de fe de éstos. Fueron presentadas con toda claridad las verdades del Evangelio ante la augusta asamblea, y señalados los errores de la iglesia papal. Con razón fue llamado aquel día “el día más grande de la Reforma y uno de los más gloriosos en la historia del cristianismo y del mundo.”

Hacia apenas unos cuantos años que el monje de Wittenberg se presentara solo en Worms ante el concilio nacional; y ahora, en vez de él se veían los más nobles y poderosos príncipes del imperio. A Lutero no se le había permitido comparecer en Augsburgo, pero estaba presente por sus palabras y por sus oraciones. “Me lleno de gozo - (166) escribía, - por haber llegado hasta esta hora en que Cristo ha sido ensalzado públicamente por tan ilustres confesores y en tan gloriosa asamblea. En esto se cumplió lo que dicen las Sagradas Escrituras: 'Hablaré de tus testimonios delante de los reyes.’” (Salmo 119:46.)

En tiempo de Pablo, el Evangelio, por cuya causa se le encarceló, fue presentado así a los príncipes y nobles de la ciudad imperial. Igualmente, en Augsburgo, lo que el emperador había prohibido que se predicase desde el púlpito se proclamó en el palacio. Lo que había sido estimado aún indigno de ser escuchado por los sirvientes, era

escuchado con admiración por los amos y señores del imperio. “El auditorio se componía de reyes y de nobles, los predicadores eran príncipes coronados, y el sermón era la verdad real de Dios.” “Desde los tiempos apostólicos - dice un escritor - no hubo obra tan grandiosa, ni tan inmejorable confesión de Jesucristo.”

“Cuanto ha sido dicho por los luteranos, es cierto, y no lo podemos negar,” declaraba un obispo papista. “¿Podéis con buenas razones refutar la confesión hecha por el elector y sus aliados?” preguntaba otro obispo al doctor Eck. “Sí, lo puedo - respondía, - pero no con los escritos de los apóstoles y los profetas, sino con los escritos de los padres y los concilios.” “Comprendo - entonces repuso el que hacia la pregunta, - “que los luteranos están envueltos en las Escrituras, y nosotros estamos afuera.” Varios príncipes alemanes fueron convertidos a la fe reformada, y el mismo emperador declaró que los artículos protestantes contenían la verdad. La confesión fue traducida a muchos idiomas y circuló por toda Europa, y en las generaciones subsiguientes millones la aceptaron como expresión de su fe (167.)

Los fieles arquitectos de Dios no trabajaban solos. Mientras que los principados y potestades de los espíritus malos se ligaban contra ellos, el Señor no desamparaba a su pueblo. Si sus ojos hubieran podido abrirse habrían tenido clara evidencia de la presencia y el auxilio divinos, que les fueron concedidos como a los profetas en la antigüedad. Cuando el siervo de Elíseo mostró a su amo las huestes enemigas que los rodeaban sin dejarles cómo escapar, el profeta oró: “Entonces Jehová abrió los ojos del criado, y miró,” (2 Reyes 6:17.) Y he aquí el monte estaba lleno de carros y caballos de fuego: el ejército celestial protegía al varón de Dios. Del mismo modo, había ángeles que cuidaban a los que trabajaban en la causa de la Reforma. Dios había mandado sus siervos que construyeran, y ninguna fuerza opositora podría alejarlos de las paredes.

Del lugar secreto de oración fue de donde vino el poder que hizo estremecerse al mundo en los días de la gran Reforma. Allí, con santa calma, se mantenían firmes los siervos de Dios sobre la roca de sus promesas. Durante la agitación de Augsburgo, Lutero no faltaba de dedicar tres horas al día a la oración; y este tiempo lo tomaba de las horas del día más propicias al estudio. En lo secreto de su vivienda se le oía derramar su alma ante Dios con palabras de adoración, de temor y de esperanza, como si hablara con un amigo. “Sé que eres nuestro Padre y nuestro Dios - decía, - y que has de desbaratar a los que persiguen a tus hijos, porque tú también estás envuelto en el mismo peligro que nosotros. Todo este asunto es tuyo y si en él estamos también interesados nosotros es porque a ello nos constreñiste. Defiéndenos, pues, ¡oh Padre!” A Melancton que se hallaba agobiado (168) bajo el peso de la ansiedad y del temor, le escribió: “¡Gracia y paz en Jesucristo! ¡En Cristo, digo, y no en el mundo! ¡Amén! Aborrezco de todo corazón esos cuidados exagerados que os consumen. Si la causa es injusta, abandonadla, y si es justa, ¿por qué hacer mentir la promesa de Aquel que nos manda dormir y descansar sin temor?” “Jesucristo no faltará en la obra de justicia y de verdad. El vive, él reina, ¿qué, pues, temeremos?”

Dios oyó los clamores de sus hijos. Infundió gracia y valor a los príncipes y ministros para que sostuvieran la verdad contra las potestades de las tinieblas de este mundo. Dice el Señor: “¡He aquí pongo en Sión la principal piedra del ángulo, escogida, preciosa; y el que crea en Él, no será avergonzado!” (1S. Pedro 2:6). Los reformadores protestantes habían edificado sobre Cristo y las puertas del infierno no podían prevalecer contra ellos (169.)

CAPITULO X

LOS REFORMADORES POSTERIORES

Al mismo tiempo que Lutero daba la Biblia al pueblo de Alemania, Tyndale era impulsado por el Espíritu de Dios a hacer otro tanto para Inglaterra. Era un estudiante diligente de las Escrituras, e intrépidamente predicó sus convicciones de la verdad, instaba que se trajeran todas las doctrinas a la prueba de la Palabra de Dios. Su celo no hizo si no agitar oposición de los papistas. Un sabio doctor papista que sostenía con él una acalorada controversia, exclamó: “Mejor sería para nosotros estar sin la ley de Dios que sin la del papa.” Tyndale repuso: “Yo desafío al papa y todas sus leyes; y si Dios me guarda con vida, no pasarán muchos años sin que haga yo que un muchacho que trabaje en el arado sepa de las Santas Escrituras más que usted.”

Así confirmado su propósito de dar a su pueblo el Nuevo Testamento en su propia lengua, Tyndale puso inmediatamente manos a la obra. Echado de su casa por la persecución, fuese a Londres y allí, por algún tiempo, prosiguió sus labores sin interrupción. Pero al fin la saña de los papistas le obligó a huir. Toda Inglaterra parecía cerrársele y resolvió buscar refugio en Alemania. Allí dio principio a la publicación del Nuevo Testamento en inglés (1525.) Dos veces su trabajo fue suspendido; pero cuando le prohibían imprimirlo en una ciudad, se iba a otra. Finalmente se dirigió a Worms, donde unos cuantos años antes, Lutero había defendido el Evangelio ante la dieta. En aquella antigua ciudad había muchos amigos de la Reforma, y allí prosiguió Tyndale sus trabajos sin más trabas. Pronto salieron de la imprenta tres mil ejemplares del Nuevo Testamento, y en el mismo año se hizo otra edición.

Con gran concentración de espíritu y perseverancia prosiguió sus trabajos. A pesar de la vigilancia con que las autoridades de Inglaterra guardaban los puertos, la Palabra de Dios llegó de varios modos a Londres y de allí circuló por todo el país. Los papistas trataron de suprimir la verdad, pero en vano. El obispo de Durham compró de una sola vez a un librero amigo de Tyndale todo el surtido de Biblias que tenía, para destruirlas, suponiendo que de esta manera estorbaría en algo la circulación de las Escrituras; pero, por el contrario, el dinero así conseguido, fue suficiente para hacer una edición nueva y más elegante, que de otro modo no hubiera podido publicarse. Cuando Tyndale fue aprehendido posteriormente, le ofrecieron la libertad a condición de que revelase los nombres de los que le habían ayudado a sufragar los gastos de impresión de sus Biblias. El contestó que el obispo de Durham le había ayudado más que nadie, porque al pagar una gran suma por las Biblias que había en existencia, le había ayudado eficazmente para seguir adelante con valor.

La traición entregó a Tyndale a sus enemigos, y quedó preso por muchos meses. Finalmente dio testimonio de su fe por (1536) el martirio, pero las armas que él había preparado sirvieron para ayudar a otros soldados a seguir batallando a través de los siglos hasta el día de hoy.

En Escocia el evangelio encontró un campeón en la persona de Juan Knox. Este reformador leal no temió al rostro humano. Los fuegos del martirio, flameantes alrededor de él, sirvieron solamente para acelerar su celo a intensidad mayor. Con el hacha del tirano tuvo amenaza sobre su cabeza, pero se mantuvo en pie. Él dio fuertes golpes a derecha y a izquierda para demoler la idolatría. Así mantuvo su propósito, oró y luchó las batallas del Señor, hasta que Escocia quedó libre.

En Inglaterra Látimer sostuvo desde el púlpito que la Biblia debía ser leída en el lenguaje popular. “El Autor de las Santas Escrituras, - decía él, - es Dios mismo,” y ellas participan del poder y de la eternidad de su Autor. No hay ningún rey o emperador que este exento de obedecerle. Tengamos cuidado con esos caminos de tradición humana, llenos de piedras, zarzales, y árboles desarraigados. Sigamos el camino recio

de la palabra. No concierne a nosotros lo que los Padres han hecho, sino lo que ellos deberían haber hecho.”

Barnes y Frith, fieles amigos de Tyndale, se levantaron en defensa de la verdad. Siguieron después Cranmer y los Ridley. Estos caudillos de la Reforma inglesa eran hombres instruidos, y casi todos habían sido muy estimados por su fervor y su piedad cuando estuvieron en la comunión de la iglesia romana. Su oposición al papado fue resultado del conocimiento que tuvieron de los errores de la “santa sede.” Por estar familiarizados con los misterios de Babilonia, tuvieron más poder para alegar contra ella (172.)

“¿Sabe, - dijo Látimer, - quién es el obispo más diligente en Inglaterra? Ya veo que usted espera escuchar que yo lo nombre. Le diré, es el diablo. Él nunca está fuera de su diócesis; nunca le encontrará desocupado. Llama por él al tiempo que tú quieras, siempre está en casa, siempre está en el arado. Nunca le encontraras remiso, te garantizo. Donde el diablo es residente, allí fuera los libros, y arriba con velas, fuera las Biblias, y arriba con rosarios. Fuera la luz del Evangelio, y arriba con la luz de velas de cera. Sí, al mediodía; abajo con la cruz de Cristo, arriba con el ratero del purgatorio. Fuero con vestir al desnudo, el pobre, el impotente, arriba con el adorno de imágenes y el embellecimiento encantador de piedras y mercancías, abajo con Dios y su santísima palabra; arriba con tradiciones, concilios humanos, y un papa cegado.”... ¡Mal haya que no sean nuestros prelados tan diligentes en sembrar buenas doctrinas como Satanás lo es para sembrar abrojos y cizaña!”

El gran principio sostenido por Tyndale, Frith, Látimer, y los Ridley, era la autoridad divina y suficiencia de las Sagradas Escrituras. Rechazaron la autoridad fingida de papas, concilios, Padres, y reyes mandar la conciencia en asuntos de fe religiosa. La Biblia era su norma, y a esta ellos trajeron todas las doctrinas y todas las demandas.

La fe en Dios y en su Palabra era la que sostenía a estos santos varones cuando entregaban su vida en la hoguera. “Ten buen ánimo - decía Látimer a su compañero de martirio cuando las llamas estaban a punto de acallar sus voces, - que en este día encenderemos una luz tal en Inglaterra, que, confío en la gracia de Dios, jamás se apagará.” (173.)

La iglesia de Inglaterra, siguiendo en los pasos de Roma, persiguió a disidentes de la fe establecida. En el siglo XVII millares de pastores piadosos fueron depuestos de sus cargos. Se le prohibió al pueblo bajo pena de fuertes multas, prisión y destierro, que asistiera a cualesquiera reuniones religiosas que no fueran las sancionadas por la iglesia. Los que no pudieron dejar de reunirse para adorar a Dios, tuvieron que hacerlo en callejones oscuros, en sombrías buhardillas y, en estaciones propicias, en los bosques a medianoche. En la protectora espesura de la floresta, como en templo hecho por Dios mismo, aquellos esparcidos y perseguidos hijos del Señor, se reunían para derramar sus almas en plegarias y alabanzas. Pero a despecho de todas estas precauciones muchos sufrieron por su fe. Las cárceles rebosaban. Las familias eran divididas. Muchos fueron desterrados a tierras extrañas. Sin embargo, Dios estaba con su pueblo y la persecución no podía acallar su testimonio. Muchos cruzaron el océano y se establecieron en Norteamérica, donde echaron los cimientos de la libertad civil y religiosa que fueron baluarte y gloria de los Estados Unidos.

Como en los tiempos apostólicos, la persecución contribuyó al progreso del Evangelio. En una asquerosa mazmorra atestada de reos y libertinos, Juan Bunyan respiró el verdadero ambiente del Cielo y escribió su maravillosa alegoría del viaje del peregrino de la ciudad de destrucción a la ciudad celestial. Por más de doscientos años aquella voz habló desde la cárcel de Bedford con poder penetrante a los corazones de

los hombres. El *Viador* y *La gracia abundante para el mayor de los pecadores* han guiado a muchos por el sendero de la vida eterna (174.)

Baxter, Flavel, Alleine y otros hombres de talento, de educación y de profunda experiencia cristiana, se mantuvieron firmes defendiendo valientemente la fe que en otro tiempo fuera entregada a los santos. La obra que ellos hicieron en que fue proscrita y anatematizada por los reyes de este mundo, es imperecedera. *La fuente de la vida* y *El Método de la gracia* de Flavel enseñaron a millares el modo de confiar al Señor la custodia a sus almas. *El pastor reformado*, de Baxter, fue una verdadera bendición para muchos que deseaban un avivamiento de la obra de Dios, y su *Descanso eterno de los santos* cumplió su misión de llevar almas “al descanso que queda para el pueblo de Dios.”

Cien años más tarde, en tiempos de tinieblas espirituales, aparecieron Whitefield y los Wesley como portadores de la luz de Dios. Bajo el régimen de la iglesia establecida, el pueblo de Inglaterra había llegado a un estado tal de decadencia, que apenas podía distinguirse del paganismo. La religión natural era el estudio favorito del clero y en él iba incluida casi toda su teología. La aristocracia hacía escarnio de la piedad y se jactaba de estar por saber lo que llamaba su fanatismo, en tanto que el pueblo bajo vivía en la ignorancia y el vicio, y la iglesia no tenía valor ni fe para seguir sosteniendo la causa de la verdad ya decaída.

Whitefield y los Wesley estaban preparados para su obra por medio de un profundo sentimiento de su propia perdición; y para poder sobrellevar duras pruebas como buenos soldados de Jesucristo, se vieron sometidos a una larga serie de escarnios, burlas y persecución, tanto en la universidad, como al entrar en el ministerio. Ellos y otros (175) pocos que simpatizaban con ellos fueron llamados despectivamente “metodistas” por sus condiscípulos incrédulos, pero en la actualidad el apodo es considerado como honroso por una de las mayores denominaciones de Inglaterra y América.

Había miembros de la iglesia de Inglaterra y estaban muy apegados a sus formas de culto, pero el Señor les había señalado en su Palabra un modelo más perfecto. El Espíritu Santo les constriñó a predicar a Cristo y a éste crucificado. El poder del Altísimo acompañó sus labores. Millares fueron convencidos y verdaderamente convertidos. Había que proteger de los lobos rapaces a estas ovejas. Wesley no había pensado formar una nueva denominación, pero organizó a los convertidos en lo que se llamó en aquel entonces la Unión Metodista.

Misteriosa y ruda fue la oposición que estos predicadores encontraron por parte de la iglesia establecida; y sin embargo, Dios, en su sabiduría, ordenó las cosas de modo que la Reforma empezará dentro de la iglesia. Si hubiera venido por completo de afuera, no habría podido penetrar donde tanto se necesitaba. Pero como los predicadores del reavivamiento eran eclesiásticos, y trabajaban dentro del jirón de la iglesia dondequiera que encontraban oportunidad para ello, la verdad entró donde las puertas hubieran de otro modo quedado cerradas. Algunos de los clérigos despertaron de su sopor y se convirtieron en predicadores activos de sus parroquias. Iglesias que habían sido petrificadas por el formalismo fueron de pronto devueltas a la vida.

Hubo hombres dotados de diferentes dones que hicieron cada uno la obra que les fuera señalada. No estuvieron de acuerdo en todos los puntos de doctrina, pero todos fueron guiados por el Espíritu de Dios (176) y unidos en el absorbente propósito de ganar almas para Cristo. Las diferencias que mediaron entre Whitefield y los Wesley estuvieron en cierta ocasión a punto de separarlos; pero habiendo aprendido a ser mansos en la escuela de Cristo, la tolerancia y el amor fraternal los reconciliaron. No tenían tiempo para disputarse cuando en derredor suyo abundaban el mal y la iniquidad

y los pecadores iban hacia la ruina. Trabajaron y oraron juntos, y se reforzó su amistad mientras que sembraban la semilla del Evangelio en los mismos campos.

Los siervos de Dios tuvieron que recorrer un camino duro. Hombres de saber y de talento empleaban su influencia contra ellos. Al cabo de algún tiempo muchos de los eclesiásticos manifestaron hostilidad resuelta y las puertas de la iglesia se cerraron a la fe pura y a los que la proclamaban. La actitud adoptada por los clérigos al denunciarlos desde el púlpito despertó los elementos favorables a las tinieblas, la ignorancia y la iniquidad. Una y otra vez, Wesley escapó a la muerte por algún milagro de la misericordia de Dios. Cuando la ira de las turbas rugía contra él y parecía no haber ya modo de escapar, un ángel en forma de hombre se le ponía al lado, la turba retrocedía, y el siervo de Cristo salía ileso del lugar peligroso.

Los metodistas de aquellos días - tanto el pueblo como los predicadores - eran blanco de escarnios y persecuciones, tanto por parte de los miembros de la iglesia establecida como de gente irreligiosa excitada por las calumnias inventadas por esos miembros. Se les arrastraba ante los tribunales de justicia, que lo eran sólo de nombre, pues la justicia en aquellos días no tenía parte en las cortes. Con frecuencia eran atacados por sus perseguidores. La turba iba de casa en casa y les destruía los muebles y lo que encontraban, llevándose lo que les parecía (177) y ultrajando brutalmente a hombres, mujeres y niños. En ocasiones se fijaban avisos en las calles convocando a los que quisiesen ayudar a quebrar ventanas y saquear las casas de los metodistas, dándoles cita en lugar y hora señalados. Estos atropellos de todas las leyes divinas y humanas se dejaban pasar sin castigo. Se organizó una persecución en contra de la gente cuya única falta consistía en que procuraban apartar a los pecadores del camino de la perdición y llevarlos a la senda de la santidad.

Refiriéndose Juan Wesley a las acusaciones dirigidas contra él y sus compañeros, dijo “Algunos sostienen que las doctrinas de estos hombres son falsas, erróneas e hijas del entusiasmo; que son cosa nueva y desconocida hasta últimamente; que son cuaquerismo, fanatismo o romanismo. Todas estas pretensiones han sido cortadas de raíz y ha quedado bien probado que cada una de dichas doctrinas y sencillamente doctrina de las Escrituras, interpretada por nuestra propia iglesia. De consiguiente no pueden ser falsas ni erróneas, si es que la Escritura es verdadera.” “Otros sostienen que las doctrinas son demasiado estrictas, que hacen muy estrecho el camino del Cielo, y ésta es en verdad la objeción fundamental (pues durante un tiempo fue casi la única) y en realidad se basan implícitamente en ella otras más que se presentan en varias formas. Sin embargo, ¿hacen el camino del Cielo más estrecho de lo que fue hecho por el Señor y sus apóstoles? ¿Son sus doctrinas más estrictas que las de la Biblia? Considerad sólo unos cuantos textos: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo.” (S. Lucas 10:27.) Toda palabra (178) ociosa que hablen los hombres, darán cuenta en el día del juicio.” (S. Mateo 12:36.) “Así, pues, ya sea que comáis, que bebáis, o que hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios.” (1 Corintios 10:31.)

“Si su doctrina es más estricta que esto, son dignos de censura; pero en conciencia bien sabéis que no lo es. Y ¿quién puede ser menos estricto sin corromper la Palabra de Dios? ¿Podría algún mayordomo de los misterios de Dios ser declarado fiel si alterase parte siquiera de tan sagrado depósito? No; nada puede quitar; nada puede suavizar; antes está en la obligación de manifestar a todos: 'No puedo rebajar las Escrituras a vuestro gusto. Tenéis que elevaros vosotros mismos hasta ellas o morir para siempre.' El grito popular es: “¡La falta de caridad de estos hombres! ¿Que no tienen caridad? ¿En qué respecto? ¿No dan de comer al hambriento y no visten al desnudo?

No, no es éste el asunto, que en esto no faltan; donde les falta caridad es en su modo de juzgar, pues creen que ninguno puede ser salvo a no ser que siga el camino de ellos.”

Que semejantes son los argumentos instados contra los que presentan las verdades de la Palabra de Dios aplicable a este tiempo.

Entre los reformadores de la iglesia un lugar honorable debería dárseles a esos que estuvieron de pie en vindicación de una verdad generalmente ignorada, aún por protestantes, - esos que mantuvieron la validez del cuarto mandamiento, y la obligación del sábado de la Biblia. Cuando la Reforma barrió con la obscuridad que había descansado sobre la Cristiandad, los guardadores del sábado se iluminaron en muchos países. Ninguna clase de cristianos ha sido tratada con (179) injusticia mayor por historiadores populares como han sido los que honran el sábado. Ellos han sido estigmatizados como semi-judíos, o denunciados como supersticiosos y fanáticos. - Los argumentos que ellos presentaron de las Escrituras en apoyo de su fe fueron encontrados como tales argumentos y se encuentran hoy también, con el grito, ¡Los Padres, los Padres! ¡Tradición antigua, la autoridad de la iglesia!

Lutero y sus colaboradores acabaron un trabajo noble para Dios; pero, viniendo como ellos de la iglesia romana, habiendo creído en apoyar sus doctrinas, no era de esperarse que ellos discernieran todos estos errores. Era su trabajo quebrar los grilletes de Roma, y dar la Biblia al mundo; sin embargo hubieron verdades importantes que fallaron en descubrir, y errores graves que ellos no renunciaron. La mayor parte de ellos continuaron observando el domingo con otras fiestas papales. Ellos no lo hacían creyendo que tuviera alguna autoridad divina, pero creían que debía ser observado como un día generalmente aceptado de adoración.

Había algunos entre ellos, sin embargo, quien honraba el sábado del cuarto mandamiento. Tal era la creencia y la práctica de Carlstadt, y había otros que se unieron con él. Juan Frith, que ayudó a Tyndale en la traducción de las Escrituras, y que eran martirizados por su fe, de esta manera muestra su interés respecto al sábado: “Los Judíos tienen la Palabra de Dios por su sábado, desde que es el séptimo día, y se propusieron mantener el séptimo día solemne. Y nosotros no tenemos la Palabra de Dios para nosotros, sino contra nosotros; pero nosotros no mantenemos el séptimo día, como los judíos hacen, sino el primero, que no es mandado por la ley de Dios.” (180.)

Cien años más tarde, Juan Trask admitió la obligación del sábado verdadero, y emplearon voz y pluma en su defensa. Pronto fue llamado a cuenta por el poder perseguidor de la iglesia de Inglaterra. Declaró él, la suficiencia de las Escrituras como una guía para la fe religiosa, y mantuvieron que autoridades civiles no controlaran la conciencia en asuntos que conciernen salvación. Fue traído a juicio delante del tribunal infame de la Cámara de la Estrella, donde se tuvo una discusión larga respetó al sábado. Trask no partiría de los requerimientos y mandatos de Dios para obedecer los mandatos de hombres. Por lo tanto fue condenado, y sentenciado a ser puesto en la picota, y de allí ser públicamente azotado entre la flota, allí quedó prisionero. Esta sentencia cruel fue ejecutada, y después de un tiempo su espíritu fue quebrantado. Soportó sus sufrimientos en la prisión por un año, y entonces se retractó. ¡O si él hubiera sufrido más, y ganado la corona de un mártir!

La esposa de Trask era también una guardadora del sábado. Fue declarada, aún por sus enemigos, ser una mujer dotada con muchas virtudes digna de ser imitada de todos los cristianos. Era una maestra de excelencia reconocida, y era notada por su esmero en tratar con el pobre. “Esto - dijeron sus enemigos - ella profesó hacerlo fuera de la conciencia, como creyente ella tiene que venir un día para ser juzgada por todas las cosas hechas en la carne. Por lo tanto ella resolvió ir por la regla más segura, en contra de su interés privado. Todavía fue declarado que ella poseía un espíritu extraño,

obstinación sin par en adición a sus opiniones propias, por las cuales fue estropeada. En verdad, ella (181) escogió obedecer la Palabra de Dios en preferencia a las tradiciones de hombres. Por fin esta mujer noble fue puesta en prisión. La acusación en contra de ella era que trabajaba solamente cinco días a la semana, y descansaba en el sábado, siendo conocido que ella lo hacía en obediencia al cuarto mandamiento. No era acusada de crimen; sino que el motivo de su acto era el fundamento único de queja.

A menudo fue visitada por sus perseguidores, quienes emplearon sus argumentos más astutos para inducirla a renunciar su fe. En respuesta, ella les pidió que le mostraran con las Escrituras que ella estaba en error, e instó que si el domingo era verdaderamente un día santo, el hecho debería estar declarado en la Palabra de Dios. Pero en vano ella pidió testimonio de la Biblia. Ella fue exhortada a sofocar sus convicciones, y creer lo que la iglesia declaraba ser correcto.

Se negó comprar libertad por renunciar a la verdad. Las promesas de Dios sustentaron su fe: “No temas en nada lo que vas a padecer. Mira, el diablo va a echar a algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis probados,... Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida.”(Apocalipsis 2:10.) Por casi dieciséis años esta mujer débil quedó en prisión, en privación y grande sufrimiento. El libro de Dios solo puede atestiguar cuanto aguantó durante esos años de agotamiento. Fue una fiel testigo de la verdad; su paciencia y fortaleza nunca fallaron hasta que la muerte la llevo al descanso.

Su nombre era echado por tierra como maligno, pero es honrado en los registros celestiales. Ella fue registrada entre el número que habían sido cazados, difamados, (182) desechados, encarcelados, martirizados; “De los cuales el mundo no era digno;” “Y ellos serán míos, dice Jehová de los ejércitos, mi propiedad personal en el día en que yo actúe.” (Malaquías 3:17.)

Dios tiene, en su providencia, preservada la historia de algunos de ellos que sufrieron por su obediencia al cuarto mandamiento; pero allí había muchos, de quién el mundo no sabe nada, que por la misma verdad aguantó persecución y martirio. Los que oprimieron estos seguidores de Cristo llamados así mismos Protestantes; pero ellos abjuraron el principio fundamental de Protestantismo, - la Biblia y la Biblia solamente como la regla de fe y práctica. El testimonio de las Escrituras que por ellos fue llevado con desdén. Este espíritu todavía vive, y será aumentado más y más mientras nos acerquemos al tiempo final. Esos que honran el sábado de la Biblia les siguen llamando deliberados y testarudos por una grande parte del mundo cristiano, y el tiempo no está lejos cuando el espíritu de persecución será manifestado contra ellos.

En el siglo decimoséptimo había varios de los que guardaban el sábado en las iglesias de Inglaterra, mientras que había cientos de guardadores del sábado esparcidos por todo el país. Mediante sus trabajos esta verdad se plantó en América en una fecha temprana. En menos de medio siglo después del desembarque de los peregrinos en Plymouth, los guardadores del sábado de Londres enviaron uno de su grupo para levantar la norma del sábado de Reforma en el mundo nuevo. Este misionero sostuvo los diez mandamientos como ellos fueron entregados del monte SINAB, son moral e inmutables, y que (183) era el poder anticristiano que pensó cambiar tiempos y leyes, que había cambiado el sábado del séptimo al primer día. En Newport, R.I., varios miembros de la iglesia abrazaron esta revelación, sin embargo continuó por algunos años en la iglesia con que estaban previamente conectados. Finalmente allí surgió dificultad entre los que guardaban el sábado y los observadores del domingo, y se obligaron a que se retiraran de la iglesia, así podrían pacíficamente guardar el día santo de Dios. Pronto después, entraron en una organización, así formaron la primera iglesia guardadora del sábado en América. Estos guardadores del sábado se halagaban diciendo que podían obedecer el cuarto mandamiento y sin embargo estar conectados con los

observadores del domingo. Era una bendición para ellos y para las generaciones posteriores fue una gran bendición que tal unión no pudiera existir; si esta unión hubiese continuado eventualmente hubiese causado que la luz del santo sábado de Dios se tomara en obscuridad.

Unos años más tarde, se formó una iglesia en New Jersey. Un celoso observador del domingo, reprobó una persona para trabajar en ese día, fue pedida su autoridad de las Escrituras. En la búsqueda encontró el mando divino para guardar el séptimo día, y él comenzó en seguida a observarlo. A través de sus trabajos se levantó una Iglesia guardadora del sábado.

Desde ese tiempo el trabajo gradualmente se extendió, hasta que millares empezaron la observancia del sábado. Entre los Bautistas del Séptimo día de este país han sido hombres eminentes de talento, por su aprendizaje, y piedad. Ellos han hecho un trabajo grande y bueno manteniéndose de pie por doscientos años en defensa del sábado antiguo (184.)

En el presente siglo pocos han tomado una posición más noble por esta verdad que fue tomada por el Anciano J.W. Morton, cuyos trabajos y escritos en favor del sábado ha conducido muchos a su observancia. Él fue enviado como un misionero a Haití por los presbiterianos reformados. Publicaciones de los que observan el sábado cayeron en sus manos, y después de dar al sujeto un examen cuidadoso, él quedó satisfecho que el cuarto mandamiento requiere la observancia del Séptimo día sábado. Sin esperar a considerar sus intereses propios, él inmediatamente determinó obedecer a Dios. Él volvió a casa, hizo saber su fe, y fue tratado como hereje, y expulsado de la iglesia reformada Presbiteriana sin permitirle presentar las razones de su posición.

La conducta del sínodo Presbiteriano en condenar al Anciano Morton sin concederle ser oído, es una evidencia del espíritu de intolerancia que todavía existe, aún entre los que reclaman ser reformadores protestantes. El Dios Infinito, cuyo trono esta en los Cielos, condesciende en dirigirse a su pueblo: “Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta.” (Isaías 1:18.) Pero hombres frágiles errantes orgullosamente rehusan razonar con sus hermanos. Ellos están listos para censurar a quien acepta alguna luz que ellos no han recibido - como si Dios se empeñara en no dar más luz de la que les había dado. Este es el camino a seguir por los opositores de la verdad en cada edad. Olvidan la declaración de las Escrituras, “Luz está implantada dentro del justo.” (Salmos 97:11.) “Más la senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta llegar a pleno día.” (Proverbios 4:18.) Es una cosa triste cuando una gente reclama ser reformadora y cesan de reformarse (185.)

Si cristianos profesos tan sólo compararan cuidadosamente y piadosamente sus diferencias con las Escrituras, poniendo al lado todo orgullo de opinión y deseo por la supremacía, una inundación de luz sería arrojada sobre las iglesias ahora vagando en la obscuridad del error. Tan rápido como su pueblo pueda llevarlo. El Señor les revela sus errores en doctrina y sus defectos de carácter. De edad en edad Él ha levantado hombres y les calificó para hacer un trabajo especial necesario en su tiempo. Pero a ninguno de éstos les ha dado Él cometido de toda la luz que Él quiere dar al mundo. La sabiduría no muere con ellos. No era la voluntad de Dios que el trabajo de Reforma cesara con la desaparición de la vida de Lucero; no era su voluntad que en la muerte de los Wesley la fe cristiana tenía que quedar estereotipada. El trabajo de Reforma es progresivo. Adelante, es el mando de nuestro gran Líder, - adelante a la victoria.

No deberíamos de ser aceptados y honrados por Dios en hacer el mismo trabajo que nuestros padres hicieron. No ocupamos la posición que ellos ocuparon en el desdoblamiento de la verdad. Para ser aceptados y honrados como ellos fueron, tenemos que mejorar la luz que brilla sobre nosotros, como ellos mejoraron a que brilló sobre

ellos. Tenemos que hacer como ellos habrían hecho, si vivieran en nuestros días. Lutero y los Wesley eran reformadores en su tiempo. Es nuestra obligación continuar el trabajo de Reforma. Si descuidamos atender a la luz, se hará la oscuridad; y el grado de oscuridad será proporcionado a la luz rechazada.

El profeta de Dios declara que en los últimos días el conocimiento se aumentara. Hay verdades nuevas para ser reveladas al buscador humilde. Las enseñanzas (186) de la Palabra de Dios deben estar libres de errores y superstición con que han sido estorbadas. Doctrinas que no han sido sancionadas por las Escrituras han sido extensamente enseñadas, y muchos honestamente las han aceptado; pero cuando la verdad es revelada, es el deber de cada uno aceptarla. Los que permiten intereses mundanos, deseos de popularidad, u orgullo de opinión, para separarlos de la verdad, tienen que dar cuenta a Dios por su descuido (187.)

CAPITULO XI

LOS DOS TESTIGOS

La supresión de las Escrituras bajo el dominio de Roma, el resultado terrible de esa supresión, y la exaltación final de la Palabra de Dios, están vívidamente revelados por el lápiz profético. A Juan en exilio en la isla solitaria de Patmos se le dio una visión de los 1260 años durante los cuales el poder papal fue permitido pisotear la Palabra de Dios y oprimir a su pueblo. Dijo el ángel del Señor: “Ellos hollarán la ciudad santa; [la iglesia verdadera] durante cuarenta y dos meses. Y concederé a mis dos testigos que profeticen por mil doscientos sesenta días, vestidos de cilicio.” (Apocalipsis 11:2,3.) Los períodos aquí mencionados son los mismos, representantes del tiempo en que los testigos fieles de Dios permanecieron en un estado de tinieblas.

Estos dos testigos representan las Escrituras del Antiguo Testamento y del Nuevo. Ambos son testimonios importantes del origen y del carácter perpetuo de la ley de Dios. Ambos testifican también acerca del plan de salvación. Los símbolos, los sacrificios y las profecías del Antiguo Testamento se refieren a un Salvador que había de venir. Y los Evangelios y las epístolas del Nuevo Testamento hablan de un Salvador que vino tal como fuera predicho por los símbolos y la profecía (188.)

“Estos testigos son los dos olivos, y los dos candeleros que están en pie delante del Dios de la tierra.” (Apocalipsis 11:4.) “Lámpara es para mis pies tu palabra, y luz para mi camino.” (Salmos 119:105.)

El poder papal procuró ocultarle al pueblo la Palabra de verdad y poner ante él testigos falsos que contradijeran su testimonio. Cuando la Biblia fue prohibida por las autoridades civiles y religiosas, cuando su testimonio fue pervertido y se hizo cuanto pudieron inventar los hombres y los demonios para desviar de ella la atención de la gente, y cuando los que osaban proclamar sus verdades sagradas fueron perseguidos, entregados, atormentados, confinados en las mazmorras, martirizados por su fe u obligados a refugiarse en las fortalezas de los montes y en las cuevas de la tierra - fue entonces cuando los fieles testigos profetizaron vestidos de sacos.

Pero los hombres no pueden con impunidad pisotear a la Palabra de Dios. El Señor ha declarado con respecto a sus dos testigos. “Y si alguno quiere hacerles daño, sale fuego de la boca de ellos, y devora a sus enemigos; y si alguno quiere hacerles daño, debe morir él de la misma manera.” (Apocalipsis 11:5.) El significado de tan terrible sentencia resalta en el último capítulo del Apocalipsis: “Yo testifico a todo aquel que oye las palabras de la profecía de este libro: Si alguno añade a estas cosas,

Dios traerá sobre él las plagas que están escritas en este libro. Y si alguno quita de las palabras del libro de esta profecía, Dios quitará su parte del libro de la vida, y de la santa ciudad y de las cosas que están escritas en este libro.” (Apocalipsis 22:18,19) (189.)

Tales son los avisos que ha dado Dios para que los hombres se abstengan de alterar lo revelado o mandado por él. Estas solemnes denuncias se refieren a todos los que con su influencia hacen que otros consideren con menosprecio la ley de Dios. Deben hacer temblar y temer a los que declaran con liviandad que poco importa que obedezcamos o no obedezcamos a la ley de Dios. Todos los que alteran el significado preciso de la Palabra escrita sobreponiéndoles sus opiniones particulares y los que tuercen los preceptos de la Palabra divina ajustándolos a sus propias conveniencias, o a las del mundo, se arroga terrible responsabilidad. La Palabra escrita, la ley de Dios, medirá el carácter de cada individuo y condenará a todo el que fuere hallado falto por esta prueba infalible.

Aunque los testigos del Señor fueron vestidos de cilicio, continuaron profetizando durante todo el período de los 1260 años. Aun en los tiempos más sombríos hubo hombres fieles que amaron la Palabra de Dios y se manifestaron celosos por defender su honor. A estos fieles siervos de Dios les fueron dados poder, sabiduría y autoridad para que divulgasen la verdad durante todo este periodo.

“Cuando hayan acabado su testimonio, la bestia que sube del abismo hará guerra contra ellos, y los vencerá y los matará. Y sus cadáveres quedarán en la plaza de la gran ciudad que en sentido espiritual se llama Sodoma y Egipto, donde también nuestro Señor fue crucificado.” (Apocalipsis 11:7,8.)

Estos eventos estaban por ocurrir cerca, hacia el fin del período en el cual los testigos darían testimonio vestidos de cilicio. A través del papado, Satanás (190) había controlado por un largo tiempo los poderes que reinaban en la Iglesia y el Estado. Especialmente temerosos fueron los resultados en aquellos países que rechazaron la luz de la Reforma. Existía un estado de bajeza moral y una corrupción semejante a la condición de Sodoma justamente antes de su destrucción, a la idolatría y obscuridad espiritual que prevaleció en Egipto en los días de Moisés.

En ninguna parte del mundo estuvo el espíritu de enemistad contra Cristo y la verdad más notablemente exhibida que el país ateo de Francia. En ninguna otra parte el evangelio encontró oposición más amarga y cruel. En las calles de París, Cristo de verdad había sido crucificado en la persona de los santos. El mundo todavía recuerda con horror estremecido las escenas de masacre más cobardes y crueles, como la matanza de San Bartolomé. El rey de Francia, exhortado por sacerdotes romanos y prelados, dio su autorización a esta obra horrenda. La campana del palacio, resonando a medianoche, dio la señal para la iniciación de la matanza. Miles de protestantes, que dormían tranquilamente en sus casas, confiando en el honor de su rey, fueron arrastrados fuera de sus casas sin ningún aviso, y asesinados a sangre fría.

Satanás, en la persona de los fanáticos romanos, condujo el movimiento. Así como Cristo era el jefe invisible de su pueblo cuando salió de la esclavitud de Egipto, así lo fue Satanás de sus súbditos cuando acometieron la horrenda tarea de multiplicar el número de los mártires. Durante tres días la matanza siguió; más de treinta mil murieron. El resultado causó regocijo grande a los hombres de las tinieblas. El pontífice romano, que compartía en el regocijo diabólico, proclamó que se observase un jubileo por todo su reino, para celebrar el evento (191.)

El mismo espíritu maestro que impulsó la matanza de San Bartolomé fue también el que dirigió las escenas de la Revolución Francesa. Satanás pareció triunfar. Aun con los trabajos de los Reformadores, logró tener a multitudes en ignorancia con

respecto a Dios y su palabra. Ahora aparece con una máscara nueva. En Francia levantó un poder ateo que abiertamente declaró guerra contra la autoridad del Cielo. Los hombres ignoraron toda restricción. La ley de Dios fue pisoteada. Aquellos que se envolvían en las blasfemias más audaces contra el Cielo y en las abominaciones más grandes eran los más exaltados ante los ojos de los demás. La fornicación fue sancionada por la ley. La profanidad y corrupción pareció inundar a la tierra. En todo esto, se le hacía homenaje supremo a Satanás, mientras que Cristo, en sus características de verdad, pureza, y amor generoso, fue crucificado. La Biblia fue públicamente quemada. El sábado fue borrado. El Romanismo se había unido a la idolatría y se les dio honores divinos a los objetos más viles. El trabajo que el papado había comenzado, en ateísmo terminó. El primero retuvo de la gente las verdades de la Biblia; el otro les enseñó a rechazar tanto la Biblia como a su Autor. La semilla sembrada por los sacerdotes y los preladados estaba dando su fruto maligno.

Verdaderamente fue terrible la condición de la Francia infiel. La palabra de verdad postraba muerta en sus calles, y aquellos que odiaban las restricciones y los requerimientos de la ley de Dios estaban celebrando. Pero a la transgresión y a la rebelión le siguió un resultado seguro. La Francia infeliz cosechó en sangre lo que había sembrado. La guerra contra la Biblia y la ley de Dios desterró a la paz y a la felicidad de los corazones y los hogares de los hombres (192.) Nadie estaba seguro; aquel que triunfó hoy fue objeto de sospecha, condena, el día de mañana. La violencia y el terror reinaron por todas partes. El país se llenó de crímenes demasiado horribles para ser relatados.

No iban a permanecer mucho tiempo en silencio los fieles testigos de Dios. “Y después de los tres días y medio, entró en ellos un espíritu de vida enviado por Dios, y se pusieron de pie, y cayó gran temor sobre los que los veían.” (Apocalipsis 11:11.) El mundo contemplaba estupefacto los terribles resultados que había obtenido al despreciar los Oráculos Sagrados, y los hombres se alegraron en volver una vez más a la fe en Dios y su palabra.

Hablando de los dos testigos, el profeta dice además: “Y oyeron una gran voz del Cielo, que les decía: Subid acá. Y subieron al Cielo en una nube; y sus enemigos los vieron.” (Apocalipsis 11:12.) Desde la Revolución Francesa la Palabra de Dios ha sido honrada como nunca antes. La Biblia ha sido traducida en casi todos los idiomas, y esparcida por todas partes del mundo. Después de haber sido tirada al infierno, volvió a ser exaltada hasta el Cielo (193.)

CAPÍTULO XII

DIOS HONRA EL HUMILDE

Aquellos que recibieron las grandes bendiciones de la Reforma no siguieron por la senda tan noblemente abierta por Lutero. Unos pocos hombres fieles se levantaron de vez en cuando, para proclamar verdades nuevas, y desenmascarar el error levantado en alto por tanto tiempo; pero la mayoría, como los Judíos en los días de Cristo, o los papistas en el tiempo de Lutero, estaban contentos de creer como creían sus padres, y vivir como ellos vivieron. Por lo tanto la religión de nuevo se degeneró en el formalismo; y los errores y las supersticiones que hubieran sido desechados si la iglesia hubiera continuado caminando en la luz de la Palabra de Dios, fueron retenidos y estimados. Así fue como el espíritu inspirado por la Reforma gradualmente murió, tanto que hubo una necesidad tan grande de Reforma en las iglesias protestantes como

en la iglesia romana en el tiempo de Lutero. Hubo el mismo estupor espiritual, el mismo respeto para las opiniones de hombres, el mismo espíritu de mundanería, la misma substitución de teorías humanas por las enseñanzas de la Palabra de Dios. El orgullo y la extravagancia fueron alentados en el nombre de la religión. Las iglesias se corrompieron aliándose con el mundo. Así se degeneraron los principios por los cuales Lutero y sus amigos tanto trabajaron y sufrieron (194.)

Como Satanás vio que había fallado en destruir la verdad por persecución, recurrió al mismo plan de compromiso el cual había conducido a la gran apostasía y últimamente la formación de la iglesia de Roma. Indujo a los cristianos que se aliaran, no con paganos, sino con aquellos que, por su veneración del dios de este mundo, probaron que verdaderamente eran idólatras. Satanás ya no pudo evitar que la Biblia fuera puesta al alcance de toda la gente. Pero condujo a miles para que aceptaran interpretaciones falsas y teorías sin fundamentos, sin que escudriñaran las Escrituras por sí mismos. Corrompió las doctrinas de la Biblia, y tradiciones, las cuales iban a arruinar a millones, estaban tomando raíz profunda. La iglesia estaba apoyando y defendiendo estas tradiciones, en lugar de luchar por la fe una vez entregada a los santos.

Y mientras que estaba totalmente inconsciente de su condición y su peligro, la iglesia y el mundo estaban acercándose rápidamente al momento más solemne y de gran importancia de la historia de esta tierra, - el período de la revelación del Hijo del hombre. Ya las señales que Cristo mismo había prometido, - el sol se vistió en oscuridad en pleno día y la luna por la noche, - habían declarado su pronta venida. Cuando Jesús les señaló a sus seguidores estas señales, predijo también el estado existente del mundanamor y reincidencia, y dio aviso del resultado de aquellos quienes rehusan despertarse de su seguridad descuidada: “Que tienes nombre de que vives y estás muerto.” “Pues si no velas, vendré sobre ti como ladrón, y no conoces de ningún modo a qué hora vendré sobre ti.” (Apocalipsis 3:1-3) (195.)

Él que conoce el fin del comienzo, e inspiró a los profetas y apóstoles para que escribieran la historia del futuro de las iglesias y de las naciones, estuvo a punto de lograr otra Reforma semejante a la de los días de Lutero. El Señor levantó hombres para que investigaran su palabra, para que examinaran las bases sobre las cuales el mundo Cristiano se estaba construyendo, y para que preguntaran solamente, ¿Qué es verdad? (S. Juan 18:38.) ¿Estamos construyendo sobre la roca, o sobre arena movediza?

Dios vio que mucho de su profeso pueblo no se estaban preparando para la eternidad; y en su cuidado y amor estaba a punto de enviar un mensaje de advertencia para despertarlos de su estupor, y prepararlos para la venida de su Señor. La advertencia no iba a ser confiada en manos de “doctores de divinidad” o “ministros populares” del evangelio. Si estos hubieran sido atalayas fieles, escudriñando diligentemente y piadosamente las Escrituras, hubieran conocido el tiempo de noche; las profecías de Daniel y Juan les hubieran revelado los eventos grandes que están a punto de ocurrir. Si hubieran seguido fielmente la luz ya dada, alguna estrella de resplandor celestial les hubiera sido enviada para guiarlos hacia toda la verdad.

En el tiempo del primer advenimiento de Cristo, los sacerdotes y los escribas de la ciudad santa, a quienes les fueron confiados los oráculos de Dios debieron haber discernido las señales de los tiempos, y haber proclamado la venida de Aquel Prometido. La profecía de Miqueas designó su lugar de nacimiento; (Miqueas 5:2.) Daniel especificó el tiempo de su advenimiento. (Daniel 9:25.) Dios les había dado estas profecías a los líderes judíos: por lo tanto estaban sin excusa si no conocían y declaraban a la gente que (196) la venida del Mesías estaba cerca. Su ignorancia fue el resultado de una negligencia pecaminosa.

Dios no envió sus mensajeros a los palacios de reyes, a las asambleas de filósofos, o a las escuelas de los rabinos, para darles a conocer la noticia maravillosa de que el Redentor de los hombres estaba a punto de aparecer sobre la tierra. Los judíos estaban construyendo monumentos para profetas martirizados de Dios, mientras que por su diferencia los grandes hombres de la tierra estaban pagándole homenaje a los siervos de Satanás. Absorbido en su conflicto ambicioso por posición y poder entre los hombres, estaban perdiendo de vista los honores divinos que les ofreció el Rey del Cielo.

Con qué interés profundo y reverente debieron los ancianos de Israel estar estudiando el lugar, la hora, y las circunstancias del evento más grande en la historia del mundo, - ¡la venida del Hijo de Dios para redimir al hombre! ¡Oh, por qué no estuvo el pueblo velando y esperando para que fueran los primeros en darle la bienvenida al Redentor del mundo! Pero he aquí, en Belén dos viajeros fatigados de las colinas de Nazaret atravesaban toda aquella calle estrecha hasta llegar a la extremidad oriental del pueblo, en vano buscando un lugar para reposar, un refugio para la noche. Ninguna puerta se les abre para recibirlos. En una casucha miserable preparada para el ganado, por fin hallan refugio, y allí el Salvador del mundo encuentra su nacimiento.

Los ángeles celestiales habían visto la gloria que el Hijo de Dios compartía con el Padre antes que el mundo fuera hecho, miraban y anhelaban con intenso interés a su aparición aquí en la tierra como el evento más importante para la población de la tierra. Angeles fueron asignados para llevar las buenas nuevas a aquellos que estuvieran preparados (197) para recibirlos, y quienes gozosamente la darían por conocer a los habitantes de la tierra. Cristo se había humillado para tomar sobre sí mismo la naturaleza del hombre; había de llevar un peso infinito de maldición mientras ofrecía su alma como expiación por el pecado; pero sin embargo es el deseo de los ángeles que aun en su humillación, el Hijo del Altísimo pueda aparecer ante los hombres con una dignidad y gloria que es reflejo de su propio carácter. ¿Será posible que los hombres grandes de la tierra se reúnan en la capital de Israel para esperar su venida? ¿Lo presentaran legiones de ángeles a la multitud expectativa?

Un ángel visita la tierra para ver quien está preparado para recibir a Jesús. Pero no puede discernir pruebas de una espera. No oye voces de alabanza y triunfo proclamando que la venida del Mesías está por ocurrir. El ángel se cierne por un tiempo sobre la ciudad escogida y el templo donde la presencia divina fue manifestada para todas las edades; pero aún aquí hay la misma indiferencia. Los sacerdotes, en su pompa y orgullo, ofrecen sacrificios contaminados en el templo. Los fariseos están con voces en alto dirigiéndose a la gente, o haciendo oraciones jactanciosas en las esquinas de las calles. No hay evidencia que están esperando a Cristo, y no hay preparación para el Príncipe de vida.

El mensajero celestial en asombro está a punto de volver al Cielo con las noticias vergonzosas, cuando descubre un grupo de pastores quienes velan a sus rebaños durante la noche, y, mientras miran al Cielo estrellado, están contemplando la profecía de un Mesías que ha de venir a la tierra, y añoran el advenimiento del Redentor del mundo. Aquí hay una compañía que se le puede confiar con el mensaje celestial. Y de repente el ángel del Señor apareció, declarando las buenas nuevas de gran regocijo. La gloria (198) celestial inundó toda la llanura, una compañía innumerable de ángeles fueron revelados, y como si el regocijo hubiera sido demasiado grande para un solo mensajero para traer desde el Cielo, una multitud de voces se unieron en el himno que todas las naciones de los salvados cantarán algún día, “¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para el hombre!”

¡Oh, qué gran lección es esta historia maravillosa de Belén! Como reprende nuestra incredulidad, nuestro orgullo y autosuficiencia. Como nos advierte, por si acaso por nuestra indiferencia criminal también nosotros fallamos en discernir las señales de los tiempos, y por lo tanto no conocemos el día de nuestra visitación. Es “a los que le esperan” que Cristo “aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para la salvación.” (Hebreos 9:28.)

Jesús envía a su pueblo un mensaje de advertencia para prepararles para su venida. Al profeta Juan le fue mostrada la obra final en el gran plan de la redención del hombre. Vio un ángel “volar en medio del Cielo, que tenía un evangelio eterno para predicarlo a los que habitan sobre la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo, diciendo a gran voz: Temed a Dios, y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado; y adorad a aquel que hizo el Cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas.” (Apocalipsis 14:6,7.)

El ángel representado en la profecía entregando este mensaje, simboliza una clase de hombres fieles, quienes, obedientes al llamado del Espíritu de Dios y las enseñanzas de su palabra, proclaman esta advertencia a los habitantes de la tierra. Este mensaje no fue entregado a los líderes religiosos del pueblo (199.) Ellos habían fallado en preservar su conexión con Dios, y habían rechazado la luz proveniente del Cielo; por lo tanto no fueron contados entre el número descrito por el apóstol Pablo: “Mas vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón. Porque todos vosotros sois hijos de luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas.” (1 Tesalonicenses 5:4,5.)

Los atalayas que están sobre las paredes de Sión deberán ser los primeros en recibir las noticias del advenimiento del Salvador, los primeros en levantar sus voces proclamando su cercanía, los primeros en avisar al pueblo para que se preparen para su venida. Pero estaban descansando, soñando de paz y seguridad, mientras que el pueblo dormía, en sus pecados. Jesús vio su iglesia, como el árbol de higo infructuoso, cubierto con hojas presumidas, pero destituido de su fruta preciosa. Había una observancia jactanciosa de las formas de religión, mientras que el verdadero espíritu de humildad, la penitencia y la fe - con los cuales sólo se podía dar un servicio aceptable a Dios - hacía falta. En lugar de la gracia del Espíritu, se manifestaba orgullo, formalismo, vanagloria, egoísmo, opresión. Una iglesia apóstata cerró sus ojos a las señales de los tiempos. Dios no los abandonó, o permitió que su fidelidad fallara; pero se desviaron de Él y se separaron de Su amor. Como rehusaron cumplir con las condiciones, sus promesas no tuvieron cumplimiento en ellos.

El amor por Cristo y la fe en su venida se enfrió. Así es el resultado seguro de un descuido para apreciar y mejorar la luz y los privilegios que Dios otorga. A menos que la iglesia siga adelante en su providencia abierta, aceptando cada rayo de luz, ejecutando cada (200) deber cual sea revelado, la experiencia religiosa inevitable se degenerará en la observancia de formas, y el espíritu de santidad vital desaparecerá. Esta verdad ha sido repetidamente ilustrada en la historia de la iglesia. Dios requiere de su pueblo obras de fe y obediencia que corresponden a las bendiciones y los privilegios otorgados. La obediencia requiere un sacrificio e involucra una cruz; y es por esto que tanto los profesos seguidores de Cristo rechazan la luz del Cielo, y, como los judíos de antiguo, no conocieron el tiempo de su visitación. (S. Lucas 19:44.) A causa de su orgullo e incredulidad, el Señor los pasó por alto, y reveló su verdad a los hombres de vida humilde, quienes hicieron caso a toda la luz que habían recibido (201.)

Capítulo XIII

Guillermo Miller

Un agricultor íntegro y de corazón recto, que había llegado a dudar de la autoridad divina de las Santas Escrituras, pero que deseaba sinceramente conocer la verdad, fue el hombre escogido por Dios para proclamar la pronta segunda venida de Cristo. Como otros muchos reformadores, Guillermo Miller había batallado con la pobreza en su juventud, y así había aprendido grandes lecciones de energía y abnegación. Su mente estuvo activa y bien desarrollada, y tuvo una sed aguda por conocimiento. Aunque él no había gozado de las ventajas de una educación académica, su amor de estudio y un hábito de pensamiento cuidadoso y una crítica ceñida le hizo un hombre de juicio sano y visiones comprensivas.

Su carácter moral era irreprochable, y gozaba de envidiable reputación, siendo generalmente estimado por su integridad, su frugalidad y su benevolencia. Durante su infancia estuvo sujeto a impresiones religiosas; pero en su mocedad, siendo lanzado casi exclusivamente en la sociedad de deístas, fue conducido a adoptar sus sentimientos los cuales llevó por casi doce años. A la edad de treinta y cuatro, como sea, el Espíritu Santo obró en su corazón y le hizo sentir su condición de pecador. No hallaba en su creencia anterior seguridad alguna de dicha para más allá de la tumba (202.) El porvenir se le presentaba sombrío y tétrico. Refiriéndose años después a los sentimientos que le embargaban en aquel entonces, dijo: “El pensar en el aniquilamiento me helaba y me estremecía, y el tener que dar cuenta me parecía entrañar destrucción segura para todos. El cielo era como de bronce sobre mi cabeza, y la tierra hierro bajo mis pies. La eternidad - ¿qué era? y la muerte ¿por qué existía? Cuanto más pensaba, tanto más divergentes eran las conclusiones a que llegaba. Traté de no pensar más; pero ya no era dueño de mis pensamientos. Me sentía verdaderamente desgraciado, pero sin saber por qué. Murmuraba y me quejaba, pero no sabía de quién. Sabía que algo andaba mal, pero no sabía ni dónde ni cómo encontrar lo correcto y justo. Gemía, pero lo hacía sin esperanza.”

En ese estado permaneció varios meses. “De pronto - dice, el carácter de un Salvador se grabó hondamente en mi espíritu. Me pareció que bien podía existir un ser tan bueno y compasivo que expiara nuestras transgresiones, y nos librara así de sufrir la pena del pecado. Sentí inmediatamente cuán amable había de ser este alguien, y me imaginé que podría yo echarme en sus brazos y confiar en su misericordia. Pero surgió la pregunta: ¿cómo se puede probar la existencia de tal ser? Encontré que, fuera de la Biblia, no podía obtener prueba alguna de la existencia de semejante Salvador, o siquiera de una existencia futura...”

“Discerní que la Biblia presentaba precisamente un Salvador como el que yo necesitaba; pero no veía cómo un libro no inspirado pudiera desarrollar principios tan perfectamente adaptados a las necesidades de un mundo caído. Me vi obligado a admitir que las Sagradas Escrituras debían ser (203) una revelación de Dios. Llegaron a ser mi deleite; y encontré en Jesús un amigo. El Salvador vino a ser para mí el más señalado entre diez mil; y las Escrituras, que antes eran oscuras y contradictorias, se volvieron entonces antorcha a mis pies y luz a mi senda. Mi espíritu obtuvo calma y satisfacción. Encontré que el Señor Dios era una Roca en medio del océano de la vida. La Biblia llegó a ser entonces mi principal objeto de estudio, y puedo decir en verdad que la escudriñaba con gran deleite. Encontré que no se me había dicho nunca ni la mitad de lo que contenía. Me admiraba de que no hubiese visto antes su belleza y magnificencia, y de que hubiese podido rechazarla. En ella encontré revelado un remedio para toda

enfermedad del alma. Perdí enteramente el gusto por otra lectura, y me apliqué de corazón a adquirir sabiduría de Dios.”

Ahora él hizo pública profesión de fe en la religión que había despreciado antes. Pero sus compañeros incrédulos no tardaron en aducir todos aquellos argumentos de que él mismo había echado mano a menudo contra la autoridad divina de las Santas Escrituras. Él no estaba todavía preparado para contestarles; pero se dijo que si la Biblia es una revelación de Dios, debía ser consecuente consigo misma; y que habiendo sido dada para instrucción del hombre, debía estar adaptada a su inteligencia. Resolvió estudiar las Sagradas Escrituras por su cuenta, y averiguar si toda contradicción aparente no podía armonizarse.

Procurando poner a un lado toda opinión preconcebida y prescindiendo de todo comentario, comparó pasaje con pasaje con la ayuda de las referencias marginales y de la concordancia. Prosiguió su estudio de un modo regular y metódico; empezando con (204) el Génesis y leyendo versículo por versículo, no pasaba adelante sino cuando el que estaba estudiando quedaba aclarado, dejándole libre de toda perplejidad. Cuando encontraba algún pasaje obscuro, solía compararlo con todos los demás textos que parecían tener alguna referencia con el asunto en cuestión. Reconocía a cada palabra el sentido que le correspondía en el tema de que trataba el texto, y si la idea que de él se formaba armonizaba con cada pasaje colateral, la dificultad desaparecía. Así, cada vez que daba con un pasaje difícil de comprender, encontraba la explicación en alguna otra parte de las Santas Escrituras. A medida que estudiaba y oraba fervorosamente para que Dios le alumbrara, lo que antes le había parecido obscuro se le aclaraba. Experimentaba la verdad de las palabras del salmista: “Al abrirse, iluminan tus palabras; Hacen entender a los sencillos.” (Salmos 119:130.)

Después de dos años de investigación cuidadosa, quedó completamente satisfecho, que la Biblia es su propio intérprete; que es un sistema de verdades reveladas tan clara y simplemente dadas que el que anduviere en este camino, por torpe que sea, no se extraviará; que “Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia” (2 Timoteo 3: 16), que “nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo.” (2 S. Pedro 1:21.) Que fue escrita “para nuestra enseñanza,...a fin de que por medio de la paciencia y de la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza.” (Romanos 15:4.)

Con profundo interés estudió los libros de Daniel (205) y el Apocalipsis, siguiendo los mismos principios de interpretación que en lo demás libros de la Biblia, y con gran gozo comprobó que los símbolos proféticos podían ser comprendidos. Los ángeles del Cielo guiaban su mente, y abriendo a su entendimiento profecías que alguna vez habían sido oscuras al pueblo de Dios. Eslabón tras eslabón de la cadena de verdad recompensaban sus esfuerzos; paso a paso calcaba las grandes líneas de profecía, hasta que alcanzó la conclusión solemne que en pocos años el Hijo de Dios vendría por segunda vez, en poder y gloria, y que los eventos conectados con ese advenimiento y que el tiempo de gracia para la humanidad se cerraría acerca del año 1843.

Profundamente impresionado por estas verdades importantes, sintió que era su deber dar la advertencia al mundo. Esperaba encontrar oposición de parte de los impíos, pero estaba seguro de que todos los cristianos se alegrarían en la esperanza de ir al encuentro del Salvador a quien profesaban amar. Lo único que temía era que en su gran júbilo por la perspectiva de la gloriosa liberación que debía cumplirse tan pronto, muchos recibiesen la doctrina sin examinar detenidamente las Santas Escrituras para ver si era la verdad. De aquí que vacilara en presentarla, por temor de estar errado y de hacer desear a otros. Esto le indujo a revisar las pruebas que apoyaban las

conclusiones a que había llegado, y a considerar cuidadosamente cualquier dificultad que se presentase a su espíritu. Encontró que las objeciones se desvanecían ante la luz de la Palabra de Dios como la neblina ante los rayos del sol. Los cinco años que dedicó a esos estudios le dejaron enteramente convencido de que su manera de ver era correcta (206.)

El deber de hacer conocer a otros lo que él creía estar tan claramente enseñado en las Sagradas Escrituras, se le impuso entonces con nueva fuerza. “Cuando estaba ocupado en mi trabajo - explicó, - sonaba continuamente en mis oídos el mandato: Anda y haz saber al mundo el peligro que corre. Recordaba constantemente este pasaje: 'Cuando yo diga al malvado: Oh malvado, de cierto morirás; si tú no hablas para aperebir al malvado de su mal camino, el malvado morirá por su pecado, pero su sangre yo la demandaré de tu mano. Pero si tú avisas al malvado de su camino para que se aparte de él, y él no se aparta de su camino, él morirá por su pecado, pero tú habrás librado tu vida.'” (Ezequiel 33:8,9.) Me parecía que si los impíos podían ser amonestados eficazmente, multitudes de ellos se arrepentirían; y que si no eran amonestados, su sangre podía ser demandada de mi mano.”

Empezó a presentar sus ideas en círculo privado siempre que se le ofrecía la oportunidad, rogando a Dios que algún ministro sintiese la fuerza de ellas y se dedicase a proclamarlas. Pero no podía librarse de la convicción de que tenía un deber personal que cumplir dando el aviso. De continuo se presentaban a su espíritu las siguientes palabras: “Anda y anúncialo al mundo; su sangre demandaré de tú mano.” Esperó nueve años; y la carga continuaba pesando sobre su alma, hasta que en 1831 expuso por primera vez en público las razones de la fe que tenía.

Así como Eliseo fue llamado cuando seguía a sus bueyes en el campo, para recibir el manto de la consagración al ministerio profético, así también Guillermo Miller fue llamado a dejar su arado y revelar al pueblo los misterios del reino (207) de Dios. Con temblor dio principio a su obra de conducir a sus oyentes paso a paso a través de los períodos proféticos hasta el segundo advenimiento de Cristo. Con cada esfuerzo cobraba más energía y valor al ver el marcado interés que despertaban sus palabras.

Aunque él tuvo poco del conocimiento de las escuelas, se hizo sabio porque se conectó a sí mismo con el Origen de sabiduría. Poseyó fuertes poderes mentales, unidos con bondad verdadera de corazón, humildad cristiana, calma, y dominio de sí mismo. Era un hombre de valor esterlina, quien demandaba respeto y estima dondequiera que se valoraba la integridad de carácter y excelencia moral. Era atento y afable a todo, listo para escuchar las opiniones de otros, y pesar sus argumentos. Sin pasión o agitación probó todas las teorías y doctrinas por la Palabra de Dios; y su razonamiento sano, y conocimiento íntimo de las Escrituras, lo capacitó para refutar error y exponer falsedad.

El Señor, en su gran misericordia, no trae juicios sobre la tierra sin dar una advertencia a sus habitantes por la boca de sus siervos. Dice el profeta Amos, “Porque no hará nada el Señor Jehová, sin que revele su designio a sus siervos los profetas.” (Amos 3:7.) Cuando la maldad de los antediluvianos le indujo a enviar el diluvio sobre la tierra, les dio primero a conocer su propósito para ofrecerles oportunidad de apartarse de sus malos caminos. Durante ciento veinte años oyeron resonar en sus oídos la amonestación que los llamaba al arrepentimiento, no fuese que la ira de Dios los destruyese. Pero el (208) mensaje se les antojó fábula ridícula, y no lo creyeron. Por incredulidad procedieron con desdén y desprecio, ridiculizando la advertencia como altamente improbable, e indigno de su consideración. Envalentonándose en su maldad, se mofaron del mensajero de Dios, se rieron de sus amenazas, y hasta le acusaron de presunción. ¿Cómo se atrevía él solo a levantarse contra todos los grandes de la tierra?

Si el mensaje de Noé era verdadero, ¿por qué no lo reconocía por tal el mundo entero? y ¿por qué no le daba crédito? ¡Era la afirmación de un hombre contra la sabiduría de millares! No quisieron dar fe a la amonestación, ni buscar protección en el arca.

Los burladores llamaban la atención a las cosas de la naturaleza, - a la sucesión invariable de las estaciones, al cielo azul que nunca había derramado lluvia, a los verdes campos refrescados por el suave rocío de la noche, - y exclamaban: “¿No habla acaso en parábolas?” Con desprecio declaraban que el predicador de la justicia era fanático rematado; y siguieron corriendo tras los placeres y andando en sus malos caminos con más empeño que nunca antes. Pero su incredulidad no impidió la realización del acontecimiento predicho. Dios soportó mucho tiempo su maldad, dándoles amplia oportunidad para arrepentirse, pero a su debido tiempo sus juicios cayeron sobre los que habían rechazado su misericordia.

Cristo declara que habrá una incredulidad análoga respecto a su segunda venida. Así como en tiempo de Noé los hombres “no se dieron cuenta hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos, así será también la venida del Hijo del Hombre.” (S. Mateo 24:39.) Cuando los que profesan ser el pueblo de Dios se unan con el mundo, viviendo como él vive y compartiendo (209) sus placeres prohibidos; cuando el lujo del mundo se vuelva el lujo de la iglesia; cuando las campanas repiquen a bodas, y todos cuenten en perspectiva con muchos años de prosperidad mundana, - entonces, tan repentinamente como el relámpago cruza el cielo, se desvanecerán sus visiones brillantes y sus falaces esperanzas.

Así como Dios envió a su siervo para dar al mundo aviso del diluvio que se acercaba, también envió mensajeros escogidos para anunciar la venida del juicio final. Y así como los contemporáneos de Noé se burlaron con desprecio de las predicciones del predicador de la justicia, también en los días de Miller muchos, hasta de los que profesaban ser del pueblo de Dios, se burlaron de las palabras de aviso.

En sus trabajos por las iglesias protestantes, Guillermo Miller y sus compañeros encontraron un espíritu de odio y oposición poco menos amargo que el que Lutero experimentó de Roma. Por romanistas en tiempo de Lutero, y por protestantes en el tiempo de Miller, fábulas, teorías falsas, costumbres y formas humanas fueron recibidas y honradas en lugar de las enseñanzas de la palabra de verdad. En el siglo XVI la iglesia romana retuvo las Escrituras de la gente; en el siglo XIX, se esparcen Biblias por todas partes como las hojas de otoño, las iglesias protestantes aseguraban que porción importante de la Palabra Sagrada - o sea la que pone a la vista verdades de especial aplicación para nuestro tiempo sería sellada y no podía ser entendida.

Los ministros y gente han declarado las profecías de Daniel y Juan ser una colección de misterios los cuales nadie pudo entender o explicar. Pero el mismo título del libro de Revelación (Apocalipsis) contradice estas aserciones: “Revelación de Jesucristo, que (210) Dios le dio, para mostrar a sus siervos las cosas que deben suceder enseguida; y la dio a entender enviándola por medio de su ángel a su siervo Juan, que ha dado testimonio de la Palabra de Dios, y del testimonio de Jesucristo, y de todas las cosas que vio. *Bienaventurado* el que *lee*, y los que *oyen* las palabras de esta profecía, y *guardan* las cosas escritas en ella; porque el tiempo está cerca.” (Apocalipses 1:1-3.)

El profeta dice: “Bienaventurado el que lee”- hay quienes no quieren leer; la bendición no es para ellos. “Y los que oyen” - hay algunos, también, que se niegan a oír cualquier cosa relativa a las profecías; la bendición no es tampoco para esa clase de personas. “Y guarda las cosas en ella escritas”- muchos se niegan a tomar en cuenta las amonestaciones e instrucciones contenidas en el Apocalipsis. Ninguno de ellos tiene derecho a la bendición prometida. Todos los que ridiculizan los argumentos de la profecía y se mofan de los símbolos dados solemnemente en ella, todos los que se

niegan a reformar sus vidas y a prepararse para la venida del Hijo del hombre, no serán bendecidos.

Ante semejante testimonio de la Inspiración, ¿cómo se atreven los ministros a enseñar que el Apocalipsis es un misterio fuera del alcance de la inteligencia humana? Es un misterio revelado, un libro abierto. El estudio del Apocalipsis nos lleva a las profecías de Daniel, y ambos libros contienen enseñanzas de suma importancia, dadas por Dios a los hombres, acerca de los acontecimientos que han de desarrollarse al fin de la historia de este mundo.

A San Juan le fueron descubiertos cuadros de la experiencia de la iglesia que resultaban de interés profundo y conmovedor. Vio las circunstancias, los peligros, las luchas y la liberación final (211) del pueblo de Dios. Consigna los mensajes finales que han de hacer madurar la mies de la tierra, ya sea en gavillas para el granero celestial, o en manojos para los fuegos del último día. Le fueron revelados asuntos de suma importancia, especialmente para la última iglesia, con el objeto de que los que se volviesen del error a la verdad pudiesen ser instruidos con respecto a los peligros y luchas que les esperaban. Nadie necesita estar a oscuras en lo que concierne a lo que ha de acontecer en la tierra.

¿Por qué existe, pues, esta ignorancia general acerca de tan importante porción de las Escrituras? ¿Por qué es tan universal la falta de voluntad para investigar sus enseñanzas? Es resultado de un esfuerzo del príncipe de las tinieblas para ocultar a los hombres lo que revela sus engaños. Por esto Cristo, el Revelador, previendo la guerra que se haría al estudio del Apocalipsis, pronunció una bendición sobre cuantos leyesen, oyesen y guardasen las palabras de la profecía.

Los que creyeron que el movimiento del Advenimiento era de Dios, siguieron adelante como hizo Lutero y sus colaboradores, con sus Biblias en sus manos, y con firmeza intrépida encontraron la oposición de los profesores grandes del mundo. Muchos a quien la gente había buscado para instrucción en cosas divinas fue comprobado ser ignorantes ambos de las Escrituras y del poder de Dios. Sin embargo su mera ignorancia los hizo más determinantes; no pudieron mantener su posición con las Escrituras, y fueron conducidos a recurrir a los refranes antiguos y doctrinas de hombres, y las tradiciones de los Padres.

Pero la Palabra de Dios era el único testimonio aceptado por los defensores de la verdad. “La Biblia y (212) la Biblia solamente,” era su consigna. La debilidad de todo argumento contra ellos, reveló a los adventistas la fuerza de la fundación de la plataforma. Al mismo tiempo esto hizo enojar a sus adversarios, quienes, necesitaban armas más fuertes, recurriendo al abuso personal. Importantes doctores de divinidad hablaron con desprecio a Guillermo Miller como un adversario indocto y débil. Porque explicó las visiones de Daniel y Juan, fue denunciado como un hombre de las ideas imaginarias, quien hizo visiones y sueños su pasatiempo. Las declaraciones más claras de los hechos de la Biblia, las cuales no pueden ser controvertidas, las recibieron con el grito de herejía, ignorancia, estupidez, insolencia.

Muchas iglesias fueron abiertas a los enemigos de la fe del Advenimiento, mientras que fueron cerradas contra sus amigos. Los sentimientos expresados por el Doctor Eck con respecto a Lutero eran los mismos que inspiraron a ministros y gente para rehusar escuchar a los adventistas. Dijo el campeón papal: “Yo estoy sorprendido por la humildad y modestia con que el doctor reverente [Lutero] emprende oponerse, sólo, a tantos Padres ilustres, afirmando así que él sabía más de estas cosas que los pontífices soberanos, los consejeros, los doctores, y las universidades.” “Sería sorprendente, sin duda, si Dios había escondido la verdad de muchos santos y mártires hasta la venida del padre de reverencia...” Así pensaron grandes hombres y sabios en los

días de Noé, así razonaban los adversarios de Guillermo Miller, y así todavía disputan los que se oponen a la proclamación de la fe del Advenimiento y los mandamientos de Dios.

Cuando Lutero fue acusado de predicación novedosa, él declaró: “Esto que yo predico no son novedades (213.) Pero yo afirmo que las doctrinas del cristianismo han sido perdidas de la vista por esos cuyo deber especial debieron preservarlas; por el erudito, por los obispos. No dudo verdaderamente que la verdad todavía ha encontrado un apoyó en algunos corazones.” “Labradores pobres y niños sencillos en estos días entienden más de Jesucristo que el papa, los obispos, o los doctores.” Cuando Guillermo Miller fue acusado con la demostración menospreciante de los grandes doctores, él apuntó a la Palabra de Dios como la norma por la cual todas las doctrinas y teorías deben ser probadas; y, sabiendo que tenía verdad de su parte, siguió adelante en su trabajo sin desanimarse.

En cada edad, Dios ha llamado sus siervos para levantar sus voces contra los errores prevalecientes y pecados de la multitud. Noé fue llamado para amonestar al mundo antediluviano. Moisés y Arón eran solos contra el rey y príncipes, magos y hombres sabios, y las multitudes de Egipto. Elías estaba sólo cuando atestigo contra un rey apóstata y un pueblo idolatra. Daniel y sus compañeros estuvieron solos contra los decretos de monarcas poderosos. La mayoría usualmente se encuentra en el lado del error y falsedad. El hecho de que los grandes doctores tienen el mundo de su parte no quiere decir que están de parte de la verdad y de Dios. La puerta ancha y el camino ancho atraen las multitudes, mientras que la puerta estrecha y el camino estrecho son buscados por pocos.

Si los ministros y la gente de veras hubieran deseado saber la verdad, y hubieran dado a la doctrina del advenimiento una atención seria y piadosa, la cual su importancia demanda, ellos habrían visto que estaba en armonía (214) con las Escrituras. Si se hubieran unido con sus defensores en sus trabajos, habría resultado un tal reavivamiento del trabajo de Dios como el mundo nunca ha presenciado. Como Whitefield y los Wesley fueron exhortados por el Santo Espíritu para despertar las iglesias formalistas mundo-amantes de su tiempo, así fue Guillermo Miller movido a proclamar la venida de Cristo y la necesidad de un trabajo de preparación. Su única ofensa era que abría al mundo “la palabra profética más segura, a la cual,” dice el apóstol San Pedro, “hacéis bien en estar atentos como a una lámpara que alumbrá en un lugar oscuro.” (2 Pedro 1:19.) Él exhortó sus verdades sobre la gente, no con aspereza, pero en una manera más moderada y persuasiva que la que fue empleada por otros reformadores.

La oposición que él encontró fue muy semejante a la que había sido experimentada por Wesley y sus colaboradores. Les digamos a las iglesias populares de hoy que recuerden que los hombres cuya memoria aprecian con reverencia aguantaron el mismo odio, desprecio, y abusó de la prensa y el púlpito que fueron amontonados sobre Guillermo Miller.

¿Por qué era la doctrina y la predicación de la segunda venida de Cristo tan ofensiva a las iglesias? Cuando Jesús hizo saber a sus discípulos que él iba a ser separado de ellos, él dijo, “voy, pues, a preparar lugar para vosotros; y si me voy y os preparo lugar, vendré otra vez y os tomaré conmigo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis.” (S. Juan 14:2.3.) Cuando él ascendió de los olivos, el Salvador compasivo, anticipando la soledad y pesar de sus seguidores, comisionó ángeles para confortarlos con la (215) seguridad que él vendría otra vez en persona, aún como fue al Cielo. Como los discípulos estuvieron de pie mirando ansiosamente hasta que fue quitado de sus ojos aquel a quien amaban, su atención fue arrestada por las palabras, “Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido

tomado de vosotros al cielo, vendrá así, tal como le habéis visto ir al cielo.” (Hechos 1:11.) Se encendió la esperanza de nuevo por el mensaje de los ángeles. Los discípulos “volvieron a Jerusalén con gran gozo, y estaban siempre en el templo, alabando y bendiciendo a Dios.” (S. Lucas 24:52,53.) Ellos no se regocijaban porque Jesús había sido separado de ellos y se quedaron a luchar con las pruebas y tentaciones del mundo, sino por la seguridad de los ángeles de que vendría otra vez.

Los que verdaderamente amen al Salvador acogerán con alegría un mensaje fundado en la Palabra de Dios, que Él en quién sus esperanzas de vida eterna son centradas viene otra vez, no será insultado, despreciado, y rechazado, como en su primera venida, sino en poder y gloria, a redimir su pueblo. La proclamación de la venida de Cristo debe ser ahora, como lo hicieron los ángeles a los pastores de Belén, buenas nuevas de gran alegría. No puede haber más evidencia conclusiva que las iglesias se han apartado de Dios que la irritación y animosidad excitada por este mensaje enviado del Cielo.

Son ellos quien no aman al Salvador y desean que se mantenga alejado, y que ansiosamente reciben el testimonio llevado por siervos infieles “mi Señor tarda en venir.” (S. Mateo 24:48.) Mientras que se niegan a (216) buscar en las Escrituras para aprender si estas cosas eran así, ellos agarran cada fábula la cual pospondrá la venida de Cristo en el futuro distante, o lo hacen espiritual, o cumplida en la destrucción de Jerusalén, o que tomara lugar en la muerte.

Una y otra vez Guillermo Miller instó que si su doctrina era falsa, se le mostrara su error con las Escrituras. En un discurso a los cristianos de todas las denominaciones el escribió: “¿Qué hemos creído que no hemos sido mandados a creer por la Palabra de Dios, la cuál ustedes mismos admiten que es la regla y la única regla de nuestra fe y práctica? ¿Qué hemos hecho nosotros para que hagan tales denuncias virulentas contra nosotros del púlpito y prensa, y les de justa causa para excluirnos a nosotros los (adventistas) de sus iglesias y compañerismo?” “Si nos equivocamos, por favor enséñenos en que consiste nuestra equivocación. Enséñenos con la Palabra de Dios que estamos en error; nos han ridiculizado bastante; eso nunca nos convencerá de que estamos equivocados; solamente la Palabra de Dios puede cambiar nuestra vista. Nuestras conclusiones han sido formadas libremente y piadosamente, como hemos visto la evidencia en las Escrituras.”

En una fecha más tarde él declaró; “Yo cándidamente he posado las objeciones avanzadas contra estas revelaciones; pero no he visto argumentos que fueran sostenidos con las Escrituras que, en mi opinión, invalidara mi posición. No puedo, por lo tanto, escrupulosamente abstenerme de buscar a mi Señor, o de exhortar a mi prójimo, así como tengo la oportunidad, de estar preparado para ese evento.”

En una carta a un amigo y colaborador, él habló así: “No veo como puedo dañar (217) a mis prójimos, aún suponiendo que el evento no ocurriera en el tiempo especificado; porque es un mandato de nuestro Salvador buscarlo, velad, esperarlo, y estar listo. Entonces, si pude por algún medio de acuerdo con la Palabra de Dios, persuadir a los hombres a creer en un Salvador crucificado, resucitado, y en su regreso, sintió que tendría un alcance en el bienestar eterno y felicidad de tales. No tenía ni un pensamiento lejano de incomodar a nuestras iglesias, ministros, editores religiosos, o apartarse de los mejores comentarios bíblicos o reglas que habían sido recomendadas para el estudio de las Escrituras. Y hasta este día, mis opositores no han sido capaces de enseñarme donde me he apartado de cualquier regla puesta por nuestros escritores de las viejas normas de la fe protestante. Solamente he interpretado las Escritura de acuerdo a sus reglas.”

En lugar de argumentar con las Escrituras, los adversarios de la fe del advenimiento eligieron emplear ridículo y mofa. El descuidado e impío, alentado por la posición de maestros religiosos, recurrieron a dichos de oprobio, basados en agudeza blasfema, en sus esfuerzos por echar afrenta sobre Guillermo Miller y su trabajo. El hombre canoso que se había ido de su casa cómoda cubriendo sus propios gastos de ciudad en ciudad, de pueblo a aldea, trabajando mucho incesantemente llevando al mundo el aviso solemne del Juicio cercano, con desprecio fue denunciado como un fanático, embustero, un bribón especulador.

Tiempo, medios, y talentos se emplearon en tergiversar y difamar a los adventistas, en prejuicio emocionante contra ellos, y deteniéndolos les hacían desprecio público. Los ministros se ocuparon a sí mismos recogiendo reportes de daños, absurdos y maliciosas (218) fabricaciones, y se los señalaba desde el púlpito. Serios fueron los esfuerzos que hicieron para apartar la mente de la gente del sujeto de la segunda venida. Pero en la búsqueda de aplastar el adventismo, el ministerio popular socavó fe en la Palabra de Dios. Se consideraba un pecado, algo por lo cual el hombre debería avergonzarse era por estudiar las profecías las cuales relacionan la venida de Cristo y el fin del mundo. Esta enseñanza hizo infieles a los hombres, y muchos tomaron licencia para andar tras sus propias lujurias impías. Entonces los autores del mal lo cargaron todo sobre los adventistas.

Los Wesley encontraron acusaciones semejantes de los amantes de la comodidad, ministros infieles que constantemente interceptaban sus trabajos, y trataban de destruir su influencia. Fueron pronunciados poco caritativos, y acusados de orgullo y vanidad, porque no les rindieron homenaje a los maestros populares de su tiempo. Eran acusados de escepticismo, de prácticas desordenadas, y de desprecio de autoridad. Juan Wesley intrépidamente lanzó estas acusaciones sobre esos que las habían tramado, muestra que ellos mismos eran responsables por las maldades que ellos acusaban a los metodistas. En una manera semejante podrán ser las acusaciones refutadas contra el Adventismo.

La gran controversia entre la verdad y el error ha sido llevada adelante de siglo en siglo desde la caída del hombre. Dios y los ángeles, y los que están unidos a ellos, han sido invitados, a instar a los hombres al arrepentimiento y santidad y Cielo; mientras que Satanás y sus ángeles, y hombres inspirados por ellos, se han estado oponiendo a cada esfuerzo para beneficiar y salvar la raza caída (219.) Guillermo Miller incomodaba al reino de Satanás, y el archienemigo buscó no solamente contrarrestar el efecto del mensaje, sino destruir al mensajero mismo. Como, el padre Miller hizo una aplicación práctica de la verdad por la Escritura a los corazones de sus oyentes, se encendió la rabia de los cristianos profesos contra él, así como se agitó la ira de los Judíos contra Cristo y sus apóstoles. Miembros de la iglesia provocaron a las clases más bajas, y en varias ocasiones enemigos planearon quitarle la vida mientras salía del lugar de reunión. Pero santos ángeles estaban en la multitud, y uno de estos, en la forma de un hombre, tomó el brazo de este siervo del Señor, y le condujo con seguridad de la multitud enojada. Su trabajo no estaba todavía terminado, y se chasquearon Satanás y sus emisarios en su propósito.

Comparando sus propias esperanzas en cuanto al efecto de su predicación con la manera en que había sido recibido por el mundo religioso, Guillermo Miller dijo: “Es verdadero, pero no maravilloso, cuando nos familiarizamos con el estado y la corrupción de la edad presente,...la cual he enfrentado con gran oposición desde el púlpito y profesa prensa religiosa; y yo he sido instrumento, a través de la predicación de la doctrina del advenimiento, y para manifestar que no pocos de nuestros maestros teólogos son infieles en disfraz. Yo no puedo creer ni por un momento que negando la

resurrección del cuerpo, o el regreso de Cristo a esta tierra, o un día de juicio todavía futuro, no es menos la infidelidad ahora que en los días de Francia infiel; ¿Y sin embargo quien sabe si estas cosas son como púlpitos comunes y prensas? ¿Y cual de estas preguntas no están públicamente negadas (220) en nuestros púlpitos, y por los escritores y editores de los periódicos?

“Seguramente, hemos caído en tiempos extraños. Esperé por supuesto que la doctrina de la pronta venida de Cristo sería opuesta por infieles, blasfemadores, borrachos, jugadores, y todo semejante; pero yo no esperé que ministros del evangelio y profesores de religión se unirían con caracteres que acabo de describir, en tiendas y lugares públicos, ridiculizan la doctrina solemne de la segunda venida. Muchos que no eran profesores de religión me han afirmado estos hechos, y dicen que ellos les han visto y al presenciarlo sienten que la sangre se les enfría.”

“Estos son algunos de los efectos que son producidos por predicar esta doctrina solemne y conmovedora entre nuestros fariseos de hoy. ¿Será posible que tales ministros y miembros estén obedeciendo a Dios velando y orando por su aparición gloriosa, mientras se unen a estos mofadores en sus observaciones malvadas e impías? ¿Si Cristo viniera, donde aparecerían? ¡Y qué cuenta terrible encontrarán en esa hora tremenda!”

Es el lote de los siervos de Dios sufrir oposición y reproche de sus contemporáneos. Ahora, como en el tiempo de nuestro Salvador, hombres construyen los sepulcros y entonan las alabanzas de los profetas muertos, mientras que persiguen los mensajeros vivos del Altísimo. Se despreció a Guillermo Miller y se odió por el impío e incrédulo; pero su influencia y sus trabajos eran una bendición para el mundo. Por medio de su predicación, millares de pecadores fueron convertidos, se reformaron reincidentes, y se condujeron multitudes a estudiar las Escrituras y a encontrar en ellas hermosura y gloria antes desconocida (221.)

Capítulo XIV

El Mensaje Del Primer ángel

La profecía del mensaje del primer ángel, traída a la vista en Apocalipsis 14, halló su cumplimiento en el movimiento del Advenimiento de 1840-1844. Ambas en Europa y en América, hombres de fe y oración fueron profundamente conmovidos cuando su atención fue llamada a las profecías. Y, escudriñado el registro inspirado, vieron la evidencia convincente de que el fin de todas las cosas estaba a la mano. El Espíritu de Dios exhortó sus siervos a dar la advertencia. Esparciendo por todas partes el mensaje del evangelio eterno “diciendo a gran voz: Temed a Dios, y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado.” (Apocalipsis 14:7.)

Dondequiera que los misioneros habían penetrado, fueron enviadas las noticias alegres del regreso veloz de Cristo. En países diferentes fueron encontrados grupos aislados de cristianos, quienes, únicamente por el estudio de las Escrituras, habían llegado a la creencia de que la venida del Salvador era próxima. En algunas partes de Europa, donde las leyes estuvieron tan opresivas en cuanto a prohibir la predicación de la doctrina del advenimiento, pequeños niños fueron impelidos a declararla, y muchos escucharon las advertencias solemnes.

A Guillermo Miller y a sus colaboradores les fue encomendada la misión de predicar la amonestación en los Estados Unidos de Norteamérica. Y la luz encendida por sus trabajos brilló afuera en los países distantes. El testimonio (222) de las

Escrituras apuntando a la venida de Cristo en 1843, despertaba interés extenso. Muchos estaban convencidos de que los argumentos de los pasajes proféticos eran correctos, y, sacrificando el orgullo de la opinión propia, aceptaban alegremente la verdad. Algunos ministros dejaron también a un lado sus opiniones y sentimientos sectarios y con ellos sus mismos sueldos y sus iglesias, y se pusieron a proclamar la venida de Jesús. Fueron sin embargo comparativamente pocos los ministros que aceptaron este mensaje; por eso la proclamación de éste fue confiada en gran parte a humildes laicos. Los agricultores abandonaban sus campos, los artesanos sus herramientas, los comerciantes sus negocios, los profesionales sus puestos, y no obstante el número de los obreros era pequeño comparado con la obra que había que hacer. La condición de una iglesia impía y de un mundo sumergido en la maldad, oprimía el alma de los verdaderos centinelas, que sufrían voluntariamente trabajos y privaciones para invitar a los hombres a arrepentirse para salvarse. A pesar de la oposición de Satanás, la obra siguió adelante, y la verdad del advenimiento fue aceptada por muchos miles.

Por todas partes se oía el testimonio escrutador que amonestaba a los pecadores, tanto mundanos como miembros de iglesia, para que huyesen de la ira venidera. Como Juan el bautista, el precursor de Cristo, los predicadores ponían el hacha en la raíz del árbol e instaban a todos a que hiciesen frutos dignos de arrepentimiento. Sus llamamientos conmovedores contrastaban notablemente con las seguridades de paz y salvación que se oían desde los púlpitos populares; y dondequiera que se proclamaba el mensaje, conmovía al pueblo. El testimonio sencillo y directo de las Sagradas Escrituras, inculcado en el corazón de los hombres por el poder del Espíritu Santo, producía una fuerza de convicción a la que sólo pocos podían (223) resistir. Personas que profesaban cierta religiosidad fueron despertadas de su falsa seguridad. Vieron sus apostasías, su mundanalidad y poca fe, su orgullo y egoísmo. Muchos buscaron al Señor con arrepentimiento y humillación. El apego que por tanto tiempo se había dejado sentir por las cosas terrenales se dejó entonces sentir por las cosas del Cielo. El Espíritu de Dios descansaba sobre ellos, y con corazones ablandados y subyugados se unían para exclamar: “Temed a Dios y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado.”

Los pecadores preguntaban llorando: “¿Qué debo yo hacer para ser salvo?” Aquellos cuyas vidas se habían hecho notar por su mala fe, deseaban hacer restituciones. Todos los que encontraban paz en Cristo ansiaban ver a otros participar de la misma bendición. Los corazones de los padres se volvían hacia sus hijos, y los corazones de los hijos hacia sus padres. Los obstáculos levantados por el orgullo y la reserva desaparecían. Se hacían sentidas confesiones y los miembros de la familia trabajaban por la salvación de los más cercanos y más queridos. A menudo se oían voces de ardiente intercesión. Por todas partes había almas que con angustia luchaban con Dios. Muchos pasaban toda la noche en oración para tener la Seguridad de que sus propios pecados eran perdonados, o para obtener la conversión de sus parientes o vecinos. Esa ardiente y determinada fe ganó su objeto. Si el pueblo de Dios hubiera continuado siendo importuno en oración, urgente con sus peticiones en el propiciatorio, estarían en posesión de una experiencia más rica que la que ahora tienen. Hay demasiada poca oración, demasiada poca convicción verdadera de pecado; Y la falta de fe viva deja muchos destituidos de la gracia tan ricamente provista por nuestro gracioso Redentor (224.)

Todas las clases de la sociedad se agolpaban en las reuniones de los adventistas. Ricos y pobres, grandes y pequeños ansiaban por varias razones oír ellos mismos la doctrina del segundo advenimiento. El Señor contenía el espíritu de oposición mientras que sus siervos daban razón de su fe. A veces el instrumento era débil; pero el Espíritu de Dios daba poder a su verdad. Se sentía en esas asambleas la presencia de los santos

ángeles, y cada día muchas personas eran añadidas al número de los creyentes. Siempre que se exponían los argumentos en favor de la próxima venida de Cristo, había grandes multitudes que escuchaban embelesadas. No parecía sino que el Cielo y la tierra se juntaban. El poder de Dios era sentido por ancianos, jóvenes y adultos. Los hombres volvían a sus casas cantando alabanzas, y sus alegres acentos rompían el silencio de la noche. Ninguno de los que asistieron a las reuniones podrá olvidar jamás escenas de tan vivo interés.

La proclamación de una fecha determinada para la venida de Cristo suscitó gran oposición por parte de muchas personas de todas las clases, desde el pastor hasta el pecador más vicioso y atrevido. “¡Ningún hombre sabe el día ni la hora!” Fue oído igualmente del ministro hipócrita y el mofador atrevido. Ellos cerraron sus oídos a la explicación clara y armoniosa del texto por esos que apuntaban al fin de los períodos proféticos y a las señales que Cristo mismo había predicho como señales de su venida. Muchos que profesaron amar al Salvador, declararon que no tenían oposición a la predicación de su venida; ellos meramente objetaron al tiempo definido. El ojo de Dios que ve todo, lee sus corazones (225.) Ellos no desearon oír hablar de la venida de Cristo para juzgar el mundo en justicia. Ellos habían sido siervos infieles, sus obras no aguantarían la inspección del Dios que escudriña los corazones, y ellos temieron encontrar su Señor. Como los judíos en el tiempo de la primera venida de Cristo, ellos no se prepararon para acoger a Jesús. Satanás y sus ángeles se regocijaban y lanzaron la mofa en la cara de Cristo y a los santos ángeles, que su pueblo profeso tenía tan poco amor para Él que no desearon su aparición.

Centinelas infieles impidieron el progreso del trabajo de Dios. Cuando la gente se despertaba y empezaba a inquirir el camino de la salvación estos líderes se interponían entre ellos y la verdad, tratando de tranquilizar sus temores con falsas interpretaciones de la Palabra de Dios. En esta obra Satanás y ministros no consagrados unidos, clamando: Paz, paz, cuando Dios no había hablado de paz. Como los fariseos en tiempo de Cristo, muchos se negaban a entrar en el reino de los Cielos, e impedían a los que querían entrar. La sangre de esas almas será demandada de sus manos.

Dondequiera que se proclamó el mensaje de verdad, los miembros más humildes y piadosos de las iglesias eran los primeros en aceptarlo. Los que estudiaban la Biblia por sí mismos no podían menos que echar de ver que el carácter de las opiniones corrientes respecto de la profecía era contrario a las Sagradas Escrituras; y dondequiera que el pueblo no está engañado por los esfuerzos del clero para establecer mal una cuestión y pervertir la fe, escudriñara la Palabra de Dios por sí mismo, la doctrina del advenimiento no necesitaba más que ser cotejada con las Escrituras para que se reconociese su autoridad divina (226.)

Muchos fueron perseguidos por sus hermanos incrédulos. Para conservar sus puestos en las iglesias, algunos consintieron en guardar silencio respecto a su esperanza; pero otros sentían que la fidelidad para con Dios les prohibía tener así ocultas las verdades que Él les había comunicado. No pocos fueron excluidos de la comunión de la iglesia por la única razón de haber dado expresión a su fe en la venida de Cristo. Muy valiosas eran estas palabras del profeta dirigidas a los que sufrían la prueba de su fe: “Vuestros hermanos que os aborrecen, y os echan fuera por causa de mi nombre, dijeron: Que Jehová sea glorificado, para que podamos ver vuestra alegría. Pero ellos serán confundidos.” (Isaías 66:5.)

Los ángeles de Dios observaban con el más profundo interés el resultado de la amonestación. Cuando las iglesias, como un cuerpo, rechazaron el mensaje, los ángeles dieron vuelta lejos de ellos en tristeza. Sin embargo había en las iglesias muchos que todavía no habían sido probados con respecto a la verdad de la venida. Muchos estaban

engañados por maridos, esposas, padres o hijos, y se les hizo creer que era pecado prestar siquiera oídos a las herejías enseñadas por los adventistas. Los ángeles recibieron orden de velar fielmente sobre esas almas, pues otra luz había de brillar aún sobre ellas desde el trono de Dios.

Los que habían aceptado el mensaje velaban por la venida de su Salvador con indecible esperanza. El tiempo en que esperaban ir a su encuentro estaba próximo. Y a esa hora se acercaban con solemne calma. Descansaban en dulce comunión con Dios, y esto era para ellos prenda segura de la paz que tendrían en la gloria venidera. Ninguno de los que abrigaron esa (227) esperanza y esa confianza pudo olvidar aquellas horas tan preciosas de expectación. Determinado dejaron de lado la mayor parte de los negocios mundanos por pocas semanas. Los creyentes examinaban cuidadosamente todos los pensamientos y emociones de sus corazones como si estuviesen en el lecho de muerte y como si tuviesen que cerrar pronto sus ojos a las cosas de este mundo. No se trataba de hacer “vestidos de ascensión”, pero todos sentían la necesidad de una prueba interna de que estaban preparados para recibir al Salvador; sus vestiduras blancas eran la pureza del alma, y un carácter purificado de pecado por la sangre expiatoria de Cristo.

Dios se propuso probar a su pueblo. Su mano cubrió el error cometido en el cálculo de los períodos proféticos. Los adventistas no descubrieron el error, ni fue descubierto tampoco por los más sabios de sus adversarios. Estos decían: “Vuestro cálculo de los períodos proféticos es correcto. Algún gran acontecimiento está a punto de realizarse; pero no es lo que predice Miller; es la conversión del mundo, y no el segundo advenimiento de Cristo.”

Paso el tiempo de expectativa, y no apareció Cristo para libertar a su pueblo. Los que habían esperado a su Salvador con fe sincera, experimentaron un amargo desengaño. Todavía el Señor había logrado su propósito: Dios probó los corazones de los que profesaban estar esperando su aparición. Había muchos entre ellos que no habían sido movidos por un motivo más elevado que el miedo. Su profesión de fe no había mejorado sus corazones ni sus vidas. Cuando el acontecimiento esperado no se realizó, esas personas declararon que no estaban desengañadas; no habían creído nunca que Cristo (228) vendría. Fueron de los primeros en ridiculizar el dolor de los verdaderos creyentes.

Pero Jesús y todas las huestes celestiales contemplaron con amor y simpatía a los creyentes que fueron probados y fieles aunque chasqueados. Si se hubiese podido descender el velo que separa el mundo visible del invisible, se habrían visto ángeles que se acercaban a esas almas resueltas y las protegían de los dardos de Satanás (229.)

CAPÍTULO XV

EL MENSAJE DEL SEGUNDO ÁNGEL

Las iglesias que rehusaron recibir el mensaje del primer ángel, rechazaron luz del Cielo. Ese mensaje fue enviado en misericordia para despertarles a ver su verdadera condición mundana y apóstata, y a buscar una preparación para encontrarse con su Señor. Dios ha requerido siempre de su pueblo que se separe del mundo, para que no fueran atraídos de su lealtad a él. Él libró a los israelitas de la esclavitud de Egipto porque no quería que se corrompieran por la idolatría que allí les rodeaba. Los hijos de este mundo son hijos de obscuridad. Su atención no está dirigida al Sol de Justicia, pero

esta centrado sobre ellos mismos y los tesoros de la tierra. Cegados por el dios de este mundo, ellos no tienen una percepción de la gloria y majestad del verdadero Dios. Mientras que gozan sus regalos, olvidan las reclamaciones del Donante. Tales han escogido andar en oscuridad, y ellos son conducidos por el príncipe de los poderes de la oscuridad. Ellos no aman ni gozan las cosas divinas, porque ellos no discernen su valor o belleza. Se han enajenado a sí mismos de la luz de Dios, y su entendimiento se confunde tanto con respecto a lo que es correcto, y verdadero, y santo, que (230) las cosas del Espíritu de Dios les son tontería.

Fue para separar la iglesia de Cristo de la influencia corruptora del mundo que el mensaje del primer ángel se dio. Pero con la multitud, aún de profesos cristianos, los vínculos que los unen a esta tierra eran más fuertes que las atracciones hacia el Cielo. Escogieron escuchar la voz de sabiduría mundana, y se apartaron de un corazón que busca la verdad.

Pedro, escribió siendo inspirado por el Espíritu Santo, describiendo la manera en que el mensaje de la segunda venida de Cristo sería recibido: “que en los últimos días vendrán burladores sarcásticos, andando según sus propias concupiscencias, y diciendo: ¿Dónde está la promesa de Su venida? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen como estaban desde el principio de la creación. Estos ignoran voluntariamente, que desde los tiempos antiguos existían por la Palabra de Dios de los Cielos, y también la tierra, surgida del agua y asentada en medio de las aguas; por lo cual el mundo de entonces pereció anegado en agua; pero los Cielos y la tierra actuales, están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos.” (2 Pedro 3:3-7.)

Los que perecieron en las aguas de la inundación tuvieron una oportunidad para escapar. Todos fueron exhortados para refugio en el arca; pero las multitudes rehusaron prestar atención a la advertencia. Así cuando el mensaje del primer ángel se dio, todo el que oyó fue invitado a recibirlo, y compartir la bendición al seguir su aceptación; pero muchos despreciaron y rechazaron el llamado. Uno se volvió a su granja (231), otro a su mercancía, y descuidaron estas cosas. La inspiración declara que cuando los antediluvianos rechazaron las palabras de Noé, el Espíritu de Dios cesó su esfuerzo por ellos. Así cuando los hombres ahora desprecian las advertencias que Dios en su misericordia les envía, su Espíritu después de un tiempo cesará de despertar convicción en sus corazones. Dios da luz para ser apreciada y obedecida, no para ser despreciada y rechazada. La luz que Él envía se torna en oscuridad a los que la desatienden. Cuando el Espíritu de Dios cese de impresionar la verdad en los corazones de los hombres, todo lo oído es vano, y todo lo predicado también es vano.

Cuando las iglesias rechazaron con desdén el consejo de Dios rechazando el mensaje del advenimiento, el Señor les rechazó. El primer ángel fue seguido por un segundo proclamando, “Ha caído, ha caído Babilonia la gran ciudad, porque ha hecho beber a todas las naciones del vino del furor de su fornicación.” (Apocalipsis 14:8.) Este mensaje fue entendido por los adventistas que era un anuncio de la caída moral de las iglesias por consecuencia de su rechazo del primer mensaje. La proclamación, “Babilonia ha caído,” se dio en el verano de 1844, y como resultado, cerca de cincuenta mil se retiraron de estas iglesias.

El término Babilonia es derivado de Babel, y significa confusión, está aplicado en la Escritura a las varias formas de religión falsa o apóstata. Pero el mensaje anunciando la caída de Babilonia tiene que aplicarse a algún cuerpo religioso que fue una vez puro, y se ha hecho corrupto. No puede ser la iglesia papista a la que se refiere aquí; por que esa iglesia ha estado en una condición caída por muchos siglos. Pero que propiamente se (232) aplica la figura a las iglesias protestantes, todos declarando

derivar sus doctrinas de la Biblia, y aún se dividían en sectas casi innumerables. La unidad por la que Cristo oró no existe. En lugar de un Señor, una fe, un bautismo, hay un sin número de credos contradictorios y teorías. La fe religiosa aparece tan confundida y discordante que el mundo no sabe qué creer como verdad. Dios no está en todo esto; es el trabajo del hombre, - el trabajo de Satanás.

En Apocalipsis 17, Babilonia es representada como una mujer, una figura que es usada en las Escrituras como el símbolo de una iglesia. Se representa una mujer virtuosa como una iglesia pura, una mujer vil como una iglesia apóstata. Babilonia se dice que es una ramera; y el profeta miró que estaba ebria con la sangre de los santos y mártires. La Babilonia así descrita representa Roma, ésa iglesia apóstata que persiguió tan cruelmente los seguidores de Cristo. Pero Babilonia la ramera es la madre de hijas que siguen su ejemplo de corrupción. Así son representadas aquellas iglesias que se apegaron a las doctrinas y tradiciones de Roma y siguen sus prácticas mundanas, y cuya caída es anunciada en el mensaje del segundo ángel.

La relación cercana de la iglesia a Cristo es representada bajo la figura de casamiento. El Señor había juntado su pueblo a Él mismo por un contrato solemne, Él prometió ser su Dios, y ellos se comprometieron a ser de Él, y de Él solamente. Dijo Pablo, dirigiéndose a la iglesia, “pues os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo.” (2 Corintios 11:2.) Pero cuando su confianza y cariño (233) fueron desviados de Él, y fue en pos de vanidad, y permitió que el amor de cosas mundanas le separara de Dios, perdió los privilegios incluidos en esta relación peculiar y sagrada. El apóstol Santiago a los que asimilan al mundo se dirigió así: “¡Oh almas adúlteras!” (Santiago 4:4.)

Una profesión de religión se ha hecho popular con el mundo. Los gobernadores, políticos, abogados, doctores, comerciantes, se unen con la iglesia como un medio para asegurarse el respeto y confianza de la sociedad, y avanzando sus propios intereses mundanos. Así tratan de cubrir todas sus transacciones injustas bajo una profesión de cristianismo. Los varios cuerpos religiosos, reforzados por la riqueza e influencia de estos mundanos bautizados, hacen una proposición todavía más alta para la popularidad y el patrocinio. Las iglesias espléndidas, embellecidas en la manera más extravagante, son erigidas en avenidas populares. Los adoradores se arreglan con atavíos costosos y de moda. Se paga un salario alto a un ministro talentoso por entretener y atraer a la gente. Sus sermones no deben tocar pecados populares, pero están hechos suaves y agradables al oído de moda. Así se registran pecadores de moda en los registros de la iglesia, y se ocultan pecados de moda bajo una pretensión de piedad. Dios observa sobre estos cuerpos apóstatas, y les declara hijas de una ramera. Aseguran el favor y apoyo de los hombres grandes de la tierra, tienen rotos sus votos solemnes de lealtad y fidelidad con el Rey del Cielo.

El pecado grande cargado contra Babilonia es, que ella “ha hecho beber a todas las naciones del vino del furor de su fornicación.” Este cáliz de intoxicación (234) que presenta al mundo, representa las doctrinas falsas que ha aceptado como el resultado de su conexión ilegal con los grandes de la tierra. La amistad con el mundo corrompe su fe, y tornándose ella ejerce una influencia corruptora sobre el mundo con doctrinas y enseñanzas que están opuestas a las declaraciones sencillas de la Palabra de Dios.

Prominente entre estas doctrinas falsas esta la del milenio temporal, - los mil años de paz espiritual y prosperidad, en que el mundo será convertido, antes de la venida de Cristo. Este canto de sirena ha arrullado a miles de almas durmiéndolos sobre el abismo de la ruina eterna.

La doctrina de la inmortalidad natural del alma ha abierto el camino para el trabajo astuto de Satanás a través del espiritismo moderno; y además los errores

papistas, purgatorio, oraciones por los muertos, invocación de santos, etcétera, el cual ha surgido de esta fuente, ha conducido muchos protestantes a negar la resurrección y el juicio, y han ascendido a revoltosa herejía del tormento eterno, y el peligroso de universalismo.

Y aún más peligroso y más ampliamente sostenido que estas son las suposiciones de que la ley de Dios fue abolida en la cruz, y que el primer día de la semana es ahora un día santo, en lugar del Sábado del cuarto mandamiento.

Cuando maestros fieles exponen la Palabra de Dios, surgen hombres de erudición, ministros profesando entender las Escrituras, quienes denuncian la doctrina sana como herejía, y así alejan a los que buscan la verdad. No es que el mundo está desesperadamente (235) embriagado con el vino de Babilonia, multitudes serán condenados y convertidos por las claras y cortantes verdades de la Palabra de Dios. El pecado de la impenitencia del mundo se tiende a la puerta de la iglesia.

Dios envió a su pueblo profesó un mensaje que corregiría los errores que les separaban de su favor. Un estado de unión fe y amor había sido producido entre los que de cada denominación en la cristiandad recibieron la doctrina del advenimiento; y si las iglesias en general habían aceptado la misma verdad, los mismos resultados benditos habrían seguido. Pero Babilonia desdeñosamente rechazó el último medio que el Cielo tenía en reserva para su restauración, y entonces, con mayor anhelo, se volvía a buscar la amistad del mundo.

Los que predicaron el primer mensaje no tenían propósito o esperanza de causar divisiones en las iglesias, o de formar organizaciones separadas. “En todos mis trabajos, - dijo Guillermo Miller, - yo nunca tenía el deseo o pensé establecer algún interés separado de las denominaciones existentes, o beneficiarse uno a expensas del otro. Yo pensé beneficiar a todos. Suponiendo que todos los cristianos se regocijarían en la perspectiva de la venida de Cristo, y que los que no pudieron ver como yo nunca dejarían de amar a los que abrazarían esta doctrina, yo no concebí que alguna vez habría alguna necesidad de reuniones separadas. Mi objetivo único era el deseo de convertir almas a Dios, notificar al mundo de un Juicio próximo, e inducir a mis prójimos a hacer esa preparación de corazón el cual los habilitaría para encontrar su Dios en paz. La gran mayoría de los que se convirtieron bajo mis trabajos unidos (236) con las varias iglesias existentes. Cuando individuos venían a mi preguntando con respeto a su obligación, yo siempre les dije ir a donde se sientan en casa; y yo nunca favorecí alguna denominación en mi consejo tal.”

Por un tiempo muchas de las iglesias acogieron sus trabajos; pero como decidieron en contra de la verdad del advenimiento, ellos desearon suprimir toda agitación del tema. Los que habían aceptado la doctrina así fueron colocados en una posición de prueba grande y perplejidad. Amaron sus iglesias, y eran aborrecidos y separados de ellas; pero como fueron ridiculizados y oprimidos, negándoles el privilegio de hablar de su esperanza, o de asistir a la predicación sobre la venida del Señor, muchos por fin se levantaron y desecharon el yugo que había sido impuesto sobre ellos.

En los días de la Reforma, el bondadoso y piadoso Melancthon declaró: “No hay otra iglesia que la asamblea de esos que tienen la Palabra de Dios, y quienes son purificados por ella.” Los adventistas, viendo que las iglesias rechazaron el testimonio de la Palabra de Dios, no pudieron considerarlos más tiempo como constituyentes de la iglesia de Cristo, “la columna y la tierra de la verdad;” y como el mensaje, “Ha caído Babilonia,” empezaron a ser proclamadas, se sintieron justificados separándose de su conexión anterior.

Desde el rechazamiento del primer mensaje, un cambio triste ha tomado lugar en las iglesias. Como se rechaza la verdad se recibe el error y es apreciado. Amor por Dios, y fe en su palabra, ha crecido frío. Las iglesias han afligido el Espíritu del Señor, y ha estado en una medida grande aislada. Las palabras del profeta Ezequiel son temerosamente (237) aplicables: “Hijo de hombre, estos hombres han puesto sus ídolos en su corazón, y han colocado delante de su rostro lo que les hace caer en sus pecados. ¿Acaso he de ser consultado yo en modo alguno por ellos?”, “yo Jehová responderé al que venga conforme a la multitud de sus ídolos.” (Ezequiel 14:3,4.) Los hombres pueden no hacer inclinación a ídolos de madera y piedra, pero todos quienes aman las cosas del mundo y se complacen en injusticia han puesto ídolos en sus corazones. La mayoría de cristianos profesos sirven a otros dioses además del Señor. Se acarician el orgullo y lujo, ídolos son instalados en el santuario, y se contaminan lugares santos.

Antiguamente el Señor declaró a sus siervos con respecto a Israel: “Porque los directores de este pueblo son engañadores, y los dirigidos por ellos se pierden.” (Isaías 9:16.) “Los profetas profetizaban al servicio de la mentira, y los sacerdotes dirigían a su arbitrio; y mi pueblo gustaba de esto. ¿Qué, pues, haréis cuando llegue el fin?” (Jeremías 5:31.) “Porque desde el más chico de ellos hasta el más grande, cada uno sigue la avaricia; y desde el profeta hasta el sacerdote, todos son engañadores.” (Jeremías 6: 13.) La iglesia Judía, una vez tan altamente favorecida del Señor, se hizo un asombro y un reproche a través de negligencia en mejorar las bendiciones concedidas. El Orgullo incredulidad condujeron a su ruina. Pero estas Escrituras no se aplican al Israel antiguo solamente. Aquí esta retratado el carácter y la condición de muchas iglesias nominalmente cristianas. Aunque en posesión de mayores bendiciones que se les había otorgado a los judíos, están siguiendo en los pasos de esa gente; entre más grande es la luz y (238) los privilegios otorgados, más grande es la culpa de aquellos que les permiten pasar sin mejorar.

La imagen que el apóstol Pablo ha dibujado del pueblo profeso de Dios en los últimos días es una triste pero fiel delineación de las iglesias populares de nuestro tiempo. “Que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella,” “amadores de los deleites más bien que de Dios,” “amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios.” (2 Timoteo 3:2-7.) Tal son algunas especificaciones del catálogo oscuro que él ha dado. ¿Y en vista de las revelaciones frecuentes y sobresaltantes de crimen, incluso entre aquellos que ministran en cosas sagradas, quien se atreve a afirmar que hay un pecado enumerado por el apóstol que no se oculta bajo ninguna profesión del cristianismo?

“¿Qué asociación tiene la justicia con la injusticia?” “¿Y qué comunión la luz con las tinieblas?” “¿Y qué concordia entre el santuario de Dios y los ídolos? Porque vosotros sois el santuario del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Por lo cual, salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os acogeré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros seréis mis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso.” (2 Corintios 6:14-18.)

En la proclamación del mensaje del primer ángel, el pueblo de Dios estaba en Babilonia; y muchos cristianos verdaderos se encuentran todavía en su comunión. No pocos de los que nunca hayan visto las verdades especiales para este tiempo quedan insatisfechos con su posición presente, y anhelan luz más clara. Buscan en vano (239) la imagen de Cristo en la iglesia. Como las iglesias parten más y más lejos de la verdad, y hacen alianza más estrechamente con el mundo, el tiempo vendrá cuando aquellos que temen y honran a Dios ya no pueden quedar en conexión con ellos. Los que “no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia,” serán dejados y

recibirán “un espíritu engañoso,” para que “crean la mentira.” (2 Tesalonicenses 2:11,12.) Entonces el espíritu de persecución será otra vez revelado. Pero la luz de la verdad brillará sobre todos cuyos corazones están abiertos para recibirle, y todos los hijos del Señor todavía en Babilonia, atenderán el llamado: “Salid de ella, pueblo mío.” (240.)

Capítulo XVI

El Tardar Del Tiempo

Cuando el año de 1843 pasó enteramente sin ser marcado por el advenimiento de Jesús, los que así habían esperado con fe su advenimiento se vieron envueltos durante algún tiempo en la duda y la incertidumbre. Pero no aguantando su desilusión, muchos continuaron escudriñando las Santas Escrituras, examinando de nuevo las pruebas de su fe, y estudiando detenidamente las profecías para obtener más luz. El testimonio de la Biblia en apoyo de su actitud parecía claro y concluyente. Había señales que no podían ser mal interpretadas y que daban como cercana la venida de Cristo. Y aunque los creyentes no podían explicar el chasco que habían sufrido abrigaban la seguridad de que Dios los había dirigido en lo que habían experimentado.

Su fe estuvo reforzada grandemente por la aplicación directa y fuerte de esas escrituras que establece adelante un tiempo de tardanza. Tan temprano como 1842, el Espíritu de Dios se había movido sobre Carlos Fitch a diseñar el mapa profético, que está considerado generalmente por adventistas como un cumplimiento del mandato dado por el profeta Habacuc, “Escribe la visión y grábala bien clara en tablas.” Nadie, sin embargo, entonces vio el tardar del tiempo, el cual fue traído a vista en la misma profecía. Después de la desilusión, el (241) significado de esta escritura se hizo aparente. Así habla el profeta: “Escribe la visión, y grábala bien clara en tablas, para que el que pase corriendo, pueda leerla. Aunque la visión está aún por cumplirse a su tiempo, se apresura hacia el fin y no defraudará; aunque tarde, espéralo, porque sin duda vendrá y no se retrasará.” (Habacuc 2:2,3.)

Una porción de la profecía de Ezequiel fue también fuente de mucha fuerza y de consuelo para los creyentes: “Vino a mi palabra de Jehová, diciendo: Hijo de hombre, ¿qué refrán es este que tenéis vosotros en la tierra de Israel, que dice: Se van prolongando los días, y desaparece toda visión profética? Diles por tanto. Así dice el Señor Jehová:” “Se han acercado los días, y el cumplimiento de toda visión”, “hablaré, y se cumplirá toda palabra que yo hable; no se diferirá más.” “Los de la casa de Israel dicen: La visión que éste ve es para de aquí a muchos días, éste profetiza para días muy lejanos. Diles, por tanto: Así dice el Señor Jehová: No se diferirá más ninguna de mis palabras, sino que la palabra que yo hable se cumplirá.” (Ezequiel 12:21-25,27,28.)

Los que esperaban se regocijaron en la creencia de que Aquel que conoce el fin desde el principio había mirado a través de los siglos, y previendo su contrariedad, les había dado palabras de valor y esperanza. De no haber sido por esos pasajes de las Santas Escrituras, que mostraban que ellos estaban en la senda derecha, su fe habría cejado en la hora de prueba.

En la parábola de las diez vírgenes, S. Mateo 25, la experiencia de los adventistas está ilustrada por los (242) incidentes de un casamiento Oriental. “Entonces el reino de los Cielos será semejante a diez vírgenes que, tomando sus lámparas, salieron a recibir al esposo.” “Y tardándose el esposo, cabecearon todas y se durmieron.” El movimiento extenso bajo la proclamación del primer mensaje, contesta

a la ida de las vírgenes, mientras que el pasar del tiempo de expectativa, la desilusión, y el retraso, fue representado por el tardar del esposo. Después de que el tiempo definido había pasado, los creyentes verdaderos estuvieron unidos aún en la creencia que el fin de todas las cosas estaba a la mano; pero pronto se hizo evidente que ellos estaban perdiendo, a alguna extensión, su celo y devoción, y estaban cayendo en un estado denotado en la parábola por el sueño de las vírgenes durante el tardar del tiempo.

Por aquel entonces, despuntó el fanatismo. Algunos que habían profesado creer fervidamente en el mensaje rechazaron la Palabra de Dios como guía infalible, y pretendiendo ser dirigidos por el Espíritu, se abandonaron a sus propios sentimientos, impresiones e imaginación. Había quienes manifestaban un ardor ciego y fanático, y censuraban a todos los que no querían aprobar su conducta. Sus ideas y sus actos inspirados por el fanatismo no encontraban simpatía entre la gran mayoría de los adventistas; no obstante sirvieron para atraer oprobio sobre la causa de la verdad.

Satanás estaba tratando de oponerse por este medio a la obra de Dios y destruirla. El movimiento adventista había conmovido grandemente a la gente, se habían convertido miles de pecadores, y hubo hombres sinceros que se dedicaron a proclamar la verdad, hasta en el tiempo de la tardanza. El príncipe del mal estaba (243) perdiendo sus súbditos, y para echar oprobio sobre la causa de Dios, trató de engañar a estos de los que profesaban la fe, y de trocarlos en extremistas. Luego sus agentes estaban listos para aprovechar cualquier error, cualquier falta, cualquier acto indecoroso, y presentarlo al pueblo en la forma más exagerada, a fin de hacer odiosos a los adventistas y la fe que profesaban. Así, cuanto mayor era el número de los que lograra incluir entre los que profesaban creer en la fe adventista mientras su poder dirigía sus corazones, tanto más fácil le sería señalarlos a la atención del mundo como representantes de todo el cuerpo de creyentes.

Satanás es un acusador de nuestros hermanos, y es su espíritu el que inspira a los hombres a acechar los errores y defectos del pueblo de Dios, y a darles publicidad, mientras que no se hace mención alguna de las buenas acciones de este mismo pueblo. Siempre está activo cuando Dios obra para salvar las almas. Cuando los hijos de Dios acuden a presentarse ante el Señor, Satanás viene también entre ellos. En cada despertamiento religioso está listo para introducir a aquellos cuyos corazones no están santificados y cuyos espíritus no están bien equilibrados. Cuando ellos han aceptado algunos puntos de la verdad, y han conseguido formar parte del número de los creyentes, él influye por conducto de ellos para introducir teorías que engañarán a los incautos. El hecho de que una persona se encuentre en compañía de los hijos de Dios, y hasta en el lugar de culto y en torno a la mesa del Señor, no prueba que dicha persona sea verdaderamente cristiana. Allí está con frecuencia Satanás en las ocasiones más solemnes, bajo la forma de aquellos a quienes puede emplear como agentes suyos.

El gran engañador profesará cualquier cosa, a fin de ganar adherentes. Pero reclamará que esta convertido ¿debería? si fuera posible, entraría al Cielo (244) y se asociaría con los ángeles pero no sería cambiado en carácter. Mientras que los adoradores verdaderos estarían inclinados en adoración ante su Creador, él estaría trazando daños contra la causa y pueblo de Dios, ideando medios para entrapar almas, considerando el método más exitoso de sembrar cizaña.

Satanás disputa cada pulgada del terreno por el cual avanza el pueblo de Dios en su peregrinación hacia la ciudad celestial. En toda la historia de la iglesia, ninguna Reforma ha sido llevada a cabo sin encontrar serios obstáculos. Así aconteció en los días de San Pablo. Dondequiera que el apóstol levantaba una iglesia, había algunos que profesaban aceptar la fe, pero que introducían herejías que, de haber sido recibidas, habrían hecho desaparecer el amor a la verdad. Lutero tuvo que sufrir gran aprieto y

angustia debido a la conducta de fanáticos que pretendían que Dios había hablado directamente por ellos, y que, por lo tanto, ponían sus propias ideas y opiniones por encima del testimonio de las Santas Escrituras. Muchos a quienes les faltaba fe y experiencia, pero a quienes les sobraba confianza en sí mismos y a quienes les gustaba oír y contar novedades, fueron engañados por los asertos de los nuevos maestros y se unieron a los agentes de Satanás en la tarea de destruir lo que, movido por Dios, Lutero había edificado. Los Wesley, también, y otros que por su influencia y su fe fueron causa de bendición para el mundo, tropezaron a cada paso con las artimañas de Satanás, que consistían en empujar a personas de celo exagerado, desequilibradas y no santificadas a excesos de fanatismo de toda clase.

Guillermo Miller no simpatizaba con aquellas influencias que conducían al fanatismo. Declaró, como Martín Lutero, que todo espíritu debía ser probado por la Palabra (245) de Dios. “El diablo tiene gran poder en los ánimos de algunas personas de nuestra época. ¿Y cómo sabremos de qué espíritu provienen? La Biblia contesta: “Por sus frutos los conoceréis.” “Hay muchos espíritus en el mundo, y se nos manda que los probemos. El espíritu que no nos hace vivir sobria, justa y piadosamente en este mundo, no es de Cristo. Estoy más y más convencido de que Satanás tiene mucho que ver con estos movimientos desordenados.” “Muchos de los que entre nosotros aseveran estar completamente santificados, no hacen más que seguir las tradiciones de los hombres, y parecen ignorar la verdad tanto como otros que no hacen tales asertos y no son muy modestos.” “El espíritu de error nos alejará de la verdad, mientras que el Espíritu de Dios nos conducirá a ella. Pero, decís vosotros, una persona puede estar en el error y pensar que posee la verdad. ¿Qué hacer en tal caso? A lo que contestamos: el Espíritu y la Palabra de Dios están de acuerdo. Si alguien se juzga a sí mismo por la Palabra de Dios y encuentra armonía perfecta en toda la palabra, entonces debe creer que posee la verdad; pero si encuentra que el espíritu que le guía no armoniza con todo el contenido de la ley de Dios o su Libro, ande entonces cuidadosamente para no ser apresado en la trampa del diablo.” “Muchas veces, al notar una mirada benigna, una mejilla humedecida y unas palabras entrecortadas, he visto mayor prueba de piedad interna que en todo el ruido de la Cristiandad.”

Los enemigos de la Reforma, los adversarios de ésta achacaron todos los males del fanatismo a quienes lo estaban combatiendo con el mayor ardor. Algo semejante hicieron los adversarios del movimiento adventista. Y no contentos con desfigurar y abultar los errores de los extremistas y fanáticos (246), hicieron circular noticias desfavorables que no tenían el menor viso de verdad. Esas personas eran dominadas por prejuicios y odios. La proclamación de la venida inminente de Cristo les perturbaba la paz. Temían que pudiese ser cierta, pero esperaban sin embargo que no lo fuese, y éste era el motivo secreto de su lucha contra los adventistas y su fe.

La circunstancia de que unos pocos fanáticos se abrieran paso entre las filas de los adventistas no era mayor razón para declarar que el movimiento no era de Dios, que lo fue la presencia de fanáticos y engañadores en la iglesia en días de San Pablo o de Lutero, para descartar o ridiculizar la obra de ambos. Despierte el pueblo de Dios de su somnolencia y emprenda seriamente una obra de arrepentimiento y de Reforma; escudriñe las Escrituras para aprender la verdad tal cual es en Jesús; conságrese por completo a Dios, y no faltarán pruebas de que Satanás está activo y vigilante. Manifestará su poder por todos los engaños posibles, y llamará en su ayuda a todos los ángeles caídos de su reino.

No fue la proclamación del segundo advenimiento lo que dio origen al fanatismo y a la división. Estos aparecieron en el verano de 1844, cuando los adventistas se encontraban en un estado de duda y perplejidad con respecto a su situación real. La

predicación del mensaje del primer ángel en 1843 y del “clamor de media noche” en 1844, tendía directamente a reprimir el fanatismo y la disensión. Los que participaban en estos solemnes movimientos estaban en armonía; sus corazones estaban llenos de amor mutuo y de amor hacia Jesús, a quien esperaban ver pronto. Una sola fe y una sola esperanza bendita los elevaban por encima de cualquier influencia humana, y les servían de escudo contra los ataques de Satanás (247.)

CAPÍTULO XVII

EL CLAMOR DE MEDIANOCHE

“Y tardándose el esposo, cabecearon todas y se durmieron. Y a la medianoche se oyó un grito: ¡Aquí viene el esposo; salid a recibirle! Entonces todas aquellas vírgenes se levantaron, y arreglaron sus lámparas.” (S. Mateo 25:5-7.)

En el verano de 1844, los adventistas descubrieron la equivocación en sus estimaciones anteriores de los períodos proféticos, y lo establecieron en la posición correcta. Los 2300 días de Daniel 8:14, que todos creyeron extenderse hasta la segunda venida de Cristo, creyendo que se terminaba en la primavera de 1844; pero ahora fue visto que este periodo se extendía al otoño del mismo año, y las mentes de los adventistas fueron compuestas sobre este punto como el tiempo del aparecimiento del Señor. La proclamación de este mensaje del tiempo fue otro paso en el cumplimiento de la parábola del matrimonio, cuya aplicación a la experiencia de los adventistas ya había sido visto claramente. Como en la parábola el clamor se hoyo en la medianoche anunciando el acercamiento del novio, así en el cumplimiento, de la mitad del camino entre la primavera de 1844, cuando primero se supuso que los 2300 días se cerrarían, y el otoño de 1844, encontraron después de todo que en tal tiempo (248) se cumplirían un tal clamor se levanto en las propias palabras de la Escritura: “¡Aquí viene el esposo; salid a recibirle!”

Como marea creciente, el movimiento se extendió por el país. Fue de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo y hasta a lugares remotos del campo, y consiguió despertar al pueblo de Dios que estaba esperando. El fanatismo desapareció ante esta proclamación como helada temprana ante el sol naciente. Los creyentes vieron desvanecerse sus dudas y perplejidades, y la esperanza y el valor reanimaron sus corazones. La obra quedaba libre de las exageraciones propias de todo arrebato que no es dominado por la influencia de la Palabra y del Espíritu de Dios. Este movimiento recordaba los períodos sucesivos de humillación y conversión al Señor que entre los antiguos israelitas solían resultar de las reconvenciones dadas por los siervos de Dios. Llevaba el sello distintivo de la obra de Dios en todas las edades. Había en él poco gozo extático, sino más bien un profundo escudriñamiento del corazón, confesión de los pecados y renunciación del mundo. El anhelo de los espíritus abrumados era prepararse para recibir al Señor. Había perseverancia en la oración y consagración a Dios sin reserva.

Dijo Guillermo Miller al describir esta obra: “No hay gran manifestación de gozo; no parece sino que éste fuera reservado para más adelante, para cuando Cielo y tierra gocen juntos de dicha indecible y lleno de gloria. No se oye tampoco en ella grito de alegría, pues esto también esta reservado para la aclamación que ha de oírse del Cielo. Los cantores callan; están esperando poderse unir a las huestes angelicales, al coro del Cielo. Ni argumentos se usarán o necesitarán; todo parece convencido que ellos

tienen la verdad. No hay conflicto de sentimientos; todos son de un corazón y de una mente.” (249.)

Entre todos los grandes movimientos religiosos habidos desde los días de los apóstoles, ninguno resultó más libre de imperfecciones humanas y engaños de Satanás que el del otoño de 1844. Ahora mismo, después del transcurso de cuarenta años, todos los que tomaron parte en aquel movimiento y han permanecido firmes en la verdad, sienten aún la influencia de tan bendita obra y dan testimonio de que ella era de Dios.

Al clamar: “¡He aquí que viene el Esposo, salid a recibirle!” los que esperaban “se levantaron y aderezaron sus lámparas;” estudiaron la Palabra de Dios con una intensidad e interés antes desconocidos. Fueron enviados ángeles del Cielo para despertar a los que se habían desanimado, y para prepararlos a recibir el mensaje. La obra no descansaba en la sabiduría y los conocimientos humanos, sino en el poder de Dios. No fueron los de mayor talento, sino los más humildes y piadosos, los que oyeron y obedecieron primero al llamamiento. Los campesinos abandonaban sus cosechas en los campos, los artesanos dejaban sus herramientas y con lágrimas y gozo iban a pregonar el aviso. Los que anteriormente habían encabezado la causa fueron los últimos en unirse a este movimiento. Las iglesias en general le cerraron sus puertas en contra, y muchos de los que lo aceptaron se separaron de sus congregaciones. En la providencia de Dios, este clamor se unió con el segundo mensaje angelical y dio poder a la obra.

El clamor de medianoche no era tanto llevar argumento, si bien la prueba de las Escrituras era clara y terminante. Iba acompañado de un poder que movía e impulsaba al alma. No había dudas, ni discusiones. Con motivo de la entrada triunfal (250) de Cristo en Jerusalén, el pueblo que se había reunido de todas partes del país para celebrar la fiesta, fue en tropel al Monte de los Olivos, y al unirse con la multitud que acompañaba a Jesús, se dejó arrebatar por la inspiración del momento y contribuyó a dar mayores proporciones a la aclamación: “¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!” (S. Mateo 21:9.) Del mismo modo, los incrédulos que se agolpaban en las reuniones adventistas - unos por curiosidad, otros meramente para ridiculizarlas - sentían el poder convincente que acompañaba el mensaje, “¡He aquí que viene el Esposo!”

En aquel entonces había una fe que atraía respuestas del Cielo a las oraciones, - una fe que se atenía a la recompensa. Como los aguaceros que caen en tierra sedienta, el Espíritu de gracia descendió sobre los que le buscaban con sinceridad. Los que esperaban verse pronto cara a cara con su Redentor sintieron una solemnidad y un gozo indecibles. El poder suavizador y sojuzgador del Espíritu Santo cambiaba los corazones, y onda tras onda de la gloria de Dios se extendía sobre los fieles creyentes.

Los que recibieron el mensaje llegaron cuidadosa y solemnemente al tiempo en que esperaban encontrarse con su Señor. Cada mañana sentían que su primer deber consistía en asegurar su aceptación para con Dios. Sus corazones estaban estrechamente unidos, y oraban mucho unos con otros y unos por otros. A menudo se reunían en sitios apartados para ponerse en comunión con Dios, y se oían voces de intercesión que desde los campos y las arboledas ascendían al Cielo. La seguridad de que el Señor les daba su aprobación era para ellos más necesaria que su alimento diario, y si alguna nube (251) obscurecía sus espíritus, no descansaban hasta que se hubiera desvanecido. Como sentían el testimonio de la gracia que les perdonaba anhelaban contemplar a Aquel a quién amaban sus almas.

Pero un desengaño más les estaba reservado. El tiempo de espera pasó, y su Salvador no apareció. Con confianza inquebrantable habían esperado su venida, y ahora sentían lo que María, cuando, al ir al sepulcro del Salvador y encontrándolo vacío,

exclamó llorando: “Se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto.” (S. Juan 20:13.)

Un sentimiento de pavor, un temor de que el mensaje fuese verdad, había servido durante algún tiempo para refrenar al mundo incrédulo. Cumplido el plazo, ese sentimiento no desapareció del todo; al principio no se atrevieron a celebrar su triunfo sobre los que habían quedado chasqueados; pero como no se vieron señales de la ira de Dios, se olvidaron de sus temores y nuevamente profirieron insultos y burlas. Un número notable de los que habían profesado creer en la próxima venida del Señor, abandonaron su fe. Algunos que habían tenido mucha confianza, quedaron tan hondamente heridos en su orgullo, que hubiesen querido huir del mundo. Como Jonás, se quejaban de Dios, y habrían preferido la muerte a la vida. Los que habían fundado su fe en opiniones ajenas y no en la Palabra de Dios, estaban listos para cambiar otra vez de parecer. Los burladores atrajeron a sus filas a los débiles y cobardes, y todos éstos convinieron en declarar que ya no podía haber temor ni expectación. El tiempo había pasado, el Señor no había venido, y el mundo podría subsistir como antes, miles de años (252.)

Los creyentes fervientes y sinceros lo habían abandonado todo por Cristo, y habían gozado de su presencia como nunca antes. Creían haber dado su último aviso al mundo, y, esperando ser recibidos pronto en la sociedad de su divino Maestro y de los ángeles celestiales, se habían separado en su mayor parte de la multitud incrédula. Habían orado con gran fervor: “ven, Señor Jesús, y ven rápidamente.” Pero no vino. Reasumir entonces la pesada carga de los cuidados y perplejidades de la vida, y soportar las afrentas y escarnios del mundo, constituía una dura prueba para su fe y paciencia.

Con todo, este contratiempo no era tan grande como el que experimentarían los discípulos cuando el primer advenimiento de Cristo. Cuando Jesús entró triunfalmente en Jerusalén, sus discípulos creían que estaba a punto de subir al trono de David, y de libertar a Israel de sus opresores. Llenos de esperanza y de gozo anticipado rivalizaban unos con otros en tributar honor a su Rey. Muchos tendían sus ropas como alfombra en su camino, y esparcían ante él palmas frondosas. En su gozo y entusiasmo unían sus voces a la alegre aclamación: “¡Hosanna al Hijo de David!” Cuando los fariseos, incomodados y airados por esta explosión de regocijo, expresaron el deseo de que Jesús censurara a sus discípulos, él contestó: “Si éstos callan, las piedras clamarán.” (S. Lucas 19:40.) Las profecías deben cumplirse. Los discípulos estaban cumpliendo el propósito de Dios; sin embargo un duro contratiempo les estaba reservado. Pocos días pasaron antes que fueran testigos de la muerte atroz del Salvador y de su sepultura (253.) Su expectación no se había realizado, y sus esperanzas murieron con Jesús. Fue tan sólo cuando su Salvador hubo salido triunfante del sepulcro cuando pudieron darse cuenta de que todo había sido predicho por la profecía, y de “que era necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos.” (Hechos 17:3.) De la misma manera la profecía del mensaje del primer y segundo ángel, se habían entregado en el tiempo preciso, y cumplieron la obra que Dios les diseñó para cumplir.

El mundo había estado observando, y creía que todo el sistema adventista sería abandonado en caso de que pasase el tiempo sin que Cristo viniese. Pero aunque muchos, al ser muy tentados, abandonaron su fe, hubo algunos que permanecieron firmes. No podían descubrir error alguno en el cómputo de los periodos proféticos. Los más hábiles de sus adversarios no habían logrado echar por tierra su posición. Verdad es que no se había producido el acontecimiento esperado, pero ni aun esto pudo conmover su fe en la Palabra de Dios. Cuando Jonás proclamó en las calles de Nínive que en el plazo de cuarenta días la ciudad sería destruida, el Señor aceptó la humillación de los ninivitas y prolongó su tiempo de gracia; no obstante el mensaje de Jonás fue enviado

por Dios, y Nínive fue probado por la voluntad divina. Los adventistas creyeron que Dios les había inspirado de igual modo para proclamar al mundo el aviso del Juicio, y a pesar de su desilusión, estaban seguros que habían alcanzado una crisis más importante.

La parábola del sirviente malvado fue aplicada respecto a los que desearon posponer la venida del Señor: “Pero si aquel siervo malo (254) dice en su corazón: mi señor tarda en venir; y comienza a golpear a sus conservos, y a comer y a beber con los borrachos, vendrá el señor de aquel siervo el día que éste no espera, y a la hora que no sabe, y lo castigará muy duramente, y pondrá su parte con los hipócritas.” (S. Mateo 24:48-51.)

Los sentimientos de los que toman firme la verdad del advenimiento están expresados en las palabras de Guillermo Miller: “Si tuviese que volver a empezar mi vida con la mismas pruebas que tuve entonces, para ser de buena fe para con Dios y los hombres, tendría que hacer lo que hice.” “Espero haber limpiado mis vestiduras de la sangre de las almas; siento que, en cuanto me ha sido posible, me he librado de toda culpabilidad en su condenación.” “Aunque me chasquéé dos veces - escribió este hombre de Dios, - “no estoy aún abatido ni desanimado...Mi esperanza en la venida de Cristo es tan firme como siempre. No he hecho más que lo que, después de años de solemne consideración, sentía que era mi solemne deber hacer. Si me he equivocado, ha sido del lado de la caridad, del amor a mis semejantes, y movido por el sentimiento de mi deber para con Dios.” “Algo sé de cierto, y es que no he predicado nada en que no creyese; y la mano de Dios a estado conmigo, su poder se ha manifestado en la obra, y mucho bien se ha realizado.” “A juzgar por las apariencias humanas, muchos miles fueron inducidos a estudiar las Escrituras por la predicación de la fecha del advenimiento; y por ese medio y la aspersion de la sangre de Cristo, fueron reconciliados con Dios.” “Nunca he solicitado el favor de los orgullosos, ni temblado ante las amenazas del mundo. No seré yo quien compre ahora su favor, ni (255) vaya más allá del deber para despertar su odio. Nunca imploraré de ellos mi vida ni vacilaré en perderla, si Dios en su providencia así lo dispone.”

Dios no se olvidó de su pueblo; su Espíritu siguió acompañando a los que no negaron temerariamente la luz que habían recibido ni denunciaron el movimiento adventista. El apóstol San Pablo, mirando a través de las edades, había escrito palabras de ánimo y advertencia para el probado, en esta crisis esperada: “No perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene gran galardón; porque tenéis necesidad de paciencia, para que habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa. Porque aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará. Mas el justo vivirá por fe; y si retrocede, mi alma no se complace en él. Pero nosotros no somos de los que retroceden para destrucción, sino de los que tienen fe para preservación del alma.” (Hebreos 10:35-39.)

Los cristianos a quienes van dirigidas esas palabras estaban en peligro de zozobrar en su fe. Habían hecho la voluntad de Dios al seguir la dirección de su Espíritu y de su Palabra; pero no podían comprender los designios que había tenido en lo que habían experimentado no podían discernir el sendero que estaba ante ellos, y estaban tentados a dudar de si en realidad Dios los había dirigido. Entonces era cuando estas palabras especialmente tenían su aplicación: “Mas el justo por la fe vivirá.” Mientras la luz brillante del “clamor de medianoche” había alumbrado su sendero, y habían visto abrirse el sello de las profecías, y cumplirse con presteza las señales que anunciaban la proximidad de la venida de Cristo, adventistas habían andado en cierto sentido (256) por la vista. Pero ahora, abatidos por esperanzas defraudadas, sólo podrían sostenerse por la fe en Dios y en su Palabra. El mundo escarnecedor decía: “Habéis sido engañados. Abandonad vuestra fe, y declarad que el movimiento Adventista era de Satanás.” Pero la Palabra de Dios declaraba: “Si retrocediere, no agrada a mi alma.”

Renunciar entonces a su fe, y negar el poder del Espíritu Santo que había acompañado al mensaje, habría equivalido a retroceder así al camino de la perdición. Estas palabras de San Pablo los alentaban a permanecer firmes: “No perdáis, pues, vuestra confianza;” “tenéis necesidad de paciencia;” “porque aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará.” El único proceder seguro para ellos consistía en apreciar la luz que ya habían recibido de Dios, atenerse firmemente a sus promesas, y seguir escudriñando las Sagradas Escrituras esperando con paciencia y velando para recibir mayor luz (257.)

Capítulo XVIII

El Santuario

El pasaje bíblico que más que ninguno había sido el fundamento y el pilar central de la fe adventista era la declaración: “Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas, luego el santuario será purificado.” (Daniel 8:14.) Estas palabras habían sido familiares para todos los que creían en la próxima venida del Señor. La profecía que encerraban era repetida alegremente como santo y seña de su fe por miles de bocas. Todos sentían que sus esperanzas más gloriosas y más queridas dependían de los acontecimientos en ella predichos. Había quedado demostrado que aquellos días proféticos terminaban en el otoño del año 1844. En común con el resto del mundo cristiano, los Adventistas creían entonces que la tierra, o alguna parte de ella, era el santuario, y que la purificación del santuario era la purificación de la tierra por medio del fuego del último y supremo día. Entendían que ello se verificaría en el segundo advenimiento de Cristo. De ahí que concluyeran que Cristo volvería a la tierra en 1844.

Pero el tiempo señalado vino y el Señor no apareció. Los creyentes sabían que la Palabra de Dios no podía fallar; su interpretación de la profecía debía estar pues errada; ¿pero dónde estaba el error? Muchos cortaron (258) sin más ni más el nudo de la dificultad negando que los 2.300 días terminasen en 1844. Esta posición no podía apoyarse con prueba alguna, a no ser con la de que Cristo no había venido en el momento de expectación. Se alegaba que si los días proféticos hubiesen terminado en 1844, Cristo habría venido entonces para limpiar el santuario mediante la purificación de la tierra por fuego, y que como no había venido, los días no podían haber terminado.

Aceptar estas conclusiones equivalía a renunciar a los cálculos anteriores de los períodos proféticos, y envolver la cuestión entera en confusión. Fue una posición de entrega y rendimiento la cual se alcanzó por medio de un serio estudio de las Escrituras y oración, por mentes iluminadas por el Espíritu de Dios, y corazones ardientes con su poder vivo; las posiciones que soportaron una crítica minuciosa y la más amarga oposición de hombres populares religiosos y mundanamente sabios, y se mantuvieron firmes contra las fuerzas combinadas de aprendizaje y elocuencia, y las burlas e insultos tanto del honorable como del bajo eran iguales todo este sacrificio fue hecho para mantener la teoría que la tierra es el santuario.

Dios había dirigido a su pueblo en el gran movimiento adventista; su poder y su gloria habían acompañado la obra, y Él no permitiría que ésta terminase en la obscuridad y en un chasco, para que se la cubriese de oprobio como si fuese una mera excitación mórbida y producto del fanatismo. No iba a dejar su Palabra envuelta en dudas e incertidumbres. Aunque la mayor parte de los adventistas abandonaron sus primeros cálculos de los períodos proféticos, y por consiguiente negaron la exactitud del movimiento basado en (259) ellos, unos pocos no estaban dispuestos a negar puntos de

fe y de experiencia que estaban sostenidos por las Sagradas Escrituras y por el testimonio especial del Espíritu de Dios. Creían haber adoptado en sus estudios de las Escrituras sanos principios de interpretación, y que era su deber atenerse firmemente a las verdades ya adquiridas, y perseguir más en el mismo camino de la investigación bíblica. Orando con fervor, volvieron a considerar su situación, y estudiaron las Santas Escrituras para descubrir su error. Como no encontraran ninguno en su explicación de los períodos proféticos, fueron inducidos a examinar más de cerca la cuestión del santuario.

En su investigación ellos aprendieron, que el santuario terrenal, construido por Moisés por mandato de Dios, de acuerdo al modelo que se le mostró en el monte, “es un símbolo para el tiempo presente, según el cual se presentan ofrendas y sacrificios:” que sus dos lugares santos fueron las figuras de las cosas celestiales,” que Cristo nuestro Sumo Sacerdote es un “ministro del santuario, y del verdadero tabernáculo que erigió el Señor, y no el hombre;” que “no entró Cristo en un santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el Cielo mismo para presentarse ahora por nosotros en la presencia de Dios.” (Hebreos 9:9,23; 8:2; 9:24.)

El santuario celestial en el cual Jesús ministra, es el gran modelo del cual el santuario edificado por Moisés no era más que trasunto. Dios puso su Espíritu sobre los que construyeron el santuario terrenal. La pericia artística desplegada en su construcción fue una manifestación de la sabiduría divina. Las paredes tenían aspecto de oro macizo, y reflejaban en todas direcciones (260) la luz de las siete lámparas del candelero de oro. La mesa de los panes de la proposición y el altar del incienso relucían como oro bruñido. La magnífica cubierta que formaba el techo, recamada con figuras de ángeles en azul, púrpura y escarlata, realzaba la belleza de la escena. Y más allá del segundo velo estaba la santa *shekina*, la manifestación visible de la gloria de Dios, ante la cual sólo el sumo sacerdote podía entrar y sobrevivir. El esplendor incomparable del tabernáculo terrenal reflejaba a la vista humana la gloria de aquel templo celestial donde Cristo, nuestro precursor, ministra por nosotros ante el trono de Dios.

Como el santuario terrenal tenía dos departamentos, el santo y el santísimo, así también hay dos lugares santos en el santuario celestial. Y el arca conteniendo la ley de Dios, el altar de incienso, y otros instrumentos de servicio que se encontraban abajo en el santuario, teniendo también su contraparte en el santuario arriba. En visión santa se le permitió al apóstol San Juan entrar al Cielo, y allí miró el candelero y el altar de incienso, y como “el santuario de Dios fue abierto,” él miró también “el arca de su pacto.” (Apocalipsis 4:5; 8:3; 11:19.)

Estos que estaban buscando la verdad encontraron pruebas irrefutables de la existencia de un santuario en el Cielo. Moisés hizo el santuario terrenal según un modelo que le fue enseñado. San Pablo declara que ese modelo era el verdadero santuario que está en el Cielo. San Juan afirma que lo vio en el Cielo.

En el templo celestial, la morada de Dios, su trono está asentado en juicio y en justicia. En el lugar santísimo está su ley, la gran (261) regla de justicia por la cual es probada toda la humanidad. El arca, que contiene las tablas de la ley, está cubierta con el propiciatorio, ante el cual Cristo ofrece su sangre a favor del pecador. Así se representa la unión de la justicia y de la misericordia en el plan de la redención humana. Sólo la sabiduría infinita podía idear semejante unión, y sólo el poder infinito podía realizarla; es una unión que llena todo el Cielo de admiración y adoración. Los querubines del santuario terrenal que miraban reverentemente hacia el propiciatorio, representaban el interés con el cual las huestes celestiales contemplan la obra de redención. Es el misterio de misericordia que los ángeles desean contemplar, a saber: que Dios puede ser justo al mismo tiempo que justifica al pecador arrepentido y reanuda

sus relaciones con la raza caída; que Cristo pudo humillarse para sacar a innumerables multitudes del abismo de la perdición y revestirlas con las vestiduras inmaculadas de su propia justicia, a fin de unir las con ángeles que no cayeron jamás y permitirles vivir para siempre en la presencia de Dios.

En la terminación de los 2300 días, en 1844, ningún santuario existió en la tierra por muchos siglos; por lo tanto el santuario en el Cielo debe ser el que se muestra en la declaración, “Hasta dos mil trescientos tardes y mañanas; luego el santuario será purificado.” ¿Pero un santuario en el Cielo que necesidad tiene de limpieza?, volviendo otra vez a las Escrituras, los estudiantes de las profecías aprendieron que la limpieza no era quitar impurezas físicas, porque tenía que ser consumado con sangre, y por lo tanto debe haber una limpieza de pecado. Así dice el apóstol: “Fue, pues, necesario que las figuras de las cosas celestiales fuesen purificadas así; pero las cosas celestiales mismas, con mejores sacrificios que éstos (262) [con la sangre preciosa de Cristo]” (Hebreos 9:23.) Para obtener un conocimiento más amplio de la limpieza a la cual la profecía apunta, era necesario entender el ministerio del santuario celestial. Este podría ser aprendido solamente del ministerio del santuario terrenal; porque San Pablo declara que los sacerdotes quienes oficiaron allí servían “a lo que es figura y sombra de las cosas celestiales.” (Hebreos 8:5.)

El servicio del santuario terrenal consistía en dos partes; los sacerdotes ministraban diariamente en el lugar santo, mientras que una vez al año el sumo sacerdote efectuaba un servicio especial de expiación en el lugar santísimo, para purificar el santuario. Día tras día el pecador arrepentido llevaba su ofrenda a la puerta del tabernáculo, y poniendo la mano sobre la cabeza de la víctima, confesaba sus pecados, transfiriéndolos así figurativamente a la víctima inocente. Luego se mataba el animal. La víctima era inmolada, y la sangre o la carne era llevada por el sacerdote al lugar santo. Así el pecado era, en figura, transferido al santuario. Tal era el trabajo que se hacía durante todo el año. El traslado continuo de pecados al santuario, rendía un trabajo adicional de servicio necesario para removerlos. En el día décimo del séptimo mes el sumo sacerdote entraba en el segundo departamento, o lugar santísimo, al cual se le prohibía, con pena de muerte, entrar en cualquier otro tiempo. La limpieza del santuario entonces ejecutada completaba el servicio de todo el año.

En el día de las expiaciones se llevaban dos machos cabríos (263) a la entrada del tabernáculo y se echaban suertes sobre ellos, “la una suerte para Jehová y la otra para Azazel.” El macho cabrío sobre el cual caía la suerte para Jehová debía ser inmolado como ofrenda por el pecado del pueblo. Y el sacerdote debía llevar velo adentro la sangre de aquél y rociarla sobre el propiciatorio y delante de él. “Y echará suertes Arón sobre los dos machos cabríos; una suerte por Jehová, y otra suerte por Azazel.” “Así purificará el santuario, a causa de las impurezas de los hijos de Israel, de sus rebeliones y de todos sus pecados; de la misma manera hará también al tabernáculo de reunión, el cual reside entre ellos en medio de sus impurezas.” (Levítico 16:8,16.)

“Y pondrá Arón sus dos manos sobre la cabeza del macho cabrío vivo, y confesará sobre él todas las iniquidades de los hijos de Israel, todas sus rebeliones y todos sus pecados, poniéndolos así sobre la cabeza del macho cabrío, y lo enviará al desierto por mano de un hombre destinado para esto. Y aquel macho cabrío llevará sobre sí todas las iniquidades de ellos a tierra inhabitada; y dejará ir el macho cabrío por el desierto.” (Levítico 16:21,22.) El macho cabrío emisario no volvía al campamento de Israel, y el hombre que lo había llevado afuera debía lavarse y lavar sus vestidos con agua antes de volver al campamento.

Toda la ceremonia estaba destinada a inculcar a los israelitas una idea de la santidad de Dios y de su odio al pecado; y además hacerles ver que no podían ponerse

en contacto con el pecado sin contaminarse. Se requería de todos que afligiesen sus almas mientras se celebraba el servicio de expiación. Toda ocupación debía dejarse a un lado, y toda la congregación de Israel debía pasar el día en solemne humillación ante Dios, con oración, ayuno y examen profundo del corazón (264.)

Importantes verdades con respecto a la expiación se aprenden del servicio típico. Se aceptaba un sustituto en lugar del pecador; pero la sangre de la víctima no borraba el pecado. Sólo proveía un medio para transferirlo al santuario. Con la ofrenda de sangre, el pecador reconocía la autoridad de la ley, confesaba su culpa, y expresaba su deseo de ser perdonado mediante la fe en un Redentor por venir; pero no estaba aún enteramente libre de la condenación de la ley. El día de la expiación, el sumo sacerdote, después de haber tomado una víctima ofrecida por la congregación, iba al lugar santísimo con la sangre de dicha víctima general y rociaba con ella el propiciatorio, encima mismo de la ley, para dar satisfacción a sus exigencias. Luego, en calidad de mediador, tomaba los pecados sobre sí y los llevaba fuera del santuario. Poniendo sus manos sobre la cabeza del segundo macho cabrío, confesaba sobre él todos esos pecados, transfiriéndolos así figurativamente de él al macho cabrío emisario. Este los llevaba luego lejos y se los consideraba como si estuviesen para siempre quitados y echados lejos del pueblo.

Tal era el servicio que se efectuaba como “mera representación y sombra de las cosas celestiales.” Y lo que se hacía típicamente en el santuario terrenal, se hace en realidad en el santuario celestial. Después de su ascensión, nuestro Salvador empezó a actuar como nuestro Sumo Sacerdote. San Pablo dice: “Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el Cielo mismo para presentarse ahora por nosotros en la presencia de Dios.” (Hebreos 9:24.) En armonía con el servicio típico, Él comenzó su ministerio en (265) el lugar santo, y en la terminación de los días proféticos en 1844, como predijo Daniel el profeta, Él entró al lugar santísimo para hacer la última división de su trabajo solemne, - limpiar el santuario.

Como los pecados de la gente antiguamente fueron transferidos, en figura, al santuario terrenal por la sangre de la ofrenda del pecado, también así nuestros pecados, en realidad, son transferidos al santuario celestial por la sangre de Cristo. Y así como la purificación típica de lo terrenal se efectuaba quitando los pecados con los cuales había sido contaminado, así también la purificación real de lo celestial debe efectuarse quitando o borrando los pecados registrados en el Cielo. Es necesario examinar los registros para determinar quiénes son los que, por su arrepentimiento del pecado y su fe en Cristo, tienen derecho a los beneficios de la expiación cumplida por Él. La purificación del santuario implica por lo tanto una obra de Juicio investigador. Esta obra debe realizarse antes de que venga Cristo para redimir a su pueblo, pues cuando venga, su galardón está con Él, para que pueda otorgar la recompensa a cada uno según haya sido su obra. (Apocalipsis 22:12.)

Así que los que andaban en la luz de la palabra profética vieron que en lugar de venir a la tierra al fin de los 2.300 días, en 1844, Cristo entró entonces en el lugar santísimo del santuario celestial, en la presencia de Dios, para a cumplir la obra final de la expiación preparatoria para su venida.

Se vio además que, mientras que el holocausto señalaba a Cristo como sacrificio, y el sumo sacerdote representaba a Cristo como mediador, el macho cabrío simbolizaba a Satanás, autor del pecado, sobre quien serán colocados finalmente los pecados de los verdaderamente (266) arrepentidos. Cuando el sumo sacerdote, en virtud de la sangre del holocausto, quitaba los pecados del santuario, los ponía sobre la cabeza del macho cabrío para Azazel. Cuando Cristo, en virtud de su propia sangre, quite del santuario celestial los pecados de su pueblo al fin de su ministerio, los pondrá sobre Satanás, el

cual en la consumación del juicio debe cargar con la pena final. El macho cabrío era enviado lejos a un lugar desierto, para no volver jamás a la congregación de Israel. Así también Satanás será desterrado para siempre de la presencia de Dios y de su pueblo, y será aniquilado en la destrucción final del pecado y de los pecadores (267.)

CAPÍTULO XIX

UNA PUERTA ABIERTA Y UNA CERRADA

El asunto del santuario fue la clave que aclaró el misterio del desengaño de 1844, mostrando que Dios había conducido su pueblo en el gran movimiento del Advenimiento. Se abrió para ver un sistema completo de verdad, conectado y armonioso, y reveló deber presente al traer a luz la posición y trabajo del pueblo de Dios.

Después que paso el tiempo de espera, en 1844, los adventistas todavía creyeron que la venida del Salvador estaba muy próxima; ellos consideraron que habían alcanzado una crisis importante, y que el trabajo de Cristo como el intercesor del hombre ante Dios, había cesado. Habiendo dado la amonestación del Juicio cercano, sintieron que su trabajo por el mundo estaba terminado, y que habían quitado la carga de su alma por la salvación de los pecadores, mientras que el atrevimiento la blasfemia y la mofa del impío les parecía otra evidencia que el Espíritu de Dios había sido apartado de los rechazadores de su misericordia. Todo esto les confirmaba en la creencia que el tiempo de prueba se había terminado, o, como entonces lo expresaron, “la puerta de la misericordia se cerró.”

Pero vino más clara la luz con la investigación de la cuestión del santuario. Ahora se miraba la aplicación de esas palabras de Cristo en el Apocalipsis, dirigido a la iglesia de este tiempo: “Esto (268) dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre; Yo sé tus obras; he aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar.” (Apocalipsis 3:7,8.) Aquí un abrir así como un cerrar de la puerta es traído a luz. En la terminación de los 2300 días proféticos en 1844, Cristo cambió su ministerio del lugar santo al santísimo. Cuando, en el ministerio del santuario terrenal, el sumo sacerdote en el día de expiación entró en lugar el santísimo, se cerró la puerta del lugar santo, y se abrió la puerta del santísimo. Así también, cuando Cristo pasó del santo al santísimo del santuario celestial, la puerta, o ministerio, del apartamento anterior fue cerrada, y la puerta, o ministerio, del último fue abierta. Cristo había terminado una parte de su trabajo como nuestro intercesor, para entrar en otra porción del trabajo; y todavía presentó su sangre delante del Padre en favor de los pecadores. “He aquí,” Él declara, “he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar.”

Los que por fe siguen a Jesús en el gran trabajo de la expiación, reciben los beneficios de su mediación en su favor; pero éstos que rechazan la luz que trae a la vista su trabajo de ministerio, no serán beneficiados por él. Los judíos que rechazaron la luz dada en la primera venida de Cristo, y rehusaron creer en Él como el Salvador del mundo, no pudieron recibir perdón a través de Él. Cuando Jesús en su ascensión entró por su propia sangre en el santuario celestial derramo sobre sus discípulos las bendiciones de su mediación, los judíos se quedaron en oscuridad total para continuar

(269) sus sacrificios inútiles y ofrendas. El ministerio de tipos y sombras había cesado. Esa puerta por la cual hombres antiguamente habían encontrado acceso a Dios, no estaba abierta más. Los judíos se habían rehusado a buscarle por el único modo por el cual entonces podía ser hallado, a través del ministerio en el santuario en el Cielo. Por lo tanto no encontraron comunión con Dios. Para ellos la puerta estaba cerrada. No tenían conocimiento de Cristo como el sacrificio verdadero y el único mediador delante de Dios; por lo tanto no pudieron recibir los beneficios de su mediación.

La condición de los judíos incrédulos ilustra el estado de los indiferentes e incrédulos entre los profesos cristianos, que desconocen voluntariamente la obra de nuestro misericordioso Sumo Sacerdote. En el servicio típico, cuando el sumo sacerdote entraba en el lugar santísimo, todos los hijos de Israel debían reunirse cerca del santuario y humillar sus almas del modo más solemne ante Dios, a fin de recibir el perdón de sus pecados y no ser separados de la congregación. ¡Cuánto más esencial es que en nuestra época atípica de la expiación comprendamos la obra de nuestro Sumo Sacerdote, y sepamos qué deberes nos incumben!

Los hombres no pueden rechazar impunemente los avisos que Dios les envía en su misericordia. Un mensaje fue enviado del Cielo al mundo en tiempo de Noé, y la salvación de los hombres dependía de la manera en que aceptaran ese mensaje. Por el hecho de que ella había rechazado la amonestación, el Espíritu de Dios se retiró de la raza pecadora que pereció en las aguas del diluvio. En tiempo de Abrahán la misericordia dejó de alegar con los culpables vecinos de Sodoma, y todos (270), excepto Lot con su mujer y dos hijas, fueron consumidos por el fuego que descendió del Cielo. Otro tanto sucedió en días de Cristo. El Hijo de Dios declaró a los judíos incrédulos de aquella generación: “He aquí que vuestra casa os es dejada desierta.” (S. Mateo 23:38). Considerando los últimos días, el mismo Poder Infinito declara respecto de los que “no recibieron el amor de la verdad para ser salvos.” “Por esto Dios les envía un espíritu engañoso, para que crean la mentira, a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia.” (2 Tesalonicenses 2:10-12.) A medida que se rechazan las enseñanzas de su Palabra, Dios retira su Espíritu y deja a los hombres en brazos del engaño que tanto les gusta.

Pero Cristo intercede aún por el hombre, y se otorgará luz a los que la buscan. Aunque esto no lo comprendieron al principio los adventistas, les resultó claro después, a medida que los pasajes bíblicos que definen la verdadera posición de ellos empezaron a hacerse inteligibles.

Cuando pasó la fecha fijada para 1844, hubo un tiempo de gran prueba para los que conservaban aún la fe adventista. Su único alivio en lo concerniente a determinar su verdadera situación, fue la luz que dirigió su espíritu hacia el santuario celestial. Como ha sido declarado, los adventistas estuvieron por poco tiempo unidos en la creencia que la puerta de misericordia estaba cerrada. Esta posición fue pronto abandonada. Algunos dejaron de creer en la manera en que habían calculado ante los períodos proféticos, y atribuyeron a factores humanos o satánicos la poderosa influencia del Espíritu Santo que había acompañado al movimiento Adventista. Otros creyeron firmemente que el Señor los había conducido en su vida (271) pasada; y mientras esperaban, velaban y oraban para conocer la voluntad de Dios, llegaron a comprender que su gran Sumo Sacerdote había empezado a desempeñar otro ministerio y, siguiéndole con fe, fueron inducidos a entender además la obra final de la iglesia, y quedaron preparados para recibir y dar al mundo la solemne amonestación del tercer ángel de Apocalipsis 14 (272.)

Capítulo XX

El Mensaje del Tercer Ángel

Cuando Cristo entró en el lugar santísimo del santuario celestial para terminar el trabajo de la expiación, les dio Él cometido a sus siervos de dar el último mensaje de misericordia al mundo. Tal es la advertencia del tercer ángel de Apocalipsis 14. Inmediatamente siguiendo su proclamación, el Hijo del hombre es visto por el profeta viniendo en gloria a levantar la cosecha de la tierra.

Como esta predicho en las Escrituras, el ministerio de Cristo en el lugar santísimo empezó en la terminación de los días proféticos en 1844. A este tiempo se aplican las palabras del Revelador, “Y el santuario de Dios fue abierto en el Cielo, y el arca de su pacto se dejó ver en su santuario.” (Apocalipsis 11:19.) El arca del testamento de Dios está en el segundo departamento del santuario. Como Cristo entró allí a ministrar en favor del pecador, el interior del templo fue abierto, y el arca de Dios se dejó ver. A los que por fe miraron al Salvador en su trabajo de intercesión, se reveló la majestad y poder de Dios. Como el tren de su gloria llenó el templo, luz del santo de santos era arrojada sobre su pueblo que le esperaba en la tierra.

Habían seguido por fe a su Sumo Sacerdote del lugar santo al santísimo, y lo vieron suplicar (273) su sangre ante el arca de Dios. Dentro de esa arca sagrada esta la ley del Padre, el que había hablado por Dios mismo entre los truenos del Sinaí, y escribió con su propio dedo en las tablas de piedra. Ningún mandamiento ha sido anulado; ni una jota o tilde han sido cambiados. Mientras que Dios dio a Moisés una copia de la ley, Él preservó el grandioso original arriba en el santuario. Revisando sus preceptos santos, los que buscaban la verdad encontraron que en el corazón mismo del Decálogo se encuentra el cuarto mandamiento, tal cual fue proclamado originalmente: “Acuérdate del día del sábado para santificarlo. Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo es sábado para Jehová tu Dios; no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas. Porque en seis días hizo Jehová los Cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, Jehová bendijo el día del sábado y lo santificó.” (Exodo 20:8-11.)

El Espíritu de Dios obró en los corazones de esos cristianos que estudiaban su Palabra, y quedaron convencidos de que, sin saberlo, habían transgredido el cuarto mandamiento al despreciar el día de descanso del Creador. Empezaron a examinar las razones por las cuales se guardaba el primer día de la semana en lugar del día que Dios había santificado. No pudieron encontrar en las Sagradas Escrituras prueba alguna de que el cuarto mandamiento hubiese sido abolido o de que el día de reposo hubiese cambiado; (274) la bendición que desde un principio santificaba el séptimo día no había sido nunca revocada. Habían procurado honradamente conocer y hacer la voluntad de Dios; al reconocerse entonces transgresores de la ley divina, sus corazones se llenaron de pena. Ellos en seguida demostraron su lealtad hacia Dios guardando su santo sábado.

Se hizo cuanto se pudo por conmovir su fe. Nadie podía dejar de ver que si el santuario terrenal era una figura o modelo del celestial, la ley depositada en el arca en la

tierra era exacto trasunto de la ley encerrada en el arca del Cielo y que aceptar la verdad relativa al santuario celestial envolvía el reconocimiento de las exigencias de la ley de Dios y la obligación de guardar el sábado del cuarto mandamiento. En esto estribaba el secreto de la oposición violenta y resuelta que se le hizo a la exposición armoniosa de las Escrituras que revelaban el servicio desempeñado por Cristo en el santuario celestial. Duramente los hombres trataron de cerrar la puerta que Dios había abierto y de abrir la que Él había cerrado. Pero “el que abre, y ninguno cierra; y cierra y ninguno abre.” había declarado: “He aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar.” (Apocalipsis 3:7,8.) Cristo había abierto la puerta, o ministerio, del lugar santísimo, la luz brillaba desde la puerta abierta del santuario celestial, y se vio que el cuarto mandamiento estaba incluido en la ley lo que Dios había establecido, nadie podía derribarlo.

Los que habían aceptado la luz referente a la mediación de Cristo y a la perpetuidad de la ley de Dios, encontraron que éstas eran las verdades presentadas en el tercer mensaje. El ángel declara: “Aquí están los que guardan los mandamientos de (275) Dios, y la fe de Jesús.” Esta declaración es precedida por una solemne y temerosa amonestación: “Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe la marca en su frente o en su mano, él también beberá del vino del furor de Dios, que ha sido vertido puro en el cáliz de su ira.” (Apocalipsis 14:9,10.) Una interpretación de los símbolos empleados era necesaria para entender lo de este mensaje. ¿Qué era representado por la bestia, la imagen, y la marca? Otra vez los que buscaban la verdad volvieron al estudio de las profecías.

En el libro del Apocalipsis, bajo los símbolos de un gran dragón rojo, una bestia parecida a un leopardo, y una bestia con cuernos semejantes a los de un cordero, (Apocalipsis 12:13) se presentan esos gobiernos mundanales los cuales están especialmente ocupados y empeñados en pisotear la ley de Dios y perseguir su pueblo. Su guerra durará hasta el tiempo del fin. El pueblo de Dios, simbolizado por una santa mujer y sus hijos, está totalmente en la minoría. En los últimos días solamente un remanente existe. Juan habla de ellos como los que “guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo.” (Apocalipsis 12:17.)

A través de los grandes poderes controlados por el paganismo y el papado, simbolizado por el dragón y la bestia parecida a un leopardo, Satanás por muchos siglos destruyó los testigos fieles de Dios. Bajo el dominio de Roma, fueron torturados y asesinados por más de mil años; finalmente se privó al papado de su fuerza, y forzado a desistir la persecución. (Apocalipsis 13:3,10.) En ese tiempo el profeta miró venir un poder nuevo, representado por (276) la bestia con cuernos semejantes a los de un cordero. La apariencia de esta bestia y la manera de levantarse parecía indicar que el poder que representa no es parecido a los símbolos antes presentados. El gran reinado que gobernó el mundo obtuvo su dominio por conquista y revolución, y le fueron presentados al profeta Daniel como bestias de presa, ascendiendo cuando “los cuatro vientos del Cielo irrumpieron en el gran mar.” (Daniel 7:2.) Pero la bestia con cuernos semejantes a los de un cordero “que subía de la tierra.” (Apocalipsis 13:11.) Significando que en vez de derrocar otros poderes se establecía a sí misma, la nación así representada surgió en territorio anteriormente desocupado, y crecieron gradualmente y tranquilamente.

Aquí está una figura notable del surgimiento y crecimiento de nuestra propia nación. Y los cuernos semejantes a los de un cordero, emblema de inocencia y suavidad, bien representa el carácter de nuestro gobierno, como expresó en sus dos principios fundamentales, Republicanismo y Protestantismo. Los exilados cristianos quienes primero huyeron a América, buscando un asilo de opresión real e intolerancia

sacerdotal, y ellos determinaron establecer un gobierno sobre la fundación ancha de libertad civil y religiosa. Estos principios son el secreto de nuestro poder y prosperidad como una nación. Millones de otros países han buscado nuestras costas, y los Estados Unidos han subido a un lugar entre las naciones más poderosas de la tierra.

Pero el calco severo del lápiz profético revela un cambio en esta escena tranquila. La bestia con cuernos semejantes a los de un cordero habla con la voz de un dragón, “y ejerce toda la autoridad de la primera bestia en presencia de (277) ella.” El espíritu de persecución manifestado por el paganismo y el papado es otra vez revelado. La profecía declara que este poder dirá “a los moradores de la tierra que le hagan imagen a la bestia.” (Apocalipsis 13:14.) Se hace la imagen a la primera bestia parecida a un leopardo, el cual es presentado por el mensaje del tercer ángel. Por esta primera bestia es representada la iglesia romana, un cuerpo eclesiástico vestido con poder civil, teniendo autoridad para castigar a todos los disidentes. La imagen a la bestia representa otro cuerpo religioso vestido con poder semejante. La formación de esta imagen es el trabajo de la bestia cuyo surgimiento tranquilo y profesiones moderadas presenta un símbolo tan notable de los Estados Unidos. Aquí se encuentra una imagen del papado. Cuando las iglesias de nuestro país uniéndose en puntos comunes de fe, influyan sobre el estado para que imponga los decretos y las instituciones de ellas, entonces la América protestante habrá formado una imagen de la jerarquía romana. Entonces la iglesia verdadera será asaltada por persecución, como fue el pueblo de Dios en la antigüedad. Casi cada siglo suministra ejemplos de lo que intolerancia y malicia pueden hacer bajo un ruego de servir a Dios protegiendo los derechos de Iglesia y Estado. Iglesias protestantes que han seguido en los pasos de Roma formando alianza con poderes mundanos han manifestado un deseo semejante restringiendo libertad de conciencia. En el siglo XVII miles de ministros no conformistas sufrieron bajo la regla de la iglesia de Inglaterra. La persecución siempre sigue favoritismo religioso en la parte de los gobiernos seculares (278.)

La bestia con cuernos semejantes a los de un cordero manda que “todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se les ponga una marca en la mano derecha, o en la frente; y que nadie pueda comprar ni vender, sino el que tenga la marca o el nombre de la bestia, o el número de su nombre.” (Apocalipsis 13:16,17.) Esta es la marca respecto a la que el tercer ángel pronuncia su advertencia. Es la marca de la primera bestia, o el papado, y por lo tanto se busca entre las características distinguidas de ese poder. El profeta Daniel declaró que la iglesia romana, simbolizada por el cuerno pequeño, pensaría en cambiar tiempos y leyes (Daniel 7:25.) Mientras que San Pablo lo estilizó el hombre de pecado (2 Tesalonicenses 2:3.4.), quien se exalta a sí mismo sobre Dios. Sólo adulterando la ley de Dios podía el papado elevarse sobre Dios; y quienquiera que guardase a sabiendas la ley así adulterada daría honor supremo al poder que introdujo el cambio. Tal acto de obediencia a las leyes papales sería señal de sumisión al papa en lugar de sumisión a Dios.

El papado intentó alterar la ley de Dios. El segundo mandamiento, que prohíbe el culto de las imágenes, ha sido borrado de la ley, y el cuarto mandamiento ha sido adulterado de manera que autorice la observancia del primer día en lugar del séptimo como día de reposo. Pero los papistas aducen para justificar la supresión del segundo mandamiento, que éste es inútil puesto que está incluido en el primero, y que ellos dan la ley tal cual Dios tenía propuesto que fuese entendida. Este no puede ser el cambio predicho por el profeta. Se trata de un cambio intencional y deliberado: “Pensará en mudar los tiempos y (279) leyes.” El cambio introducido en el cuarto mandamiento cumple exactamente la profecía. La única autoridad que se invoca para dicho cambio es la de la iglesia. Aquí el poder papal se ensalza abiertamente sobre Dios.

El aserto, tantas veces repetido, de que Cristo cambió el día de reposo, está refutado por sus propias palabras. En su sermón sobre el monte, Él declaró: “No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el Cielo y la tierra, ni una jota, ni una tilde pasarán de ningún modo de la ley, hasta que todo se haya realizado. Por tanto, cualquiera que suprima uno de estos mandamientos aun de los más insignificantes, y enseñe así a los hombres, será llamado el menor en el reino de los Cielos; mas cualquiera que los cumpla y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los Cielos.”(S. Mateo 5:17-19.)

Los católicos romanos reconocen que el cambio del sábado fue hecho por su iglesia; y citan este cambio como evidencia de la autoridad de la iglesia para legislar en cosas divinas, y declaran que los protestantes, por observar el sábado como esta cambiado, reconocen su poder. La iglesia romana no ha renunciado a sus pretensiones a la supremacía; y cuando el mundo y las iglesias protestantes aceptan un día de descanso creado por ella, mientras rechazan el día de descanso de la Biblia, acatan en la práctica las tales pretensiones. Pueden apelar a la autoridad de los apóstoles y padres para apoyar el cambio; pero al hacerlo pasan por alto el principio mismo que los separa de Roma, es a saber, que “la Biblia, y la Biblia sola es la religión de los protestantes.” Los papistas pueden ver que los protestantes se están engañando a sí mismos, al cerrar voluntariamente los ojos ante (280) los hechos del caso. A medida que gana terreno en pro de la institución del domingo, ellos se alegran en la seguridad de que ha de concluir por poner a todo el mundo protestante bajo el estandarte de Roma.

El cuarto mandamiento, que Roma se ha esforzado por ponerlo a un lado, es el único precepto del decálogo que apunta a Dios como el Creador de los ciclos y la tierra, y así se distingue el Dios verdadero de todos los dioses falsos. Se instituyó el sábado para conmemorar el trabajo de la creación, y así dirigir las mentes de los hombres al verdadero y vivo Dios. Se cita el hecho de su poder creativo en todas las Escrituras como prueba que el Dios de Israel es superior a deidades paganas. El sábado siempre había sido guardado, los pensamientos de los hombres y afectos habían sido dirigidos a su Hacedor como el objeto de reverencia y adoración, y allí nunca habría un ídola, un ateo, o un infiel.

Esa institución que apunta a Dios como el Creador es una señal de su autoridad legítima sobre los seres que hizo. El cambio del sábado es la señal, o marca, de la autoridad de la iglesia romana. Los que, entienden las demandas del cuarto mandamiento, y elijan observar el falso en lugar del sábado verdadero, así rinden homenaje a ese poder el cual lo ha mandado. El cambio en el cuarto mandamiento es el cambio señalado en la profecía, y la observancia del sábado falsificado es la acogida de la marca. Pero cristianos de generaciones pasadas observaron el primer día, suponiendo que guardaban el sábado de la Biblia, y hay en las iglesias de hoy muchos que honradamente creen que el domingo es el sábado de designación (281) divina. Ninguno de estos ha recibido la marca de la bestia. Hay cristianos verdaderos en cada iglesia, no exceptuando la comunión católica romana. La prueba sobre esta cuestión no vendrá hasta que la observancia del domingo se ejecute por ley, y se informe al mundo con respecto a la obligación del sábado verdadero. Será hasta que el asunto sea puesto claramente delante de la gente, y tengan que elegir entre los mandamientos de Dios y los mandamientos de hombres, los que continúan en transgresión reciben la marca de la bestia.

La amenaza más aterradora que alguna vez se ha dirigido a los mortales es la que contiene el mensaje del tercer ángel. Ese tiene que ser un pecado terrible que trae la ira de Dios sin mezclarse con misericordia. Los hombres no deben quedarse en obscuridad

respecto a este material importante; la advertencia contra éste pecado debe ser dada al mundo antes de la visitación de los juicios de Dios, que todos sepan porque son infligidos, y tengan oportunidad de escaparse.

En el asunto de la gran disputa, dos clases distintas y opuestas se han desarrollado. Una clase “adora la bestia y a su imagen, y reciba la marca,” y así traen sobre ellos los juicios horribles y amenazantes por el tercer ángel. La otra clase, en contraste marcado al mundo, “guardan los mandamientos de Dios, y la le de Jesús.” (Apocalipsis 14:9,12.) Aunque los poderes de la tierra citan sus fuerzas para obligar a “todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos,” que reciban la marca de la bestia, pero el pueblo de Dios no la recibe. El profeta de Patmos contempla “los que hablan alcanzado la victoria sobre la (282) bestia, y su imagen, y su marca y el número de su nombre, el pie sobre el mar de vidrio, con las arpas de Dios.” (Apocalipsis 15:2.) Y cantando el cántico de Moisés y del Cordero.

Tales eran las verdades importantes que se abrieron ante los que recibieron el mensaje del tercer ángel. Al revisar su experiencia de la primera proclamación del segundo advenimiento del tiempo pasado en 1844, miraron la explicación del chasco y esperanza y alegría otra vez animó sus corazones. La luz del santuario iluminó el pasado, el presente, y el futuro, y ellos supieron que Dios los había conducido en su providencia infalible. Ahora con nuevo valor y fe más firme, se unieron para dar la advertencia del tercer ángel.

El trabajo de la Reforma del sábado que concluirá en los últimos días esta claramente presentado en la profecía de Isaías: “Así dice Jehová: Guardad la equidad, y practicad la justicia; porque mi salvación está a punto de llegar; y mi justicia, de manifestarse. Dichoso el hombre que hace esto, y el hijo de hombre que se aferra a ello; que guarda el sábado sin profanarlo, y que guarda su mano de hacer nada malo.” (Isaías 56:1,2) “Y a los hijos de los extranjeros que sigan a Jehová para servirle, y que amen el nombre de Jehová para ser sus siervos; a todos los que guarden el sábado sin profanarlo, y se mantengan firmes en mi pacto, yo los llevaré a mi santo monte, y los alegraré en mi casa de oración.” (Isaías 56:6,7.)

Estas palabras aplicadas en la edad cristiana, como son enseñadas por el contexto: “Dice Jehová el Señor, el que reúne a los dispersos de Israel; aún juntaré otros con (283) él, además de sus congregados.” (Isaías 56:8.) Aquí es prefigurado el recoger de los gentiles por el evangelio. Y sobre esos que entonces honran el sábado, una bendición es pronunciada. Así la obligación del cuarto mandamiento se extiende pasando la crucifixión, resurrección, y ascensión de Cristo, al tiempo cuando sus siervos tienen que predicar a todas las naciones el mensaje de las buenas nuevas.

El Señor manda por el mismo profeta: “Ata el testimonio, sella la ley entre mis discípulos.” (Isaías 8:16.) El sello de la ley de Dios se encuentra en el cuarto mandamiento. Este sólo, de todos los diez, presenta ambos el nombre y el título del Legislador. Lo declara el Creador de los Cielos y la tierra, y así muestran su reclamo de reverencia y adoración sobre todos. Aparte de este precepto, no hay nada en el decálogo que enseñe por autoridad de quien la ley es dada. Cuando el sábado fue cambiado por el poder papal, el sello fue tomado de la ley. Se llaman los discípulos de Jesús para restaurarlo, para exaltar el sábado del cuarto mandamiento a su posición legítima como el memorial del Creador y la señal de su autoridad.

“¡A la ley y al testimonio!” Mientras doctrinas contradictorias y teorías abundan, la ley de Dios es el infalible estandarte al que todas las opiniones, doctrinas, y teorías deben ser traídas. Dice el profeta: “Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido.” (Isaías 8:20.)

Otra vez, se da el mandato, “Clama a voz en cuello, no te detengas; alza tu voz como trompeta, y anuncia a mi pueblo su transgresión y a la casa de Jacob (284) sus pecados.” No es el mundo malo, sino esos que el Señor señala como “mi pueblo” que serán reprobados por sus transgresiones. Él aún declara: “Que me buscan cada día, y aparentan deleitarse en saber mis caminos, como gente que hubiese hecho justicia, y que no hubiese dejado la ley de su Dios.” (Isaías 58:1,2.) Aquí se presenta una clase que piensa ser justa, y parece manifestar gran interés en el servicio de Dios; pero la severa y solemne reprensión del que escudriña los corazones los encuentra pisoteando sobre los preceptos divinos.

El profeta así señala la ordenanza la cual ha sido abandonada: “Y los tuyos edificarán las ruinas antiguas; los cimientos de muchas generaciones levantarás, y serás llamado reparador de portillos, restaurador de calzadas para poblados. Si retrajerés a causa del sábado tu pie, de hacer tu voluntad en mi día santo, y lo llames delicia; y al día santo de Jehová, honorable; y lo honreres, no andando en tus propios caminos, ni buscando tu negocio, ni hablando de él, entonces te deleitarás en Jehová.” (Isaías 58:12,13.) Esta profecía también se aplica a nuestro tiempo. La brecha se hizo en la ley de Dios cuando el sábado fue cambiado por el poder papista. Pero el tiempo ha venido para que esa institución divina sea restaurada. La brecha debe ser reparada, y la fundación de muchas generaciones será levantada en alto.

Con aptitud peculiar puede el sábado ser llamado la fundación de muchas generaciones. Consagrado por el descanso del Creador y bendición, era guardado por Adán en su inocencia en el santo Edén; por Adán, cayó pero volvió (285) en arrepentimiento, cuando fue conducido de su estado feliz. Fue guardado por todos los patriarcas, desde Abel hasta el justo Noé, hasta Abrahán, hasta Jacob. Cuando la gente escogida estaba en esclavitud en Egipto, muchas, en el medio de la idolatría predominante, perdieron su conocimiento de la ley de Dios; pero cuando el Señor rescató a Israel, él proclamó su ley con terrible grandeza a la multitud reunida para que conocieran su voluntad, y temieran y lo obedecieran para siempre.

De ese día al presente, el conocimiento de la ley de Dios ha sido preservado en la tierra, y el sábado del cuarto mandamiento ha sido guardado. Aunque el hombre de pecado logró pisotear el sábado bajo su pie, todavía aún en el período de su supremacía había, escondidas en lugares secretos, almas fieles quienes honraron el día de reposo del Creador.

Desde la Reforma, ha habido en cada generación testigos para Dios levantar el estandarte del sábado antiguo. Aunque a menudo en medio de reproche y persecución, un testimonio constante ha sido nacido a esta verdad. Desde 1844, en cumplimiento de la profecía del mensaje del tercer ángel, la atención del mundo ha sido llamada al sábado verdadero, y un número constantemente aumentante volviendo a la observancia del día santo de Dios (286.)

Capítulo XXI

EL TERCER MENSAJE RECHAZADO

Como los que primeros recibieron el mensaje del tercer ángel vieron la belleza y armonía del conjunto de verdad que fue revelado a sus inteligencias. Deseaban que esa luz que tan preciosa les resultaba fuese comunicada a todos los cristianos, y no podían menos que creer que la aceptarían con alborozo. Pero las verdades que no podían sino ponerlos en desavenencia con el mundo no fueron bienvenidas para muchos que

profesaban ser discípulos de Cristo. La obediencia al cuarto mandamiento exigía un sacrificio ante el cual la mayoría retrocedía.

Como las demandas del sábado fueron presentadas, muchos que habían soportado reproche y persecución por la fe del advenimiento, empezaron a razonar del punto de vista mundano. Dijeron estos: “Siempre hemos guardado el domingo, nuestros padres lo guardaron, y muchos hombres buenos y piadosos han muerto felices observándolo. Si ellos tuvieron razón, nosotros también la tenemos. La observancia de este nuevo día de reposo nos haría discrepar con el mundo, y no tendríamos influencia sobre él. ¿Qué puede esperar hacer un pequeño grupo de observadores del séptimo día contra todo el mundo que guarda el domingo?” Con argumentos semejantes procuraron los judíos justificar la manera en que rechazaron a Cristo (287.) Sus padres habían agradado a Dios presentándole ofrendas y sacrificios, ¿por qué no alcanzarían los hijos salvación siguiendo el mismo camino? Así también, en días de Lutero, los papistas decían que cristianos verdaderos habían muerto en la fe católica, y que por consiguiente esa religión bastaba para salvarse. Este modo de argumentar iba a resultar en verdadero obstáculo para todo progreso en la fe y en la práctica de la religión.

Muchos insistían en que la observancia del domingo había sido una doctrina establecida y una costumbre muy general de la iglesia durante muchos siglos. Contra este argumento se adujo el de que el sábado y su observancia eran más antiguos y se habían generalizado más; que eran tan antiguos como el mismo mundo, y que llevaban la sanción de los ángeles y de Dios. Cuando fueron puestos los fundamentos de la tierra, cuando los astros de la mañana alababan a una, y se regocijaban todos los hijos de Dios, entonces fue puesto el fundamento del sábado (Job 38:6,7. Génesis 2:1-3.) Bien puede esta institución exigir nuestra reverencia; no fue ordenada por ninguna autoridad humana, ni descansa sobre ninguna tradición humana; fue establecida por el Anciano de días y ordenada por su Palabra eterna.

Cuando se llamó la atención de la gente a la Reforma tocante al sábado, sus ministros torcieron la Palabra de Dios, interpretándola del modo que mejor tranquilizara los espíritus inquisitivos. Y los que no escudriñaban las Escrituras por sí mismos se contentaron con aceptar las conclusiones. Mediante argumentos y sofismas, con las tradiciones de los padres y la autoridad de la iglesia, opositores trataron de echar abajo la verdad. Pero los defensores de ella recurrieron a la Biblia para defender la (288) validez del cuarto mandamiento. Humildes cristianos, armados con sólo la Palabra de verdad, enfrenaron y resistieron los ataques de hombres de saber. Con sorpresa e ira, ministros populares tuvieron que convencerse de la ineficacia de sus elocuentes sofismas ante los argumentos sencillos y contundentes de hombres que tenían poco conocimiento de las escuelas.

A falta de testimonio favorable de las Escrituras, muchos, olvidando que el mismo modo de argumentar había sido empleado contra Cristo y sus apóstoles, con inquirida porfía: “¿Por qué nuestros grandes hombres no entienden esta cuestión del sábado? Pocos creen como vosotros, e incluso son personas sin educación. Es imposible que tengáis razón, y que todos los sabios del mundo estén equivocados.”

Para refutar semejantes argumentos bastaba con citar las enseñanzas de las Santas Escrituras y la historia de las dispensaciones del Señor para con su pueblo en todas las edades. Dios obra por medio de los que oyen su voz y la obedecen, de aquellos que en caso necesario dirán verdades amargas, por medio de aquellos que no temen censurar los pecados de moda. La razón por la cual Él no escoge más a menudo a hombres de saber y encumbrados para dirigir los movimientos de Reforma, es porque confían en sus credos, teorías y sistemas teológicos, y no siente la necesidad de ser enseñados por Dios. Sólo aquellos que están en unión personal con la Fuente de la

sabiduría son capaces de comprender o explicar las Escrituras. Los hombres poco versados en conocimientos escolásticos son llamados a declarar la verdad, no porque son ignorantes, sino porque no son demasiado pagados de sí mismos para dejarse enseñar por Dios. Ellos aprenden en la escuela de Cristo, y su humildad y obediencia los hace grandes. Al concederles el (289) conocimiento de su verdad, Dios les confiere un honor en comparación con el cual los honores terrenales y la grandeza humana son insignificantes.

Como la mayoría de los que habían esperado el advenimiento de Cristo rechazaron las verdades relativas al santuario y a la ley de Dios, muchos renunciaron además a la fe en el movimiento adventista para adoptar pareceres erróneos y contradictorios acerca de las profecías que se aplicaban a ese movimiento. Algunos fueron conducidos en el error fijando fechas repetidas veces. La luz del tercer mensaje los habría enseñado que ningún período profético se extiende a la venida de Cristo; que no se predijo el tiempo exacto de su venida. Pero, habiéndose apartado de la luz, se empeñaron en fijar fecha tras fecha para la venida del Señor, y cada vez fueron chasqueados.

Cuando la iglesia de Tesalónica adoptó falsas creencias respecto a la venida de Cristo, el apóstol Pablo aconsejó a los cristianos de dicha iglesia que examinaran cuidadosamente sus esperanzas y sus deseos por la Palabra de Dios. Les citó profecías que revelaban los acontecimientos que debían realizarse antes de que Cristo viniese, y les hizo ver que no tenían razón alguna para esperarle en su propio tiempo. “Nadie os engañe en ninguna manera;” (2 Tesalonicenses 2:3), fueron sus palabras de amonestación. Si se entregaban a esperanzas no sancionadas por las Sagradas Escrituras, se verían inducidos a seguir una conducta errónea; el chasco los expondría a la mofa de los incrédulos, correrían peligro de ceder al desaliento, y estarían tentados a poner en duda las verdades esenciales para su salvación. La amonestación del apóstol a los tesalonicenses encierra una importante lección para los que viven en los últimos días. Muchos de los que esperaban la venida de Cristo pensaban que no podían ser celosos y diligentes en la obra de preparación, a menos que cimentaran su fe en (290) una fecha definida para esa venida del Señor. Pero como sus esperanzas no fueron estimuladas una y otra vez sino para ser defraudadas, su fe recibió tales golpes que llegó a ser casi imposible que las grandes verdades de la profecía hiciesen impresión en ellos. Cuanto más a menudo se fije fecha para el segundo advenimiento, y cuanto mayor sea la difusión recibida por una enseñanza tal, tanto mejor responde a los propósitos de Satanás. Una vez transcurrida la fecha, él cubre de ridículo y desprecio a quienes la anuncian y echa oprobio contra el tiempo verdadero el movimiento de 1843 y 1844. Los que persisten en este error llegarán al fin a fijar una fecha demasiado remota para la venida de Cristo. Ello los arrullará en una falsa seguridad, y muchos sólo se desengañarán cuando sea tarde.

La historia del antiguo Israel es un ejemplo patente de lo que experimentaron los adventistas. Dios dirigió a su pueblo en el movimiento adventista, así como sacó a los israelitas de Egipto. Cuando el gran desengaño, su fe fue probada como lo fue la de los hebreos cerca del Mar Rojo. Si hubiesen seguido confiando en la mano que los había guiado y que había estado con ellos hasta entonces, habrían visto la salvación de Dios. Si todos los que habían trabajado unidos en la obra de 1844 hubiesen recibido el mensaje del tercer ángel, y lo hubiesen proclamado en el poder del Espíritu Santo, el Señor habría actuado poderosamente por los esfuerzos de ellos. Raudales de luz habrían sido derramados sobre el mundo. Años haría que los habitantes de la tierra habrían sido avisados, la obra final se habría consumado, y Cristo habría venido para redimir a su pueblo (291.)

No era voluntad de Dios que Israel peregrinase durante cuarenta años en el desierto; lo que Él quería era conducirlo a la tierra de Canaán y establecerlo allí como pueblo santo y feliz. Pero “no pudieron entrar a causa de su incredulidad.” (Hebreos 3:19.) Perecieron en el desierto a causa de su apostasía, y otros fueron suscitados para entrar en la tierra prometida. Asimismo, no era la voluntad de Dios que la venida de Cristo se dilatara tanto, y que su pueblo permaneciese por tantos años en este mundo de pecado e infortunio. Pero la incredulidad lo separó de Dios. Como se negara a hacer la obra que le había señalado, otros fueron los llamados para proclamar el mensaje. Por misericordia para con el mundo, Jesús difiere su venida para que los pecadores tengan oportunidad de oír el aviso y de encontrar amparo en Él antes que se desate la ira de Dios.

Hogaño como antaño, la predicación de una verdad que reprueba los pecados y los errores del tiempo, despertará oposición. “Porque todo aquel que obra el mal, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean redargüidas.” (S. Juan 3:20.) Los que no pueden sostener su posición con las Escrituras testarudamente determinaran que sea sostenido a todo costo, y con un espíritu malicioso atacan el carácter y motivos de los que están de pie en defensa de la verdad impopular. Sin embargo con incredulidad respecto a la palabra segura de profecía, ellos manifiestan suma confianza en aceptar cualquier cosa perjudicial a la integridad cristiana de los que se atreven a censurar pecados de moda. Este espíritu aumentará más y más al acercamos al tiempo del fin (292.)

¿Y cual es nuestra obligación en vista de esto? ¿Nosotros concluiremos que la verdad no debe ser presentada, siendo que sus efectos son tan a menudo para despertar a hombres para evadir o resistir sus demandas? - No; no tenemos más razón para retener el testimonio de la Palabra de Dios porque agita la misma oposición que tenía Martín Lutero. Lutero declaró que él mismo era instado y obligado por el Espíritu de Dios, a batallar contra las maldades de su tiempo; y en la misma manera tienen que trabajar los que todavía llevan adelante el trabajo de Reforma. A los siervos de Dios de este tiempo se les da este mandato: “Clama a voz en cuello, no te detengas; alza tu voz como trompeta, y anuncia a mi pueblo su transgresión, y a la casa de Jacob sus pecados.” (Isaías 58:1.)

Los verdaderos seguidores de Cristo no esperan que la verdad se haga popular. Siendo convencidos de su obligación, ellos deliberadamente aceptan la cruz, y así quitan el obstáculo más grande para recibir la verdad, - el único razonamiento que sus defensores nunca han podido refutar. Son servidores del mundo ineficaces débiles que piensan loablemente no tener principio en cosas religiosas. Debemos escoger lo justo porque es justo, y dejar a Dios las consecuencias. El mundo debe sus grandes Reformas a los hombres de principios, fe y arrojo. Esos son los hombres capaces de llevar adelante la obra de Reforma para nuestra época.

Así dice el Señor: “Escuchadme, los que conocéis la justicia, el pueblo en cuyo corazón está mi ley. No temáis afrenta de hombre, ni desmayéis por sus ultrajes. Porque como a vestidura se los comerá la polilla, como a lana se los comerá el gusano; pero mi justicia permanecerá perpetuamente, y mi salvación por todas las generaciones.” (Isaías 51:7,8) (293.)

Capitulo XXII

Reavivamientos Modernos

El carácter y tendencia de reavivamientos modernos despertaron no poca ansia en mentes pensativas entre todas las denominaciones. Muchos de los reavivamientos que han ocurrido durante los cuarenta años pasados no han dado evidencia del trabajo del Espíritu de Dios. La luz la cual ardió por un tiempo, pronto se extinguió dejando atrás la obscuridad más densa que antes. Los reavivamientos populares son provocados demasiado a menudo por llamamientos a la imaginación, que excitan las emociones y satisfacen la inclinación por lo nuevo y extraordinario. Los conversos que se ganan de este modo no manifiestan más deseo de escuchar la verdad bíblica, y ni más interés en el testimonio de los profetas y apóstoles que el que tiene el lector de las novelas. El servicio religioso que no revista un carácter un tanto sensacional no tiene atractivo para ellos. Un mensaje que apela a la fría razón no despierta eco alguno en ellos. No tienen en cuenta las claras amonestaciones de la Palabra de Dios que se refieren directamente a sus intereses eternos, como que cae sobre las orejas del muerto.

Los convertidos no se renuevan en corazón o cambian en carácter. Ellos no renuncian su orgullo y amor del mundo. No tienen más voluntad de negarse a sí mismos para tomar la cruz, y seguir el manso y humilde Jesús, que antes de su conversión. En un reavivamiento genuino, cuando el Espíritu de Dios prueba de culpa la (294) conciencia, la seria y ansiosa pregunta será oída, “¿qué tengo que hacer para ser salvo?” Y esto no es meramente por un día. Con cada alma verdaderamente convertida la relación con Dios y las cosas eternas serán el gran tópico de vida. ¿Pero donde esta en las iglesias populares de hoy, la profunda convicción de pecado? ¿Dónde está el espíritu de consagración a Dios? El espíritu que controla el mundo gobierna en la iglesia. La religión ha venido a ser el deporte de infieles y escépticos porque muchos de los que llevan su nombre ignoran sus principios. El poder de santidad casi ha partido de las iglesias. Unión de corazón con Cristo es una cosa rara ahora. La mayoría de los practicantes no saben sino lo que los junta a un cuerpo organizado de cristianos profesos. El amor de placer y sed de excitación esta por todas partes predominando. Las meriendas, teatrales de la iglesia, las ferias de la iglesia, casas finas, despliegue personal, han desterrado pensamientos de Dios. Las tierras y bienes y ocupaciones mundanas absorben la mente, y cosas de intereses eternos apenas se les nota.

Los amadores de los deleites pueden tener sus nombres en el registro de la iglesia, pueden ser hombres altamente sabios del mundo; pero no tienen conexión con Cristo del Calvario. El apóstol San Pablo describe una clase que es “Amadores de los deleites más bien que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella;” Con respecto a ellos él dice, “a éstos también evita.” (2 Timoteo 3 :4,5.) No seas engañado por ellos, no imites sus prácticas.

A pesar de la declinación extensa de fe y piedad en las iglesias, el Señor todavía tiene (295) hijos honestos entre ellos; y antes de sus juicios que visitaran sobre la tierra, muchos ministros y miembros laicos se separarán de estos cuerpos, y alegremente recibirán las verdades especiales para este tiempo. El enemigo de las almas desea impedir esta obra, y antes que el tiempo venga para tal movimiento, se levantará lo que parece ser gran interés religioso en las iglesias. Se regocijarán porque Dios esta trabajando maravillosamente por ellos, cuando, el trabajo es de otro espíritu. Bajo un disfraz religioso, Satanás propagará su influencia sobre el país. Él espera engañar a muchos conduciéndoles a pensar que Dios esta todavía con las iglesias. Muchos de los reavivamientos que han ocurrido desde 1844, en las iglesias que han rechazado la verdad del advenimiento, son semejante en carácter a esos movimientos más extensos que se presenciaron en el futuro. La agitación manifestada esta bien adaptada para extraviar al incauto; sin embargo ninguno necesita engañarse. A la luz de la Palabra de Dios no es difícil determinar la naturaleza de estos movimientos religiosos. La historia

de los negocios de Dios con su pueblo en el pasado atestigua que no pone su Espíritu sobre los que descuidan o se oponen a las advertencias que les mandó por sus siervos. Y por la regla que Cristo mismo ha dado, “por sus frutos los conoceréis,” es evidente que estos movimientos no son la obra del Espíritu de Dios.

La doctrina bíblica de conversión ha sido casi enteramente perdida de vista. Cristo declaró a Nicodemo: “que el que no nace de nuevo, no puede ver el reino de Dios.” El corazón tiene que ser renovado por gracia divina, el hombre tiene que tener una vida nueva de arriba, o su profesión de santidad nada beneficiará (296.)

El apóstol San Pablo, relatando su experiencia, presenta una verdad importante con respecto a la obra que se hará en la conversión. El dice: “yo vivía en un tiempo sin la ley, - no sintió condenación; “pero venido el mandamiento,” cuando se instó la ley de Dios sobre su conciencia, “el pecado revivió, y yo morí.” (Romanos 7:9.) Entonces él se vio a sí mismo como un pecador, condenado por la ley divina. Nota, era San Pablo, y no la ley, que murió. Él dice: “yo no conocí el pecado sino por la ley; porque tampoco habría conocido lo que es la concupiscencia, si la ley no dijera; no codiciarás.” (Romanos 7:7.) “Y hallé que el mismo mandamiento que era para vida, a mi me resultó para muerte.” (Romanos 7:10.) La ley que prometió vida al obediente, pronunció muerte sobre el transgresor. “De manera que - él dice, - la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno.” (Romanos 7:12.)

Qué extenso el contraste entre estas palabras de San Pablo y las que vienen de muchos de los púlpitos de hoy. Se enseña a las personas que la obediencia a la ley de Dios no es necesaria para la salvación; que solamente tienen que creer en Jesús, y estarán seguros. Sin la ley, los hombres no tienen convicción de pecado, y no sienten necesidad de arrepentimiento. No viendo su condición perdida como violadores de la ley de Dios, ellos no sienten su necesidad de la sangre expiatoria de Cristo como su única esperanza de salvación.

La ley de Dios es un agente en cada conversión genuina. Allí no puede haber arrepentimiento verdadero sin convicción de pecado. Las Escrituras declaran esto “el pecado es infracción de la ley,” (1Juan 3:4.) Y que “por medio de la ley es el conocimiento del pecado.” (Romanos 3:20.) Para ver su (297) culpa, el pecador tiene que probar su carácter por la gran norma de rectitud de Dios. Para descubrir sus defectos, tiene que mirar en el espejo de los estatutos divinos. Pero mientras la ley revela sus pecados, no provee remedio. El evangelio de Cristo sólo puede ofrecer perdón. Para estar perdonado, el pecador tiene que ejercitar arrepentimiento hacia Dios, cuya ley ha sido traspasada, y ejercitar fe en Cristo, su sacrificio expiatorio. Sin arrepentimiento verdadero, allí no puede haber conversión verdadera. Muchos son engañados aquí y a menudo su experiencia entera comprueba ser una decepción. Esto es por lo cual muchos que se unen a la iglesia nunca han sido unidos a Cristo.

“Por cuanto la mentalidad de la carne es enemistad contra Dios; porque no se somete a la ley de Dios, ya que ni siquiera puede.” (Romanos 8:7.) En el nuevo nacimiento, el corazón es renovado por gracia divina, y traído en armonía con Dios como es traído en sujeción a su ley. Cuando este cambio poderoso ha tomado lugar en el pecador, Él ha pasado de muerte a vida, de pecado a santidad, de transgresión y rebelión a lealtad. La vida vieja de alienación de Dios ha terminado; la vida nueva de reconciliación de fe y amor, han empezado. Entonces, “la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, los que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu.” (Romanos 8:4.)

La doctrina de santificación, o santidad perfecta, que llena un lugar prominente en algunos de los movimientos religiosos del día, está entre las causas que han dado reavivamientos modernos tan ineficaces. Santificación verdadera es una doctrina de la

Biblia. El apóstol San Pablo declarando a la iglesia de Tesalónica: “porque ésta es la voluntad (298) de Dios: vuestra santificación.” (1 Tesalonicenses 4:3.) Y otra vez él oró. “el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo.” (1 Tesalonicenses 5:23.) Pero la santificación ahora tan extensamente defendida no es la que se trae a vista en las Escrituras. Es falsa en teoría, y peligrosa en sus resultados prácticos.

Sus defensores enseñan que la ley de Dios es un yugo penoso, y que por fe en Cristo, se sueltan hombres de toda obligación de guardar los mandamientos de su Padre. La santificación de que habla la Biblia es una conformidad a la voluntad de Dios, lograda para dar obediencia a su ley, a través de fe en su Hijo. Nuestro Salvador oró por sus discípulos: “Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad.” (S. Juan 17:17.) No hay santificación genuina excepto a través de obediencia a la verdad; y el salmista declara: “tu ley es verdad.” (Salinos 119:142.) La ley de Dios es la única norma de perfección moral. Se ejemplificó esa ley en la vida de Cristo. Él dice: “yo he guardado los mandamientos de mi Padre.” (S. Juan 15:10.) Y el apóstol San Juan afirma. “El que dice que permanece en Él, debe andar como Él anduvo.” Y otra vez: “este es el amor de Dios, que guardemos sus mandamientos.” (1 Juan 2:6; 5:3.) Los que aman a Dios amarán sus mandamientos también. El corazón verdaderamente santificado esta en armonía con los preceptos divinos; porque ellos son “santos, y justos, y buenos.”

Solamente cuando la ley de Dios es puesta a un lado, y los hombres no tienen norma de derecho, ni medios de descubrir el (299) pecado, así los mortales equivocados pueden demandar santidad perfecta. Pero que ninguno se engañe a sí mismo con la creencia de que Dios los aceptará y los bendice mientras que voluntariamente violan uno de sus requisitos. La comisión de un pecado conocido hace callar la voz testificante del Espíritu, y separa el alma de Dios. Jesús no puede soportar en el corazón que se desatienda la ley divina. Dios honrará solamente a aquellos que le honran. “Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; pues el pecado es infracción de la ley.” “Todo aquel que le obedece a Él, no continúa pecando, todo aquel que continúa pecando, no le ha visto, ni le ha conocido.” (1 Juan 3:4,6.) Sin embargo San Juan en sus epístolas trata tan completamente sobre el amor, y si él no vacila en revelar el carácter verdadero de esa clase que demanda ser santificada mientras vive en transgresión de la ley de Dios: “El que dice: Yo he llegado a conocerle, y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso, la verdad no está en él.” (1 Juan 2:4.)

Se cree por muchos que la santificación es instantáneamente alcanzada. “Solamente cree, - dicen ellos, - y la bendición es tuya.” No se requiere más esfuerzo de parte del receptor. Pero la Biblia enseña que la santificación es progresiva. El cristiano sentirá los impulsos del pecado, pero él continuará una guerra constante en contra. Aquí es donde se necesita la ayuda de Cristo. La debilidad humana se une a la fuerza divina, y la fe exclama: “gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo.” (1 Corintios 15:57.) San Pablo exhorta a sus hermanos: “procurad vuestra salvación con temor y temblor;” (Filipenses 2:12) (300.) Y con respecto a sí mismo él declara: “prosigo hacia la meta, para conseguir el premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús.”(Filipenses 3:14.) Los pasos sucesivos en el logro de santificación de la Biblia son puestos delante de nosotros en las palabras de San Pedro: “poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud; a la virtud conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor.” “Por lo cual, hermanos, sed tanto más diligentes en afianzar vuestro llamamiento y vuestra elección;

porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás.” (2S. Pedro 1:5-7.10.) Este es un trabajo diario, continuar siempre y mientras dure la vida.

Una santificación falsa acarrea un espíritu jactancioso, y justicia propia que es extraña a la religión de la Biblia. Mansedumbre y humildad son los frutos del Espíritu. El profeta Daniel era un ejemplo de santificación verdadera. Su larga vida estaba llena con servicio noble para su Maestro. Él era un hombre “varón muy amado,” (Daniel 10:11) del Cielo, y se le otorgaron tales honores como raramente han sido otorgados a mortales. Sin embargo su pureza de carácter e incambiable fidelidad constante solamente por su humildad y contrición. En lugar de demandar ser puro y santo, este profeta honrado se identificó a sí mismo con el verdaderamente pecaminoso de Israel, como él suplicó ante Dios en nombre de su pueblo: “no elevamos nuestros ruegos ante ti confiados en nuestras justicias, sino en tus grandes misericordias,” “hemos pecado, hemos obrado impiamente.” Y “a causa de nuestros pecados, y por la maldad de nuestros padres, Jerusalén y tu pueblo son el oprobio de todos en derredor nuestro.” Él (301) declara: “Aún estaba hablando y orando, y confesando mi pecado y el pecado de mi pueblo Israel, y derramaba mi ruego delante de Jehová mi Dios.” (Daniel 9:18.15.16.20.) Y cuando más tarde el Hijo de Dios apareció en contesta a sus oraciones para darle instrucción, él declara: “se demudó el color de mi rostro hasta quedar desfigurado, y perdí todo mi vigor.” (Daniel 10:8.)

Los que verdaderamente tratan de perfeccionar su carácter cristiano nunca favorecerán el pensamiento que ellos son sin pecado. Cuanto más sus mentes moran sobre el carácter de Cristo, tanto más se acercan a su imagen divina, cuanto más claramente discernen su intachable perfección, tanto más profundamente sentirán su debilidad propia y defectos. Los que demandan estar sin pecado, dan evidencias que están lejos de la santidad. Es porque no tienen conocimiento verdadero de Cristo para que puedan mirarse a sí mismos reflejando su imagen. Entre más distancia haya con su Salvador, más rectos aparecen en sus propios ojos.

La santificación expuesta en las Santas Escrituras abarca todo el ser: espíritu, cuerpo y alma. San Pablo rogaba por los tesalonicenses, que “todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo,” “sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo.” (1 Tesalonicenses 5:23.) Y vuelve a escribir a los creyentes: “Os exhorto por las misericordias de Dios, a que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios.” (Romanos 12:1.) Se les mando a los judíos ofrecer en sacrificio a Dios solamente animales libres de enfermedad o mancha. Así se requiere de los cristianos preservar todas sus fuerzas en la mejor condición posible para el servicio del Señor. Dice San Pedro: “abstengáis de los deseos carnales (302) que batallan contra el alma.” (1S. Pedro 2:11.) La Palabra de Dios hará solamente una impresión débil sobre cuyas facultades son entorpecidas por alguna gratificación pecaminosa. El corazón no puede preservar consagración a Dios mientras se favorecen los apetitos animales y pasiones a costa de salud y vida. San Pablo escribe a los corintios: “limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios.” (2 Corintios 7:1.) Y entre los frutos del Espíritu - “amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre,” - clasifica la “templanza.” (Gálatas 5:22,23.)

A pesar de estas inspiradas declaraciones, ¡cuántos cristianos de profesión están debilitando sus facultades en la búsqueda de ganancias o en el culto que tributan a la moda; cuántos están envileciendo en su ser la imagen de Dios, con la glotonería, las bebidas espirituosas, los placeres ilícitos! Y la iglesia, en lugar de reprimir el mal, demasiado a menudo lo fomenta, apelando a los apetitos, al amor del lucro y de los placeres para llenar su tesoro, que el amor a Cristo es demasiado débil para colmar. Si

Jesús entrase en las iglesias de nuestros días, y viese los festejos y el tráfico impío que se practica en nombre de la religión, ¿no arrojaría acaso a esos profanadores, como arrojó del templo a los cambiadores de monedas?"

El apóstol Santiago declara que la sabiduría que descende de arriba es "primeramente pura." Si se hubiese encontrado con aquellos que pronuncian el precioso nombre de Jesús con labios manchados por el tabaco, con aquellos cuyo aliento y persona están contaminados por sus fétidos olores, y que infestan el aire del Cielo y obligan a todos los que les rodean a aspirar el veneno, - si el apóstol hubiese entrado en contacto con un hábito (303) tan opuesto a la pureza del Evangelio, ¿no lo habría acaso estigmatizado como, "terreno, animal, diabólico?" Los esclavos del tabaco, pretendiendo gozar de las bendiciones de la santificación completa, hablan de su esperanza de ir a la gloria; pero la Palabra de Dios declara positivamente que "no entrará en ella ninguna cosa sucia." (Apocalipsis 21:27.)

"¿O no sabéis que vuestro cuerpo es santuario del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios." (1 Corintios 6:19, 20.) Aquel cuyo cuerpo es el templo del Espíritu Santo no se dejará esclavizar por ningún hábito pernicioso. Sus facultades pertenecen a Cristo, que le compró con precio de sangre. Sus bienes son del Señor. ¿Cómo podrá quedar sin culpa si dilapida el capital que se le confió? Hay cristianos de profesión que gastan al año ingentes cantidades en goces inútiles y perniciosos, mientras muchas almas perecen por falta de la palabra de vida. Roban a Dios en los diezmos y ofrendas, mientras consumen en el altar de la pasión destructora más de lo que dan para socorrer a los pobres o para el sostenimiento del Evangelio. Si todos los que hacen profesión de seguir a Cristo estuviesen verdaderamente santificados, en lugar de gastar sus recursos en placeres inútiles y hasta perjudiciales, los invertirían en el tesoro del Señor, y los cristianos darían un ejemplo de temperancia, abnegación y sacrificio de sí mismos. Serían entonces la luz del inundo.

El mundo está entregado a la sensualidad. "La concupiscencia de la carne, y la concupiscencia de los ojos, y la soberbia de la vida," gobiernan las masas del pueblo. Pero los discípulos de Cristo son llamados a una vida santa. "Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor y no toquéis (304) lo inundo; y yo os acogeré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis por hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso." (2 Corintios 6:17,18.)

Es el privilegio y la obligación de cada cristiano mantener una unión cercana con Cristo, y tener una experiencia rica en las cosas de Dios. Entonces su vida será productiva en obras buenas. Cuando leemos las vidas de hombres que han sido eminentes por su piedad, a menudo consideramos sus experiencias y logros como más allá de nuestro alcance. Pero este no es el caso. Dijo Cristo: "En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto." "Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí," "el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto." (S. Juan 15:8,4,5.) Los profetas y apóstoles no perfeccionaron carácter cristiano por un milagro. Ellos usaron los medios que Dios había colocado dentro de su alcance, y todo el que haga un esfuerzo semejante asegurará un resultado semejante.

San Pablo se dirigió a sus hermanos de Corintios como "los santificados en Cristo Jesús;" y él agradeció a Dios que en todo fueran enriquecidos por él, "en toda palabra y en todo conocimiento," para que no vinieran tras un regalo. (1 Corintios 1:2,5,7.) En su epístola a los Colosenses él expone los privilegios gloriosos concedidos a los hijos de Dios. Dijo el apóstol: "Nosotros no cesamos de orar por vosotros, y de

pedir que seáis llenos del cabal conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual. Para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo en el pleno conocimiento de Dios; fortalecidos con todo poder, conforme a la (305) potencia de su gloria, para toda paciencia y longanimidad.” (Colosenses 1:9-11.) Tales son los frutos de santificación Bíblica.

Poniendo a un lado las demandas de la ley de Dios, la iglesia ha perdido de vista las bendiciones del evangelio. Conversión de la Biblia y santificación, - un cambio radical de corazón y transformación de carácter, - es la necesidad grande de las iglesias de hoy. Los reavivamientos en que hombres se hacen miembros de la iglesia sin convicción verdadera de pecado, sin arrepentimiento, y sin reconocer las demandas de la ley de Dios, es una causa de debilidad a la iglesia, y una ocasión de tropiezo al mundo (306.)

Capítulo XXIII

El Juicio Investigador

“Estuve mirando, - dice el profeta Daniel, - hasta que fueron puestos tronos, y se sentó un Anciano de muchos días, cuyo vestido era blanco como la nieve, y el pelo de su cabeza como lana limpia; su trono llama de fuego, y las ruedas del mismo, fuego ardiente. Un río de fuego procedía y salía de delante de él; el Juez se sentó, y los libros fueron abiertos.” “Seguía yo mirando en la visión de la noche, y he aquí, con las nubes del Cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de muchos días, y le hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran, su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino, un reino que no será destruido jamás.” (Daniel 7:9,10,13,14.)

Así se presentó a la visión del profeta la abertura del Juicio investigador. La venida de Cristo descrita aquí no es su segunda venida a la tierra. Él viene hacia el Anciano de días en el Cielo para recibir el dominio y la gloria, y un reino, que le será dado a la conclusión de su obra de mediador. Es esta venida, y no su (307) segundo advenimiento a la tierra, la que la profecía predijo que había de realizarse al fin de los 2.300 días en 1844. Acompañado por un nube de ángeles celestiales, nuestro gran Sumo Sacerdote entra en el lugar santísimo, y allí, en la presencia de Dios, da principio a los últimos actos de su ministerio en beneficio del hombre, a saber, cumplir la obra del juicio y hacer expiación por todos aquellos que resulten tener derecho a ella.

“Fueron juzgados los muertos - dice San Juan, - por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras.” (Apocalipsis 20:12.) Los ángeles de Dios han mantenido un registro fiel de las vidas de todos, y serán juzgados según sus acciones. En vista de este Juicio, San Pedro exhortando los hombres de Israel: “Así que, arrepentíos y convertíos para que sean borrados, vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio, y Él envíe a Jesucristo,” “a quien el Cielo debe guardar hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas, de los que habló Dios por boca de sus santos profetas que hubo desde la antigüedad.” (Hechos 3:19-21.)

El Cristo Él mismo declara: “El que venza será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre y delante de sus ángeles.” (Apocalipsis 3:5.) Otra vez Él dijo a sus discípulos: “A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los Cielos. Y a cualquiera que me niegue delante de los

hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los Cielos.” (S. Mateo 10:32,33) (308.)

Las vidas de todo los que han creído en Jesús pasan en solemne revista delante de Dios. Comenzando con los que primero vivieron sobre la tierra, nuestro Abogado examina los casos de cada generación sucesiva, y termina con los vivos. Cada nombre es mencionado, cada caso exactamente investigado. Nombres son aceptados, nombres rechazados. De edad a edad, todo el que verdaderamente se ha arrepentido de pecado, y por fe demandó la sangre de Cristo como su sacrificio expiatorio, han tenido perdón escrito contra sus nombres en los libros del Cielo, y al terminar el Juicio sus pecados son borrados, y ellos mismos son considerados dignos de vida eterna.

Todo el más profundo interés manifestado entre los hombres por los fallos de los tribunales terrenales no representa sino débilmente el interés manifestado en los atrios celestiales cuando los nombres escritos en el libro de la vida desfilen ante el Juez de toda la tierra. El divino Intercesor aboga porque a todos de entre los hijos caídos de hombre los que han vencido por la fe en su sangre, se les perdonen, sus transgresiones, a fin de que sean restablecidos en su morada edénica y coronados con Él coherederos del “señorío primero.” (Miqueas 4:8.) Con sus esfuerzos para engañar y tentar a nuestra raza, Satanás había pensado frustrar el plan que Dios tenía al crear al hombre, pero Cristo pide ahora que este plan sea llevado a cabo como si el hombre no hubiese caído jamás. Pide para su pueblo, no sólo el perdón y la justificación, plenos y completos, sino además participación en su gloria y un asiento en su trono.

Mientras Jesús intercede por los súbditos de su gracia, Satanás los acusa ante Dios como transgresores. El (309) gran seductor procuró arrastrarlos al escepticismo, hacerles perder la confianza en Dios, separarse de su amor y transgredir su ley. Ahora él apunta a sus caracteres defectuosos, siendo diferentes al de Cristo, lo que deshonoró a su Redentor, todos los pecados que les indujo a cometer, y a causa de éstos los reclama como sus súbditos.

Jesús no disculpa sus pecados, pero muestra su arrepentimiento y su fe, y, reclamando el perdón para ellos, levanta sus manos heridas ante el Padre y los santos ángeles, diciendo: los conozco por sus nombres. Los he grabado en las palmas de mis manos. “Sacrificio es para Dios un espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no lo desprecias tú, oh Dios.” (Salmo 51:17.) Y al acusador de su pueblo le dice: “Jehová te reprenda, oh Satanás; Jehová que ha escogido a Jerusalén, te reprenda. ¿No es éste un tizón arrebatado del incendio?” (Zacarías 3:2.) Cristo colocará su propio sello sobre sus fieles, para presentarlos a su Padre como una “Iglesia gloriosa, que no tenga mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que sea santa y sin mancha.” (Efesios 5:27.) Sus nombres están inscritos en el libro de la vida, y de estos escogidos está escrito: “andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignos.” (Apocalipsis 3:4.)

Los que son propiedad y aprobados de Dios no son por lo tanto reconocidos y honrados por el mundo. Los meros nombres que son llevados sobre los labios de Jesús como perteneciendo a su propiedad hijos e hijas, herederos con el Rey de gloria, honrados entre los ángeles celestiales, son aquellos que a menudo se les habla con desprecio y mofados por el impío. Almas constantes a quién Jesús se deleita en honrar (310) son difamados por él, encarcelados, acosados, cazados, y muertos. El pueblo de Dios tiene que vivir por fe. Ellos deben de mirar en el gran más allá, y elegir honras divinas y la recompensa del premio sobre cada ganancia terrenal o promoción. Mientras que el período de prueba continua, ellos deben esperar que el mundo no les conozca, “porque no Le conoció a Él.”

Grandes y pequeños, altos y bajos, ricos y pobres, fueron juzgados “por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras.” Día tras día, pasando a la eternidad,

llevan su carga de registros para los libros del Cielo. Las palabras una vez habladas, acciones una vez hechas, nunca pueden ser recordados. Los ángeles de Dios han registrado ambos lo bueno y lo malo. El conquistador más poderoso sobre la tierra no puede llamar otra vez el registro de siquiera un día solo. Nuestras acciones, nuestras palabras, aún nuestras motivos más secretos, todo tiene su peso en decidir nuestro destino para felicidad o para lamentos. Aunque ellos pueden ser olvidados por nosotros, ellos darán su testimonio para justificar o para condenar. Ellos van antes que nosotros al Juicio.

El uso hecho de cada talento será escudriñado. ¿Nosotros hemos mejorado el capital que se nos confió de Dios? ¿El Señor en su venida recibirá su posesión con usura? Ningún valor se vincula a una simple profesión de fe en Cristo; nada es contado como genuino sino el amor que es mostrado por obras.

Como se reproducen los rasgos del aspecto con exactitud maravillosa en la cámara del artista, así es el carácter fielmente delineado en los libros arriba. Si los cristianos fueran tan solícitos para estar de pie sin tacha en los registros celestiales como deben ser representados sin una mancha en el cuadro, que diferente aparecería la historia de su vida (311.)

Podría el velo que separa el mundo visible del mundo invisible ser descorrido, y los hijos de los hombres mirar un ángel registrando cada palabra y acción para encontrarles otra vez en el Juicio, cuantas palabras que a diario son proferidas quedarían sin decir las; cuantas acciones quedarían sin hacer. Cuando todos los detalles de la vida aparecen en los libros que nunca contienen una entrada falsa, muchos encontrarán demasiado tarde que el registro atestigua contra ellos. Allí su egoísmo escondido está revelado. Allí está el registro de obligaciones descumplidas a su prójimo, del olvido de las demandas del Salvador. Allí verán como frecuentemente fue dado a Satanás el tiempo, pensamiento, y fuerza que pertenecía a Cristo. Triste es el registro que los ángeles llevan al Cielo. Los seres inteligentes, partidarios profesos de Cristo, son absorbidos en adquisición de posesiones mundanales o el goce de gustos terrenales. Dinero, tiempo, y fuerza es sacrificado para despliegue y sibaritismo; pero pocos son los momentos dedicados a la oración, a escudriñar las Escrituras, a la humillación del alma y confesión de pecados.

Satanás inventa proyectos innumerables para ocupar nuestras mentes para que no vivan en la obra con la que deberíamos estar mejor familiarizados. El archi-engañador odia las grandes verdades que muestran un sacrificio expiatorio y un Mediador todopoderoso. Él sabe de sí que todo depende de divertir las mentes de Jesús y su verdad.

Los que desean participar de los beneficios de la mediación del Salvador no deben permitir que cosa alguna les impida cumplir su deber de perfeccionarse en la santificación en el temor de Dios. El tiempo hasta hoy dado a los placeres, a la ostentación o a (312) la búsqueda de ganancias ahora las consagrarán a un estudio serio y con oración de la Palabra de verdad. El pueblo de Dios debería comprender claramente el asunto del santuario y del juicio investigador. Todos necesitan conocer por sí mismos el ministerio y la obra de su gran Sumo Sacerdote. De otro modo, les será imposible ejercitar la fe tan esencial en nuestros tiempos, o desempeñar el puesto al que Dios los llama.

Debemos dar testimonio de las grandes verdades que Dios nos dio como cometido. El Santuario en el Cielo es el centro mismo de la obra de Cristo en favor de los hombres. Conciérne a toda alma en la tierra. Nos revela el plan de la redención, nos conduce hasta el fin mismo del tiempo y anuncia el triunfo final de la lucha entre la justicia y el pecado. Es de mayor importancia que todos los que han recibido la luz,

ambos viejos y jóvenes, investiguen a fondo estos asuntos, y que estén siempre prontos a dar respuesta a todo aquel que les pidiera razón de la esperanza que hay en ellos.

La intercesión de Cristo por el hombre en el santuario celestial es tan esencial para el plan de la salvación como lo fue su muerte en la cruz. Con su muerte dio principio a aquella obra para cuya conclusión ascendió al Cielo después de su resurrección. Por la fe debemos entrar velo adentro, “donde Jesús entró por nosotros como precursor.” Allí se refleja la luz de la cruz del Calvario; y allí podemos obtener una comprensión más clara de los misterios de la redención. La salvación del hombre se cumple a un precio infinito para el Cielo; el sacrificio hecho corresponde a las más amplias exigencias de la ley de Dios quebrantada. Jesús abrió (313) el camino que lleva al trono del Padre, y por su mediación pueden ser presentados ante Dios los deseos sinceros de todos los que a Él se allegan con fe.

“El que encubre sus pecados no prosperará; Mas el que los confiesa y se enmienda alcanzará misericordia.” (Proverbios 28:13.) Si los que esconden y disculpan sus faltas pudiesen ver cómo Satanás se alegra de ello, y los usa para desafiar a Cristo y sus santos ángeles, se apresurarían a confesar sus pecados y a renunciar a ellos. Satanás está continuamente tratando de engañar a los discípulos de Cristo con su fatal sofisma que sus rasgos defectuosos de carácter es imposible vencerlos. Pero Jesús aboga en su favor con sus manos heridas, su cuerpo quebrantado, y declara a todos los que quieran seguirle: “Bástate mi gracia.” (2 Corintios 12:9.) “Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mi, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es cómodo, y mi carga ligera.” (S. Mateo 11:29,30.) Nadie considere, pues, sus defectos como incurables. Dios concederá fe y gracia para vencerlos.

Todos los que desean que sus nombres sean conservados en el libro de la vida, deben ahora, en los pocos días que les quedan de este tiempo de gracia, afligir sus almas ante Dios con verdadero arrepentimiento y dolor por sus pecados. Hay que deponer el espíritu liviano y frívolo al que se entregan la mayoría de los cristianos de profesión. Empeñada lucha espera a todos aquellos que quieran subyugar las malas inclinaciones que tratan de dominarlos.

Solemnes son las escenas relacionadas con la obra final de la expiación. Incalculables son los intereses (314) que esta envuelve. El juicio ahora esta pasando en el Santuario Celestial. Esta obra se viene realizando desde hace cuarenta años. Pronto - nadie sabe cuándo - les tocará ser juzgados a los vivos. En la augusta presencia de Dios nuestras vidas deben ser pasadas en revista. En éste tiempo más que en cualquier otro tiempo conviene que toda alma preste atención a la amonestación del Señor: “velad [y orad]; porque no sabéis cuándo es el tiempo señalado.” (S. Marcos 13:33,35,36.)

“Pues si no velas, vendré sobre ti como un ladrón, y no conoces de ningún modo a qué hora vendré sobre ti.” (Apocalipsis 3:3.) Que peligrosa es la condición de los, que, crecen preocupados por su bien, vuelven a las atracciones del mundo. Mientras que el hombre de negocios es absorbido en la caza de ganancia, mientras que el amante de placer busca indulgencia, mientras que la hija de moda arregla sus adornos, - puede ser que en esa hora el Juez de toda la tierra pronunciará la sentencia, “has sido pesado en balanza, y fuiste hallado falto.”

Cada alma que ha nombrado el nombre de Cristo tiene un caso pendiente en el tribunal celestial. Es semana en corte para nosotros, y la decisión pasada sobre cada caso sería final (315.)

CAPÍTULO XXIV

ORIGEN DEL MAL

Para muchos el origen del pecado y el por qué de su existencia es causa de gran perplejidad. En su interés en estas cuestiones, las verdades claramente reveladas en la Palabra de Dios que son esenciales para la salvación son descuidadas; y el hecho de que las Escrituras no surten explicación, es tomado como una excusa para rechazar las palabras de las Sagradas Escrituras.

Es imposible explicar el origen del pecado y dar razón de su existencia. El pecado es un intruso, y no hay razón que pueda explicar su existencia. Es algo misterioso e inexplicable; excusarlo equivaldría a defenderlo. Si se pudiera encontrar alguna excusa en su favor o señalar la causa de su existencia, dejaría de ser pecado. La única definición del pecado es la que da la Palabra de Dios: “El pecado es transgresión de la ley.”

El pecado se originó con él, quien, al lado de Cristo, estuvo de pie altamente en el favor de Dios, y más alto en poder y gloria entre los habitantes del Cielo. Antes de su caída, Lucero era el querubín cubridor, santo e impoluto. El profeta de Dios declara: “Perfecto eras en todos tus caminos desde el día que fuiste creado, hasta que se halló en ti maldad.” (Ezequiel 28:15.) La paz y gozo, en sumisión perfecta a la voluntad del Cielo, existió por todo el anfitrión angélico. El amor a Dios (316) era supremo, amor de uno a otro imparcial. Tal era la condición que existía por edades antes de la entrada del pecado.

Pero sobre este estado feliz allí vino un cambio. Dice el profeta, dirigiéndose al príncipe del mal, “Se enalteció tu corazón a causa de tu hermosura, corrompiste tu sabiduría a causa de tu esplendor; yo te he arrojado por tierra; delante de los reyes te he puesto por espectáculo.” (Ezequiel 28:17.) Aunque Dios había creado a Lucero noble y bello, y lo había exaltado a honra alto entre el anfitrión angélico, sin embargo no le había colocado más allá de la posibilidad del mal. Estaba en el poder de Satanás, escogió hacerlo, pervertir estos regalos. Él había podido quedar en favor con Dios, querido y honrado por toda la multitud angélica, presidiendo en su posición exaltada con generoso, cuidado desinteresado, ejercitando sus poderes nobles bendiciendo a otros y glorificando a su Hacedor. Pero, poco a poco, él empezó a buscar su propia honra, y emplear sus poderes para llamar la atención y ganar alabanza para sí mismo. Él también gradualmente condujo los ángeles sobre quien él gobernó a servirle, en lugar de dedicar todos sus poderes al servicio de su Creador. Este camino pervirtió su imaginación propia, y pervirtió a los que cedían implícitamente a su autoridad.

Los consejos celestiales amonestaron a Lucero de cambiar su camino. El Hijo de Dios le advirtió y le suplicó que no se aventurara así a deshonar a su Hacedor, y traer ruina sobre sí. Pero en lugar de ceder, Satanás representó a esos que lo amaban, que había sido injustamente juzgado, que su dignidad no fue respetada, y que su libertad estaba siendo limitada (317.)

Que Cristo debía ser considerado como el que necesitaba ser corregido, y presumía tomar la posición de un superior, se despertó en él un espíritu de resistencia, y le hizo cargo al Hijo de Dios con un diseño para humillarlo ante los ángeles. Por

representación falsa de las palabras de Cristo, por tergiversación y falsedad directa, Satanás aseguró la simpatía de los ángeles bajo su control, y ellos se unieron con él en rebelión contra la autoridad del Cielo.

Al final, se negó a reconocer que su camino era meritorio de censura. Cuando la consecuencia de su desafección se hizo aparente, y se decretó que con todos sus simpatizantes él tenía que ser para siempre desterrado del lugar de felicidad, el archi-engañoso hecho la culpa entera sobre Cristo. Con un acuerdo, Satanás y sus anfitriones declararon que sino se le hubiera reprobado, la rebelión nunca hubiera ocurrido, haciendo a Cristo responsable por su maldad. Así testarudo y desafiador en su deslealtad, buscando vanamente derrocar el gobierno de Dios, sin embargo él reclamaba blasfemamente ser las víctimas inocentes de un poder opresivo, el archi-rebelde y todos sus simpatizantes por fin fueron desterrados del Cielo.

La rebelión en el Cielo fue incitada por el mismo espíritu que inspira rebelión en la tierra. Satanás ha seguido con los hombres la misma política que siguiera con los ángeles. Su espíritu impera ahora en los hijos de desobediencia. Hay un odio constante de censura, y una disposición contraria de rebeldía. Cuando Dios manda a delincuentes un mensaje de advertencia o corrección, Satanás induce a los hombres a que se justifiquen y a que busquen la simpatía de otros (318) en su camino de pecado. En lugar de enmendar sus errores, despiertan la indignación contra el que los reprende, como si este fuera la única causa de la dificultad. Desde los días del justo Abel hasta los nuestros, tal ha sido el espíritu que se ha manifestado contra quienes osaron condenar el pecado.

Satanás había excitado simpatía en su favor representando que Dios había tratado injustamente con él en conferir honra suprema sobre Cristo. Antes de ser sentenciado a ser destierro del Cielo, su maldad mostró con claridad convincente estar equivocado, y se le otorgó una oportunidad para confesar su pecado, y someterse a la autoridad de Dios como justo y recto. Pero él escogió llevar sus puntos a todo azar. Para sustentar su acusación de la injusticia de Dios hacia él, él recurrió a una representación falsa, aún de las palabras y actos del Creador.

Aquí, por un tiempo, Satanás tenía la ventaja; y él exultó en su superioridad arrogante, al respeto, a los ángeles del Cielo, y aún a Dios mismo. Mientras que Satanás pueda emplear fraude y sofistería realizará sus objetos, Dios no puede mentir; mientras Lucero como la serpiente, puede escoger un camino tortuoso, virando, torciendo, deslizándose para ocultarse a sí mismo, Dios se mueve solamente en una línea directa, y recta. Satanás se disfrazó a sí mismo en una capa de falsedad, y por un tiempo fue imposible rasgar la cubierta, para que la deformidad horrible de su carácter pudiera ser vista. Tiene que ser revelado a sí mismo en su crueldad, e ingeniosas, obras malas.

No fue inmediatamente destronado cuando él primero se arriesgó a consentir el espíritu de descontento e insubordinación, ni aun cuando él empezó a presentar su falsa (319) demanda y representaciones mentirosas delante de los ángeles leales. Mucho tiempo se retuvo en el Cielo. Una y otra vez se le ofreció perdón en condición de arrepentimiento y sumisión. Los esfuerzos tales que Dios sólo puede hacer, fueron hechos para convencerle de su error, y restaurarlo a la senda de rectitud. Dios conservaría el orden de los Cielos, y si Lucero hubiera tenido voluntad en regresar a su lealtad, humilde y obediente, él habría sido restablecido en su oficina como querubín cubridor. Pero como él testarudamente justificó, su maldad, y sostuvo no tener necesidad de arrepentimiento, fue necesario para el Señor del Cielo vindicar su justicia y la honra de su trono; y Satanás y todos los que simpatizaban con él fueron echados fuera.

Por la misma representación falsa del carácter de Dios que él practicó en el Cielo, causando considerarle como severo y tiránico, Satanás indujo hombres a pecar. Y logrando llegar tan lejos declaró que esas restricciones injustas de Dios habían conducido al hombre a caer, como ellos habían sido conducidos a su propia rebelión.

Pero el mismo Eterno proclama su carácter: “¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares; que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado.”(Exodo 34:6,7.)

En el destierro de Satanás del Cielo, Dios declaró su justicia, y mantuvo la honra de su trono. Pero cuando el hombre había pecado a través de ceder a las decepciones de este espíritu apóstata, Dios dio una evidencia de su amor complaciente su (320) Hijo unigénito moriría por la raza caída. En la expiación el carácter de Dios está revelado. El razonamiento poderoso de la cruz demuestra al universo entero que Dios no fue de ningún modo responsable por el curso de pecado que Lucero escogió; que no arbitrario retirar la de gracia divina, no había deficiencia en el gobierno divino, que hubiera inspirado en él el espíritu de rebelión.

El carácter del gran engañador se mostró tal cual era en la lucha entre Cristo y Satanás, durante el ministerio terrenal del Salvador. Nada habría podido desarraigar tan completamente las simpatías que los ángeles celestiales y todo el universo leal pudieran sentir hacia Satanás, como su guerra cruel contra el Redentor del mundo. Su petición atrevida y blasfema de que Cristo le rindiese homenaje, su orgullosa presunción que le hizo transportarlo a la cúspide del monte y a las almenas del templo, la intención malévola que mostró al instarle a que se arrojara de aquella vertiginosa altura, la inquina implacable con la cual persiguió al Salvador por todas partes, e inspiró a los corazones de los sacerdotes y del pueblo a que rechazaran su amor y a que gritaran al fin: “¡Crucifícale! ¡Crucifícale!” - todo esto despertó el asombro y la indignación del universo.

Fue Satanás el que impulsó al mundo a rechazar a Cristo. El príncipe del mal hizo cuanto pudo y empleó toda su astucia para matar a Jesús, pues vio que la misericordia y el amor del Salvador, su compasión y su tierna piedad estaban representando ante el mundo el carácter de Dios. Satanás disputó todos los asertos del Hijo de Dios, y empleó a los hombres como agentes suyos para llenar la vida del Salvador de sufrimientos y penas. Los sofismas y las mentiras por medio de los cuales (321) procuró obstaculizar la obra de Jesús, el odio manifestado por los hijos de rebelión, sus acusaciones crueles contra Aquel cuya vida se rigió por una bondad sin precedente, todo ello provenía de un sentimiento de venganza profundamente arraigado. Los fuegos concentrados de la envidia y de la malicia, del odio y de la venganza, estallaron en el Calvario contra el Hijo de Dios, mientras el cielo miraba con silencioso horror.

Consumado ya el gran sacrificio, Cristo subió al cielo, rehusando la adoración de los ángeles, mientras no hubiese preferido la petición: “Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo.”(S. Juan 17:24.) Entonces, con amor y poder indecibles, el Padre respondió desde el trono: “Adórenle todos los ángeles de Dios.” (Hebreos 1:6.) No había ni una mancha en Jesús. Acabada su humillación, cumplido su sacrificio, le fue dado un nombre que esta por encima de todo otro nombre.

Entonces fue cuando la culpabilidad de Satanás se destacó en toda su desnudez. Los falsos cargos de él contra el carácter del gobierno divino aparecieron en su verdadera luz. Él había acusado a Dios de buscar tan sólo su propia exaltación con las exigencias de sumisión y obediencia por parte de sus criaturas, y había declarado que

mientras el Creador exigía que todos se negasen a sí mismos él mismo no practicaba la abnegación ni hacía sacrificio alguno. Entonces se vio que para salvar una raza caída y pecadora, el Legislador del universo había hecho el mayor sacrificio que el amor pudiera inspirar. Viose además que mientras Lucifer había abierto la puerta al pecado debido a su sed de honores y supremacía, Cristo, para destruir el pecado, se había humillado y hecho obediente hasta la muerte (322.)

Dios había manifestado cuánto aborrece los principios de rebelión. Todo el cielo vio su justicia revelada, tanto en la condenación de Satanás como en la redención del hombre. Lucero había declarado que la ley de Dios era de tal carácter que su pena no se podía remitir, y por lo tanto cada transgresor tiene que ser para siempre excluido del favor del Criador. Él había sostenido que la raza pecaminosa se encontraba fuera del alcance de la redención, y era por consiguiente presa legítima suya. Pero la muerte de Cristo fue un argumento irrefutable en favor del hombre. Él sufrió la pena de la ley. Dios era justo en permitir su ira caer sobre Lo que era consigo igual, y el hombre quedaba libre de aceptar la justicia de Dios y de triunfar del poder de Satanás mediante una vida de arrepentimiento y humillación, como el Hijo de Dios había triunfado.

La ley de Dios está completamente vindicada. Él es justo, y todavía el justificador de todo el que cree en Jesús. Nada menos que este plan de expiación pudo convencer el universo entero de la justicia de Dios.

En la ejecución final del juicio se verá que no hay causa para la existencia del pecado. Cuando el Juez de toda la tierra pregunte a Satanás: “¿Por qué te has rebelado contra mí, y arrebataste súbditos de mi reino?”, el autor del mal no puede dar excusa. Cada boca será callada, y todos los anfitriones de rebelión quedarán mudos delante del gran tribunal (323.)

Capítulo XXV

ENEMISTAD ENTRE EL HOMBRE Y SATANÁS

“Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; esta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el talón.” (Génesis 3:15.) La divina sentencia pronunciada contra Satanás después de la caída del hombre fue también una profecía que, abarcando las edades hasta los últimos tiempos, predecía el gran conflicto en que se verían empeñadas todas las razas humanas que hubiesen de vivir en la tierra.

Dios declara: “pondré enemistad.” Esta enemistad no es fomentada de un modo natural. Cuando el hombre quebrantó la ley divina, su naturaleza se hizo mala y llegó a estar en armonía y no en divergencia con Satanás. No puede decirse que haya enemistad natural entre el hombre pecador y el autor del pecado. Ambos se volvieron malos a consecuencia de la apostasía. El apóstata no descansa sino cuando obtiene simpatías y apoyo al inducir a otros a seguir su ejemplo. De aquí que los ángeles caídos y los hombres malos se unen en desesperado compañerismo. Si Dios no se hubiese interpuesto especialmente, Satanás y el hombre se habrían aliado contra el Cielo, y en lugar de albergar enemistad contra Satanás, toda la familia humana se habría unido en oposición a Dios (324.)

Satanás tentó al hombre a que pecase, como había inducido a los ángeles a rebelarse, a fin de asegurarse su cooperación en su lucha contra el Cielo. No había disensión alguna entre él y los ángeles caídos en cuanto al odio que sentían contra Cristo; mientras que estaban en desacuerdo tocante a todos los demás puntos, era unánime su oposición a la autoridad del Legislador del universo. Pero al oír Satanás que

habría enemistad entre él y la mujer, y entre sus linajes, comprendió que serían contrarrestados sus esfuerzos por corromper la naturaleza humana y que se capacitaría al hombre para resistirle.

Lo que enciende la enemistad de Satanás contra la raza humana, es que ella, por intermedio de Cristo, es objeto del amor y de la misericordia de Dios. Lo que él quiere entonces es oponerse al plan divino de la redención del hombre, deshonar a Dios mutilando y profanando sus obras, causar dolor en el Cielo y llenar la tierra de miseria y desolación. Y luego señala todos estos males como resultado de la creación del hombre por Dios.

La gracia que Cristo derrama en el alma es la que crea en el hombre enemistad contra Satanás. Sin esta gracia transformadora y este poder renovador, el hombre seguiría siendo esclavo de Satanás, siempre listo para ejecutar sus órdenes. Pero el nuevo principio introducido en el alma crea un conflicto allí donde hasta entonces reinó la paz. El poder que Cristo comunica habilita al hombre para resistir al tirano y usurpador. Cualquiera que aborrezca el pecado en vez de amarlo, que resista y venza las pasiones que hayan reinado en su corazón, prueba que en él obra un principio que viene enteramente de lo alto.

El antagonismo que existe entre el espíritu de Cristo y el espíritu de Satanás se hizo particularmente patente en la forma en que el mundo recibió a Jesús. No fue tanto porque apareció desprovisto de riquezas de este mundo, de pompa y de grandeza, por lo que los judíos le rechazaron. Vieron que poseía un poder más que capaz de compensar la falta de aquellas ventajas exteriores. Pero la pureza y santidad de Cristo atrajeron sobre Él el odio de (325) los impíos. Su vida de abnegación y de devoción sin pecado era una continua reprensión para aquel pueblo orgulloso y sensual. Eso fue lo que despertó enemistad contra el Hijo de Dios. Satanás y sus ángeles malvados se unieron con los hombres impíos. Todos los poderes de la apostasía conspiraron contra el Defensor de la verdad.

La misma enemistad que se manifestó contra el Maestro, se manifiesta contra los discípulos de Cristo. Cualquiera que se de cuenta del carácter repulsivo del pecado y que con el poder de lo alto resista a la tentación, despertará seguramente la ira de Satanás y de sus súbditos. El odio a los principios puros de la verdad, las acusaciones y persecuciones contra sus defensores, existirán mientras existan el pecado y los pecadores. Los discípulos de Cristo y los siervos de Satanás no pueden congeniar. El oprobio de la cruz no ha desaparecido. “Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús, padecerán persecución.” (2 Timoteo 3:12.)

Los agentes de Satanás obran continuamente bajo su dirección para establecer su autoridad y para fortalecer su reino en oposición al gobierno de Dios. Con tal fin tratan de seducir a los discípulos de Cristo y retraerlos de la obediencia. Como su jefe, tuercen y pervierten las Escrituras para conseguir su objeto. Así como Satanás trató de acusar a Dios, sus agentes tratan de vituperar al pueblo de Dios. El espíritu que mató a Cristo mueve a los malos a destruir a sus discípulos. Pero ya lo había predicho la primera profecía: “Enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya.” Semejante es el trabajo que será llevado a cabo al final del tiempo en la gran controversia entre Cristo y Satanás (326.)

Satanás reúne todas sus fuerzas y lanza todo su poder al combate. ¿Cómo es que no encuentra mayor resistencia? ¿Por qué están tan adormecidos los soldados de Cristo? ¿Por qué revelan tanta indiferencia? - porque no se han dado cuenta de su peligro. Es poca la enemistad que se siente contra Satanás y sus obras, porque hay mucha ignorancia acerca de su poder y de su malicia, y no se echa de ver el inmenso alcance de su lucha contra Cristo y su iglesia. Multitudes están en el error a este respecto. No saben

que su enemigo es un poderoso general que dirige las inteligencias de los ángeles malos y que, merced a planes bien combinados y a una sabia estrategia, guerrea contra Cristo para impedir la salvación de las almas. Entre los que profesan el cristianismo y hasta entre los ministros del Evangelio, apenas si se oye hablar de Satanás, a no ser tal vez de un modo incidental desde lo alto del púlpito. Nadie se fija en las manifestaciones de su actividad y éxito continuos. No se tienen en cuenta los muchos avisos que nos ponen en guardia contra su astucia; hasta parece ignorarse su existencia.

Mientras los hombres desconocen los artificios de tan vigilante enemigo, éste les sigue a cada momento las pisadas. Se introduce en todos los hogares, en todas las calles de nuestras ciudades, en las iglesias, en los consejos, en los tribunales, confundiendo, engañando, seduciendo, arruinando por todas partes las almas y los cuerpos de los hombres, mujeres y niños, destruyendo la unión de las familias, sembrando odios, rivalidades, sediciones y muertes. Y el mundo Cristiano parece mirar estas cosas como si Dios mismo las hubiese dispuesto y como si debiesen existir.

Satanás está tratando continuamente de vencer al pueblo de Dios, rompiendo las barreras que lo (327) separan del mundo. Los antiguos israelitas fueron arrastrados al pecado cuando se arriesgaron a formar asociaciones ilícitas con los paganos. Del mismo modo se descarrió el Israel moderno. “El dios de este mundo cegó los pensamientos de los incrédulos, para que no les resplandezca la iluminación del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios.” (2 Corintios 4:4.) Todos los que no son fervientes discípulos de Cristo, son siervos de Satanás. El corazón aún no regenerado ama el pecado y tiende a acariciarlo y excusarlo. El corazón renovado aborrece el pecado y está resuelto a resistirle. Cuando los cristianos escogen la sociedad de los impíos e incrédulos, se exponen a la tentación. Satanás se oculta a la vista y furtivamente les pone su vendaje sobre los ojos. No pueden ver que semejante compañía esta calculada para perjudicarles; y mientras más se van asemejando al mundo en carácter, palabras y obras, más y más se van cegando. A medida que uno se familiariza con el pecado, éste aparece inevitablemente menos repulsivo. El que prefiere asociarse con los siervos de Satanás dejará pronto de temer al señor de ellos.

El tentador obra a menudo con el mayor éxito por intermedio de los menos sospechosos que están bajo su influencia. Es opinión común que todo lo que aparece amable y refinado debe ser, en cierto sentido, cristiano. No hubo nunca error más grande. Ciertamente es que la amabilidad y el refinamiento deberían adornar el carácter de todo cristiano, pues ambos ejercerían poderosa influencia en favor de la verdadera religión; pero deben ser consagrados a Dios, o de lo contrario son también una fuerza para el mal (328.)

Muchos quienes son afables e inteligentes, y quienes no se encorvarían a lo que esta comúnmente consideró como un acto inmoral, son instrumentos pulidos en las manos de Satanás. El carácter insidioso y engañoso de sus influencias y ejemplos les da los enemigos más peligrosos para la causa de Cristo, que los que son inactivos, toscos, ásperos, y degradados.

Por medio de fervida oración y de entera confianza en Dios, Salomón alcanzó un grado de sabiduría que despertó la admiración del mundo. Pero cuando se alejó de la Fuente de su fuerza y se apoyó en sí mismo, cayó presa de la tentación. Entonces las facultades maravillosas que habían sido concedidas al más sabio de los reyes, sólo le convirtieron en agente tanto más eficaz del adversario de las almas.

Mientras que Satanás trata continuamente de cegar sus mentes para que no lo conozcan, los cristianos no deben olvidar nunca que no tienen que luchar “contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los dominadores de este mundo de tinieblas, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes.”

(Efesios 6:12.) Esta inspirada advertencia resuena a través de los siglos hasta nuestros tiempos: “sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar.”(1S.Pedro 5:8.) “Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las artimañas del diablo.” (Efesios 6:11.)

Desde los días de Adán hasta los nuestros, el gran enemigo ha ejercitado su poder para oprimir y destruir. Se está preparando actualmente para su última campaña contra la iglesia. Todos los que se esfuerzan en seguir a Jesús tendrán que entrar en lucha con este enemigo (329) implacable. Cuanto más fielmente imite el Cristiano al divino Modelo, tanto más seguramente será blanco de los ataques de Satanás. Todos los que están activamente empeñados en la obra de Dios, tratando de desenmascarar los engaños del enemigo y de presentar a Cristo ante el mundo, podrán unir su testimonio al que da San Pablo cuando habla de servir al Señor con toda humildad y con lágrimas y tentaciones.

Satanás asaltó a Cristo con sus tentaciones más violentas y sutiles; pero siempre fue rechazado. Esas batallas fueron ganadas en nuestro favor; esas victorias nos dan la posibilidad de vencer. Cristo dará fuerza a todos los que se la pidan. Nadie, sin su propio consentimiento, puede ser vencido por Satanás. El tentador no tiene el poder de gobernar la voluntad o de obligar al alma a pecar. Puede angustiar, pero no contaminar. Puede causar agonía pero no corrupción. El hecho de que Cristo venció debería inspirar valor a sus discípulos para sostener denodadamente la lucha contra el pecado y Satanás (330.)

Capítulo XXVI

AGENCIA DE LOS ESPÍRITUS MALIGNOS

La existencia de Satanás y la agencia de espíritus malos son hechos completamente establecidos por el Antiguo y Nuevo Testamento. Desde los días de Adán hasta Moisés, y todos los años subsecuentes hasta Juan, escritor del último evangelio, Satanás es reconocido como un activo agente personal, el originador del mal, el enemigo de Dios y el hombre. Es cierto que la imaginación y la superstición están dando su propio colorido a estos hechos, y las enlazan con leyendas y tradiciones de paganos, judíos, y aún naciones cristianas; pero como se ha revelado en la Palabra de Dios, son de solemnidad e importancia suprema. La conexión del mundo visible con el invisible, el servicio de los ángeles de Dios, y la agencia de los ángeles malos son inseparables, están entremezcladas con la historia humana. Hemos hablado de los ángeles caídos desde su pureza, de Lucifer su guía, el instigador de la rebelión, de su confederación y su gobierno, de sus órdenes variadas, de su gran inteligencia y sutileza, y sus diseños maliciosos contra la inocencia y la felicidad del hombre. Hemos hablado de una fuerza que vence al enemigo,- Uno que por su autoridad, el poder de Satanás es limitado y controlado; y hemos hablado también del castigo preparado para el originador de la iniquidad (331.)

Durante el tiempo que Cristo estuvo en la tierra, los malos espíritus manifestaron su poder en una forma sorprendente. ¿Y por qué fue así? - Cristo había venido para cumplir el plan ideado para la redención del hombre, y Satanás resolvió afirmar su derecho para gobernar al mundo. Había logrado implantar la idolatría en toda la tierra, menos en Palestina. Cristo vino a derramar la luz del Cielo sobre el único país que no se había sometido al yugo del tentador. Dos poderes rivales pretendían la supremacía. Jesús extendía sus brazos de amor, invitando a todos los que querían encontrar en Él

perdón y paz. Las huestes de las tinieblas comprendieron que si la misión de Él tenía éxito, pronto terminaría su reinado. Satanás se enfureció como león encadenado y desplegó atrevidamente sus poderes tanto sobre los cuerpos como sobre las almas de los hombres.

Que ciertos hombres hayan sido poseídos por demonios está claramente expresado en el Nuevo Testamento. Las personas afligidas de tal suerte no sufrían únicamente de enfermedades cuyas causas eran naturales. Cristo tenía conocimiento perfecto de aquello con que tenía que tratar, y reconocía la presencia y acción directas de los espíritus malos.

Ejemplo sorprendente de su número, poder y malignidad, como también del poder y misericordia de Cristo, lo encontramos en el relato de la curación de los endemoniados de Gádara. Aquellos pobres desafortunados, que burlaban toda restricción y se retorcían, echando espumarajos por la boca, enfurecidos, llenaban el aire con sus gritos, se maltrataban y ponían en peligro a cuantos se acercaban a ellos. Sus cuerpos cubiertos de sangre y desfigurados, sus mentes extraviadas, presentaban un espectáculo de los más agradables (332) para el príncipe de las tinieblas. Uno de los demonios que dominaba a los enfermos, declaró: “Mi nombre es legión, porque somos muchos.” (S. Marcos 5:9.) En el ejército romano una legión se componía de tres a cinco mil hombres. Las huestes de Satanás están también organizadas en compañías, y la compañía a la cual pertenecían estos demonios correspondía ella sola en número por lo menos a una legión.

Al mandato de Jesús, los espíritus malignos abandonaron sus víctimas, dejándolas sentadas en calma a los pies del Señor, sumisas, inteligentes y afables. Pero a los demonios se les permitió despeñar una manada de cerdos en el mar; y los habitantes de Gádara, estimando de más valor sus puercos que las bendiciones que Dios había concedido, rogaron al divino Sanador que se alejara. Tal era el resultado que Satanás deseaba conseguir. Echando la culpa de la pérdida sobre Jesús, despertó los temores egoístas del pueblo, y le impidió escuchar sus palabras. Satanás acusa continuamente a los cristianos de ser causa de pérdidas, desgracias y padecimientos, en lugar de dejar recaer el oprobio sobre quienes lo merecen, es decir, sobre sí mismo y sus agentes.

Pero los propósitos de Cristo no quedaron frustrados. Permitió a los espíritus malignos que destruyesen la manada de cerdos, como censura contra aquellos judíos que, por amor al lucro, criaban esos animales inmundos, habiendo traspasado la orden de Dios. Si Cristo no hubiese contenido a los demonios, habrían precipitado al mar no sólo los cerdos sino a los dueños y porqueros. La preservación de ambos los dueños y porqueros era debido sólo a su interposición misericordiosa para su liberación. Por otra parte, la escena fue permitida para que los discípulos viesen el poder malévolo de Satanás sobre hombres y animales, pues quería que sus discípulos (333) conociesen al enemigo al que iban a afrontar, para que no fuesen engañados y vencidos por sus artificios. Quería, además, que el pueblo de aquella región viese que Él, Jesús, tenía el poder de romper las ligaduras de Satanás y libertar a sus cautivos. Y aunque Jesús se alejó, los hombres tan milagrosamente libertados quedaron para proclamar la misericordia de su Bienhechor.

Las Escrituras encierran otros ejemplos semejantes. La hija de la mujer sirofenicia estaba atormentada de un demonio al que Jesús echó fuera por su palabra. (S. Marcos 7:26-30.) “Un endemoniado, ciego y mudo” (S. Mateo 12:22); un joven que tenía un espíritu mudo, que a menudo le arrojaba “en el fuego y en aguas, para matarle” (S. Marcos 9:17-27); el maníaco que, atormentado por el “espíritu de un demonio inmundo” (S. Lucas 4:33-36), perturbaba la tranquilidad del sábado en la sinagoga de Capernaum - todos ellos fueron curados por el compasivo Salvador. En casi todos los casos Cristo se dirigía al demonio como a un ser inteligente, ordenándole salir de su

víctima y no atormentarla más. Al ver su gran poder, los adoradores reunidos en Capernaum se asombraron, “y decían unos a otros: ¿Qué manera de hablar es ésta, que manda con autoridad y poder a los espíritus inmundos, y salen?” (S. Lucas 4:36.)

Se representan generalmente a aquellos endemoniados como sometidos a grandes padecimientos; sin embargo había excepciones a esta regla. Con el fin de obtener poder (334) sobrenatural, algunas personas se sometían voluntariamente a la influencia satánica. Estas, por supuesto, no entraban en conflicto con los demonios. A esta categoría pertenecen los que poseían el espíritu de adivinación, como los magos Simón y Elimas y la joven adivina que siguió a Pablo y a Silas en Filipos.

Nadie está en mayor peligro de caer bajo la influencia de los espíritus malos que los que, a pesar del testimonio directo y positivo de las Sagradas Escrituras, niegan la existencia e intervención del diablo y de sus ángeles. Mientras ignoremos sus astucias, ellos nos llevan notable ventaja; y muchos obedecen a sus sugerencias creyendo seguir los dictados de su propia sabiduría. Esta es la razón por la cual a medida que nos acercamos al fin del tiempo, cuando Satanás obrará con la mayor energía para engañar y destruir, él mismo propaga por todas partes la creencia de que no existe. Su política consiste en esconderse y obrar solapadamente.

No hay nada que el gran seductor tema tanto como el que nos demos cuenta de sus artimañas. Para mejor disfrazar su carácter y encubrir sus verdaderos propósitos, se ha hecho representar de modo que no despierte emociones más poderosas que las del ridículo y del desprecio. Le gusta que lo pinten deforme o repugnante, mitad animal mitad hombre. Le agrada oírse nombrar como objeto de diversión y de burla por personas que se creen inteligentes e instruidas.

Precisamente por haberse enmascarado con habilidad consumada es por lo que tan a menudo se oye preguntar: “¿Existe en realidad ente semejante?” Prueba evidente de su éxito es la aceptación general de que gozan entre el público religioso ciertas teorías que niegan los testimonios (335) más positivos de las Sagradas Escrituras. Y es porque Satanás puede dominar tan fácilmente los espíritus de las personas inconscientes de su influencia, por lo que la Palabra de Dios nos da tantos ejemplos de su obra maléfica, nos revela sus fuerzas ocultas y nos pone así en guardia contra sus ataques.

El poder y la malignidad de Satanás y de su hueste podrían alarmarnos con razón, si no fuera por el apoyo y salvación que podemos encontrar en el poder superior de nuestro Redentor. Proveemos cuidadosamente nuestras casas con cerrojos y candados para proteger nuestros bienes y nuestras vidas contra los malvados; pero rara vez pensamos en los ángeles malos que tratan continuamente de llegar hasta nosotros, y contra cuyos ataques no contamos con ningún medio eficaz de defensa. Si se les dejara, nos trastornarían la razón, nos desquiciarían y torturarían el cuerpo, destruirían nuestras propiedades y nuestras vidas. Sólo se deleitan en el mal y en la destrucción. Terrible es la condición de los que resisten a las exigencias de Dios y ceden a las tentaciones de Satanás, hasta que Dios los abandona al poder de los espíritus malignos. Pero los que siguen a Cristo están siempre seguros bajo Su protección. Ángeles que superan en fuerza son enviados del Cielo para protegerlos. Los impíos no pueden traspasar la guardia que Dios ha estacionado alrededor de su pueblo (336.)

Capítulo XXVII

Las Trampas De Satanás

Como el pueblo de Dios se acerca a los peligros de los últimos días, Satanás consulta seriamente con sus ángeles en cuanto al plan más exitoso para derrocar su fe. Él ve que las iglesias populares ya están arrulladas para dormir por su poder engañoso. Con sofistería complaciente y con maravillas engañosas continua para tenerles bajo su control. Por lo tanto él dirige sus ángeles para poner sus trampas especialmente para los que buscan el segundo advenimiento de Cristo, y se empeñan en guardar todos los mandamientos de Dios.

Dice el gran engañador: “Debemos cuidar los que llaman la atención de la gente al sábado de Jehová; ellos conducirán a muchos para ver las demandas de la ley de Dios; y la misma luz la cual revela el verdadero sábado, revela también el ministerio de Cristo en el santuario celestial, y muestra que el último trabajo para la salvación del hombre va hacia adelante. Detiene las mentes de la gente en obscuridad hasta que la obra sea terminada, y nosotros deberíamos de asegurar el mundo y la iglesia también.”

“El sábado es la gran cuestión por el cual se decide el destino de las almas. Nosotros debemos exaltar el sábado de nuestra creación. Hemos causado el hecho de que sea aceptado por ambos mundanos y miembros de iglesia; ahora la iglesia tiene que ser conducida a unirse con el mundo (337) en su apoyo. Debemos trabajar por señas y maravillas para cegar sus ojos a la verdad, y conducirlos para que hagan a un lado la razón y el temor a Dios, y seguir costumbre y tradición.”

“Yo influiré en ministros populares que quiten la atención de sus escuchantes de los mandamientos de Dios. A eso que las Escrituras declaran ser una ley perfecta de libertad será representada como un yugo de esclavitud. La gente acepta explicaciones de sus ministros de la Escritura, y no investigan por ellos mismos. Por lo tanto trabajando a través de los ministros, yo puedo controlar la gente según mi voluntad.”

“Pero nuestra preocupación principal es acallar esta secta de guardadores del sábado. Debemos excitar indignación popular contra ellos. Enlistaremos hombres grandes y hombres sofisticados sabios a nuestro lado, e inducir a aquellos en autoridad para realizar nuestros propósitos. Entonces el sábado el cual yo he puesto será impuesto por las leyes más severas y exigentes. Los que desatiendan serán expelidos de las ciudades y pueblos, dejados a sufrir hambre y privación. Cuando una vez que tengamos el poder, mostraremos lo qué podemos hacer con los que no quieren volverse de su lealtad a Dios. Nosotros conduciremos la iglesia romana a castigar con encarcelamiento, tortura, y muerte a los que rehusen ceder a sus decretos, y ahora que estamos trayendo las iglesias protestantes y el mundo en armonía con este brazo derecho de nuestra fuerza, finalmente tendremos una ley para exterminar todo aquel que no se someta a nuestra autoridad. Cuando se haga la pena de muerte por violar nuestro sábado, entonces muchos de los que ahora que están en las filas de los que guardan los mandamientos vendrán a nuestro lado” (338.)

“Pero antes de proceder a estas medidas extremas, nosotros debemos emplear toda nuestra sabiduría y sutileza para engañar y entrapar los que honran el verdadero sábado. Podemos separar muchos de Cristo por medio de mundanidades, lujuria y orgullo. Ellos piensan que están seguros porque creen en la verdad, pero por indulgencia de apetito o las pasiones bajas, los cuales confunden juicio y destruyen discriminación, causaran su caída.”

“Ir, hacerlos poseedores de tierras y dinero embriagarse con los cuidados de esta vida. Preséntenles el mundo en su luz más atractiva, para que pongan su tesoro aquí, y arreglen sus afectos sobre cosas terrenales. Debemos hacer lo máximo para prevenir los que trabajan en la causa de Dios para obtener medios para usar contra nosotros. Mantengamos el dinero en nuestras propias filas. Mientras más medios obtengan, tanto más pueden herir nuestro reino y tomar de nosotros nuestros sujetos. Háganles tener

más cuidado por dinero que por el sostén del reino de Cristo y la extensión de las verdades que nosotros odiamos, y no necesitamos temer su influencia; porque nosotros sabemos que cada persona egoísta, codiciosa caerá bajo nuestro poder, y finalmente será separada del pueblo de Dios.”

“Mediante los que tienen una forma de piedad pero no han conocido el poder, podemos ganar muchos quienes de lo contrario nos harían gran daño. Los amantes de placeres más que de Dios serán nuestros ayudantes más efectivos. Los de esta clase quienes son apropiados e inteligentes servirán como señuelos para atraer a otros en nuestras trampas. Muchos no temerán su influencia, porque profesan la misma fe. Así les conduciremos para concluir que los requerimientos de Cristo son menos estrictos que lo que una vez creyeron, y que por conformidad (339) al mundo ellos esforzarán una influencia mayor con los mundanos. Así se separarán de Cristo; entonces no tendrán la fuerza para resistir nuestro poder, y pronto estarán listos para ridiculizar su celo anterior y devoción.”

“Hasta que el gran golpe decisivo sea dado, nuestros esfuerzos contra aquellos guardadores de los mandamientos serán incansables. Tenemos que estar presentes en todas sus asambleas. Especialmente en sus reuniones grandes nuestra causa sufre mucho, y nosotros tenemos que ejercer gran vigilancia, y emplear todas nuestras artes seductoras para prevenir almas de oír la verdad y sean impresionadas por ella.”

“Yo tendré sobre el terreno, como mis agentes, hombres con doctrinas falsas que mezclen con suficiente verdad para engañar almas. Tendré también incrédulos presentes, quienes expresan dudas con relación a los mensajes del Señor para amonestar su iglesia. Si la gente lee y cree estas admoniciones, tendríamos poca esperanza de vencerlos. Pero si podemos distraer su atención de estos avisos, ellos quedarán ignorantes de nuestro poder y astucia y los aseguraremos en nuestros rangos por fin. Dios no permitirá que sus Palabras sean despreciadas con impunidad. Si nosotros podemos mantener almas engañadas por algún tiempo, la misericordia de Dios será quitada, y Él las pondrá en nuestro completo control.”

“Tenemos que causar distracción y división. Tenemos que destruir su ansiedad por sus propias almas, y conducirlos a criticar, juzgar, y acusar y condenar uno al otro, y estimar egoísmo y enemistad. Porque por estos pecados, Dios nos desterró de su presencia; y todo aquel que sigue nuestro ejemplo encontrará un destino semejante” (340.)

Las Sagradas Escrituras declaran que en cierta ocasión, cuando los ángeles de Dios vinieron para presentarse ante el Señor, Satanás vino también con ellos, no para postrarse ante el Rey eterno, sino para mirar por sus propios y malévolos planes contra los justos. Con el mismo objeto está presente allí donde los hombres se reúnen para adorar a Dios. Aunque invisible, trabaja con gran diligencia, tratando de gobernar las mentes de los fieles. Como hábil general que es, fragua sus planes de antemano. Cuando ve al ministro de Dios escudriñar las Escrituras, toma nota del tema que va a ser presentado a la congregación, y hace uso de toda su astucia y pericia para arreglar las cosas de tal modo que el mensaje de vida no llegue a aquellos a quienes están engañando precisamente respecto del punto que se ha de tratar. Hará que la persona que más necesite la admonición se vea apurada por algún negocio que requiera su presencia, o impedida de algún otro modo de oír las palabras que hubiesen podido tener para ella sabor de vida para vida.

Otras veces, Satanás ve a los siervos del Señor agobiados al comprobar las tinieblas espirituales que envuelven a los hombres. Oye sus ardientes oraciones, en que piden a Dios gracia y poder para sacudir la indiferencia y la indolencia de las almas. Entonces despliega sus artes con nuevo ardor. Tienta a los hombres para que cedan a la

glotonería o a cualquier otra forma de sensualidad, y adormece de tal modo su sensibilidad que dejan de oír precisamente las cosas que más necesitan saber.

Bien sabe Satanás que todos aquellos a quienes pueda inducir a descuidar la oración y el estudio de las Sagradas Escrituras serán vencidos por sus ataques. De aquí que invente cuanta estratagema le es posible para tener las mentes distraídas (341.) Siempre ha habido una categoría de personas que profesan santidad, y que en lugar de procurar crecer en el conocimiento de la verdad, hacen consistir su religión en buscar alguna falta en el carácter de aquellos con quienes no están de acuerdo, o algún error en su credo. Son los mejores agentes de Satanás. Los acusadores de los hermanos no son pocos; siempre son diligentes cuando Dios está obrando y cuando sus hijos le rinden verdadero homenaje. Son ellos los que dan falsa interpretación a las palabras y acciones de los que aman la verdad y la obedecen. Hacen pasar a los más serios, celosos y desinteresados siervos de Cristo por engañados o engañadores. Su obra consiste en desnaturalizar los móviles de toda acción buena y noble, en hacer circular insinuaciones malévolas y despertar sospechas en las mentes poco experimentadas. Harán cuanto sea imaginable porque aparezca lo que es puro y recto como corrupto y de mala le. Y en este trabajo los agentes de Satanás tienen su maestro y sus ángeles para ayudarles.

Pero nadie necesita dejarse engañar por ellos. Fácil es ver la filiación que tienen, el ejemplo que siguen y la obra que realizan. “Por sus frutos los conoceréis.” (S. Mateo 7:16.) Ellos se asemejan estrechamente a Satanás, el calumniador envenenado, el acusador de los hermanos. Parte del plan de Satanás consiste en introducir en la iglesia elementos irregenerados y faltos de sinceridad, elementos que fomenten la duda y la incredulidad y sean un obstáculo para todos los que desean ver adelantar la obra de Dios y seguir con ella. Muchas personas que no tienen verdadera fe en Dios ni en su Palabra, aceptan algún principio de verdad y pasan por cristianos; y así se hallan en condición de introducir sus errores como si fueran doctrinas de las Escrituras (342.)

La teoría según la cual nada importa lo que los hombres creen, es uno de los engaños que más éxito da a Satanás. Bien sabe él que la verdad recibida con amor santifica el alma del que la recibe; de aquí que trata siempre de sustituirla con falsas teorías, con fábulas y con otro evangelio. Desde un principio los siervos de Dios han luchado contra los falsos maestros, no sólo porque eran hombres viciosos, sino porque inculcaban errores fatales para el alma. Elías, Jeremías y Pablo se opusieron firme y valientemente a los que estaban apartando a los hombres de la Palabra de Dios. Ese género de liberalidad que mira como cosa de poca monta una fe religiosa clara y correcta, no encontró aceptación entre aquellos santos defensores de la verdad.

Las interpretaciones vagas y fantásticas de las Santas Escrituras, así como las muchas teorías contradictorias respecto a la fe religiosa, que se advierten en el mundo cristiano, son obra de nuestro gran adversario, que trata así de confundir las mentes de suerte que no puedan descubrir la verdad. Y la discordia y división que existen entre las iglesias de la cristiandad se deben en gran parte a la costumbre tan general de torcer el sentido de las Sagradas Escrituras con el fin de apoyar alguna doctrina favorita. En lugar de estudiar con esmero y con humildad de corazón la Palabra de Dios con el objeto de llegar al conocimiento de su voluntad, muchos procuran descubrir algo curioso y original.

Con el fin de sostener doctrinas erróneas o prácticas anticristianas, hay quienes toman pasajes de la Sagrada Escritura aislados del contexto, no citan tal vez más que la mitad de un versículo para probar su idea, y dejan la segunda mitad que quizá hubiese probado todo lo contrario. Con la astucia de la serpiente se encastillan tras declaraciones sin ilación, entretejidas (343) de manera que favorezcan sus deseos carnales. Es así como gran número de personas pervierten con propósito deliberado la Palabra de Dios.

Otros, dotados de viva imaginación, toman figuras y símbolos de las Sagradas Escrituras y los interpretan según su capricho, sin parar mientras en que la Escritura declara ser su propio intérprete; y luego presentan sus extravagancias como enseñanzas de la Palabra de Dios.

Siempre que uno se da al estudio de las Escrituras sin estar animado de un espíritu de oración y humildad, susceptible de recibir enseñanza, los pasajes más claros y sencillos, como los más difíciles, serán desviados de su verdadero sentido. Los dirigentes papales escogen en las Sagradas Escrituras los pasajes que mejor convienen a sus propósitos, los interpretan a su modo y los presentan luego al pueblo a quien rehusan al mismo tiempo el privilegio de estudiar la Biblia y de entender por sí mismo sus santas verdades. A menos que la Biblia se le de al pueblo tal cual es. Más valiera que éste no lo tuviese ninguna.

La Biblia estaba destinada a ser una guía para todos aquellos que desearan conocer la voluntad de su Creador. Dios dio a los hombres la firme palabra profética; ángeles, y hasta el mismo Cristo, vinieron para dar a conocer a Daniel y a Juan las cosas que deben acontecer en breve. Las cosas importantes que conciernen a nuestra salvación no quedaron envueltas en el misterio. No fueron reveladas de manera que confundan y extravíen al que busca sinceramente la verdad. El Señor dijo al profeta Habacuc: “Escribe la visión ... para que el que pase corriendo, pueda leerla.” (Habacuc 2:2.) La Palabra de Dios es clara para todos aquellos que la estudian con espíritu de oración. Toda alma (344) verdaderamente sincera alcanzará la luz de la verdad. “La luz está implantada dentro del justo.” (Salmos 97:11.) Ninguna iglesia puede progresar en santidad si sus miembros no buscan ardientemente la verdad como si fuera un tesoro escondido.

Los alardes de “liberalidad” ciegan a los hombres para que no vean las asechanzas de su adversario, mientras que éste sigue trabajando sin cesar y sin cansarse hasta cumplir sus designios. Conforme va consiguiendo suplantar la Palabra de verdad por las especulaciones humanas, la ley de Dios va quedando a un lado, y las iglesias caen en la esclavitud del pecado, mientras pretenden ser libres.

Para muchos, las investigaciones científicas se han vuelto maldición; sus mentes finitas están tan débiles que ellos pierden su balance. Ellos no pueden armonizar sus panoramas de la ciencia con las declaraciones de las Escrituras, y piensan que la Biblia será probada por su estandarte de “la falsamente llamada ciencia.” Es así como ellos se alejan de la fe y son seducidos por el diablo. Los hombres procuraron hacerse más sabios que su Creador; la filosofía intentó sondear y explicar misterios que no serán jamás revelados en el curso infinito de las edades. Si los hombres se limitasen a escudriñar y comprender tan sólo lo que Dios les ha revelado respecto de sí mismo y de sus propósitos, llegarían a tal concepto de la gloria, majestad y poder de Jehová, que se darían cuenta de su propia pequeñez y se contentarían con lo que fue revelado para ellos y sus hijos.

Una de las seducciones magistrales de Satanás consiste en mantener a los espíritus de los hombres investigando y haciendo conjeturas sobre las cosas que Dios no ha dado a conocer y que no quiere que entendamos (345.) Así fue como Lucifer perdió su puesto en el Cielo. Se indispuso porque no le fueron revelados todos los secretos de los designios de Dios, y no se fijó en lo que le había sido revelado respecto a su propia obra y al elevado puesto que le había sido asignado. Al provocar el mismo descontento entre los ángeles que estaban bajo sus órdenes, causó la caída de ellos. En nuestros días trata de llenar las mentes de los hombres con el mismo espíritu y de inducirlos además a despreciar los mandamientos directos de Dios.

Los que no quieren aceptar las verdades claras y contundentes de la Biblia están siempre buscando fábulas agradables que tranquilicen la conciencia. Mientras menos apelen a la espiritualidad, a la abnegación y a la humildad las doctrinas presentadas, mayor es el gozo con que las aceptan. Esas personas degradan sus facultades intelectuales para servir a sus deseos carnales. Demasiado sabias en su propia opinión para escudriñar la Palabra de Dios con contrición y pidiendo ardientemente a Dios que las guíe, no tienen escudo contra el error. Satanás está listo para satisfacer los deseos de sus corazones y poner las seducciones en lugar de la verdad. Fue así como el papado estableció su poder sobre los hombres; y al rechazar la verdad porque entraña una cruz, los protestantes siguen el mismo camino. Todos aquellos que descuiden la Palabra de Dios para procurar su comodidad y conveniencia, a fin de no estar en desacuerdo con el mundo, serán abandonados a su propia suerte y aceptarán herejías condenables que considerarán como verdad religiosa. El apóstol Pablo habla de una clase de hombres que “no admitieron el amor de la verdad, para que fuesen salvos,” el habla de aquellos: “Por esto, Dios les envía un espíritu engañoso, para que crean la mentira, a fin de que sean condenados todos los que (346) no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia.” (2 Tesalonicenses 2:10-12.) En vista de semejante advertencia nos incumbe ponernos en guardia con respecto a las doctrinas que recibimos. Cada forma concebible de error será aceptada por aquellos que deliberadamente rechazan la verdad. Satanás tiene decepciones diferentes preparadas para alcanzar diferentes mentes; y algunos quienes miran con horror una decepción recibirán otra prontamente.

Entre las trampas más temibles del gran seductor figuran las doctrinas engañosas y los fementidos milagros del espiritismo. Disfrazado como ángel de luz, el enemigo tiende sus redes donde menos se espera. Si tan sólo los hombres quisieran estudiar el Libro de Dios orando fervientemente para comprender sus enseñanzas, no serían dejados en las tinieblas para recibir doctrinas falsas. Pero como rechazan la verdad, resultan presa fácil para la seducción.

Otra herejía peligrosa es la doctrina que niega la divinidad de Cristo. Los hombres quienes no tienen conocimiento experimental de Jesús, asumirán una apariencia de gran sabiduría, como si su juicio fuera más allá de la cuestión, y audazmente declaran que el Hijo de Dios no tuvo existencia anterior a su primer advenimiento a este mundo. Esta posición directamente contradice las declaraciones más claras de nuestro Salvador con respecto a Él mismo; y aún es recibida con favor por una clase grande quien reclama creer las Escrituras. Con tales personas es locura discutir. Ningún argumento, sin embargo conclusivo, convencerá los que rechazan el testimonio directo del Hijo de Dios. “Pero el hombre natural no capta las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede conocer, porque (347) se han de discernir espiritualmente.” (1Corintios 2:14.) Los que persistentemente se pegan a tales errores dan evidencia de su propia ignorancia de Dios y del Hijo.

Otro error sutil y perjudicial que se está difundiendo rápidamente, consiste en creer que Satanás no es un ser personal; que su nombre se emplea en las Sagradas Escrituras únicamente para representar los malos pensamientos y deseos de los hombres.

La enseñanza tan generalmente proclamada desde los púlpitos, de que el segundo advenimiento de Cristo se realiza a la muerte de cada individuo, es una estratagema que tiene por objeto distraer la atención de los hombres de la venida personal del Señor en las nubes del Cielo. Hace años que Satanás ha estado diciendo: “He aquí ... está ... en las cámaras” y muchas almas se han perdido por haber aceptado este engaño.

Por otra parte la sabiduría mundana enseña que la oración no es de todo punto necesaria. Los hombres de ciencia declaran que no puede haber respuesta real a las oraciones; que esto equivaldría a una violación de las leyes naturales, a todo un milagro, y que los milagros no existen. Dicen que el universo está gobernado por leyes inmutables y que Dios mismo no hace nada contrario a esas leyes. De suerte que representan a Dios ligado por sus propias leyes; como si la operación de las leyes divinas excluyese la libertad divina. Tal enseñanza se opone al testimonio de las Sagradas Escrituras. ¿Acaso Cristo y sus apóstoles no hicieron milagros? El mismo Salvador compasivo vive en nuestros días, y está tan dispuesto a escuchar la oración de la fe como cuando andaba en forma visible entre los hombres. Lo natural coopera con lo sobrenatural. Forma parte del plan de Dios concedernos, en respuesta a la oración hecha con fe, lo que no nos daría si no se lo pidiésemos así.

Innumerables son las doctrinas erróneas y las ideas fantásticas (348) que imperan en el seno de las iglesias de la Cristiandad. Es imposible calcular los resultados deplorables que acarrea la eliminación de una sola verdad de la Palabra de Dios. Pocos son los que, habiéndose aventurado a hacer cosa semejante, se contentan con rechazar lisa y llanamente una sencilla verdad. La mayoría sigue rechazando uno tras otro de los principios, hasta que se convierten en verdaderos incrédulos.

Y ese es el objeto que Satanás trata de conseguir. Nada desea él tanto como destruir la confianza en Dios y en su Palabra. Satanás se encuentra al frente de los grandes ejércitos de los que dudan, y trabaja con inconcebible energía para seducir a las almas y atraerlas a sus filas. La duda está de moda hoy. Son muchos los que parecen creer que es una virtud colocarse del lado de la duda, del escepticismo y de la incredulidad. Pero no dejará de advertirse que bajo una apariencia de candor y humildad los móviles de estas personas son la confianza en sí mismas y el orgullo. Es una cosa terrible perder fe en Dios o en su palabra. La incredulidad se fortalece según sea alentada. Hay peligro en siquiera una sola expresión generosa de duda; una semilla sembrada la cual producirá una cosecha de su tipo. Satanás nutrirá la cosecha cada momento. Aquellos quienes permiten hablar de sus dudas les hallarán constantemente estar más confirmadas. Dios nunca quitará cada ocasión para dudar. Él nunca obrará un milagro para quitar descreencia cuando Él a dado evidencia suficiente de fe.

Dios mira con desagrado sobre el autosuficiente y el incrédulo, quien alguna vez ha dudado de sus promesas y desconfía de la promesa de su gracia. Ellos son árboles improductivos que extienden sus ramas oscuras por todas partes, retirando lejos la luz del sol (349) de otras plantas, y causándoles inclinarse y morir debajo de la sombra fía. La obra principal de la vida de estas personas aparecerá como un incesante testigo contra ellos. Siembran semillas de duda y escepticismo que rendirá una cosecha segura.

Los discípulos de Cristo saben muy poco de las trampas que Satanás y sus huestes urden contra ellos. Pero el que está sentado en los Cielos hará servir todas esas maquinaciones por el cumplimiento de sus altos designios. Si el Señor permite que su pueblo pase por el fuego de la tentación, no es porque se goce en sus penas y aflicciones, sino porque esas pruebas son necesarias para su victoria final. Él no podría, en conformidad con su propia gloria, preservarlo de la tentación; pues el objeto de la prueba es precisamente prepararlo para resistir a todas las seducciones del mal.

Satanás sabe muy bien que el alma más débil pero que permanece en Jesús puede más que todas las huestes de las tinieblas, y que si se presentase abiertamente se le haría frente y se le resistía. Por esto trata de atraer a los soldados de la cruz fuera de su baluarte, mientras que él mismo permanece con sus fuerzas en emboscada, listo para destruir a todos aquellos que se aventuren a entrar en su territorio. Nadie que no ore puede estar seguro un solo día o una sola hora. Debemos sobre todo pedir al Señor que

nos dé sabiduría para comprender su Palabra. Satanás es muy hábil para citar las Santas Escrituras e interpretar pasajes a su modo, con lo que espera hacemos tropezar. Debemos estudiar la Biblia con humildad de corazón, sin perder jamás de vista nuestra dependencia de Dios. Y mientras estemos en guardia contra los engaños de Satanás debemos orar con fe diciendo: “No nos dejes caer en tentación.”(350.)

Capítulo XXVIII

LA PRIMERA GRAN DECEPCIÓN

Desde los tiempos más remotos de la historia del hombre, Satanás se esforzó por engañar a nuestra raza. El que había promovido la rebelión en el Cielo deseaba inducir a toda creación a que se uniesen con él en su lucha contra el gobierno de Dios. Se agitaron su envidia y celos al mirar el hermoso hogar preparado para la santa y feliz pareja, él inmediatamente puso sus planes para causar su caída.

Si él se hubiese presentado en su verdadero carácter, habría sido rechazado en el acto, pues Adán y Eva habían sido prevenidos contra este enemigo peligroso; pero Satanás trabajó en la obscuridad, encubriendo su propósito a fin de poder realizar mejor sus fines.

Valiéndose de la serpiente, que era entonces un ser de fascinadora apariencia, se dirigió a Eva, diciéndole: “¿Conque Dios os ha dicho: no comáis de todo árbol del huerto?” (Génesis 3:1.) Si Eva hubiese rehusado entrar en discusión con el tentador, se habría salvado; pero ella se aventuró a alegar con él y entonces fue víctima de sus artificios. Así es como muchas personas son aún vencidas. Dudan y discuten respecto a la voluntad de Dios, y en lugar de obedecer sus mandamientos, aceptan teorías humanas que no sirven más que para encubrir los engaños de Satanás (351.)

“Y la mujer respondió a la serpiente: Del fruto de los árboles del huerto podemos comer: pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: No comeréis de él, ni le tocaréis, para que no muráis. Entonces la serpiente dijo a la mujer: No moriréis; sino que sabe Dios que en el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal.” (Génesis 3:2-5.) Eva cedió a la tentación, y por influjo suyo Adán fue engañado también. Ambos aceptaron la declaración de la serpiente de que Dios no había querido decir lo que había dicho; desconfiaron de su Creador y se imaginaron que les estaba cortando la libertad y que podían ganar gran luz y libertad y mayor elevación quebrantando su ley.

Pero ¿cómo comprendió Adán, después de su pecado, el sentido de las siguientes palabras: “En el día que comieres de él de seguro morirás?” ¿Comprendió que significaban lo que Satanás le había inducido a creer, que iba a ascender a un grado más alto de existencia? De haber sido así, habría salido ganando con la trasgresión, y Satanás habría resultado en bienhechor de la raza. Pero Adán comprobó que no era tal el sentido de la declaración divina. Dios sentenció al hombre, en castigo por su pecado, a volver a la tierra de donde había sido tomado: “Polvo eres, y al polvo volverás.” (Génesis 3:19.) Las palabras de Satanás: “Vuestros ojos serán abiertos” resultaron ser verdad pero sólo del modo siguiente: después de que Adán y Eva hubieron desobedecido a Dios, sus ojos fueron abiertos y pudieron discernir su locura; conocieron entonces lo que era el mal y probaron el amargo fruto de la transgresión.

La inmortalidad había sido prometida a ellos en condición de (352) obediencia a los requisitos de Dios. Fue decomisado por la desobediencia, y Adán se hizo sujeto a

la muerte. No pudo transmitir a su posteridad lo que no poseía; y no habría habido esperanza para la raza caída, si Dios no hubiera traído inmortalidad por el sacrificio de su Hijo a su alcance. “Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro.” (Romanos 6:23.) No se puede obtener de otro modo. Pero cada hombre puede posesionarse de esta bendición sin precio si cumple con las condiciones. Todos “los que, perseverando en hacer bien, buscan gloria y honra e inmortalidad,” recibirán vida eterna (Romanos 2:7.)

El que le prometió vida a Adán en desobediencia era el gran engañador. El primer sermón alguna vez predicado sobre la inmortalidad del alma fue predicado por la serpiente a Eva en Edén, - “No moriréis.” Y esta declaración, descansa únicamente sobre la autoridad de Satanás, hace eco de los púlpitos del cristianismo, y es recibida por la mayoría de la humanidad fácilmente como fue recibida por nuestros primeros padres. La sentencia divina, “El alma que peque, ésa morirá.” (Ezequiel 18:20.) Se da el significado, el alma que peque, no morirá, mas vivirá eternamente. No podemos sino asombrarnos de la infatuación extraña que rinde a los hombres en credulidad con respecto a las palabras de Satanás, y tan incrédulo con respecto a las Palabras de Dios.

La fruta del árbol de vida tenía el poder para perpetuar la vida. Si se le hubiera dado acceso libre después de su caída al hombre a ese árbol, habría vivido por siempre y así el pecado habría sido immortalizado (353.) Pero se colocó una espada flameante para “guardar el camino del árbol de la vida,” y a ninguno de la familia de Adán se le ha permitido pasar esa barrera y tomar parte de esa fruta de la vida. Por lo tanto no hay un pecador inmortal.

Pero después de la caída, Satanás ordenó a sus ángeles que hicieran un esfuerzo especial para inventar la creencia de la inmortalidad natural del hombre; y después de hacerlo indujeron a la gente a aceptar este error, llevándola a la conclusión de que el pecador viviría en penas eternas. Ahora el príncipe de las tinieblas, obrando por conducto de sus agentes, representa a Dios como un tirano vengativo, y declara que arroja al infierno a todos aquellos que no le agradan, que les hace sentir eternamente los efectos de su ira, y que mientras ellos sufren tormentos indecibles y se retuercen en las llamas eternas, su Creador los mira satisfecho.

Así es como el gran enemigo reviste con sus propios atributos al Creador y Bienhechor de la humanidad. La crueldad es satánica. Dios es amor, y todo lo que Él creó era puro, santo, y amable, hasta que el pecado fue introducido por el primer gran rebelde. Satanás mismo es el enemigo que tienta al hombre y lo destruye luego si puede; y cuando se ha adueñado de su víctima se alaba de la ruina que ha causado. Si ello le fuese permitido prendería a toda la raza humana en sus redes. Si no fuese por la intervención del poder divino, ni hijo ni hija de Adán escaparían.

Hoy día Satanás está tratando de vencer a los hombres, como venció a nuestros primeros padres, debilitando su confianza en el Creador e induciéndoles a dudar de la sabiduría de su gobierno y de la justicia de sus leyes. Satanás y sus emisarios representan a Dios como peor que (354) ellos, para justificar su propia perversidad y su rebeldía. El gran seductor se esfuerza en atribuir su propia crueldad a nuestro Padre celestial, a fin de darse por muy perjudicado con su expulsión del Cielo por no haber querido someterse a un soberano tan injusto. Presenta al mundo la libertad de que gozarla bajo su dulce cetro, en contraposición con la esclavitud impuesta por los severos decretos de Jehová. Es así como logra sustraer a las almas de la sumisión a Dios.

¡Cuán repugnante a todo sentimiento de amor y de misericordia y hasta a nuestro sentido de justicia es la doctrina según la cual después de muertos los impíos son atormentados con fuego y azufre en un infierno que arde eternamente, y por los pecados de una corta vida terrenal deben sufrir tormentos por tanto tiempo como Dios viva! Sin

embargo, esta doctrina ha sido enseñada muy generalmente y se encuentra aún incorporada en muchos de los credos de la cristiandad. Un sabio doctor en divinidad sostuvo: “El espectáculo de los tormentos del infierno aumentará para siempre la dicha de los santos. Cuando vean a otros seres de la misma naturaleza de ellos y que nacieron en las mismas circunstancias, cuando los vean sumidos en semejante desdicha, mientras que ellos estén en tan diferente situación, sentirán en mayor grado el goce de su felicidad.” Otro dijo lo siguiente: “Mientras que la sentencia de reprobación se esté llevando a efecto por toda la eternidad sobre los desgraciados que sean objeto de la ira, el humo de sus tormentos subirá eternamente también a la vista de los que sean objeto de misericordia, y que, en lugar de compadecerse de aquéllos, exclamarán: ¡Amén! ¡Aleluya! ¡Alabad al Señor!”

¿En qué página de la Palabra de Dios están expresados tales sentimientos? Los que los presentan pueden ser sabios y aun hombres honrados; pero han sido engañados por los sofismas de Satanás. Él es quien los induce a (355) desnaturalizar las enérgicas expresiones de las Sagradas Escrituras, dando al lenguaje bíblico un tinte de amargura y malignidad que es propio de él, Satanás, pero no de nuestro Creador.”

¿Qué ganaría Dios con que creyéramos que Él se goza en contemplar los tormentos eternos, que se deleita en oír los gemidos, los gritos de dolor y las imprecaciones de las criaturas a quienes mantiene sufriendo en las llamas del infierno? ¿Pueden acaso esas horrendas disonancias ser música para los oídos de Aquel que es amor infinito? Se alega que esas penas sin fin que sufren los malos demuestran el odio de Dios hacia el pecado, ese mal tan funesto a la paz y al orden del universo. ¡Oh, qué horrible blasfemia! ¡Como si el odio que Dios tiene al pecado fuese motivo para eternizar el pecado! Pues según la teología recibida los tormentos continuos y sin esperanza de misericordia enfurecen sus miserables víctimas, que al manifestar su ira con juramentos y blasfemias, aumentan continuamente el peso de su culpabilidad. La gloria de Dios no obtiene realce con que se perpetúe el pecado a través de los siglos sin fin.

Es incalculable para el espíritu humano el daño que ha producido la herejía de los tormentos eternos. La religión de la Biblia, llena de amor y de bondad y que abunda en compasión, resulta empañada por la superstición y revestida de terror. Cuando consideramos con cuán falsos colores Satanás pintó el carácter de Dios, ¿podemos admirarnos de que se tema, y hasta se aborrezca a nuestro Creador misericordioso? Las ideas espantosas que respecto de Dios han sido propagadas por el mundo desde el púlpito, han hecho miles y hasta millones de escépticos e incrédulos (356.)

La teoría de las penas eternas es una de las falsas doctrinas que constituyen el vino de las abominaciones de Babilonia, del cual ella da de beber a todas las naciones. Es verdaderamente inexplicable que los ministros de Cristo hayan aceptado esta herejía y la hayan proclamado desde el púlpito. La recibieron de Roma, como de Roma también recibieron el falso día de reposo. Es cierto que dicha herejía ha sido enseñada por hombres piadosos y eminentes, pero la luz sobre este asunto no les había sido dada como a nosotros. Eran responsables tan sólo por la luz que brillaba en su tiempo; nosotros tenemos que responder por la que brilla en nuestros días. Si nos alejamos del testimonio de la Palabra de Dios y aceptamos falsas doctrinas porque nuestros padres las enseñaron, caemos bajo la condenación pronunciada contra Babilonia; estamos bebiendo del vino de sus abominaciones.

Muchos a quienes subleva la doctrina de los tormentos eternos se lanzan al error opuesto. Ven que las Santas Escrituras representan a Dios como un ser lleno de amor y compasión, y no pueden creer que haya de entregar sus criaturas a las llamas de un infierno eterno. Pero, como creen que el alma es de por sí inmortal, no ven otra

alternativa que sacar la conclusión de que toda la humanidad será finalmente salvada. Muchos son los que consideran las amenazas de la Biblia como destinadas tan sólo a amedrentar a los hombres para que obedezcan y no como debiendo cumplirse literalmente. Así el pecador puede vivir en placeres egoístas, sin prestar atención alguna a lo que Dios exige de él, y esperar sin embargo que será recibido finalmente en su gracia. Semejante doctrina que así especula con la misericordia divina, pero ignora su justicia, agrada al corazón carnal y alienta a los malos en su iniquidad.

Para muestra de cómo los que creen en la salvación universal tuercen (357) el sentido de las Escrituras para sostener sus dogmas deletéreos para las almas, basta citar sus propias declaraciones. En el funeral de un joven irreligioso, muerto instantáneamente en una desgracia, un ministro universalista escogió por texto de su discurso las siguientes palabras que se refieren a David: “Ya estaba consolado acerca de Amnón que había muerto.” (2 Salmos 13:39.)

“A menudo me preguntan - dijo el orador - cuál será la suerte de los que mueren en el pecado, tal vez en estado de embriaguez, o que mueren sin haber lavado sus vestiduras de las manchas ensangrentadas del crimen, o como este joven, sin haber hecho profesión religiosa ni tenido experiencia alguna en asuntos de religión. Nos contentamos con citar las Sagradas Escrituras; la contestación que nos dan al respecto ha de resolver tan tremendo problema. Amnón era pecador en extremo; era impenitente, se embriagó y fue muerto en ese estado. David era profeta de Dios; debía saber si Amnón se encontraba bien o mal en el otro mundo. ¿Cuáles fueron las expresiones de su corazón? - “El rey David deseó ver a Absalom: porque estaba consolado acerca de Amnón que era muerto.”

“¿Y qué debemos deducir de estas palabras? ¿No es acaso que los sufrimientos sin fin no formaban parte de su creencia religiosa? - Así lo entendemos nosotros; y aquí encontramos un argumento triunfante en apoyo de la hipótesis más agradable, más luminosa y más benévola de la pureza y de la paz final y universal. Se había consolado de la muerte de su hijo. ¿Y por qué? - Porque podía con su ojo de profeta echar una mirada hacia el glorioso estado, ver a su hijo muy alejado de todas las tentaciones, libertado (358) y purificado de la esclavitud y corrupciones del pecado, y, después de haber sido suficientemente santificado e iluminado, admitido a la asamblea de espíritus superiores y dichosos. Su solo consuelo consistía en que su hijo amado al ser recogido del presente estado de pecado y padecimiento, había ido adonde el soplo sublime del Espíritu Santo sería derramado sobre su alma obscurecida; adonde su espíritu se desarrollaría con la sabiduría del Cielo y con los dulces transportes del amor eterno, a fin de ser así preparado para gozar con una naturaleza santificada del descanso y de las glorias de la herencia eterna.

“Con esto queremos dar a entender que creemos que la salvación del Cielo no depende en nada de lo que podamos hacer en esta vida, ni de un cambio actual de corazón, ni de una creencia actual ni de una profesión de fe religiosa.”

Así es como este profeso ministro de Cristo reitera la mentira ya dicha por la serpiente en Edén: “De seguro que no moriréis.” “En el día que comiereis de él, vuestros ojos serán abiertos, y seréis como Dios.” Afirma que los más viles pecadores - el homicida, el ladrón y el adúltero - serán preparados después de la muerte para gozar de la eterna bienaventuranza.

¿Y de dónde saca sus conclusiones este falseador de las Sagradas Escrituras? - De una simple frase que expresa la sumisión de David a la dispensación de la Providencia. Su alma “deseó ver a Absalom: porque estaba consolado acerca de Amnón que era muerto.” Al mitigarse con el andar del tiempo la acrimonia de su aflicción, sus pensamientos se volvieron del hijo muerto al hijo vivo que se había desterrado

voluntariamente por temor al justo castigo de su crimen. ¡Y esto es (359) una evidencia de que el incestuoso y ebrio Amnón fue al morir llevado inmediatamente a la morada de los bienaventurados, para ser purificado y preparado allí para la sociedad de los ángeles inmaculados! ¡Fábula amena, por cierto, muy apropiada para satisfacer el corazón carnal! Es la doctrina del mismo Satanás y produce el efecto que él desea. ¿Es entonces de extrañar que con tales enseñanzas la iniquidad abunde? ¿Que no hay necesidad de contender seriamente por la fe que una vez fue dada a los santos? (S. Judas 3.)

La conducta de este falso maestro ilustra la de otros muchos. Desprenden de sus contextos unas cuantas palabras de las Sagradas Escrituras, por más que en muchos casos aquéllos encierran un significado contrario al que se le presta; y esos pasajes así aislados se tuercen y se emplean para probar doctrinas que no tienen ningún fundamento en la Palabra de Dios. El pasaje citado para probar que el borracho Amnón está en el Cielo, no pasa de ser una mera conjetura, a la que contradice terminantemente la declaración llana y positiva de las Santas Escrituras de que los dados a la embriaguez no poseerán el reino de Dios. Así es como los que dudan, los incrédulos y los escépticos convierten la verdad en mentira. Y con tales sofismas se engaña a muchos y se los arrulla en la cuna de una seguridad carnal.

Si las almas de todos los hombres van directamente al Cielo en la hora de la disolución, entonces bien podríamos anhelar la muerte antes que la vida. Esta creencia ha inducido a muchas personas a poner fin a su existencia. Cuando está uno anonadado por los cuidados, por las perplejidades y los desengaños, parece cosa fácil romper el delgado hilo de la vida y lanzarse hacia la bienaventuranza del mundo eterno.

Dios declara positivamente en su Palabra que castigará a los transgresores de su ley. Considerar (360) la visitación de sus juicios sobre los ángeles quienes no mantuvieron su primer estado, en los habitantes del mundo antediluviano, en la gente de Sodoma, en Israel incrédulo. Se coloca su historia en el registro para nuestra admonición.

Consideremos lo que la Biblia enseña además respecto a los impíos y a los que no se han arrepentido, y a quienes los universalistas colocan en el Cielo como santos y bienaventurados ángeles.

“Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al que tenga sed, yo le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida.” Esta promesa está solamente para los sedientos. Ninguno sino aquellos que sienten la necesidad del agua de vida, y a menos que la busquen en la pérdida de todas las cosas, será suplida. “El que venza heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo.” (Apocalipsis 21:6,7.) Aquí, también, se especifican condiciones. Para heredar todas las cosas, tenemos que resistir y vencer el pecado.

“Ningún fornicario, o inmundo, o avaro, que es idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios.” (Efesios 5:5.) “Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor.” (Hebreos 12:14). “Bienaventurados los que guardan sus mandamientos, para poder tener acceso al árbol de la vida y para entrar por las puertas en la ciudad. ¡Fuera los perros, y los hechiceros, los fornicadores, los homicidas, los idólatras, y todo aquel que ama y practica la mentira!” (Apocalipsis 22:14,15.)

Dios ha hecho a los hombres una declaración respecto de su carácter: “¡Jehová! ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad (361), la rebelión y el pecado, y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado.” (Éxodo 34:6,7.) El poder y la autoridad del gobierno de Dios serán empleados para vencer la rebelión;

sin embargo, todas las manifestaciones de su justicia retributiva estarán perfectamente en armonía con el carácter de Dios, de un Dios misericordioso, paciente y benévolo.

Dios no fuerza la voluntad ni el juicio de nadie. No se complace en la obediencia servil. Quiere que las criaturas salidas de sus manos le amen porque es digno de amor. Quiere que le obedezcan porque aprecian debidamente su sabiduría, su justicia y su bondad. Y todos los que tienen justo concepto de estos atributos le amarán porque serán atraídos a Él por la admiración de sus atributos.

Los principios de bondad, misericordia y amor enseñados y puestos en práctica por nuestro Salvador son fiel trasunto de la voluntad y del carácter de Dios. Cristo declaró que no enseñaba nada que no hubiese recibido de su Padre. Los principios del gobierno divino se armonizan perfectamente con el precepto del Salvador: “Amad a vuestro enemigos.” Dios ejecuta su Justicia sobre los malos para el bien del universo, y hasta para el bien de aquellos sobre quienes recaen sus juicios. El quisiera hacerlos felices, si pudiera hacerlo de acuerdo con las leyes de su gobierno y la justicia de su carácter. Extiende hasta ellos las manifestaciones de su amor, les concede el conocimiento de su ley y los persigue con las ofertas de su misericordia; pero ellos desprecian su amor, invalidan su ley y rechazan su misericordia. Por más que reciben continuamente sus dones, deshonoran al Dador (362); aborrecen a Dios porque saben que aborrece sus pecados. El Señor soporta mucho tiempo sus perversidades; pero la hora decisiva llegará al fin y entonces su suerte quedará resuelta. ¿Encadenará Él entonces estos rebeldes a su lado? ¿Los obligará a hacer su voluntad?

Los que han escogido a Satanás por jefe, y que se han puesto bajo su poder, no están preparados para entrar en la presencia de Dios. El orgullo, el engaño, la impureza, la crueldad se han arraigado en sus caracteres. ¿Pueden entonces entrar en el Cielo para morar eternamente con aquellos a quienes despreciaron y odiaron en la tierra? La verdad no agrada nunca al mentiroso; la mansedumbre no satisfará jamás a la vanidad y al orgullo; la pureza no puede ser aceptada por el disoluto; el amor desinteresado no tiene atractivo para el egoísta. El destino del malvado es compuesto por su selección propia. Su exclusión del Cielo es voluntaria, y es justa.

Del mismo modo que las aguas del diluvio, las llamas del gran día proclamarán el veredicto de Dios de que los malos son incurables. Ellos no tienen ninguna disposición para someterse a la autoridad divina. Han ejercitado su voluntad en la rebeldía; y cuando termine la vida será demasiado tarde para desviar la corriente de sus pensamientos en sentido opuesto, demasiado tarde para volverse de la transgresión hacia la obediencia, del odio hacia el amor.

Fue por misericordia para con el mundo por lo que Dios barrió los habitantes en tiempo de Noé. Fue también por misericordia por lo que destruyó a los habitantes corrompidos de Sodoma. Debido al poder engañoso de Satanás, los obreros de iniquidad se granjean simpatía y admiración y arrastran a otros a la rebelión. Así sucedió en días de Noé, como también en tiempo de Abraham y de Lot; y así sucede en nuestros (363) días. Por misericordia para con el universo destruirá Dios finalmente a los que rechazan su gracia.

Pero la doctrina del tormento eterno no tiene sanción en la Biblia. San Juan en el Apocalipsis, describiendo la alegría futura y la gloria del redimido, declara que él oyó cada voz en el Cielo y tierra, y debajo de la tierra, atribuir alabanza a Dios. No habrá seres perdidos en el infierno mezclando sus lamentos con las canciones del salvado.

“Porque la paga del pecado es muerte; mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro.” (Romanos 6:23.) Mientras la vida es la heredad de los justos, la muerte es la porción de los impíos. La pena amenazante no es meramente muerte temporal, porque todos tienen que sufrir ésta. Es la segunda muerte, lo opuesto

de vida eterna. Dios no puede salvar al pecador en sus pecados; pero Él declara que el malo, habiendo sufrido el castigo de su culpa, será como si no hubiera sido. Dice un escritor inspirado: “Observarás su lugar, y ya no estará allí.” (Salmos 37:10.) En consecuencia del pecado de Adán, la muerte pasó a toda la humanidad. Todos igualmente bajan a la sepultura. Pero a través de las provisiones del plan de salvación, todos serán sacados de las sepulturas. Entonces los que no han asegurado el perdón de sus pecados deben recibir la pena de transgresión. Sufrirán un castigo de duración e intensidad diversas “según sus obras,” pero que terminará finalmente en la segunda muerte. Cubiertos de infamia, caerán en irreparable y eterno olvido.

En el error fundamental de la inmortalidad natural, descansa la doctrina del estado consciente de los muertos (364), doctrina que, como la de los tormentos eternos, está en pugna con las enseñanzas de las Sagradas Escrituras, con los dictados de la razón y con nuestros sentimientos de humanidad. Según la creencia popular, los redimidos en el Cielo están al cabo de todo lo que pasa en la tierra, y especialmente de lo que les pasa a los amigos que dejaron atrás. ¿Pero cómo podría ser fuente de dicha para los muertos el tener conocimiento de las aflicciones y congojas de los vivos, el ver los pecados cometidos por aquellos a quienes aman y verlos sufrir todas las penas, desilusiones y angustias de la vida? ¿Cuánto podrían gozar de la bienaventuranza del Cielo los que revolotean alrededor de sus amigos en la tierra? ¡Y cuán repulsiva es la creencia de que, apenas exhalado el último suspiro, el alma del impenitente es arrojada a las llamas del infierno! ¡En qué abismos de dolor no deben sumirse los que ven a sus amigos bajar a la tumba sin preparación para entrar en una eternidad de pecado y de dolor! Muchos han sido arrastrados a la locura por este horrible pensamiento que los atormentara.

¿Qué dicen las Sagradas Escrituras a este respecto? David declara que el hombre no es consciente en la muerte: “Pues expira, y vuelve a la tierra; En ese mismo día perecen sus proyectos.” (Salinos 146:4.) Salomón da el mismo testimonio: “Porque los que viven saben que han de morir; pero los muertos nada saben.” “También su amor, y su odio y su envidia fenecieron ya; y nunca más tendrán parte en todo lo que se hace debajo del sol.” “Adonde vas, no hay obra, ni trabajo, ni ciencia, ni sabiduría.” (Eclesiastés 9:5,6,10.)

Cuando, en respuesta a sus oraciones, la vida de Ezequías fue prolongada por quince años, el rey agradecido (365), tributó a Dios loores por su gran misericordia. En su canto de alabanza, dice por qué se alegraba: “Porque el Seol no te exaltará, ni te alabará la muerte; ni pueden los que descienden al sepulcro esperar en tu verdad. El que vive, el que vive, éste te dará alabanza, como yo hoy;” (Isaías 38:18,19). La teología de moda presenta a los justos que fallecen como si estuvieran en el Cielo gozando de la bienaventuranza y loando a Dios con lenguas inmortales, pero Ezequías no veía tan gloriosa perspectiva en la muerte. Sus palabras concuerdan con el testimonio del salmista: “Porque en la muerte no queda recuerdo de tí; En el Seol, ¿quién te alabará?” (Salmos 6:5.) “No alabarán los muertos a JAH, ni cuantos descienden al silencio.” (Salmos 115:17.)

En el día de Pentecostés, San Pedro, hablando por el Espíritu Santo dijo: “Varones hermanos, se os puede decir abiertamente acerca del patriarca David, que murió y fue sepultado, y su sepulcro está entre nosotros hasta el día de hoy.” “Porque David no subió a los Cielos.” (Hechos 2:29,34). El hecho de que David permanecerá en el sepulcro hasta el día de la resurrección, prueba que los justos no van al Cielo cuando mueren. Es sólo mediante la resurrección, y en virtud y como consecuencia de la resurrección de Cristo por lo cual David podrá finalmente sentarse a la diestra de Dios.

Y San Pablo declaró: “Porque si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó; y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aun estáis en vuestros pecados. Entonces también los que durmieron en Cristo, han perecido.” (1 Corintios 15:16-18.) ¿Si por cuatro mil años los justos habían ido (366) directamente al Cielo al morir, como se puede decir que perecieron, entonces nunca habrá una resurrección?

Cuando Jesús estaba a punto de dejar a sus discípulos, no les dijo que irían pronto a reunírsele: “Voy, pues, a preparar lugar para vosotros, - les dijo, - y si me voy y os preparo lugar, vendré otra vez, y os tomaré conmigo.” (S. Juan 14:2,3.) Y San Pablo nos dice además que “el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del Cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivamos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para salir al encuentro del Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor.” Y agrega: “Por tanto alentaos los unos a los otros con estas palabras.” (1 Tesalonicenses 4,16-18.) ¡Cuán grande es el contraste entre estas palabras de consuelo y las del ministro citado anteriormente! Este último consolaba a los amigos en duelo con la seguridad de que por pecaminoso que hubiese sido el fallecido, debió ser recibido entre los ángeles. San Pablo recuerda a sus hermanos la futura venida del Señor, cuando las losas de las tumbas serán rotas y “los muertos en Cristo” resucitarán para la vida eterna.

Antes de entrar en la mansión de los bienaventurados, todos deben ser examinados respecto a su vida; su carácter y sus actos deben ser revisados por Dios. Todos deben ser juzgados con arreglo a lo escrito en los libros y recompensados según hayan sido sus obras. Este juicio no se verifica en el momento de la muerte. Notad las palabras de San Pablo: “Por cuanto ha establecido un día, en el cual va a juzgar al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó (367), dando fe a todos con haberle levantado de los muertos.” (Hechos 17:31.) El apóstol enseña aquí lisa y llanamente que cierto momento, entonces por venir, había sido fijado para el juicio de mundo.

San Judas se refiere a aquel mismo momento cuando dice: “Y a los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada, los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día.” Y luego cita las palabras de Enoc: “He aquí, vino el Señor con sus santas decenas de millares, para hacer juicio contra todos.” (S. Judas 6:14,15.) San Juan declara que vio “a los muertos, grandes y pequeños, de pie delante de Dios; y los libros fueron abiertos,” y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros.” (Apocalipsis 20:12.)

Pero si los muertos están ya gozando de la bienaventuranza del Cielo o están retorciéndose en las llamas del infierno, ¿qué necesidad hay de un Juicio venidero? Las enseñanzas de la Palabra de Dios respecto a estos importantes puntos no son oscuras ni contradictorias; una inteligencia mediana puede entenderla. ¿Pero qué espíritu imparcial puede encontrar sabiduría o justicia en la teoría corriente? ¿Recibirán acaso los justos después del examen de sus vidas en el día del juicio, esta alabanza: “¡Bien, siervo bueno y fiel,...entra en el gozo de tu Señor!” cuando ya habrán estado habitando con Él tal vez durante siglos? ¿Se sacará a los malos del lugar de tormento para hacerles oír la siguiente sentencia del Juez de toda la tierra: “¡Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno!”? (S. Mateo 25:21,41.) ¡Burla solemne! ¡Vergonzosa ofensa inferida a la sabiduría y justicia de Dios! (368.)

En ningún pasaje de las Santas Escrituras se encuentra declaración alguna de que los justos reciban su recompensa y los malos su castigo en el momento de la muerte. Los patriarcas y los profetas no dieron tal seguridad. Cristo y sus apóstoles no la mencionaron siquiera. La Biblia enseña a las claras que los muertos no van

inmediatamente al Cielo. Se les representa como si estuvieran durmiendo hasta el día de la resurrección. El día mismo en que se corta el cordón de plata y se quiebra el tazón de oro, perecen los pensamientos de los hombres. Los que bajan a la tumba permanecen en el silencio. Nada saben de lo que se hace bajo el sol. ¡Descanso bendito para los exhaustos justos! Largo o corto, el tiempo no les parecerá más que un momento. Duermen hasta que la trompeta de Dios los despierte para entrar en una gloriosa inmortalidad. En el momento en que sean despertados de su profundo sueño, reanudarán el curso de sus pensamientos interrumpidos por la muerte. La última sensación fue la angustia de la muerte. El último pensamiento era el de que caían bajo el poder del sepulcro. Cuando se levantan de la tumba, su primer alegre pensamiento se expresará en el hermoso grito de triunfo: “¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde está, oh sepulcro, tu victoria?” (369.)

CAPITULO XXIX

El Espiritismo

La doctrina de la inmortalidad natural, preparó el camino para el espiritismo moderno. Si los muertos son admitidos a la presencia de Dios y de los santos ángeles y si son favorecidos con conocimientos que superan en mucho a los que poseían anteriormente, ¿por qué no habrían de volver a la tierra para iluminar e ilustrar a los vivos? ¿Cómo podrán los que creen en el estado consciente de los muertos rechazar lo que les viene cual luz divina comunicada por espíritus glorificados? Representan un medio de comunicación considerado sagrado, del que Satanás se vale para cumplir sus propósitos. Los ángeles caídos que ejecutan sus órdenes se presentan como mensajeros del mundo de los espíritus. Al mismo tiempo que Satanás asevera poner a los vivos en comunicación con los muertos, ejerce también su influencia fascinadora sobre las mentes de aquéllos.

Satanás puede evocar ante los hombres la apariencia de sus amigos fallecidos. La imitación es perfecta; los rasgos familiares, las palabras y el tono son reproducidos con una exactitud maravillosa. Muchas personas se consuelan con la seguridad de que sus seres queridos están gozando de las delicias del Cielo; y sin sospechar ningún peligro, dan oídos a espíritus seductores, y a enseñanzas de demonios.

Después que Satanás ha hecho creer a esas personas que los muertos vuelven en realidad a comunicarse con ellas (370), hace aparecer a seres humanos que murieron sin preparación. Estos aseguran que son felices en el Cielo y hasta que ocupan allí elevados puestos, por lo que se difunde el error de que no se hace diferencia entre los justos y los injustos. Esos supuestos visitantes del mundo de los espíritus dan a veces avisos y advertencias que resultan exactos. Luego que se han ganado la confianza, presentan doctrinas que de hecho destruyen la fe en las Santas Escrituras. Aparentando profundo interés por el bienestar de sus amigos en la tierra, insinúan los errores más peligrosos. El hecho de que dicen algunas verdades y pueden a veces anunciar acontecimientos da a sus testimonios una apariencia de verosimilitud; y sus falsas enseñanzas son aceptadas por las multitudes con tanta diligencia y creídas tan a ciegas, como si se tratara de las verdades más sagradas de la Biblia. Se rechaza la ley de Dios, se desprecia al Espíritu de gracia y se considera la sangre de la alianza como cosa profana. Los espíritus niegan la divinidad de Cristo y hasta ponen al Creador en el mismo nivel que ellos mismos. Bajo este nuevo disfraz el gran rebelde continúa llevando adelante la guerra que empezó en el Cielo y que se prosigue en la tierra desde hace unos seis mil años.

Muchos tratan de explicar las manifestaciones espiritistas atribuyéndolas por completo al fraude y a juego de manos de los médium. Pero, si bien es cierto que muchas veces se han hecho pasar supercherías por verdaderas manifestaciones, no deja de haber habido también manifestaciones de poder sobrenatural. Los llamamientos misteriosos con que empezó el espiritismo moderno no fueron resultado de la superchería o de la astucia humana (371), sino obra directa de ángeles malos, que introdujeron así uno de los engaños más eficaces para la destrucción de las almas. Muchos hombres serán entrampados por la creencia de que el espiritismo es tan sólo una impostura humana; pero cuando sean puestos en presencia de manifestaciones cuyo carácter sobrenatural no pueda negarse, serán seducidos y obligados a aceptarlas como revelación del poder divino.

Estas personas no toman en cuenta el testimonio de las Santas Escrituras respecto a los milagros de Satanás y de sus agentes. No fue sino mediante la ayuda de Satanás que los nigromantes de Faraón pudieron imitar la acción de Dios. El apóstol San Juan, describiendo el poder milagroso que se ha de dar a conocer en los últimos días, declara: “También hace grandes señales, de tal manera que aun hace descender fuego del Cielo a la tierra en presencia de los hombres. Y engaña a los moradores de la tierra a causa de las señales que se le ha permitido hacer.” (Apocalipsis 13:13,14.) Lo que se predice aquí no es una simple impostura. Los hombres serán engañados por los milagros que los agentes de Satanás no sólo pretenderán hacer, sino que de hecho tendrán poder para realizar.

Se tiene ahora el nombre mismo de hechicería en desprecio. La demanda que los hombres pueden tener intercambio con espíritus malos es considerado como una fábula de la Edad de las tinieblas. Pero el espiritismo, que numera sus convertidos por centenares de miles, sí, por millones, que ha hecho su camino en círculos científicos, que ha invadido iglesias, y ha encontrado favor en cuerpos legislativos, y aún en las cortes de reyes - ésta decepción descomunal no es mas que un reavivamiento en un disfraz nuevo de la hechicería condenado y prohibido de antiguo (372.)

Satanás engaña a los hombres ahora, como engaño a Eva en Edén, excitando un deseo de obtener conocimiento prohibido. “Seréis como Dios, - él declara, - sabiendo el bien y el mal.” Pero la sabiduría que el espiritismo imparte es la que describe el apóstol Santiago, que “no es la que desciende de lo alto, sino terrenal, natural, diabólica.” (Santiago 3:15.)

El príncipe de las tinieblas tiene una mente maestrísima, y él diestramente les adapta sus tentaciones a los hombres de cada variedad de condición y cultura. Él trabaja “con todo engaño de iniquidad,” para ganar control de los hijos de los hombres; pero él puede llevar a cabo su objetivo solamente cuando ellos voluntariamente ceden a sus tentaciones. Los que se colocan a sí mismos en su poder para favorecer sus rasgos malos de carácter, pocos se dan cuenta donde terminará esa maldición. Él tentador lleva a cabo su ruina, y entonces los emplea para arrimar otros.

A los que se consideran a sí mismos como excitantes y refinados, Satanás se dirige excitando la imaginación a recorridos arrogantes en campos prohibidos, para conducirlos a tomar gran orgullo en su sabiduría superior y en sus corazones desprecian al Eterno. A esta clase el gran engañador presenta el espiritismo en su más refinado e intelectual aspecto, y él así logra traer muchos a su trampa. El que pudo aparecer vestido con el resplandor del Serafín celestial delante de Cristo en el desierto de la tentación, viene a los hombres en la manera más atractiva, como un ángel de luz. Él apela a la razón por la presentación de temas elevados, deleita la fantasía con escenas embelesadoras (373), y obtiene los afectos por su representación elocuentes de amor y caridad. Ese ser poderoso que pudo llevar el Redentor del mundo a una montaña

sumamente alta, y traer delante de Él todos los reinos de la tierra y la gloria de ellos, presentará sus tentaciones a los hombres en una manera para pervertir los sentidos de todo aquel que no es escuchado por el poder divino.

Al sibarita, al amante de placeres, al sensual, las formas más indecentes del espiritismo son adaptadas; y multitudes ansiosamente aceptan enseñanzas que los dejan en libertad para las inclinaciones del corazón carnal. Satanás estudia todos los indicios de la fragilidad humana, nota los pecados que cada hombre está inclinado a cometer, y cuida luego de que no falten ocasiones para que las tendencias hacia el mal sean satisfechas. Tienta a los hombres para que se excedan en cosas que son legítimas en sí mismas, a fin de que la intemperancia debilite sus fuerzas físicas y sus energías mentales y morales. Ha hecho morir y está haciendo morir miles de personas por la satisfacción de las pasiones, embruteciendo así la naturaleza humana. Cuando la gente es inducida así a creer que el deseo es ley suprema, que la libertad es licencia y que el hombre no es responsable más que ante sí mismo, ¿quién puede admirarse de que la corrupción abunde por todas partes? Se da rienda suelta a la lujuria y el hombre pierde el imperio sobre sí mismo; las facultades del espíritu y del alma son sometidas a los más bestiales apetitos, y Satanás prende alegremente en sus redes a millares de personas que profesan ser discípulos de Cristo.

Pero nadie tiene por qué dejarse alucinar por los asertos engañosos del espiritismo. Dios ha dado a los hombres luz suficiente para que puedan descubrir la trampa. Si no existiera (374) otra evidencia tocante a la naturaleza real del espiritismo, debería bastar a todo cristiano el hecho de que los espíritus no hacen ninguna diferencia entre lo que es justo y lo que es pecado, entre el más noble y puro de los apóstoles de Cristo y los más degradados servidores de Satanás. Al representar al hombre más vil como si estuviera altamente exaltado en el Cielo, es como si Satanás declarara virtualmente al mundo: “No importa cuán malos seáis; no importa que creáis en Dios o en la Biblia. Vivid como gustéis, que el Cielo es vuestro hogar.”

Además esos espíritus mentirosos representan a los apóstoles como contradiciendo lo que escribieron bajo la inspiración del Espíritu Santo durante su permanencia en la tierra. Niegan el origen divino de la Biblia, anulan así el fundamento de la esperanza cristiana y apagan la luz que revela el camino hacia el Cielo.

Satanás hace creer al mundo que la Biblia no es más que una ficción, o cuando mucho un libro apropiado para la infancia de la raza, del que se debe hacer poco caso ahora, o ponerlo a un lado por anticuado. Y para reemplazar la Palabra de Dios ese mismo Satanás ofrece sus manifestaciones espiritistas. Estas están enteramente bajo su dirección y mediante ellas puede hacer creer al mundo lo que quiere. Pone en la obscuridad, precisamente donde le conviene que esté, el libro que le debe juzgar a él y a sus siervos y hace aparecer al Salvador del mundo como un simple hombre. Así como la guardia romana que vigilaba la tumba de Jesús difundió la mentira que los sacerdotes y los ancianos insinuaron para negar Su resurrección, así también los que creen en las manifestaciones espiritistas tratan de hacer creer que no hay nada milagroso en las circunstancias que rodearon la vida de Jesús. Después de procurar así que la gente no vea a Jesús (375) le llaman la atención hacia sus propios milagros y los declaran muy superiores a las obras de Cristo.

El profeta Isaías dice: “Y cuando os digan: Preguntad a los encantadores y a los adivinos, que susurran y bisbisean, responded: ¿No consultará el pueblo a su Dios? ¿Consultará a los muertos por los vivos? ¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido.” (Isaías 8:19,20.) Si los hombres hubiesen querido recibir la verdad tan claramente expresada en las Santas Escrituras que los muertos nada saben, verían en las demandas y manifestaciones del espiritismo el

trabajar de Satanás con poder con señales y prodigios mentirosos. Pero en vez de renunciar a la libertad tan cara al corazón pecaminoso y a sus pecados favoritos, la mayoría de los hombres cierra los ojos a la luz y sigue adelante sin cuidarse de las advertencias, mientras Satanás tiende sus lazos en torno de ellos y los hace presa suya. “Por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. . . Dios les envía un espíritu engañoso, para que crean la mentira.” (2 Tesalonicenses 2:10,11.)

Los que se oponen a las enseñanzas del espiritismo atacan no sólo a los hombres, sino también a Satanás y a sus ángeles. Han emprendido la lucha contra principados, potestades y malicias espirituales en los aires. Satanás no cederá una pulgada de terreno mientras no sea rechazado por el poder de mensajeros celestiales. El pueblo de Dios debe hacerle frente como lo hizo nuestro Salvador, con las palabras: “Escrito está.” Satanás puede hoy citar las Santas Escrituras como en tiempo de Cristo (376), y volverá a pervertir las enseñanzas de ellas para sostener sus engaños. Pero las declaraciones sencillas de la Biblia proporcionarán armas poderosas en cada conflicto.

Los que quieran permanecer firmes en estos tiempos de peligro deben comprender por sí mismos el testimonio de las Escrituras con respecto de la naturaleza del hombre y el estado de los muertos; porque en el futuro cercano muchos tendrán que vérselas con espíritus apelarán a nuestros más tiernos sentimientos de simpatía y harán milagros con el fin de sostener sus asertos. Debemos estar listos para resistirles con la Verdad Bíblica de que los muertos no saben nada y de que los que aparecen como tales son espíritus de demonios.

Es inminente “la hora de la prueba que está para venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra.” (Apocalipsis 3:10.) Todos aquellos cuya fe no esté firmemente cimentada en la Palabra de Dios serán engañados y vencidos. Pero a los que seriamente busquen un conocimiento de la verdad, y qué así se preparan para el conflicto, el Dios de verdad será una defensa segura. “Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré,” es la promesa del Salvador. Él enviaría a todos los ángeles del Cielo para proteger a su pueblo antes que permitir que una sola alma que confíe en Él sea vencida por Satanás.

El profeta Isaías describe el terrible engaño que seducirá a los impíos y les hará creer que están seguros de los juicios de Dios: “Tenemos hecho un pacto con la muerte, e hicimos un convenio con el Seol; cuando pase el turbión del azote, no llegará a nosotros, porque hemos puesto nuestro refugio en la mentira (377), y en la falsedad nos esconderemos.” (Isaías 28:15.) En la categoría de personas así descritas se encuentran los que en su impenitencia y obstinación se consuelan con la seguridad de que no habrá castigo para el pecador, de que todos los miembros de la humanidad, por grande que sea su corrupción, serán elevados hasta el Cielo para volverse como ángeles de Dios. Pero hay otros quienes de modo mucho más aparente están haciendo un pacto con la muerte y un convenio con el infierno. Son los que renuncian a las verdades que Dios dio como defensa para los justos en el día de congoja, y aceptan el falso refugio ofrecido en su lugar por Satanás, o sea los asertos mentirosos del espiritismo.

La obcecación de los hombres de esta generación es indeciblemente sorprendente. Miles de personas rechazan la Palabra de Dios como si no mereciese fe, mientras aceptan con absoluta confianza los engaños de Satanás. Los incrédulos y escarnecedores con gran clamor denuncian el fanatismo, como lo llaman, de los que luchan por la fe de los profetas y de los apóstoles, y se divierten ridiculizando las solemnes declaraciones de las Santas Escrituras referentes a Cristo, al plan de salvación y a la retribución que espera a los que rechazan la verdad. Fingen tener gran lástima por espíritus tan estrechos, débiles y supersticiosos, que acatan los mandatos de Dios y satisfacen las exigencias de su ley. Hacen alarde de tanto descaro como si en realidad

hubiesen hecho un pacto con la muerte y un convenio con el infierno - como si hubiesen elevado una barrera insalvable e indestructible entre ellos y la venganza de Dios. Nada puede despertar sus temores. Se han sometido tan completamente al (378) tentador, están tan ligados a él y tan dominados por su espíritu, que no tienen ni fuerza ni deseos para escapar de su lazo.

Satanás ha estado preparándose desde hace tiempo para su último esfuerzo para engañar al mundo. El cimiento de su obra lo puso en la afirmación que hiciera a Eva en el Edén: “No moriréis,” “el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal.” (Génesis 3:4,5.) Poco a poco Satanás ha preparado el camino para su obra maestra de seducción; el desarrollo del espiritismo. Hasta ahora no ha logrado realizar completamente sus designios; pero lo conseguirá en el poco tiempo que nos separa del fin. Y el mundo será barrido en las filas de este engaño. Ellos fueron pronto arrullados en una seguridad fatal, para ser despertados solamente por la efusión abundante de la ira de Dios.

Dios, el Señor, dice: “Pondré la justicia como cordel, y la rectitud como plomada; el granizo barrerá el refugio de la mentira, y las aguas inundarán el escondrijo. Y será anulado vuestro pacto con la muerte, y vuestro convenio con el infierno no será firme; cuando pase el turbión azote, seréis pisoteados por él.” (Isaías 28:17.18) (379.)

Capítulo XXX

Carácter Y Objetivos Del Papado

Los protestantes consideran hoy al romanismo con más favor que años atrás. Hay una indiferencia creciente respecto a las doctrinas que separan a las iglesias reformadas de la jerarquía papal; entre los protestantes está ganando terreno la opinión de que, al fin y al cabo, en los puntos vitales las divergencias no son tan grandes como se suponía, y que unas pequeñas concesiones de su parte los pondrían en mejor inteligencia con Roma. Tiempo hubo en que los protestantes estimaban altamente la libertad de conciencia adquirida a costa de tantos sacrificios. Enseñaban a sus hijos a tener en aborrecimiento al papado y sostenían que tratar de congeniar con Roma equivaldría a traicionar la causa de Dios. Pero ¡cuán diferentes son los sentimientos expresados hoy!

Los defensores del papismo declaran que ella ha sido calumniada, y el mundo protestante se inclina a creerlo. Muchos sostienen que es injusto juzgar a la iglesia romana de nuestros días por las abominaciones y los absurdos que la caracterizaron cuando dominaba en los siglos de ignorancia y de tinieblas. Tratan de excusar sus horribles crueldades como si fueran resultado de la barbarie de la época, y arguyen que las influencias de la civilización moderna han modificado los sentimientos de ella (380.)

¿Habrán olvidado estas personas las pretensiones de infalibilidad durante ochocientos años por tan altanero poder? Tan lejos de abandonar esta demanda, la iglesia en el siglo XIX lo ha afirmado con la más grande seguridad que alguna vez antes. ¿Como Roma afirma que ella nunca ha errado, y nunca puede errar, como puede ella renunciar los principios cuales gobernaron su curso en edades pasadas?

La iglesia papal no abandonará nunca su pretensión a la infalibilidad. Todo lo que ha hecho al perseguir a los que rechazaban sus dogmas lo da por santo y bueno; ¿y quién asegura que no volvería a las andadas siempre que se le presentase la oportunidad? Deróguense las medidas restrictivas impuestas en la actualidad por los

gobiernos civiles y déjesele a Roma que recupere su antiguo poder y se verán resucitar en el acto su tiranía y sus persecuciones.

Es verdad que hay verdaderos cristianos en la iglesia católica romana. En ella, millares de personas sirven a Dios según las mejores luces que tienen. Les es prohibido leer su Palabra, debido a lo cual no pueden discernir la verdad. Nunca han visto el contraste que existe entre el culto o servicio vivo rendido con el corazón y una serie de meras formas y ceremonias. Pero Dios mira con tierna misericordia a esas almas educadas en una fe engañosa e insuficiente. Hará penetrar rayos de luz a través de las tinieblas que las rodean. Les revelará la verdad tal cual es en Jesús y ellos se unirán aún a su pueblo.

Pero el romanismo, como sistema, no está actualmente más en armonía con el Evangelio de Cristo que en cualquier otro período de su historia. Las iglesias protestantes se hallan (381) sumidas en grandes tinieblas, pues de lo contrario discernirían las señales de los tiempos. La iglesia romana abarca mucho en sus planes y modos de operación. Emplea toda clase de estratagemas para extender su influencia y aumentar su poder, mientras se prepara para una lucha violenta y resuelta a fin de recuperar el gobierno del mundo, restablecer las persecuciones y deshacer todo lo que el protestantismo ha hecho. El catolicismo está ganando terreno en nuestro país en todas direcciones. Véase el número de sus iglesias y capillas. Véase sus colegios y seminarios, tan patrocinados por los protestantes. Estos hechos deberían inspirar ansiedad a todos lo que aprecian los puros principios del Evangelio.

Los protestantes se han entremetido con el papado y lo han patrocinado; han hecho transigencias y concesiones que sorprenden a los mismos papistas y les resultan incomprensibles. Los hombres cierran los ojos ante el verdadero carácter del romanismo, ante los peligros que hay que temer de su supremacía. Hay necesidad de despertar al pueblo de nuestra tierra para hacerle rechazar los avances de este enemigo peligrosísimo de la libertad civil y religiosa.

Muchos suponen que la religión católica no es atractiva y que su culto es una serie de ceremonias áridas y tontas. Pero están equivocados. Si bien el romanismo se basa en el engaño, no es una impostura grosera ni desprovista de arte. El culto de la iglesia romana es un ceremonial que impresiona profundamente. Lo brillante de sus ostentaciones y la solemnidad de sus ritos fascinan los sentidos del pueblo y acallan la voz de la razón y de la conciencia. Todo encanta a la vista. Sus soberbias iglesias, sus procesiones imponentes, sus altares de oro, sus relicarios de joyas, sus pinturas escogidas y sus exquisitas esculturas (382), todo apela al amor de la belleza. Al oído también se le cautiva. Su música no tiene igual. Los graves acordes del órgano poderoso, unidos a la melodía de numerosas voces que resuenan y repercuten por entre las elevadas naves y columnas de sus grandes catedrales, no pueden dejar de producir en los espíritus impresiones de respeto y reverencia.

Este esplendor, esta pompa y estas ceremonias exteriores, que no sirven más que para dejar burlados los anhelos de las almas enfermas de pecado, son clara evidencia de la corrupción interior. La religión de Cristo no necesita de tales atractivos para hacerse recomendable. Bajo los rayos de luz que emite la cruz, el verdadero cristianismo se muestra tan puro y tan hermoso, que decoración exterior puede solo ocultar su verdadero valor. Es la hermosura de la santidad, o sea un espíritu manso y apacible, lo que tiene valor delante de Dios.

La brillantez del estilo no es indicio de pensamientos puros y elevados. Los conceptos del arte más elevados y los refinamientos del gusto, frecuentemente se producen de una mente completamente carnal y sensual. Satanás suele valerse a menudo de ellos para hacer olvidar a los hombres las necesidades del alma, para hacerles perder

de vista la vida futura e inmortal, para alejarlos de su Salvador infinito e inducirlos a vivir para este mundo solamente.

Una religión de ceremonias exteriores es propia para atraer al corazón irregenerado. La pompa y el ceremonial del culto católico ejercen un poder seductor, fascinador, que engaña a muchas personas, las cuales llegan a considerar a la iglesia romana como la verdadera puerta del Cielo. Ninguno es prueba contra su influencia sólo los que han plantado sus pies firmemente sobre la fundación de la verdad, y cuyos corazones son renovados por el Espíritu de Dios. Miles quienes no tienen un conocimiento experimental de Cristo serán barridos en esta decepción (383.) Una forma de piedad sin el poder es solamente lo que ellos desean. El católico romano se siente en libertad de pecar, porque la iglesia demanda el derecho de perdonar. Sin embargo, para todo aquel a quien le agrade satisfacer sus malas tendencias, es más fácil confesarse con un pobre mortal que abrir su alma a Dios. Es más grato a la naturaleza humana hacer penitencia que renunciar al pecado. Es más fácil mortificar la carne usando cilicios, ortigas y cadenas desgarradoras que renunciar a los deseos carnales. Harto pesado es el yugo que el corazón carnal está dispuesto a cargar antes de doblegarse al yugo de Cristo.

Hay una semejanza sorprendente entre la iglesia de Roma y la iglesia judaica del tiempo del primer advenimiento de Cristo. Mientras los judíos pisoteaban secretamente todos los principios de la ley de Dios, en lo exterior eran estrictamente rigurosos en la observancia de los preceptos de ella, recargándola con exacciones y tradiciones que hacían difícil y pesado el cumplir con ella. Así como los judíos profesaban reverenciar la ley, así también los romanistas dicen reverenciar la cruz. Exaltan el símbolo de los sufrimientos de Cristo, al par que niegan con su vida a Aquel a quien ese símbolo representa.

Los papistas colocan la cruz sobre sus iglesias, sobre sus altares y sobre sus vestiduras. Por todas partes se ve la insignia de la cruz. Por todas partes se la honra y exalta exteriormente. Pero las enseñanzas de Cristo están sepultadas bajo un montón de tradiciones absurdas, interpretaciones falsas y exacciones rigurosas. Las palabras del Salvador respecto a los judíos hipócritas se aplican con mayor razón aún a los jefes romanos: “Atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres: pero ellos ni con un dedo quieren moverlas.” (S. Mateo 23:4) (384.) Almas concienzudas quedan presa constante del terror, temiendo la ira de un Dios ofendido, mientras los dignatarios de la iglesia viven en el lujo y los placeres sensuales. Satanás instiga el culto de las imágenes, la invocación de los santos y la exaltación del papa para alejar de Dios y de su Hijo el espíritu del pueblo. Para asegurar su ruina, se esfuerza en distraer su atención del Único que puede asegurarles la salvación. Dirigirá las almas hacia cualquiera que pueda substituir a Aquel que dijo: “Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, y yo os haré descansar.” (S. Mateo 11:28.)

Satanás se esfuerza siempre en presentar de un modo falso el carácter de Dios, la naturaleza del pecado y las verdaderas consecuencias que tendrá la gran controversia. Por su sofistería él ciega las mentes de los hombres, y les asegura como sus agentes para la guerra contra Dios. Debido a conceptos erróneos de los atributos de Dios, las naciones paganas fueron inducidas a creer que los sacrificios humanos eran necesarios para asegurarse el favor divino; y se perpetraron las más horrendas crueldades bajo las diversas formas de la idolatría. La iglesia romana, al unir las formas del paganismo con las del cristianismo, y en la misma manera al presentar el carácter de Dios bajo falsos colores, recurrió a prácticas no menos crueles, horribles y repugnantes. En tiempo de la supremacía romana, había instrumentos de tortura para obligar a los hombres a aceptar sus doctrinas. Existía la hoguera para los que no querían hacer concesiones a sus

exigencias. Hubo horribles matanzas de tal magnitud que nunca será conocida a los mortales. Dignatarios de la iglesia, dirigidos por su maestro Satanás, se afanaban por idear nuevos refinamientos de tortura (385) que hicieran padecer lo indecible sin poner término a la vida de la víctima. El proceso infernal se repetía hasta los límites extremos de la resistencia humana, de manera que la naturaleza quedaba rendida y la víctima suspiraba por la muerte como por dulce alivio.

Tal era la suerte de los adversarios de Roma. Para sus adherentes disponía de la disciplina del azote, del tormento del hambre y de la sed, y de las mortificaciones corporales más lastimeras que se puedan imaginar. Para asegurarse el favor del Cielo, los penitentes violaban las leyes de Dios al violar las leyes de la naturaleza. Se les enseñaba a disolver cada lazo que Dios instituyó para bendecir y amenizar la estada del hombre en la tierra. Los cementerios encierran millones de víctimas que se pasaron la vida luchando en vano para dominar los pensamientos y sentimientos de simpatía hacia sus semejantes.

Si deseamos comprender la resuelta crueldad de Satanás, manifestada en el curso de los siglos, no entre los que jamás oyeron hablar de Dios, sino en el corazón mismo de la cristiandad y por toda su extensión, no tenemos más que echar una mirada en la historia del romanismo. Y si consideramos lo bien que logra enmascararse y hacer su obra por medio de los jefes de la iglesia, nos daremos mejor cuenta del motivo de su antipatía por la Biblia. Siempre que sea leído este libro, la misericordia y el amor de Dios saltarán a la vista, y se echará de ver que Dios no impone a los hombres ninguna de aquellas pesadas cargas. Todo lo que Él pide es un corazón contrito y un espíritu humilde y obediente.

Cristo no dio en su vida ningún ejemplo que autorice a los hombres y mujeres a encerrarse en monasterios con el pretexto de prepararse para el Cielo. Jamás enseñó que (386) debían mutilarse los sentimientos de amor y simpatía. El corazón del Salvador rebotaba de amor. Cuanto más se acerca el hombre a la perfección moral, tanto más delicada en su sensibilidad, tanto más vivo su sentimiento del pecado y tanto más profunda su simpatía por los afligidos. El papa dice ser el vicario de Cristo; ¿puede compararse su carácter con el de nuestro Salvador? ¿Viose jamás a Cristo condenar hombres a la cárcel o al tormento porque se negaran a rendirle homenaje como Rey del Cielo? ¿Acaso se le oyó condenar a muerte a los que no le aceptaban? Cuando fue menospreciado por los habitantes de un pueblo samaritano, el apóstol Juan se llenó de indignación y dijo: “Señor, ¿quieres que mandemos que descienda fuego del Cielo, como hizo también Elías y los consuma?” Jesús miró a su discípulo con compasión y le reprendió por su aspereza, diciendo: “El Hijo del hombre no ha venido para destruir las almas de los hombres, sino para salvarlas.” (S. Lucas 9:54,56.) ¡Cuán diferente del de su pretendido vicario es el espíritu manifestado por Cristo!

La iglesia romana le pone actualmente al mundo una cara apacible, y presenta disculpas por sus horribles crueldades. Se ha puesto vestiduras como las de Cristo; pero en realidad no ha cambiado. Todos los principios formulados por el papismo en edades pasadas subsisten en nuestros días. Las doctrinas inventadas en los siglos más tenebrosos siguen profesándose aún. Nadie se engañe. El papismo que los protestantes están ahora tan dispuestos a abrazar y honrar, es el mismo que gobernaba al mundo en tiempos de la Reforma, cuando se levantaron hombres de Dios con peligro de sus vidas para denunciar la iniquidad de él. El romanismo sostiene las mismas orgullosas pretensiones (387) con que supo dominar sobre reyes y príncipes y arrogarse las prerrogativas de Dios. Su espíritu no es hoy menos cruel ni despótico que cuando destruía la libertad humana y mataba a los santos del Altísimo.

El papado es precisamente lo que la profecía declaró que sería: la apostasía de los postreros días. Forma parte de su política asumir el carácter que le permita realizar mejor sus fines; pero bajo la apariencia variable del camaleón oculta el mismo veneno de la serpiente. “No estamos obligados a aguardar fe y promesas a herejes,” ella declara. ¿Será posible que este poder cuya historia se escribió durante mil años con la sangre de los santos, sea ahora reconocido como parte de la iglesia de Cristo?

Que no es irrazonable la demanda que se ha puesto que el catolicismo es ahora casi como protestantismo. Ha habido un cambio; pero el cambio está en los protestantes, no en los romanistas. El catolicismo verdaderamente se parece al protestantismo que ahora existe; pero se ha ido lejos del protestantismo como estaba en los días de Cranmer, Ridley, Knox, y otros reformadores.

Mientras las iglesias protestantes han estado buscando el favor del mundo, una falsa caridad las ha cegado. Se figuran que es justo pensar bien de todo mal; y el resultado inevitable será que al fin pensarán mal de todo bien. En lugar de salir en defensa de la fe que fue dada antiguamente a los santos, no parecen sino disculparse ante Roma por haberla juzgado con tan poca caridad y pedirle perdón por la estrechez de miras que manifestaron.

Muchos, aun entre los que no favorecen al romanismo, se dan poca cuenta del peligro con que les amenaza (388) el poder y la influencia de Roma. Insisten en que las tinieblas intelectuales y morales que prevalecían en la Edad Media favorecían la propagación de sus dogmas y supersticiones junto con la opresión, y que el mayor caudal de inteligencia de los tiempos modernos, la difusión general de conocimientos y la libertad siempre mayor en materia de religión, impiden el reavivamiento de la intolerancia y de la tiranía. Se ridiculiza la misma idea de que pudiera volver un estado de cosas semejantes en nuestros tiempos de luces. Es verdad que sobre esta generación brilla mucha luz intelectual, moral y religiosa. De las páginas abiertas de la santa Palabra de Dios, ha brotado luz del Cielo sobre la tierra. Pero no hay que olvidar que cuanto mayor sea la luz concedida, tanto más densas también son las tinieblas de aquellos que la pervierten o la rechazan.

Un estudio de la Biblia hecho con oración mostrada a los protestantes el verdadero carácter del papado y se lo haría aborrecer y rehuir; pero los hombres son tan sabios en su propia opinión que no sienten ninguna necesidad de buscar humildemente a Dios para ser conducidos a la verdad. Aunque se enorgullecen de su ilustración, desconocen tanto las Sagradas Escrituras como el poder de Dios. Necesitan algo para calmar sus conciencias, y buscan lo que es menos espiritual y humillante. Lo que desean es un modo de olvidar a Dios, pero que parezca recordarlo. El papado responde perfectamente a las necesidades de todas esas personas. Es adecuado a dos clases de seres humanos que abarcan casi a todo el mundo: los que quisieran salvarse por sus méritos, y los que quisieran salvarse en sus pecados. Tal es el secreto de su poder (389.)

Ha quedado probado cuánto favorecieron el éxito del papado los períodos de tinieblas intelectuales. También quedará demostrado que una época de grandes luces intelectuales es igualmente favorable a su triunfo. En otro tiempo, cuando los hombres no poseían la Palabra de Dios ni conocían la verdad, sus ojos estaban vendados y miles cayeron en la red que no veían tendida ante sus pies. En esta generación, son muchos aquellos cuyos ojos están ofuscados por el brillo de las especulaciones humanas, o sea por la “falsamente llamada ciencia”; no alcanzan a ver la red y caen en ella tan fácilmente como si tuviesen los ojos vendados. Dios dispuso que las facultades intelectuales del hombre fuesen consideradas como don de su Creador y que fuesen empleadas en provecho de la verdad y de la justicia; pero cuando ellos están idolatrados,

y puestos sobre el santuario de Satanás serán empleados en el servicio de una religión falsa, entonces inteligencia puede realizar más grande daño que ignorancia.

En los movimientos que se realizan actualmente en este país (Estados Unidos de Norteamérica) para asegurar el apoyo del estado a las instituciones y prácticas de la iglesia, los protestantes están siguiendo las huellas de los papistas. Más aún, están abriendo la puerta para que el papado recobre en la América protestante la supremacía que perdió en el Viejo Mundo. Y lo que da más significado a esta tendencia es la circunstancia de que el objeto principal que se tiene en vista es imponer la observancia del domingo, institución que vio la luz en Roma y que el papado proclama como signo de su autoridad.

El espíritu del papado, es decir, el espíritu de conformidad con las costumbres mundanas, la mayor veneración por las tradiciones humanas que por los mandatos de Dios, el que está penetrando en las iglesias protestantes e induciéndolas a hacer (390) la misma obra de exaltación del domingo que el papado lo hizo antes que ellas. Quiere saber el lector cuáles son los medios que se emplearán en la contienda por venir, no tiene más que leer la descripción de los que Roma empleó con el mismo fin en siglos pasados. ¿Desea saber cómo los papistas unidos a los protestantes procederán con los que rechacen sus dogmas? Considere el espíritu que Roma manifestó contra el sábado y sus defensores.

Edictos reales, concilios humanos y ordenanzas de la iglesia sostenidos por el poder civil fueron los peldaños por medio de los cuales el día de fiesta pagano alcanzó su puesto de honor en el mundo cristiano. La primera medida pública que impuso la observancia del domingo fue la ley promulgada (A.D. 321) por Constantino, dos años antes de su profesión de fe. Dicho edicto requería que los habitantes de las ciudades descansaran en “el venerable día del sol,” pero permitía a los del campo que prosiguiesen sus faenas agrícolas. A pesar de que originalmente era una la ley pagana, fue impuesta por el emperador después que hubo aceptado nominalmente la religión cristiana.

El mandato real no confirma un sustituto suficiente para la autoridad divina, el obispo de Roma en seguida confirió sobre el domingo el título de día del Señor. Otro obispo, quien también buscó el favor de los príncipes, y quien era el amigo especial y lisonjero de Constantino, formuló la declaración que Cristo había transferido del sábado al domingo. No se produjo un solo testimonio de las Escrituras en prueba de la nueva doctrina. Las prendas sagradas en las que el falso sábado era ataviado eran fabricación de hombre; pero sirvieron para alentar hombres a (391) pisotear la ley de Dios. Todos los que deseaban ser honrados por el mundo aceptaron el día festivo popular.

Con el afianzamiento del papado fue enaltecándose más y más la institución del domingo. Por algún tiempo el pueblo siguió ocupándose en los trabajos agrícolas fuera de las horas de culto, y el nombre sábado todavía se le atribuía al séptimo día. Pero lenta y seguramente fue efectuándose el cambio. Se prohibió a los magistrados que fallaran en lo civil los domingos. Poco después se dispuso que todos sin distinción de clase social se abstuviesen del trabajo ordinario, bajo pena de multa para los señores y de azotes para los siervos. Más tarde se decretó que los ricos serían castigados con la pérdida de la mitad de sus bienes y que finalmente, si se obstinaban en desobedecer, se les hiciese esclavos. Los de las clases inferiores debían sufrir destierro perpetuo.

Se recurrió también a los milagros. Entre otros casos maravillosos, se refería que un campesino que iba a labrar su campo en día domingo limpió su arado con un hierro que le penetró en la mano, y por dos años enteros no lo pudo sacar, “sufriendo con ello mucho dolor y vergüenza.”

Más tarde, el papa ordenó que los sacerdotes del campo amonestasen a los que violasen el domingo y los indujeran a venir a la iglesia para rezar, no fuese que atrajesen alguna gran calamidad sobre sí mismos y sobre sus vecinos. Un concilio eclesiástico adujo el argumento tan frecuentemente empleado desde entonces, de que en vista de que algunas personas habían sido muertas por el rayo mientras trabajaban en día domingo, ése debía ser el día de reposo. “Es evidente - decían los preladados - cuán grande era el desagrado de Dios al verlos despreciar ese día.”(392.)

Luego se dirigió un llamamiento para que los sacerdotes y ministros, reyes y príncipes y todos los fieles “hicieran cuanto les fuera posible para que ese día fuese repuesto en su honor y para que fuese más devotamente observado en lo por venir, para honra de la cristiandad.”

Como los decretos de los concilios resultaban insuficientes, se instó a las autoridades civiles a promulgar un edicto que inspirase terror al pueblo y le obligase a abstenerse de trabajar el domingo. En un sínodo reunido en Roma, todos los decretos anteriores fueron confirmados con mayor fuerza y solemnidad, incorporados en la ley eclesiástica y puestos en vigencia por las autoridades civiles en casi toda la cristiandad.

A pesar de esto la falta de autoridad Bíblica en favor de la observancia del domingo no originaba pocas dificultades. El pueblo ponía en tela de juicio el derecho de sus maestros para echar a un lado la declaración positiva de Jehová: “El séptimo día sábado es del Señor tu Dios” a fin de honrar el día del sol. Se necesitaban otros expedientes para suplir la falta de testimonios Bíblicos, Satanás estaba listo con otros expedientes. Un celoso defensor del domingo que visitó a fines del siglo XII las iglesias de Inglaterra, encontró resistencia por parte de testigos fieles de la verdad; sus esfuerzos resultaron tan inútiles que abandonó el país por algún tiempo en busca de medios que le permitiesen apoyar sus enseñanzas. Cuando regresó, la falta había sido suplida y entonces tuvo mayor éxito. Había traído consigo un rollo que presentaba como del mismo Dios, y que contenía el mandamiento que se necesitaba para la observancia del domingo, con terribles amenazas para aterrar a los desobedientes. Se afirmaba que ese precioso documento, fraude tan vil como (393) la institución misma que pretendía afianzar, había caído del Cielo y había sido encontrado en Jerusalén sobre el altar de San Simeón, en el Gólgota. De donde procedía era del palacio pontifical de Roma. La jerarquía papal consideró siempre como legítimos los fraudes y las adulteraciones que favoreciesen el poder y la prosperidad de la iglesia.

El rollo prohibía trabajar desde la hora novena (3 de la tarde) del sábado hasta la salida del sol el lunes; y su autoridad se declaraba confirmada por muchos milagros. Se decía que personas que habían trabajado más allá de la hora señalada habían sufrido ataques de parálisis. Un molinero que intentó moler su trigo vio salir en vez de harina un chorro de sangre y la rueda del molino se paró a pesar del buen caudal de agua. Una mujer que había puesto masa en el horno la encontró cruda al sacarla, no obstante el horno había estado muy caliente. Otra que había preparado su masa para cocer el pan a la hora novena, pero resolvió ponerla a un lado hasta el lunes, la encontró convertida en panes y cocida por el poder divino. Un hombre que coció pan después de la novena hora del sábado, encontró, al partirlo por la mañana siguiente, que salía sangre de él. Mediante tales invenciones absurdas y supersticiosas fue cómo los abogados del domingo trataron de hacerlo sagrado.

Tanto en Escocia como en Inglaterra se logró hacer respetar mejor el domingo mezclándolo en parte con el sábado antiguo. Pero variaba el tiempo que se debía guardar como sagrado. Una ley fue pasada que “se debía considerar como santo el sábado a partir del medio día” (394) y que desde ese momento hasta el lunes nadie debía ocuparse en trabajos mundanos.

Pero a pesar de todos los esfuerzos hechos para establecer la santidad del domingo, los mismos papistas confesaban públicamente la autoridad divina del sábado y el origen humano de la institución que lo había suplantado. En el siglo XVI un concilio papal ordenó explícitamente: “Recuerden todos los cristianos que el séptimo día fue consagrado por Dios y aceptado y observado no sólo por los judíos, sino también por todos los que querían adorar a Dios; no obstante nosotros los cristianos hemos cambiado el sábado de ellos en el día del Señor, domingo.” Los que estaban pisoteando la ley divina no ignoraban el carácter de la obra que estaban realizando. Se estaban colocando deliberadamente por encima de Dios.

Un ejemplo sorprendente de la política de Roma contra los que honran el sábado se encuentra en la larga y sangrienta persecución de los valdenses. Otros sufrieron de modo parecido por su fidelidad a la misma verdad. En medio de las tinieblas de la Edad Media, se perdió de vista a los cristianos del África central, quienes, olvidados del mundo, gozaron de plena libertad en el ejercicio de su fe. Pero al fin Roma descubrió su existencia y el emperador de Abisinia fue pronto inducido a reconocer al papa como vicario de Cristo. Esto fue principio de otras concesiones. Se proclamó un edicto que prohibía la observancia del sábado, bajo las penas más severas. Pero la tiranía papal se convirtió luego en yugo amargo y los abisinios resolvieron sacudirlo. Después de una lucha terrible, los romanistas fueron expulsados de Abisinia (395) y la antigua fe fue restablecida. Las iglesias se regocijaron en su libertad y no olvidaron jamás la lección que habían aprendido respecto al engaño, al fanatismo y al poder despótico de Roma. En medio de su reino aislado se sintieron felices de permanecer desconocidos para el resto de la cristiandad.

Las iglesias de Africa observaban el sábado como lo había observado la iglesia papal antes de su completa apostasía. Al mismo tiempo que guardaban el séptimo día en obediencia al mandamiento de Dios, se abstendían de trabajar el domingo conforme a la costumbre de la iglesia. Al lograr el poder supremo, Roma había pisoteado el día de reposo de Dios para enaltecer el suyo propio; pero las iglesias de Africa, desconocidas por cerca de mil años, no participaron de esta apostasía. Cuando cayeron bajo el cetro de Roma, fueron forzadas a dejar a un lado el verdadero día de reposo y a exaltar el falso; pero apenas recobraron su independencia volvieron a obedecer el cuarto mandamiento.

Estos recuerdos de lo pasado ponen claramente de manifiesto la enemistad de Roma contra el verdadero día de reposo y sus defensores, y los medios que emplea para honrar la institución creada por ella. La Palabra de Dios nos enseña que estas escenas han de repetirse cuando papistas y los protestantes se unan para exaltar el domingo. (Apocalipsis 13:11,12.) Por casi cuarenta años los reformadores del sábado han presentado este testimonio al mundo. En los eventos que ahora están sucediendo se ha visto un avance rápido hacia el cumplimiento de la predicción. Hay el mismo reclamo de autoridad divina para guardar el domingo, y la misma falta de evidencia Bíblica, como en (396) los días de la supremacía papal. La aserción que los juicios de Dios están visitando sobre los hombres porque su violación del sábado a domingo, será repetida. Ya han comenzado a ser instados.

La sagacidad y astucia de la iglesia romana asombran. Puede leer el porvenir. Se da tiempo viendo que las iglesias protestantes le están rindiendo homenaje con la aceptación del falso día de reposo y que se preparan emplear con los mismos medios que ella empleó en tiempos pasados. Los que rechazan la luz de la verdad buscarán aún la ayuda de este poder que se titula infalible, a fin de exaltar una institución que debe su origen a Roma. No es difícil prever cuán apresuradamente ella acudirá en ayuda de los

protestantes en este movimiento. ¿Quién mejor que el papismo para saber cómo entendiérselas con los que desobedecen a la iglesia?

El mundo cristiano sabrá que es realmente romanismo, pero ya será tarde para salir de la trampa. Roma está aumentando sigilosamente su poder. Sus doctrinas están ejerciendo su influencia en las cámaras legislativas, en las iglesias y en los corazones de los hombres. Por todo el país se está levantando sus masivas y altas estructuras, en los escondrijos secretos de los cuales sus persecuciones anteriores serán repetidas. Ella está furtivamente e insospechadamente fortaleciendo sus fuerzas para adelantar sus propios fines para cuando el tiempo llegue dar el golpe. Todo lo que ella desea es aventajar terreno, y esto se le dará pronto. En el futuro cercano veremos y sentiremos cual es el verdadero propósito del elemento Romano. Quien crea y obedezca la Palabra de Dios así incurrirá reproche y persecución (397.)

Capítulo XXXI

El Conflicto Inminente

La nación más grande y más favorecida sobre la tierra es Estados Unidos. Una providencia de gracia ha amparado este país, y ha vaciado sobre ella las más escogidas bendiciones del Cielo. Aquí el perseguido y oprimido han encontrado refugio. Aquí la fe cristiana en su pureza ha sido enseñada, estas gentes han sido los recipientes de gran luz y misericordias sin rival. Pero estos regalos han sido correspondidos con ingratitud y olvido de Dios. El Infinito tiene cuenta con las naciones, y su culpa se proporciona a la luz rechazada. Un registro temeroso ahora es puesto en el registro del Cielo contra nuestro país; pero el crimen que llenará la medida de su iniquidad es lo de hacer invalidar la ley de Dios.

Entre las leyes de hombres y los preceptos de Jehová vendrá el último conflicto grande de la controversia entre verdad y error. Sobre esta batalla ahora entramos, - una batalla no entre iglesias de rivales contendiendo por la supremacía, sino entre la religión de la Biblia y la religión de fábula y tradición. Las agencias que se unirán contra la verdad y rectitud en esta lucha están ahora activamente trabajando. La Palabra Sagrada de Dios, que se nos ha dado (398) a un costo tal de sufrimiento y sangre, es de poco valor. La Biblia está dentro del alcance de todos, pero hay pocos que de veras la aceptan como la guía de vida. Infidelidad prevalece a una extensión alarmante, no en el mundo meramente, pero en la iglesia. Muchos han llegado a negar doctrinas que son las columnas mismas de la fe cristiana. Los grandes hechos de la Creación como son presentados por los escritores inspirados, la caída del hombre, la expiación, y la perpetuidad de la ley de Dios, son rechazados prácticamente por una parte grande del mundo declaradamente cristiano. Miles que se enorgullecen en su propia sabiduría y su independencia consideran como una evidencia de debilidad colocar confianza implícita en la Biblia, y una prueba de talento superior y aprender a reparar en las Escrituras a espiritualizar y explicar la mayoría de verdades importantes. Muchos ministros enseñan al pueblo, y muchos profesores y maestros instruyen a sus estudiantes, que la ley de Dios ha sido cambiada o abrogada; y ridiculizan a los que son tan sencillos como para admitir todas sus demandas.

Al rechazar la verdad, los hombres rechazan al Autor de ella. Al pisotear la ley de Dios, se niega la autoridad del Legislador. Es tan fácil hacer un ídolo de las falsas doctrinas y teorías como tallar un ídolo de madera o piedra. Satanás conduce a hombres a concebir de Dios en un carácter falso, como tener atributos que no posee. Han

entronizado un ídolo filosófico en lugar de Jehová, mientras que el Dios Verdadero, tal cual está revelado en su Palabra, en Cristo y en las obras de la creación, no es adorado más que por un número relativamente pequeño. Miles y miles deifican la naturaleza al paso que niegan al Dios de ella. Aunque en forma diferente, la idolatría existe en el mundo (399) cristiano de hoy tan ciertamente como existió entre el antiguo Israel en tiempos de Elías. El Dios de muchos así llamados sabios, o filósofos, poetas, políticos, periodistas - el Dios de los círculos selectos y a la moda, de muchos colegios y universidades y hasta de muchos centros de teología - no es mucho mejor que Baal, o el dios - sol de los fenicios.

Ninguno de los errores aceptados por el mundo cristiano ataca más atrevidamente la autoridad de Dios, ninguno está en tan abierta oposición con las enseñanzas de la razón, ninguno es de tan perniciosos resultados como la doctrina moderna que tanto cunde, de que la ley de Dios ya no es más de carácter obligatorio para los hombres. Cada nación tiene sus leyes, las cuales demandan respeto y obediencia; y ¿no tendrá el Creador de los Cielos y la tierra ninguna ley que gobierne los seres que ha hecho? Supongamos que los ministros más eminentes se pusiesen a predicar que las leyes que gobiernan a su país y amparan los derechos de los ciudadanos no estaban más en vigencia, que por coartar las libertades del pueblo ya no se les debe obediencia. ¿Por cuánto tiempo se tolerarían semejantes prédicas? ¿Pero es acaso mayor ofensa desdeñar las leyes de los estados y de las naciones que pisotear los preceptos divinos, que son el fundamento de todo gobierno? Cuando la norma de rectitud es puesta a un lado, el camino es abierto al príncipe de mal para establecer su reglamento en la tierra.

Más acertado sería que las naciones aboliesen sus estatutos y dejaran al pueblo hacer lo que quisiese, antes de que el Legislador del universo anulase su ley y dejase al mundo sin norma para condenar al culpable o justificar al obediente. ¿Queremos saber cuál sería el resultado de la abolición de la ley de Dios? El (400) experimento se ha hecho ya. Terribles fueron las escenas que se desarrollaron en Francia cuando el ateísmo ejerció el poder. Entonces el mundo vio que rechazar las restricciones que Dios impuso equivale a aceptar el gobierno de los más crueles y despóticos. Cuando se echa a un lado la norma de justicia, queda abierto el camino para que el príncipe del mal establezca su poder en la tierra.

Siempre que se rechazan los preceptos divinos, el pecado deja de parecer culpa y la justicia deja de ser deseable. Los que se niegan a someterse al gobierno de Dios son completamente incapaces de gobernarse a sí mismos. Debido a sus enseñanzas perniciosas, se implanta el espíritu de insubordinación en el corazón de los niños y jóvenes, de suyo insubordinados, y se obtiene como resultado un estado social donde la anarquía reina soberana. Al paso que se burlan de la credulidad de los que obedecen las exigencias de Dios, las multitudes aceptan con avidez los engaños de Satanás. Se entregan a sus deseos desordenados y practican los pecados que acarrearán los juicios de Dios sobre los paganos.

Rechácense enteramente los límites impuestos por la ley divina y pronto se despreciarán las leyes humanas. Los hombres están dispuestos a pisotear la ley de Dios por considerarla como un obstáculo para su prosperidad material, porque ella prohíbe las prácticas deshonestas, la codicia, la mentira y el fraude; pero ellos no se imaginan lo que resultaría de la abolición de los preceptos divinos. Si la ley no tuviera fuerza alguna ¿por qué habría de temerse el transgredirla? La propiedad ya no estaría segura. Cada cual se apoderaría por la fuerza de los bienes de su vecino, y el más fuerte se haría el más rico. Ni siquiera se respetaría la vida los que desatienden los mandamientos de Dios siembran desobediencia para cosechar desobediencia. La institución del matrimonio

dejaría de ser baluarte sagrado para la protección de la familia. El (401) que pudiera, si así lo deseara, tomaría la mujer de su vecino. El quinto mandamiento sería puesto a un lado junto con el cuarto. Los hijos no vacilarían en atentar contra la vida de sus padres, si al hacerlo pudiesen satisfacer los deseos de sus corazones corrompidos. El mundo civilizado se convertiría en una horda de ladrones y asesinos, y la paz, la tranquilidad y la dicha desaparecerían de la tierra.

La doctrina de que los hombres no están obligados a obedecer los mandamientos de Dios ha debilitado ya el sentimiento de la responsabilidad moral y ha abierto anchas las compuertas para que la iniquidad anegue el mundo. La licencia, la disipación y la corrupción nos invaden como ola abrumadora. Satanás está trabajando en el seno de las familias. Su bandera flota hasta en los hogares de los que profesan ser cristianos. En ellos se ven la envidia, las sospechas, la hipocresía, la frialdad, la rivalidad, las disputas, las traiciones y el desenfreno de los apetitos. Todo el sistema de doctrinas y principios religiosos que deberían formar el fundamento y mareo de la vida social, parece un grupo tambaleante a punto de desmoronarse en ruinas. Los más viles criminales, echados en la cárcel por sus delitos, son a menudo objeto de atenciones y obsequios como si hubiesen llegado a un envidiable grado de distinción. Se da gran publicidad a las particularidades de su carácter y a sus crímenes. La prensa publica los detalles escandalosos de vicio, iniciando así a otros en la práctica del fraude, del robo y del asesinato, y Satanás se regocija del éxito de sus infernales designios. La infatuación del vicio, la criminalidad, el terrible incremento de la intemperancia y de la iniquidad, en toda forma y grado, deberían llamar la atención de todos los que temen a Dios para que vieran lo que podría hacerse para contener el desborde del mal (402.)

Los tribunales están corrompidos. Los magistrados se dejan llevar por el deseo de las ganancias y el afán de los placeres sensuales. La intemperancia ha obcecado las facultades de muchos, de suerte que Satanás los dirige casi a su gusto. Los juristas se dejan pervertir, sobornar y engañar. La embriaguez y las orgías, la pasión, la envidia, la mala fe bajo todas sus formas se encuentran entre los que administran las leyes. “La justicia se puso lejos; porque la verdad tropezó en la plaza, y la rectitud no pudo entrar.” (Isaías 59:14.)

La iniquidad y las tinieblas espirituales que prevalecieron bajo la supremacía papal fueron resultado inevitable de la supresión de las Sagradas Escrituras. ¿Pero dónde está la causa de la incredulidad general, del rechazamiento de la ley de Dios y de la corrupción consiguiente bajo el pleno resplandor de la luz del Evangelio en esta época de libertad religiosa? Ahora que Satanás no puede gobernar al mundo negándole las Escrituras, recurre a otros medios para alcanzar el mismo objeto. Destruir la fe en la Biblia responde tan bien a sus designios como destruir la Biblia misma. Insinuando la creencia de que la ley de Dios no es obligatoria, empuja a los hombres a transgredirla tan seguramente como si ignorasen los preceptos de ella. Y ahora, como en tiempos pasados, obra por intermedio de la iglesia para promover sus fines. Como las organizaciones religiosas de nuestros días se han negado a prestar atención a las verdades impopulares claramente enseñadas en las Santas Escrituras, que han sembrado al vuelo las semillas del escepticismo. Aferrándose al error papal de la inmortalidad natural del alma y al del estado consciente de los muertos, han rechazado la única defensa posible contra los engaños del espiritismo. Y esto no es todo. Cuando se le presenta al pueblo la obligación de observar el cuarto mandamiento (403), que ordena reposar en el séptimo día; y como único medio de librarse de un deber que no desean cumplir, muchos de ellos declaran que la ley de Dios no está ya en vigencia. De este modo rechazan al mismo tiempo la ley y el sábado. A medida que se adelante la Reforma respecto al sábado, esta manera de rechazar la ley divina y las demandas del

sábado será casi universal. Sobre aquellos dirigentes religiosos cuyas enseñanzas han abierto la puerta a la infidelidad, al espiritualismo, y desprecio por la Santa ley de Dios, descansa una responsabilidad temerosa por la iniquidad que existe en el mundo cristiano.

Sin embargo, esa misma clase de gente asegura que la corrupción que se va generalizando más y más, debe achacarse en gran parte a la violación del así llamado “día del Señor” (domingo), y que si se hiciese obligatoria la observancia de este día, mejoraría en gran manera la moralidad social. Combinando la abstinencia Reforma con el movimiento de domingo, los defensores de éste actúan como si estuviesen trabajando para promover los más altos intereses de la sociedad; de suerte que los que se niegan a unirse con ellos son denunciados como enemigos de la temperancia y de las Reformas. Pero la circunstancia de que un movimiento encaminado a establecer un error esté ligado con una obra buena en sí misma, no es un argumento en favor del error. Podemos encubrir un veneno mezclándolo con un alimento sano pero no por eso cambiamos su naturaleza. Por el contrario, lo hacemos más peligroso, pues se lo tomará con menos recelo. Una de las trampas de Satanás consiste en mezclar con el error una porción suficiente de verdad para cohonestar aquél. Los jefes del movimiento en favor del domingo pueden propagar Reformas que el pueblo necesita, principios (404) que estén en armonía con la Biblia; pero mientras mezclen con ellas algún requisito en pugna con la ley de Dios, los siervos de Dios no pueden unirse a ellos. Nada puede autorizarnos a rechazar los mandamientos de Dios para adoptar los preceptos de los hombres.

Merced a los dos errores capitales, el de la inmortalidad del alma y el de la santidad del domingo, Satanás prenderá a los hombres en sus redes. Mientras aquella forma la base del espiritismo, crea un lazo de simpatía con Roma. El protestantismo todavía extiende su mano a través del golfo para estrechar la mano del espiritualismo; alcanzará sobre el abismo abrochar manos con el poder romano; y bajo la influencia de esta unión triple, nuestro país seguirá en los pasos de Roma pisoteando los derechos de conciencia.

El espiritualismo está ahora cambiando su forma, velando algunas de sus características mas objetables e inmorales, y asumiendo un modo cristiano. Anteriormente denunció a Cristo y la Biblia; ahora profesa aceptar ambos. La Biblia es interpretada de una manera que es atractiva al corazón no renovado, mientras que sus verdades solemnes y vitales son hechas sin efecto. Se presenta un Dios de amor; pero su justicia, sus denunciaciones de pecado, los requisitos de su santa ley, se mantienen todos fuera de la vista. Fábulas, placenteras y hechizadoras cautivan los sentidos de los que no hacen la Palabra de Dios la fundación de su fe. El Cristo es tan verdaderamente rechazado como antes; pero Satanás ha cegado los ojos de la gente que no se discierne la decepción.

Como el espiritismo se asimila más cerca al cristianismo nominal del día, tiene poder más grande para engañar y entrapar. El mismo Satanás se convierte (405), siguiendo el orden moderno de cosas. Aparecerá con el carácter de un ángel de luz. A través de la agencia del espiritismo, milagros serán obrados, el enfermo será sanado, y muchas maravillas innegables serán ejecutadas. Y como los espíritus van a profesar fe en la Biblia, y expresan aprecio por el domingo. Su trabajo será aceptado como una manifestación de poder divino.

La línea de separación entre los que profesan ser cristianos y los impíos es actualmente apenas perceptible. Los miembros de las iglesias aman lo que el mundo ama y están listos para unirse con ellos; Satanás tiene resuelto unirlos en un solo cuerpo de este modo robustecer su causa atrayéndolos a todos a las filas del espiritismo. Los

papistas, que se jactan de sus milagros como signo cierto de que su iglesia es la verdadera, serán fácilmente engañados por este poder maravilloso, y los protestantes, que han arrojado de sí el escudo de la verdad, serán igualmente seducidos. Los papistas, los protestantes y los mundanos aceptarán igualmente la forma de la piedad sin el poder de ella, y verán en esta unión un gran movimiento para la conversión del mundo y el comienzo del milenio tan largamente esperado.

El espiritismo hace aparecer a Satanás como benefactor de la raza humana, que sana las enfermedades del pueblo y profesa presentar un sistema religioso nuevo y más elevado; pero al mismo tiempo obra como destructor. Sus tentaciones arrastran a multitudes a la ruina. La intemperancia destrona la razón, los placeres sensuales, las disputas y los crímenes la siguen. Satanás se deleita en la guerra, que despierta las más viles pasiones del alma, y arroja luego a sus víctimas, sumidas en el vicio y en la sangre, a la eternidad. Su objeto consiste en hostigar (406) a las naciones a hacerse mutuamente la guerra; pues de este modo puede distraer los espíritus de los hombres de la obra de preparación necesaria para subsistir en el día del Señor.

Satanás obra asimismo por medio de los elementos para cosechar muchedumbres de almas aún no preparadas. Tiene estudiados los secretos de los laboratorios de la naturaleza y emplea todo su poder para dirigir los elementos en cuanto Dios se lo permita. Cuando se le dejó que afligiera a Job, ¡cuán prestamente fueron destruidos rebaños, ganado, sirvientes, casas e hijos, en una serie de desgracias, obra de un momento! Es Dios quien protege a sus criaturas y las guarda del poder del destructor. Pero el mundo cristiano ha manifestado su menosprecio de la ley de Jehová, y el Señor hace exactamente lo que declaró que haría: alejará sus bendiciones de la tierra y retirará su cuidado protector de sobre los que se rebelan contra su ley y que enseñan y obligan a los demás a hacer lo mismo. Satanás ejerce dominio sobre todos aquellos a quienes Dios no guarda en forma especial. Favorecerá y hará prosperar a algunos para obtener sus fines, y atraerá desgracias sobre otros, al mismo tiempo que hará creer a los hombres que es Dios quien los aflige.

Al par que se hace pasar ante los hijos de los hombres como un gran médico que puede curar todas sus enfermedades, Satanás producirá enfermedades y desastres al punto que ciudades populosas sean reducidas a ruinas y desolación. Ahora mismo está obrando. Ejerce su poder en todos los lugares bajo mil formas; en las desgracias y calamidades de mar y tierra, en las grandes conflagraciones, en los tremendos huracanes y en las terribles tempestades de granizo, en las inundaciones, en los ciclones, en las mareas extraordinarias y en los terremotos. Destruye las cosechas casi maduras y a ello siguen la hambruna (407) y la angustia; propaga por el aire emanaciones mefíticas y miles de seres perecen en la pestilencia. Estas plagas irán menudeando más y más y se harán más y más desastrosas. La destrucción estará sobre los habitantes del mundo. Las bestias del campo gemirán, y la tierra languidecerá.

Y luego el gran engañador persuadirá a los hombres de que son los que sirven a Dios los que causan esos males. La parte de la humanidad que haya provocado el desagrado de Dios lo cargará a la cuenta. Los pocos fieles a quién el Señor ha enviado a ellos con mensajes de aviso y reprobación. Se declarará que los hombres ofenden a Dios al violar el descanso del domingo; que este pecado ha atraído calamidades que no concluirán hasta que la observancia del domingo no sea estrictamente obligatoria; y que los que proclaman la vigencia del cuarto mandamiento, haciendo con ello que se pierda el respeto debido al domingo y rechazando en favor divino, turban a la nación y alejan la prosperidad temporal. Y así se repetirá la acusación hecha antiguamente al siervo de Dios y por motivos de la misma índole: “Cuando Ajab vio a Elías, le dijo: ¿Eres tú, el que perturbas a Israel? Y él respondió: yo no he perturbado a Israel, sino tú y la casa de

tu padre, dejando los mandamientos de Jehová, y siguiendo a los Baales.” (1 Reyes 18:17,18.) Cuando con falsos cargos se haya despertado la ira del pueblo, éste seguirá con los embajadores de Dios una conducta muy parecida a la que siguió el apóstata Israel con Elías (408.)

El poder milagroso que se manifiesta en el espiritismo ejercerá su influencia en perjuicio de los que prefieren obedecer a Dios antes que a los hombres. Los mensajes vendrán de los espíritus declarando que Dios los ha mandado a informar que los rechazadores del domingo están en error, y que las leyes del país deberían ser obedecidas como la ley de Dios. Lamentarán la gran maldad existente en el mundo y apoyarán el testimonio de los ministros de la religión en el sentido de que la degradación moral se debe a la profanación del domingo. Grande será la indignación despertada contra todos los que se nieguen a aceptar sus aseveraciones.

Los que honran el sábado de la Biblia serán denunciados como enemigos de la ley y del orden, como quebrantadores de las restricciones morales de la sociedad, y por lo tanto causantes de anarquía y corrupción que atraen sobre la tierra los altos juicios de Dios. Sus escrúpulos de conciencia serán presentados como obstinación, terquedad y rebeldía contra la autoridad. Serán acusados de deslealtad hacia el gobierno. Los ministros que niegan la obligación de observar la ley divina predicarán desde el púlpito que hay que obedecer a las autoridades civiles porque fueron instituidas por Dios. En las asambleas legislativas y en los tribunales son censurados y mal representados los que guardan los mandamientos. Se falsearán sus palabras, y se atribuirán más posible a sus móviles las peores intenciones.

Las iglesias protestantes han rechazado los argumentos claros, bíblicos en defensa de la ley de Dios, y ellos desean parar las bocas de los cuales la fe no puede derrocar por la Biblia. Aunque se nieguen a verlo, el hecho es que están asumiendo actualmente una actitud que dará por resultado la persecución (409) de los que se niegan en conciencia a hacer lo que el resto del mundo cristiano está haciendo y a reconocer los asertos hechos en favor del día de reposo papal.

Los dignatarios de la iglesia y del estado se unirán para hacer que todos honren el domingo, y para ello apelarán al cohecho, a la persuasión o a la fuerza. La falta de autoridad divina se suplirá con ordenanzas abrumadoras. La corrupción política está destruyendo el amor a la justicia y el respeto a la verdad. Y para asegurar el favor público, legisladores cederán a la demanda popular para esforzar una ley que impone la observancia del domingo. La libertad de conciencia que tantos sacrificios ha costado esta nación no será ya respetada. En el conflicto que está por estallar veremos realizarse las palabras del profeta: “Entonces el dragón se encolerizó contra la mujer; y se fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo.” (Apocalipsis 12:17.)

Nuestra tierra está en riesgo. El tiempo ha llegado cuando sus legisladores abjurarán los principios del protestantismo así como para aprobar la apostasía papista. La gente por quién Dios tiene tan maravillosa obra, fortaleciéndoles para tirar el molesto yugo del papismo. Había un acto nacional dando vigor a la fe corrompida de Roma, y así despierta la tiranía que solamente espera un toque para comenzar otra vez en crueldad y despotismo. Con pasos rápidos estamos acercándonos a este periodo. Cuando las iglesias protestantes buscarán el apoyo del poder secular, siguiendo así el ejemplo de esa iglesia apóstata, para oponerse a eso, por lo cual sus antepasados aguantaron la persecución más feroz, entonces habrá una apostasía nacional que terminará solamente en ruina nacional (410.)

Capítulo XXXII

LAS ESCRITURAS UNA SALVAGUARDIA

“¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido.” (Isaías 8:20.) Al pueblo de Dios se le indica que busque en las Sagradas Escrituras su salvaguardia contra las influencias de los falsos maestros y el poder seductor de los espíritus tenebrosos. Satanás emplea cuantos medios puede para impedir que los hombres conozcan la Biblia, cuyo claro lenguaje revela sus engaños. En ocasión de cada avivamiento de la obra de Dios, el príncipe del mal actúa con mayor energía; en la actualidad está haciendo esfuerzos desesperados preparándose para la lucha final, lucha desesperada contra Cristo y sus discípulos. El último gran engaño se desplegará pronto ante nosotros. El anticristo va a efectuar ante nuestra vista obras maravillosas. El contrahacimiento se asemejará tanto a la realidad, que será imposible distinguirlos sin el auxilio de las Santas Escrituras. Ellas son las que deben atestiguar en favor o en contra de toda declaración de todo milagro.

Se hará oposición y se ridiculizará a los que traten de obedecer a todos los mandamientos de Dios; su camino se hará muy difícil. Ellos no podrán subsistir sino en Dios. Para poder soportar la prueba que les espera deben comprender la voluntad de Dios tal cual está revelada en su Palabra (411), pues no pueden honrarle sino en la medida del conocimiento que tengan de su carácter, gobierno y propósitos divinos y en la medida en que obren conforme a las luces que les hayan sido concedidas. Únicamente los que han entrenado el intelecto para agarrar las verdades de la Biblia estarán de pie a través del último gran conflicto. Toda alma ha de pasar por la prueba decisiva: ¿Obedeceré a Dios antes que a los hombres? La hora crítica se acerca. ¿Hemos asentado los pies en la roca de la inmutable Palabra de Dios? ¿Estamos preparados para defender firmemente los mandamientos de Dios y la fe de Jesús?

Antes de la crucifixión, el Salvador había predicho a sus discípulos que iba a ser muerto y que resucitaría del sepulcro, y hubo ángeles presentes para grabar esas palabras en las mentes y en los corazones. Pero los discípulos esperaban la liberación política del yugo romano y no podían tolerar la idea de que Aquel en quien todas sus esperanzas estaban concentradas, fuese a sufrir una muerte ignominiosa. Desterraron de su mente las palabras que necesitaban recordar, y cuando llegó el momento de prueba, los encontró sin la debida preparación. La muerte de Jesús destruyó sus esperanzas igual que si no se la hubiese predicho. Así también las profecías nos anuncian el porvenir con la misma claridad con que Cristo predijo su propia muerte a los discípulos. Los acontecimientos relacionados con el fin del tiempo de gracia y la preparación para el tiempo de angustia han sido traídos para mirar la claridad. Pero hay miles de personas que comprenden estas importantes verdades de modo tan incompleto como si nunca hubiesen sido reveladas. Satanás procura arrebatar toda impresión que podría llevar a los hombres por el camino de la salvación, y el tiempo de angustia no los encontrará listos (412.)

Cuando Dios manda a los hombres avisos tan importantes que las profecías los representan como proclamados por santos ángeles que vuelan por el Cielo, es porque Él exige que toda persona dotada de inteligencia les preste atención. Los terribles juicios que Dios pronunció contra los que adoran la bestia y su imagen (Apocalipsis 14:9-11) deberían inducir a todos a estudiar diligentemente las profecías para saber lo que es la marca de la bestia y cómo pueden evitarla. Pero las muchedumbres cierran los oídos a la verdad y prefieren fábulas. El apóstol Pablo, refiriéndose a los últimos días, dijo: “Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina.” (2 Timoteo 4:3.) Ya hemos

entrado de lleno en ese tiempo. Las multitudes se niegan a recibir las verdades Bíblicas porque estas contrarían los deseos de los corazones pecaminosos y mundanos; y Satanás les proporciona los engaños en que se complacen.

Pero Dios tendrá en la tierra un pueblo que sostendrá la Biblia y la Biblia sola, como piedra de toque de todas las doctrina y base de todas las Reformas. Ni las opiniones de los sabios, ni las deducciones de la ciencia, ni los credos o decisiones de concilios tan numerosos y discordantes como lo son las iglesia que representan, ni la voz de las mayorías, nada de esto, ni en conjunto ni en parte, debe ser considerado como evidencia en favor o en contra de cualquier punto de fe religiosa. Antes de aceptar cualquier doctrina o precepto debemos cerciorarnos de si los autoriza un categórico “Así dice Jehová.”

Satanás trata continuamente de atraer la atención hacia los hombres en lugar de atraerla hacia Dios. Hace que el pueblo considere como sus guías a los obispos, pastores y profesores de teología, en vez de estudiar las (413) Escrituras para saber por sí mismo cuáles son sus deberes. Dirigiendo luego la inteligencia de esos mismos guías, puede entonces también encaminar las multitudes a su voluntad.

Cuando Cristo vino a predicar palabras de vida, el vulgo le oía con gozo y muchos, hasta de entre los sacerdotes y gobernantes, creyeron en Él. Pero los principales de los sacerdotes y los jefes de la nación estaban resueltos a condenar y rechazar sus enseñanzas. A pesar de salir frustrados todos sus esfuerzos para encontrar en Él motivos de acusación, a pesar de que no podían dejar de sentir la influencia del poder y sabiduría divinos que acompañaban sus palabras, se encastillaron en sus prejuicios y repudiaron la evidencia más clara del carácter mesiánico de Jesús, para no verse obligados a hacerse sus discípulos. Estos opositores de Jesús eran hombres a quienes el pueblo había aprendido desde la infancia a reverenciar y ante cuya autoridad estaba acostumbrado a someterse implícitamente. “¿Cómo es posible - se preguntaban - que nuestros gobernantes y nuestros sabios escribas no crean en Jesús? ¿Sería posible que hombres tan piadosos no le aceptaran si fuese el Cristo?” Y fue la influencia de estos maestros la que indujo a la nación judía a rechazar a su Redentor.

El espíritu que animaba a aquellos sacerdotes y gobernantes anima aún a muchos que pretenden ser muy piadosos. Se niegan a examinar el testimonio que las Sagradas Escrituras contienen respecto a las verdades especiales para la época actual. Llamam la atención del pueblo al número de sus adeptos, su riqueza y su popularidad, y desdeñan a los defensores de la verdad que por cierto son pocos, pobres e impopulares y cuya fe los separa del mundo.

Cristo previó que las pretensiones de autoridad practicadas de los escribas y fariseos (414) no habían de desaparecer con la dispersión de los judíos. Con mirada profética vio que la autoridad humana se encumbraría para dominar las conciencias en la forma que ha dado tan desgraciados resultados para la iglesia en todos los siglos. Y sus terribles acusaciones contra los escribas y fariseos y sus amonestaciones al pueblo a que no siguiera a esos ciegos conductores fueron consignadas como advertencia para las generaciones futuras.

¿Con las muchas advertencias contra maestros falsos, por qué esta la gente tan lista para entregar la custodia de sus almas al clero? Hay actualmente millares de personas que profesan ser religiosas y que no pueden dar acerca de los puntos de su fe, otra razón que el hecho de que así les enseñaron sus directores espirituales. No se fijan casi en las enseñanzas del Salvador y creen en cambio ciegamente a lo que los ministros dicen. ¿Pero son acaso infalibles estos ministros? ¿Cómo podemos confiar nuestras almas a su dirección, mientras no sepamos por la Palabra de Dios que ellos poseen la verdad? Muchos son los que, faltos de valor moral para apartarse del sendero trillado

del mundo, siguen los pasos de los doctos; y debido a su aversión para investigar por sí mismos, se están enredando más y más en las cadenas del error. Ven que la verdad para el tiempo presente está claramente expuesta en la Biblia y sienten que el poder del Espíritu Santo confirma su proclamación, y sin embargo consienten que la oposición del clero los aleje de la luz. Por muy convencidas que estén la razón y la conciencia, estos pobres ilusos no se atreven a pensar de otro modo que como los ministros, y sacrifican su juicio individual y sus intereses eternos al descreimiento, orgullo y prejuicios de otra persona (415.)

Muchos son las formas de influencia humana a través de la cual Satanás trabaja para obligar a sus cautivos. Él se asegura la voluntad de multitudes atándolas con los lazos de seda de sus afectos a los enemigos de la cruz de Cristo. Sea cual fuere esta unión: paternal, filial, conyugal o social, el efecto es el mismo: los enemigos de la verdad ejercen un poder que tiende a dominar la conciencia, y las almas sometidas a su autoridad no tienen valor ni espíritu independiente suficiente para seguir sus propias convicciones acerca del deber.

La verdad y la gloria de Dios son inseparables; es imposible para nosotros con la Biblia dentro de nuestro alcance, para honrar a Dios por opiniones erróneas. Es la obligación primera y más alta de cada existencia racional aprender de las Escrituras qué es verdad, y entonces andar en la luz, y animar a otros a seguir su ejemplo. La ignorancia de la Palabra de Dios es pecado, cuando cada provisión ha sido hecha para que lleguemos a ser sabios. Deberíamos estudiar la Biblia diligentemente día tras día, pesar cada pensamiento, y comparar Escritura con Escritura. Con ayuda divina, formemos nuestras opiniones por nosotros mismos, así como tenemos que responder ante Dios por nosotros mismos.

Las verdades que se encuentran explicadas con la mayor claridad en la Biblia han sido envueltas en dudas y obscuridad por hombres doctos, que con ínfulas de gran sabiduría enseñan que las Escrituras tienen un sentido místico, secreto y espiritual que no se echa de ver en el lenguaje empleado en ellas. Esos hombres son falsos maestros. Fue a personas semejantes a quienes Jesús declaró: “No entender las Escrituras ni el poder de Dios.” (S. Marcos 12:24.) El lenguaje de la Biblia debe explicarse de acuerdo con su significado manifiesto, a no (416) ser que se trate de un símbolo o figura. Cristo prometió: “El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios.” (S. Juan 7:17.) Si los hombres quisieran tan sólo aceptar lo que la Biblia dice, y si no hubiera falsos maestros para alucinar y confundir las inteligencias, se realizaría una obra que alegraría a los ángeles y que traería al rebaño de Cristo a miles y miles de almas actualmente sumidas en el error.

Deberíamos ejercitar en el estudio de las Santas Escrituras todas las fuerzas del entendimiento y procurar comprender, hasta donde es posible a los mortales, las profundas enseñanzas de Dios; pero no debemos olvidar que la disposición del estudiante debe ser dócil y sumisa como la de un niño. Las dificultades bíblicas no pueden ser resueltas por los mismos métodos que se emplean cuando se trata de problemas filosóficos. No deberíamos ponernos a estudiar la Biblia con esa confianza en nosotros mismos con la cual tantos abordan los dominios de la ciencia, sino en el espíritu de oración y dependencia filial hacia Dios y con un deseo sincero de conocer su voluntad. Debemos acercarnos con espíritu humilde y dócil para obtener conocimiento del gran YO SOY. De lo contrario vendrán ángeles malos a oscurecer nuestras mentes y a endurecer nuestros corazones al punto que la verdad ya no nos impresionará.

Más de una porción de las Sagradas Escrituras que los eruditos declaran ser un misterio o que estiman de poca importancia, está llena de consuelo e instrucción para el que estudió en la escuela de Cristo. Sus muchos teólogos no comprenden mejor la

Palabra de Dios, es por la sencilla razón de que cierran los ojos con respecto a unas verdades que no desean poner en práctica. La comprensión de (417) las verdades bíblicas no depende tanto de la potencia intelectual aplicada a la investigación como de la sinceridad de propósitos y del ardiente anhelo de justicia que animan al estudiante.

Nunca se debería estudiar la Biblia sin oración. Sólo el Espíritu Santo puede hacernos sentir la importancia de lo que es fácil comprender, o impedir que nos apartemos del sentido de las verdades de difícil comprensión. Hay santos ángeles que tienen la misión de influir en los corazones para que comprendan la Palabra de Dios, de suerte que la belleza de ésta nos embelese, sus advertencias nos amonesten y sus promesas nos animen y vigoricen. Deberíamos hacer nuestra la petición del salmista: “¡Abre mis ojos, y miraré las maravillas de tu ley.” (Salmo 119:18.) Muchas veces las tentaciones parecen irresistibles, y es porque se ha descuidado la oración y el estudio de la Biblia, y por ende no se pueden recordar luego las promesas de Dios ni oponerse a Satanás con las armas de las Santas Escrituras. Pero los ángeles rodean a los que tienen deseos de aprender cosas divinas, y en situaciones graves traerán a su memoria las verdades que necesitan. “Porque vendrá como torrente impetuoso, empujado por el soplo de Jehová.” (Isaías 59:19.)

Todos los que estiman en lo que valen sus intereses eternos deben mantenerse en guardia contra las incursiones del escepticismo. Hasta los fundamentos de la verdad serán socavados. Es imposible ponerse a cubierto de los sarcasmos y sofismas y de las enseñanzas insidiosas y pestilentes de la incredulidad moderna. Satanás adapta sus tentaciones a todas las clases. Asalta a los indoctos con una burla o una mirada de desprecio, mientras que se acerca a la gente instruida con objeciones científicas y razonamientos filosóficos propios para despertar (418) desconfianza o desprecio hacia las Sagradas Escrituras. Hasta los jóvenes de poca experiencia se atreven a insinuar dudas respecto a los principios fundamentales del cristianismo. Y esta incredulidad juvenil, por superficial que sea, no deja de ejercer su influencia. Muchos se dejan arrastrar así al punto de mofarse de la piedad de sus padres y desafían al Espíritu de gracia. Muchos cuya vida daba promesa de honrar a Dios, y de beneficiar al mundo, se han marchitado bajo el soplo contaminado de la incredulidad. Todos los que fían en los dictámenes jactanciosos de la razón humana y se imaginan poder explicar los misterios divinos y llegar al conocimiento de la verdad sin el auxilio de la sabiduría de Dios, están presos en las redes de Satanás.

Vivimos en el período más solemne de la historia de este mundo. La suerte de las innumerables multitudes que pueblan la tierra está por decidirse. Tanto nuestra dicha futura como la salvación de otras almas dependen de nuestra conducta actual. Necesitamos ser guiados por el Espíritu de Verdad. Todo discípulo de Cristo debe preguntar seriamente: “¿Señor, qué quieres que haga?” Necesitamos humillarnos ante el Señor, ayunar, orar y meditar mucho en su Palabra, especialmente acerca de las escenas del juicio. Debemos tratar de adquirir actualmente una experiencia profunda y viva en las cosas de Dios, sin perder un solo instante. En torno nuestro se están cumpliendo acontecimientos de vital importancia; nos encontramos en el terreno encantado de Satanás. No durmáis, centinelas de Dios, que el enemigo está emboscado, listo para lanzarse sobre vosotros y haceros su presa en cualquier momento en que caigáis en descuido y somnolencia.

Muchos se engañan con respecto a su verdadera condición ante Dios. Se felicitan por los (419) actos reprobables que no cometen, y se olvidan de enumerar las obras buenas y nobles que Dios requiere, pero que ellos descuidan de hacer. No basta que sean árboles en el huerto del Señor. Deben corresponder a lo que Dios espera de ellos, llevando frutos. Dios los hace responsables de todo el bien que podrían haber realizado,

sostenidos por su gracia. En los libros del Cielo sus nombres figuran entre los que ocupan inútilmente el suelo.

Cuando llegue el tiempo de la prueba, los que hayan seguido la Palabra de Dios como regla de conducta, serán dados a conocer. En verano no hay diferencia notable entre los árboles de hojas perennes y los que las pierden; pero cuando vienen los vientos de invierno los primeros permanecen verdes en tanto que los otros pierden su follaje. Así puede también que no sea dado distinguir actualmente a los falsos creyentes de los verdaderos cristianos, pero pronto llegará el tiempo en que la diferencia saltará a la vista. Dejad que la oposición se levante, dejad que la voz del dragón se oiga, dejad que la persecución se encienda, y el sin entusiasmo e hipócrita vacilará y renunciará a su fe; pero el verdadero cristiano estará de pie firme como una roca, su fe más fuerte y su esperanza más brillante, que en los días de prosperidad.

“Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos. No estuvo en camino de pecadores, ni en silla de escarnecedores se ha sentado; Sino que en la ley de Jehová está su delicia, y en su ley medita de día y de noche. Será como árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo, y su hoja no cae; y todo lo que hace, prosperará.”(Salmos 1:1 -3)(420.)

Capitulo XXXIII

El Fuerte Clamor

“Después de esto vi a otro ángel descender del Cielo con gran potestad; y la tierra fue alumbrada con su resplandor. Y clamó con voz potente, diciendo: Cayó, cayó la gran Babilonia, y se ha hecho habitación de demonios y guarida de todo espíritu inmundo, y albergue de toda ave inmunda y aborrecible. Y oí otra voz del Cielo, que decía: Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados, ni recibáis nada procedente de sus plagas.” (Apocalipsis 18:1,2,4.)

En esta Escritura el anuncio de la caída de Babilonia, es hecho por el segundo ángel, Apocalipsis 14:8, es repetido con la mención adicional de las corrupciones que han estado introduciéndose en las iglesias desde 1844. Se describe aquí la terrible condición en que se encuentra el mundo religioso. Cada vez que la gente rechaza la verdad, habrá mayor confusión en su mente y más terquedad en su corazón, hasta que se hunda en temeraria incredulidad. En su desafío de las amonestaciones de Dios siguen pisoteando uno de los preceptos del Decálogo, y persiguen a los que lo consideran sagrado. Se desprecia a Cristo cuando se manifiesta desdén hacia su Palabra y hacia su pueblo (421.) Conforme vayan siendo aceptadas las enseñanzas del espiritismo en las iglesias, las vallas impuestas al corazón carnal, y la religión se convierte en un manto para cubrir las más bajas iniquidades. La creencia en las manifestaciones espiritistas abre el campo a los espíritus seductores y a las doctrinas de demonios. Se dejarán sentir en las iglesias las influencias de los ángeles malos.

Se dice de Babilonia, con referencia a este tiempo: “Porque sus pecados se han amontonado hasta el Cielo, y Dios se ha acordado de sus maldades.” (Apocalipsis 18:5.) Ha llenado la medida de sus culpas y la ruina está por caer sobre ella. Pero Dios tiene aún un pueblo en Babilonia; y antes de que los juicios del Cielo la visiten, estos fieles deben ser llamados para que salgan y “que no tengan parte en sus pecados ni en sus plagas.” De ahí que este movimiento esté simbolizado por el ángel que baja del Cielo, alumbrando la tierra y denunciando con voz potente los pecados de Babilonia. Al

mismo tiempo que este mensaje, se oye el llamamiento: “Salid de ella, pueblo mío.” Así como estas amonestaciones se unen al mensaje del tercer ángel, se levantan en fuerte clamor.

Terrible será la crisis a que llegará el mundo. Unidos los poderes de la tierra para hacer la guerra a los mandamientos de Dios, decretarán que ningún hombre puede comprar o vender, excepto el que tiene la marca de la bestia, y, finalmente, que todo el que rehusa recibir la marca será puesto a muerte. (Apocalipsis 13:15,17.) La Palabra de Dios declara: “Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe la marca en su frente o en su mano, él también beberá del vino del furor de Dios, que ha sido vertido puro en (422) el cáliz de su ira.” (Apocalipsis 14:9,10.) Pero nadie es obligado a sentir la ira de Dios hasta que la verdad le ha sido traída en contacto con su mente y conciencia, y ha sido rechazada. Hay muchos en las iglesias de nuestro país que nunca, aún en esta tierra de luz y conocimiento, ha tenido una oportunidad de oír las verdades especiales para este tiempo. La obligación de observar el cuarto mandamiento no les ha sido jamás presentada bajo su verdadera luz. Jesús lee en todos los corazones y prueba todos los móviles. El decreto no será impuesto estando el pueblo a ciegas. Cada cual tendrá la luz necesaria para tomar una decisión consciente. El sábado será la gran piedra de toque de la lealtad; pues es el punto especialmente controvertido.

Hasta ahora se ha sólido considerar a los predicadores de las verdades del mensaje del tercer ángel como meros alarmistas. La predicción de que Iglesia y Estado se unirían para perseguir a los que guardan los mandamientos de Dios ha sido pronunciado infundado y absurdo. Ha sido confiadamente declarado que este país no puede llegar a ser otro que lo que ha sido, el defensor de libertad religiosa. Pero como la cuestión de imponer la observancia del domingo está extensamente agitada, el suceso tanto tiempo dudado y descreído se ve acercarse, y el tercer mensaje produce un efecto que no pudo tener antes.

En cada generación Dios envió siervos suyos para reprobar el pecado tanto en el mundo como en la iglesia. Pero los hombres desean que se les digan cosas agradables, y no gustan de la verdad clara y pura. Muchos reformadores, al principiar su obra, resolvieron proceder con gran prudencia al atacar los pecados de (423) la iglesia y de la nación. Esperaban que mediante el ejemplo de una vida cristiana y pura, llevarían de nuevo al pueblo a las doctrinas de la Biblia. Pero el Espíritu de Dios vino sobre ellos como había venido sobre Elías, no pudieron dejar de proclamar las declaraciones terminantes de la Biblia que habían titubeado en presentar. Se vieron forzados a declarar diligentemente la verdad y señalar los peligros que amenazaban a las almas. Sin temer las consecuencias, pronunciaban las palabras que el Señor les ponía en la boca, y el pueblo se veía constreñido a oír la amonestación.

Así también será proclamado el mensaje del tercer ángel. Cuando llegue el tiempo de hacerlo, el Señor obrará por conducto de humildes instrumentos, dirigiendo el espíritu de los que se consagren a su servicio. Los obreros serán calificados más bien por la unción de su Espíritu que por la educación en institutos de enseñanza. Habrá hombres de fe y de oración que se sentirán impelidos a declarar con santo entusiasmo las Palabras que Dios les inspire. Los pecados de Babilonia serán denunciados, los resultados temerosos de una unión de iglesia y estado, las invasiones del espiritismo, los cautelosos secretos pero rápidos del poder papal - todo será desenmascarado. Estas solemnes amonestaciones conmoverán al pueblo. Millares sobre millares nunca han escuchado palabras semejantes a estas. Admirados y confundidos, oirán el testimonio de que Babilonia es la iglesia que cayó por sus errores y sus pecados, porque rechazó la verdad que le fue enviado del Cielo. El pueblo acude a sus antiguos conductores espirituales a preguntarles con ansia: ¿Son esas cosas así? los ministros aducirán

fábulas, profetizarán cosas agradables para calmar los temores y tranquilizar (424) las conciencias despertadas. Pero muchas personas no se contentan con las meras razones de los hombres y exigen un positivo “Así dice Jehová,” los ministros populares, como los fariseos de antaño, airándose al ver que se pone en duda su autoridad, denuncian el mensaje como si viniese de Satanás e incitarán a las multitudes dadas al pecado a que injurien y persigan a los que lo proclaman.

Satanás se pondrá alerta al ver que la controversia se extiende a nuevos campos y que la atención del pueblo es dirigida a la pisoteada ley de Dios. El poder que acompaña a la proclamación del mensaje sólo desesperará a los que se le oponen. El clero hace esfuerzos casi sobrehumanos para sofocar la luz por temor de que alumbre a sus rebaños. Por todos los medios a su alcance los ministros tratan de evitar toda discusión sobre esas cuestiones vitales. La iglesia apelará al brazo poderoso de la autoridad civil. Y en este trabajo, se solicita a los papistas venir en ayuda de los protestantes. El movimiento en favor de la imposición del domingo se vuelve más audaz y decidido. La ley es invocada contra los que observan los mandamientos. Se los amenaza con multas y encarcelamientos; a algunos se les ofrecerán puestos de influencia y otras ventajas para inducirlos a que renuncien a su fe. Pero su respuesta constante será la misma que la de Lutero en semejante trance: “Pruébesenos nuestro error por la Palabra de Dios.” Los que serán emplazados ante los tribunales defenderán enérgicamente la verdad, y algunos de los que los oigan serán inducidos a guardar todos los mandamientos de Dios. Así la luz llegará ante millares de personas que de otro modo no sabrían nada de estas verdades.

A los que obedezcan con toda conciencia a la Palabra de Dios se les tratará como rebeldes. Cegados por Satanás, padres (425) y madres serán duros y severos para con sus hijos creyentes; los patrones o patronas oprimirán a los criados que observen los mandamientos. Los lazos del cariño se aflojarán; se desheredará y se expulsará de la casa a los hijos. Se cumplirán a la letra las palabras de San Pablo: “Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús, padecerán persecución.” (2 Timoteo 3:12.) Cuando los defensores de la verdad se nieguen a honrar el domingo, unos serán echados en la cárcel, otros serán desterrados y otros aún tratados como esclavos. Ante la razón humana todo esto parece ahora imposible; pero a medida que el espíritu refrenador de Dios se retire de los hombres y éstos sean dominados por Satanás, que aborrece los principios divinos, se verán cosas muy extrañas. Muy cruel puede ser el corazón humano cuando no está animado del temor y del amor de Dios.

Conforme vaya acercándose la tempestad, muchos que profesaron creer en el tercer mensaje pero que no fueron santificados, abandonarán su posición, y toman refugio bajo la bandera de los poderes de obscuridad. Uniéndose con el mundo y participando de su espíritu, llegarán a ver las cosas casi bajo el mismo aspecto; así que cuando llegue la hora de prueba estarán preparados para situarse del lado más fácil y de mayor popularidad. Hombres de talento y de elocuencia, que se gozaron un día en la verdad, emplearán sus facultades para seducir y descarriar almas. Se convertirán en los enemigos más encarnizados de sus hermanos de antaño. Cuando los observadores del sábado sean llevados ante los tribunales para responder de su fe, estos apóstatas serán los agentes más activos de Satanás para calumniarlos y acusarlos y para incitar a los magistrados contra ellos por medio de falsos informes e insinuaciones (426.)

Los siervos de el Señor fielmente han dado las amonestaciones, mirando solo a Dios y a Su Palabra. Frescamente no han calculado las consecuencias contra ellos. Sin embargo, cuando la tempestad de la oposición y del vituperio estalle sobre ellos, son abrumados con consternación; y algunos están listos para exclamar: “Si hubiésemos previsto las consecuencias de nuestras palabras, habríamos callado.” Estarán rodeados

de dificultades. Satanás los asaltará con terribles tentaciones. La obra que habrán emprendido parecerá exceder en mucho sus capacidades. Los amenazará la destrucción. El entusiasmo que les animara se desvanecerá; sin embargo no podrán retroceder. Y entonces, sintiendo su completa incapacidad, se dirigirán al Todopoderoso en demanda de auxilio. Recordarán que las palabras que hablaron no eran las suyas propias, sino las de Aquel que les ordenara dar la amonestación al mundo. Dios había puesto la verdad en sus corazones, y ellos, por su parte, no pudieron hacer otra cosa que proclamarla.

En todas las edades los hombres de Dios pasaron por las mismas pruebas. Wiclef, Hus, Lutero, Tyndale, Baxter, Wesley, pidieron que todas las doctrinas fuesen examinadas a la luz de las Escrituras, y declararon que renunciarían a todo lo que éstas condenasen. La persecución se ensañó entonces en ellos con furor; pero no dejaron de proclamar la verdad. Diferentes períodos de la historia de la iglesia fueron señalados por el desarrollo de alguna verdad especial adaptada a las necesidades del pueblo de Dios en aquel tiempo. Cada nueva verdad se abrió paso entre el odio y la oposición; los que fueron (427) favorecidos con su luz se vieron tentados y probados. El Señor envía al pueblo una verdad especial para la situación en que se encuentra. ¿Quién se atreverá a publicar? Él manda a sus siervos a que dirijan al mundo el último llamamiento de la misericordia divina. No pueden callar sin peligro de sus almas. Los embajadores de Cristo no tienen por qué preocuparse de las consecuencias. Deben cumplir con su deber y dejar a Dios los resultados.

Conforme va revistiendo la oposición un carácter más violento, los siervos de Dios se ponen de nuevo perplejos, pues les parece que son ellos mismos los que han precipitado la crisis; pero su conciencia y la Palabra de Dios les dan la seguridad de estar en lo justo; y aunque sigan las pruebas se sienten robustecidos para sufrirlas. La lucha se encona más y más, pero la fe y el valor de ellos aumentan con el peligro. Este es el testimonio que dan: “No nos atrevemos a alterar la Palabra de Dios dividiendo su santa ley, llamando parte de ella esencial y parte de ella no esencial, para obtener el favor del mundo. El Señor a quien servimos puede librarnos. Cristo venció los poderes del mundo; ¿y nos atemorizaría un mundo ya vencido?”

En sus diferentes formas, la persecución es el desarrollo de un principio que ha de subsistir mientras Satanás exista y el cristianismo conserve su poder vital. Ningún hombre puede servir a Dios sin despertar contra sí la oposición de los ejércitos de las tinieblas. Le asaltarán malos ángeles alarmados al ver que su influencia les arranca la presa. Hombres malvados reconvenidos por el ejemplo de los cristianos, se unirán con aquéllos para procurar separarlo de Dios por medio de tentaciones sutiles. Cuando este plan fracasa, emplean la fuerza para violentar la conciencia (428.)

Pero mientras Jesús siga intercediendo por el hombre en el santuario celestial, los gobernantes y el pueblo seguirán sintiendo la influencia refrenadora del Espíritu Santo, la cual seguirá también dominando hasta cierto punto las leyes del país. Si no fuera por estas leyes, el estado del mundo sería mucho peor de lo que es. Mientras que muchos de nuestros legisladores son agentes activos de Satanás, Dios tiene también los suyos entre los caudillos de la nación. El enemigo impele a sus servidores a que propongan medidas encaminadas a poner grandes obstáculos a la obra de Dios; pero los estadistas que temen a Dios están bajo la influencia de santos ángeles para oponerse a tales proyectos con argumentos irrefutables. Es así como unos cuantos hombres contienen una poderosa corriente del mal. La oposición de los enemigos de la verdad será coartada para que el tercer mensaje pueda hacer su obra. Cuando el último pregón sea dado cautivará la atención de aquellos caudillos por medio de los cuales el Señor

está obrando en la actualidad, y algunos de ellos la aceptarán y estarán con el pueblo de Dios durante el tiempo de angustia.

El ángel que une su voz a la proclamación del tercer mensaje, alumbrará toda la tierra con su gloria. Una obra de extensión universal y de poder extraordinario está puesta a la vista. El movimiento adventista de 1840 a 1844 fue una manifestación gloriosa del poder divino; el primero mensaje fue llevado a todas las estaciones misioneras de la tierra, y en algunos países se distinguió por el mayor interés religioso que se haya visto en país cualquiera desde el tiempo de la Reforma del siglo XVI pero todo esto será superado por el poderoso movimiento que ha de desarrollarse bajo la proclamación del tercer mensaje. Esta obra será semejante a la que se realizó en el día de Pentecostés. Vendrán siervos (429) de Dios con semblantes iluminados y resplandecientes de santa consagración, y se apresurarán de lugar en lugar para proclamar la amonestación celestial. Miles de voces predicarán el mensaje por toda la tierra. Se realizarán milagros, los enfermos sanarán y signos y prodigios seguirán a los creyentes. Satanás también efectuara sus falsos milagros, al punto de hacer caer fuego del Cielo a la vista de los hombres. Es así como los habitantes de la tierra tendrán que decidirse en pro o en contra de la verdad.

El mensaje será llevado adelante, como fue el clamor de medianoche en 1844, no tanto con argumentos como por medio de la convicción profunda inspirada por el Espíritu de Dios. Los argumentos han sido presentados. Sembrada está la semilla, y brotará y dará frutos. Las publicaciones distribuidas por los misioneros han ejercido su influencia; sin embargo, muchos cuyo espíritu fue impresionado han sido impedidos de entender la verdad por completo o de obedecerla. Pero entonces los rayos de luz penetrarán por todas partes, la verdad aparecerá en toda su claridad, y los sinceros hijos de Dios romperán las ligaduras que los tenían sujetos. Los lazos de familia y las relaciones de la iglesia serán impotentes para detenerlos. La verdad les será más preciosa que cualquier otra cosa. A pesar de los poderes unidos contra la verdad, un sinnúmero de personas se alistará en las filas del Señor (430.)

Capítulo XXXIV

El Tiempo De Angustia

“En aquel tiempo se levantará Miguel, el gran príncipe que está de parte de los hijos de tu pueblo; y será tiempo de angustia, cual nunca lo hubo hasta entonces, desde que existen las naciones; pero en aquel tiempo serán salvados todos los que de tu pueblo se hallen escritos en el libro.” (Daniel 12:1.)

Cuando termine el mensaje del tercer ángel la misericordia divina no intercederá más por los habitantes culpables de la tierra. El pueblo de Dios habrá cumplido su obra; habrá recibido “la lluvia tardía,” el “refrigerio de la presencia del Señor,” y estará preparado para la hora de prueba que le espera. Los ángeles se apuran, van y vienen de acá para allá en el Cielo. Un ángel regresa de la tierra anunciando que su trabajo está hecho, que el sello de Dios ha sido puesto sobre su gente. Entonces Jesús dejará de interceder en el santuario celestial. Levantará sus manos y con gran voz dirá “Hecho es,” y todas las huestes de los ángeles depositarán sus coronas mientras Él anuncia en tono solemne: “El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía.” (Apocalipsis 22:11.) Cada caso ha sido fallado para vida o para (431) muerte. Cristo ha hecho propiciación por su pueblo y borrado sus pecados. El número de sus

súbditos está completo; “el reino, y el señorío y la majestad de los reinos debajo de todo el Cielo” van a ser dados a los herederos de la salvación y Jesús va a reinar como Rey de reyes y Señor de señores.

Cuando Él abandone el santuario, las tinieblas envolverán a los habitantes de la tierra. Durante ese tiempo terrible, los justos deben vivir sin intercesor, a la vista del santo Dios. Nada refrena ya a los malos y Satanás domina por completo a los impenitentes empedernidos. El poder que acompañe la última amonestación enfurecerá, y su ira se encenderá contra todos los que hayan recibido el mensaje. El pueblo de Dios entonces sumido en las escenas de aflicción y angustia descritas por el profeta y llamadas el tiempo de la apretura de Jacob: ”Porque así dice Jehová: Hemos oído voz de temblor; de espanto, y no de paz.” “Se han vuelto pálidos todos los rostros. ¡Ah, cuán grande es aquel día!, tanto, que no hay otro semejante a él; tiempo de angustia para Jacob; pero de ella será salvado.” (Jeremías 30:5-7.)

La noche de la aflicción de Jacob, cuando luchó en oración para ser librado de manos de Esaú (Génesis 32:24-30), representa la prueba por la que pasará el pueblo de Dios en el tiempo de angustia. Debido al engaño practicado para asegurarse la bendición que su padre intentaba dar a Esaú, Jacob había huido para salvar su vida, atemorizado por las amenazas de muerte que profería su hermano. Después de haber permanecido muchos años exiliado, se puso en camino por mandato de Dios para regresar a su (432) país, con sus mujeres, sus hijos, sus rebaños y sus ganados. Al acercarse a los términos del país se llenó de terror al tener noticia de que Esaú se acercaba al frente de una compañía de guerreros, sin duda para vengarse de él. Los que acompañaban a Jacob, sin armas e indefensos, parecían destinados a caer irremisiblemente víctimas de la violencia y la matanza. A esta angustia y a este temor que lo tenían abatido se agregaba el peso abrumador de los reproches que se hacía a sí mismo; pues era su propio pecado el que le había puesto a él y a los suyos en semejante trance. Su única esperanza se cifraba en la misericordia de Dios; su único amparo debía ser la oración. Sin embargo, hizo cuanto estuvo de su parte para dar reparación a su hermano por el agravio que le había inferido y para evitar el peligro que le amenazaba. Así deberán hacer los discípulos de Cristo al acercarse el tiempo de angustia: procurar que el mundo los conozca bien, a fin de desarmar los prejuicios y evitar los peligros que amenazan la libertad de conciencia.

Después de haber despedido a su familia para que no presenciara su angustia, Jacob permaneció solo para interceder con Dios. Confiesa su pecado y reconoce agradecido la bondad de Dios para con él, a la vez que humillándose profundamente invoca en su favor el pacto hecho con sus padres y las promesas que le fueran hechas a él mismo en su visión en Betel y en tierra extraña. Llegó la hora crítica de su vida; todo está en peligro. En las tinieblas y en la soledad sigue orando y humillándose ante Dios. De pronto una mano se apoya en su hombro. Se le figura que un enemigo va a matarle, y con toda la energía de la desesperación lucha con él. Cuando el día empieza a rayar, el desconocido hace uso de su poder sobrenatural; al sentir su toque, el hombre fuerte parece quedar paralizado y cae, impotente, tembloroso y (433) suplicante, sobre el cuello de su misterioso antagonista. Jacob sabe entonces que es con el ángel de la alianza con quien ha luchado. Aunque incapacitado y presa de los más agudos dolores, no cesa en su propósito. Durante mucho tiempo ha sufrido perplejidades, remordimientos y angustia a causa de su pecado; ahora debe obtener la seguridad de que ha sido perdonado. El visitante celestial parece estar por marcharse; pero Jacob se aferra a él y le pide su bendición. El ángel le insta: “¡Suéltame, que ya raya el alba!” pero el patriarca exclama: “No te soltaré hasta que me hayas bendecido.” ¡Qué confianza, qué firmeza y qué perseverancia las de Jacob! Si estas palabras le hubiesen

sido dictadas por el orgullo y la presunción, Jacob hubiera caído muerto; pero lo que se las inspiraba era más bien la seguridad del que confiesa su flaqueza e indignidad, y sin embargo confía en la misericordia de un Dios que cumple su pacto.

“Luchó con el ángel, y prevaleció.” (Oseas 12:4.) Mediante la humillación, el arrepentimiento y la sumisión, aquel mortal pecador y sujeto al error, prevaleció sobre la Majestad del Cielo. Se aferró tembloroso a las promesas de Dios, y el Amor infinito no pudo rechazar la súplica del pecador. Como señal de su triunfo y como estímulo; para que otros imitasen su ejemplo, se le cambió el nombre; de uno que recordaba su pecado, a otro que conmemoraba su victoria. Y al prevalecer Jacob con Dios, obtuvo la garantía de que prevalecería al luchar con los hombres. Ya no temía arrostrar la ira de su hermano; pues el Señor era su defensa.

Satanás había acusado a Jacob ante los ángeles de Dios (434) y pretendía tener derecho a destruirle por causa de su pecado; había inducido a Esaú a que marchase contra él, y durante la larga noche de lucha del patriarca, Satanás procuró embargarle con el sentimiento de su culpabilidad para desanimarlo y apartarlo de Dios. Jacob fue casi empujado a la desesperación; pero sabía que sin la ayuda de Dios perecería. Se había arrepentido sinceramente de su gran pecado, y apelaba a la misericordia de Dios. No se dejó desviar de su propósito, sino que se adhirió firmemente al ángel e hizo su petición con ardientes clamores de agonía, hasta que prevaleció. Se mandaron mensajeros celestiales a mover el corazón de Esaú, y se cambió su propósito de odio y venganza a cariño fraternal.

Así como Satanás influyó en Esaú para que marchase contra Jacob, así también instigará a los malos para que destruyan el pueblo de Dios en el tiempo de angustia. Como acusó a Jacob, acusará también al pueblo de Dios. Cuenta a las multitudes del mundo entre sus súbditos, pero la pequeña compañía de los que guardan los mandamientos de Dios resiste a su pretensión a la supremacía. Si pudiese hacerlos desaparecer de la tierra, su triunfo sería completo. Ve que los ángeles protegen a los que guardan las mandamientos e infiere que sus pecados les han sido perdonados; pero no sabe que la suerte de cada uno de ellos ha sido resuelta en el santuario celestial. Tiene conocimiento exacto de los pecados que les ha hecho cometer y los presenta ante Dios con la mayor exageración y asegurando que esa gente es tan merecedora como él mismos de ser excluida del favor de Dios. Declara que en justicia el Señor no puede perdonar los pecados de ellos y destruirle al mismo tiempo a él y a sus ángeles. Los reclama como presa suya y pide que le sean entregados para destruirlos (435.)

Mientras Satanás acusa al pueblo de Dios a causa de sus pecados, el Señor le permite probarlos hasta el extremo. La confianza de ellos en Dios, su fe y su firmeza serán rigurosamente probadas. El recuerdo de su pecado hará decaer sus esperanzas; pues es poco el bien que pueden ver en toda su vida. Reconocen plenamente su debilidad e indignidad. Satanás trata de aterrorizarlos con la idea de que su caso es desesperado, de que las manchas de su impureza no serán jamás lavadas. Espera así aniquilar su fe, hacerles ceder a sus tentaciones y alejarlos de Dios.

Aun cuando los hijos de Dios se ven rodeados de enemigos que tratan de destruirlos, la angustia que sufren no procede del temor de ser perseguidos a causa de la verdad; lo que temen es no haberse arrepentido de cada pecado y que debido a alguna falta por ellos cometida no puedan ver realizada en ellos la promesa del Salvador: “Yo también te guardaré de la hora de la prueba que está para venir sobre el mundo.” (Apocalipsis 3:10.) Si pudiesen tener la seguridad del perdón, no retrocederían ante las torturas ni la muerte; pero si fuesen a causa de sus propios defectos de carácter, entonces el santo nombre de Dios sería vituperado.

De todos lados oyen hablar de conspiraciones y traiciones y observan la actividad amenazante de la rebelión. Eso hace nacer en ellos un deseo intensísimo de ver acabarse la apostasía y de que la maldad de los impíos llegue a su fin. Pero mientras piden a Dios que detenga el progreso de la rebelión, se reprochan a sí mismos con gran sentimiento el no tener mayor poder (436) para resistir y hacer objeciones contra la potente invasión del mal. Les parece que si hubiesen dedicado siempre toda su habilidad al servicio de Cristo, avanzando de virtud, las fuerzas de Satanás no tendrían tanto poder sobre ellos.

Afligen sus almas ante Dios, recordándole cada uno de sus actos de arrepentimiento de sus numerosos pecados y la promesa del Salvador: “A menos que se acojan a mi amparo. Haga conmigo paz; sí haga paz conmigo.” (Isaías 27:5.) Su fe no decae si sus oraciones no reciben inmediata contestación. Aunque sufren la ansiedad, el terror y la angustia más desesperantes, no dejan de orar. Echan mano del poder de Dios como Jacob se aferró al ángel; y de sus almas se exhala el grito: “No te soltaré hasta que me hayas bendecido.”

Si Jacob no se hubiese arrepentido previamente del pecado que cometió al adueñarse fraudulentamente del derecho de primogenitura, Dios no habría escuchado su oración ni le hubiese salvado la vida misericordiosamente. Así, en el tiempo de angustia, si el pueblo de Dios conservase pecados aún inconfesos cuando lo atormenten el temor y la angustia, sería aniquilado; la desesperación acabaría con su fe y no podría tener confianza para rogar a Dios que le librase. Pero por muy profundo que sea el sentimiento que tiene de su indignidad, no tiene culpas escondidas que revelar. Sus pecados han sido examinados y borrados en el juicio; y no puede recordarlos.

Satanás induce a muchos a creer que Dios no se fija en la infidelidad de ellos respecto a los asuntos menudos de la vida; pero, en su actitud con Jacob, el Señor demuestra que (437) en ninguna manera sancionará ni tolerará el mal. Todos los que tratan de excusar u ocultar sus pecados, dejándolos sin confesar y sin haber sido perdonados en los registros del Cielo, serán vencidos por Satanás. Cuanto más exaltada sea su profesión y honroso el puesto que desempeñen, tanto más graves aparecen sus faltas a la vista de Dios, y tanto más seguro es el triunfo de su gran adversario. Los que tardan en prepararse para el día del Señor, no podrán hacerlo en el tiempo de la angustia ni en ningún momento subsiguiente. El caso de los tales es desesperado. Los cristianos profesos que llegarán sin preparación al último y terrible conflicto, confesarán sus pecados con palabras de angustia consumidora, mientras los impíos se reirán de esa angustia.

Pero la historia de Jacob nos da la seguridad de que Dios no rechazará a los que han sido engañados, tentados y arrastrados al pecado, pero que hayan vuelto a Él con verdadero arrepentimiento. Mientras Satanás trata de acabar con esta clase de personas, Dios enviará sus ángeles para consolarlas y protegerlas en el tiempo de peligro. Los asaltos de Satanás son feroces y resueltos, sus engaños terribles, pero el ojo de Dios descansa sobre su pueblo y su oído escucha su súplica. Su aflicción es grande, las llamas del horno parecen estar a punto de consumirlos; pero el Refinador los sacará como oro purificado por el fuego. El amor de Dios para con sus hijos durante el período de su prueba más dura es tan grande y tan tierno como en los días de su mayor prosperidad; pero necesitan pasar por el horno de fuego; debe ser removida su mundanalidad, para que la imagen de Cristo se refleje perfectamente.

Los tiempos de apuro y angustia que nos esperan (438) requieren una fe capaz de soportar el cansancio, la demora y el hambre, una fe que no desmaye a pesar de las pruebas más duras. El tiempo de gracia les es concedido a todos a fin de que se preparen para aquel momento. Jacob prevaleció porque fue perseverante y resuelto. Su victoria es

prueba evidente del poder de la oración importuna. Todos los que se aferren a las promesas de Dios como lo hizo él, y que sean tan sinceros como él lo fue, tendrán tan buen éxito como él. Los que no están dispuestos a negarse a sí mismos, a luchar desesperadamente ante Dios y a orar mucho con empeño para obtener su bendición, no lo conseguirán. ¡Cuán pocos cristianos saben lo que es luchar con Dios! ¡Cuán pocos son los que jamás suspiraron por Dios con ardor hasta tener como en tensión todas las facultades del alma! Cuando olas de indecible desesperación envuelven al suplicante, ¡cuán raro es verle atenerse con fe inquebrantable a las promesas de Dios!

Los que sólo ejercitan poca fe, están en mayor peligro de caer bajo el dominio de los engaños satánicos y del decreto que violentará las conciencias. Y aun en caso de soportar la prueba, en el tiempo de angustia se verán sumidos en mayor aflicción porque no se habrán acostumbrado a confiar en Dios. Las lecciones de fe que hayan descuidado, tendrán que aprenderlas bajo el terrible peso del desaliento.

Deberíamos aprender ahora a conocer a Dios, poniendo a prueba sus promesas. Los ángeles toman nota de cada oración ferviente y sincera. Sería mejor sacrificar nuestros propios gustos antes que descuidar la comunión con Dios. La mayor pobreza y la más absoluta abnegación, con la aprobación divina, valen más que las riquezas, los honores, las comodidades y amistades sin ella. Debemos (439) darnos tiempo para orar. Si nos dejamos absorber por los intereses mundanos, el Señor puede darnos ese tiempo que necesitamos, quitándonos nuestros ídolos, ya sean éstos oro, casas o tierras feraces.

La juventud no se dejara seducir por el pecado si se negase a entrar en otro camino que aquel sobre el cual pudiera pedir la bendición de Dios. Si los que proclaman la última solemne amonestación al mundo rogasen por la bendición de Dios, no con frialdad e indolencia, sino con fervor y fe como lo hizo Jacob, encontrarían muchas ocasiones en que podrían decir: “Vi a Dios cara a cara, y fue librada mi alma.” Serían considerados como príncipes en el Cielo, con poder para prevalecer con Dios y los hombres.

El “tiempo de angustia, cual nunca fue después que hubo gente” se iniciará pronto; y para entonces necesitaremos tener una experiencia que hoy por hoy no poseemos y que muchos no pueden lograr debido a su indolencia. Sucede muchas veces que los peligros que se esperan no resultan tan grandes como uno se los había imaginado; pero esto no es el caso respecto de la crisis que nos espera. La imaginación más fecunda no alcanza a darse cuenta de la magnitud de tan dolorosa prueba. Y ahora mientras que el Salvador precioso está haciendo propiciación por nosotros, debemos tratar de llegar a la perfección en Cristo. La providencia de Dios es la escuela en la cual debemos aprender a tener la mansedumbre y humildad de Jesús. El Señor nos está presentando siempre, no el camino que escogeríamos y que nos parecería más fácil y agradable, sino el verdadero, el que lleva a los fines verdaderos de la vida. Nadie puede descuidar o aplazar esta obra sin grave peligro para su alma.

El apóstol San Juan, estando en visión, oyó una gran voz que exclamaba en el Cielo: “¡Ay de los moradores de la tierra y del mar! porque el diablo ha descendido a vosotros (440) con gran furor, sabiendo que tiene poco tiempo.” (Apocalipsis 12:12.) Espantosas son las escenas que provocaron esta exclamación de la voz celestial. La ira de Satanás crece a medida que se va acercando el fin, y su obra de engaño y destrucción culminará durante el tiempo de angustia. La paciencia de Dios ha terminado. El mundo ha rechazado su misericordia, ha despreciado su amor, y pisoteado sobre su ley. El malo ha pasado el límite de su prueba, y el Señor retira su protección, y los deja a merced del líder que han escogido. Satanás tendrá poder sobre los que han cedido a su control, y él expondrá los habitantes de la tierra en gran angustia final. Como los ángeles de Dios cesan de detener los vientos violentos de pasión humana, todos los elementos de

conflicto serán sueltos. El mundo entero estará envuelto en ruina más terrible que la que vino sobre la antigua Jerusalén.

Un ángel solo destruyó todo primogénito de los egipcios, y llenó el país con luto. Cuando David ofendió a Dios numerando la gente, un ángel causó la destrucción terrible por la cual se castigó su pecado. El mismo poder destructivo ejercido por santos ángeles cuando Dios manda, será ejercido por ángeles malos cuando él permita. Hay fuerzas ahora listas, y solamente esperan el permiso divino, para extender desolación por todas partes.

Pronto aparecerán en el Cielo signos pavorosos de carácter sobrenatural, en prueba del poder milagroso de los demonios. Los espíritus de los demonios irán en busca de los reyes de la tierra y por todo (441) el mundo. Los príncipes como los súbditos serán engañados. Surgirán personas que pretenderán ser el mismo Cristo y reclamarán los títulos y el culto que pertenecen al Redentor del mundo. Harán curaciones milagrosas y asegurarán haber recibido del Cielo revelaciones contrarias al testimonio de las Sagradas Escrituras.

El acto capital que coronará el gran drama del engaño será que el mismo Satanás tratará de hacerse pasar por el Cristo. Hace mucho que la iglesia profesa esperar el advenimiento del Salvador como consumación de sus esperanzas. Pues bien, el gran engañador simulará que Cristo habrá venido. En varias partes de la tierra, Satanás se manifestará a los hombres como ser majestuoso, de un brillo deslumbrador, parecido a la descripción del Hijo de Dios que da San Juan en el Apocalipsis. (Apocalipsis 1:13-15.) La gloria que le rodee superará cuanto hayan visto los ojos de los mortales. El grito de triunfo repercutirá por los aires: “¡Cristo ha venido! ¡Cristo ha venido!” El pueblo se postrará en adoración ante él, mientras levanta sus manos y pronuncia una bendición sobre ellos como Cristo bendecía a sus discípulos cuando estaba personalmente en la tierra. Su voz es suave y acompasada aunque llena de melodía. En tono amable y compasivo, anuncia algunas de las verdades celestiales y llenas de gracia que pronunciaba el Salvador; cura las dolencias del pueblo, y luego, en su fementido carácter de Cristo, asegura haber mudado el día de reposo del sábado al domingo y manda a todos que santifiquen el día bendecido por él. Declara que aquellos que persisten en santificar el séptimo día blasfeman su nombre (442) porque se niegan a oír a sus ángeles, que les fueron enviados con la luz de la verdad. Es el engaito más poderoso y resulta casi irresistible. Como los samaritanos fueron engaitados por Simón el Mago, así también las multitudes, desde los más pequeños hasta los mayores, creen en ese sortilegio y dicen: “Este es el gran Poder de Dios.”

Pero el pueblo de Dios no se extraviará. Las enseñanzas del falso Cristo no están de acuerdo con las Sagradas Escrituras. Su bendición va dirigida a los que adoran la bestia y su imagen, precisamente aquellos sobre quienes dice la Biblia que la ira de Dios será derramada sin mezcla. Además, no se le permitirá a Satanás contrahacer la manera en que vendrá Jesús. Las Escrituras enseñan esto: “Como el relámpago sale del oriente y brilla hasta el occidente, así será también la venida del Hijo del Hombre.” (S. Mateo 24:27.) Que Él “viene con las nubes, y todo ojo le verá.” (Apocalipsis 1:7.) Que Él será “con la voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del Cielo.” (1 Tesalonicenses 4:16.) Que Él será “venga en su gloria, y todos los santos ángeles con Él.” (S. Mateo 25:31.) Y será “enviará sus ángeles con gran voz de trompeta, y reunirán a sus escogidos.” (S. Mateo 24:31.) Los que hayan recibido el amor de la verdad en sus corazones, serán protegidos de los poderosos engaños que cautivarán al mundo. Merced al testimonio de las Escrituras descubrirán al engaitador bajo su disfraz.

El tiempo de prueba llegará para todos. Por medio de la criba de la tentación se reconocerá a los verdaderos cristianos. ¿Se sienten los hijos de Dios actualmente

bastante firmes en la Palabra divina para no ceder al (443) testimonio de sus sentidos? ¿Se atenderán ellos en semejante crisis a la Biblia y a la Biblia sola? Si ello le resulta posible, Satanás les impedirá que logren la preparación necesaria para estar firmes en aquel día. Dispondrá las cosas de modo que el camino les esté obstruido; los aturdirá con bienes terrenales, les hará llevar una carga pesada y abrumadora para que sus corazones se sientan recargados con los cuidados de esta vida y que el día de la prueba los sorprenda como ladrón.

Satanás continuará actuando un doble papel. Apareciendo ser el dispensador de grandes bendiciones y verdades divinas, él, tomará el mundo en control con sus maravillas mentirosas, al mismo tiempo él favorecerá su malignidad causando angustia y destrucción, y acusará el pueblo de Dios como la causa de las convulsiones temores de la naturaleza y la aflicción y derramamiento de sangre entre los hombres que desuelan la tierra. Así excitará a intensidad mayor el espíritu de odio y de persecución contra ellos. Dios nunca fuerza la voluntad o la conciencia; pero Satanás empleará medidas las más crueles para controlar las conciencias de los hombres, y asegurar adoración a él mismo. Y este trabajo de compulsión siempre es en favor de credos humanos y leyes, y en desafío de la santa ley de Dios.

En el último conflicto el sábado será el punto especial de controversia en toda la cristiandad. Gobernantes seculares y líderes religiones se unirán para imponer la observancia del domingo; y como las medidas más moderadas fallan, las leyes más opresivas serán promulgadas. Se instará que los pocos que sostienen oposición a una institución de la iglesia y una ley del país no se debe tolerar, y se publica finalmente un decreto (444) denunciándolos como merecedores del castigo más severo, y dando la libertad a la gente, después de un cierto tiempo, para matarlos. El romanismo en el mundo Viejo, y el protestantismo apóstata en el Nuevo, seguirán un curso semejante contra los que honran los preceptos divinos.

El pueblo de Dios huirá de las ciudades y de los pueblos y se unirá en grupos para vivir en los lugares más desiertos y solitarios. Muchos encontraran refugio en puntos de difícil acceso en las montañas. Como los cristianos de los valles del Piamonte, convertirán los lugares elevados de la tierra en santuarios suyos y darán gracias a Dios por las “fortalezas de rocas.” Pero muchos seres humanos de todas las naciones y de todas clases, grandes y pequeños, ricos y pobres, negros y blancos, serán arrojados en la más injusta y cruel servidumbre. Los amados de Dios pasarán días penosos, encadenados, encerrados en cárceles, sentenciados a muerte, algunos abandonados adrede para morir de hambre y sed en sombríos y repugnantes calabozos. Ningún oído humano escuchará sus lamentos; ninguna mano humana se aprontará a socorrerlos.

¿Olvidará el Señor a su pueblo en esa hora de prueba? ¿Olvidó acaso al fiel Noé cuando sus juicios cayeron sobre el mundo antediluviano? ¿Olvidó acaso a Lot cuando cayó fuego del Cielo para consumir las ciudades de la llanura? ¿Se olvidó de José cuando estaba rodeado de idólatras en Egipto? ¿O de Elías cuando el juramento de Jezabel le amenazaba con la suerte de los profetas de Baal? ¿Se olvidó de Jeremías en el oscuro y húmedo pozo en donde había sido echado? ¿Se olvidó acaso de los tres jóvenes en el horno ardiente o de Daniel en el foso de los leones? Cristo no puede abandonar a (445) los que son la niña de su ojo, la compra de su sangre preciosa.

Aunque el pueblo de Dios aguanta privación, y aún sufre por falta de comida, no son abandonados a perecer. Mientras los juicios de Dios visitan sobre la tierra, y el malo muere de hambre y sed, los ángeles proveen al justo con comida y agua. Dijo Jesús, en sus lecciones de fe a sus discípulos: “Considerad los cuervos, que ni siembran, ni siegan; que ni tienen despensa, ni granero, y Dios los alimenta. ¡Cuánto más valéis

vosotros que las aves!” (S. Lucas 12:24.) “¿No se venden dos gorriones por un cuarto? Con todo, ni uno de ellos caerá a tierra sin consentirlo vuestro Padre. Y en cuanto a vosotros, hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. Así que, no temáis; vosotros valéis más que muchos pajarillos.” (S. Mateo 10:29-31.)

Sin embargo, por lo que ven los hombres, parecería que los hijos de Dios tuviesen que sellar pronto su destino con su sangre, como lo hicieron los mártires que los precedieron. Ellos mismos empiezan a temer que el Señor los deje perecer en las manos homicidas de sus enemigos. Es un tiempo de terrible agonía. De día y de noche claman a Dios para que los libre. Los malos triunfan y se oye este grito de burla: “¿Dónde está ahora vuestra fe? ¿Por qué no os libra Dios de nuestras manos si sois verdaderamente su pueblo?” Pero mientras esos fieles cristianos aguardan, recuerdan que cuando Jesús estaba muriendo en la cruz del Calvario los sacerdotes y príncipes gritaban en tono de mofa: “A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar; si es el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creeremos en Él.” (S. Mateo 27:42.) Como Jacob, todos luchan con Dios. Sus semblantes expresan la (446) agonía de sus almas. Están pálidos, pero no dejan de orar con fervor.

Si los hombres tuviesen la visión del Cielo, verían compañías de ángeles poderosos en fuerza estacionados en torno de los que han guardado la palabra de la paciencia de Cristo. Con ternura y simpatía, los ángeles han presenciado la angustia de ellos y han escuchado sus oraciones. Aguardan la orden de su jefe para arrancarlos del peligro. Pero tienen que esperar un poco más. El pueblo de Dios tiene que beber de la copa y ser bautizado con el bautismo. La misma dilación que es tan penosa para ellos, es la mejor respuesta a sus oraciones. Mientras procuran esperar con confianza que el Señor obre, son inducidos a ejercitar su fe, esperanza y paciencia como no lo hicieron durante su experiencia religiosa anterior. Sin embargo, el tiempo de angustia será acortado por amor de los elegidos. El fin vendrá más pronto de lo que los hombres esperan. El trigo será recogido y atado en gavillas para el granero de Dios; la cizaña será amarrada en haces para los fuegos destructores.

Los centinelas celestiales, fieles a su cometido, siguen vigilando. En algunos casos, antes del tiempo especificado en el decreto, enemigos se lanzarán sobre los que esperan que los pongan a muerte. Pero nadie puede atravesar el cordón de los poderosos guardianes colocados en torno de cada fiel. Algunos son atacados al huir de las ciudades y villas. Pero las espadas levantadas contra ellos se quiebran y caen como si fueran de paja. Otros son defendidos por ángeles en forma de guerreros.

En todos los tiempos Dios se valió de santos ángeles para socorrer y librar a su pueblo. Los seres celestiales tomaron parte activa en los asuntos de (447) los hombres. Aparecieron con vestiduras que relucían como el rayo; vinieron como hombres en traje de caminantes. Hubo casos en que aparecieron ángeles en forma humana a los siervos de Dios. Descansaron bajo los robles al mediodía como si hubiesen estado cansados. Aceptaron la hospitalidad en hogares humanos. Sirvieron de guías a viajeros extraviados. Con sus propias manos encendieron los fuegos del altar. Abrieron las puertas de las cárceles y libertaron a los siervos del Señor. Vestidos de la armadura celestial, vinieron para quitar la piedra del sepulcro del Salvador.

A menudo suele haber ángeles en forma humana en las asambleas de los justos, y visitan también las de los impíos, como lo hicieron en Sodoma para tomar nota de sus actos y para determinar si excedieron los límites de la paciencia de Dios. El Señor se complace en la misericordia; así que por causa de los pocos que le sirven verdaderamente, mitiga las calamidades y prolonga el estado de tranquilidad de las multitudes. Los que pecan contra Dios no se dan cuenta de que deben la vida a los pocos fieles a quienes les gusta ridiculizar y oprimir.

Aunque los gobernantes de este mundo no lo sepan, ha sido frecuente que en sus asambleas hablaran ángeles. Ojos humanos los han mirado; oídos humanos han escuchado sus llamamientos; labios humanos se han opuesto a sus indicaciones y han puesto en ridículo sus consejos; y hasta manos humanas los han maltratado. En las salas de consejo y en los tribunales, estos mensajeros celestiales han revelado sus grandes conocimientos de la historia de la humanidad y se han demostrado más capaces de defender la causa de los (448) oprimidos que los abogados más hábiles y más elocuentes. Han frustrado propósitos y atajado males que habrían atrasado en gran manera la obra de Dios y habrían causado grandes padecimientos a su pueblo. En la hora de peligro y angustia “el ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen, y los defiende.” (Salmos 34:7.)

El pueblo de Dios espera con ansia las señales de la venida de su Rey. Y cuando se les pregunta a los centinelas: “¿Qué hay de la noche?” se oye la respuesta terminante: “La mañana viene, y después la noche.” (Isaías 21:11,12.) La luz dora las nubes que coronan las cumbres. Pronto su gloria se revelará. El sol de justicia está por salir. Tanto la mañana como la noche van a principiar; la mañana del día eterno para los justos y la noche perpetua para los impíos.

Mientras el pueblo militante de Dios dirige con empeño sus oraciones a Dios, el velo que lo separa del mundo invisible parece estar casi descorrido. Los Cielos se encienden con la aurora del día eterno, y cual melodía de cánticos angélicos llegan a sus oídos las palabras: “Manteneos firmes en vuestra fidelidad. Ya os llega ayuda.” Cristo, el vencedor todopoderoso, ofrece a sus cansados soldados una corona de gloria inmortal; y su voz se deja oír por las puertas entornadas: “He aquí que estoy con vosotros. No temáis. Conozco todas vuestras penas; he cargado con vuestros dolores. No estáis lidiando contra enemigos desconocidos. He peleado en favor vuestro, y en mi nombre sois más que vencedores.”

Nuestro amado Salvador nos enviará ayuda en el momento mismo en que la necesitemos. El camino del Cielo quedó consagrado por sus (449) pisadas. Cada espina que hiere nuestros pies hirió también los suyos. El cargó antes que nosotros la cruz que cada uno de nosotros ha de cargar. El Señor permite los conflictos a fin de preparar al alma para la paz. Si no tuviéramos tempestades, ni sombras, no podríamos agradecer la luz del sol. El tiempo de angustia es una prueba temerosa para el pueblo de Dios; pero es el tiempo para cada creyente verdadero para erguirse, y, por fe miraría el arco de la promesa circundarlo.

“Ciertamente volverán los redimidos de Jehová; volverán a Sión cantando, y habrá gozo perpetuo sobre sus cabezas; rebotarán gozo y alegría, y el dolor y el gemido huirán. Yo, yo soy vuestro consolador. ¿Quién eres tú para que tengas temor del hombre, que ha de morir, y del hijo de hombre, destinado a fenecer como heno? Y ya te has olvidado de Jehová tu Hacedor,... y todo el día temes continuamente del furor del opresor, cuando se dispone para destruir. Pero ¿en dónde está el furor del opresor? El preso agobiado será libertado pronto; no morirá en la mazamorra, ni le faltará su pan. Porque yo soy Jehová tu Dios, que agito el mar y hago bramar sus olas; su nombre es Jehová de los ejércitos. Y en tu boca he puesto mis palabras, y con la sombra de mi mano te he cubierto.” (Isaías 51:1-16.)

“Oye, pues, ahora esto, afligido, ebrio, mas no de vino: Así dice Jehová tu Señor, y tu Dios, el cual aboga por su pueblo: He aquí, he quitado de tu mano el cáliz del aturdimiento, las heces del cáliz de mi ira; nunca más lo beberás. Yo lo pondré en mano de tus angustiadores, que dijeron a tu alma: Inclínate, y pasaremos por encima de ti (450.) Y tú pusiste tu espalda como suelo, y como camino, para que pasaran.” (Isaías 51:21-23.)

El ojo de Dios, al mirar a través de las edades, se fijó en las crisis a las cuales tendrá que hacer frente su pueblo, cuando los poderes de la tierra se unan contra Él. Como los desterrados cautivos, temerán morir de hambre o por la violencia. Pero el Dios santo que dividió las aguas del Mar Rojo delante de los Israelitas manifestará su gran poder libertándolos de su cautiverio. “Y ellos serán míos, dice Jehová de los ejércitos, mi propiedad personal en el día en que yo actúe; y los perdonaré, como el hombre que perdona a su hijo que le sirve.” (Malaquías 3:17.) Si la sangre de los fieles siervos de Cristo fuese entonces derramada, no sería ya, como la sangre de los mártires, semilla destinada a dar una cosecha para Dios. Su fidelidad no sería ya un testimonio para convencer a otros de la verdad, pues los corazones endurecidos han rechazado los llamamientos de la misericordia hasta que éstos ya no se dejan oír. Si los justos cayesen entonces presa de sus enemigos, sería un triunfo para el príncipe de las tinieblas. Pero Cristo ha dicho: “Anda, pueblo mío, entra en tus aposentos, cierra tras ti tus puertas; escóndete por un breve momento, en tanto que pasa la indignación. Porque he aquí que Jehová sale de su lugar para castigar al morador de la tierra por su maldad; y la tierra descubrirá la sangre derramada sobre ella, y no encubrirá ya más a sus muertos.” (Isaías 26:20.21.) Gloriosa será la liberación de los que lo han esperado pacientemente y cuyos nombres están escritos en el libro de la vida (451.)

Capítulo XXXV

EL PUEBLO DE DIOS LIBRADO

Como el tiempo designado en el decreto viene contra el pueblo de Dios, los habitantes de la tierra se unen para destruir a los perturbadores de su paz. En una noche determinan dar el golpe decisivo, que silenciará por siempre la voz del censurador. En su solitario retiro los que esperan, suplican aún por protección divina. En cada cuarto, compañías de hombres armados, instados por anfitriones de ángeles malos, se preparan para el trabajo de muerte. Con gritos de triunfo, con burlas e imprecaciones van a lanzarse sobre su presa.

Pero ¡he aquí! Densas tinieblas, más sombrías que la oscuridad de la noche, caen sobre la tierra. Luego un arco iris, que refleja la gloria del trono de Dios, se extiende de un lado a otro del Cielo, y parece envolver a todos los grupos en oración. Las multitudes encolerizadas se sienten contenidas en el acto. Sus gritos de burla expiran en sus labios. Olvidan el objeto de su ira sanguinaria. Con terribles presentimientos contemplan el símbolo de la alianza divina, y ansían ser amparadas de su deslumbradora claridad.

Los hijos de Dios oyen una voz clara y melodiosa que dice: “Enderezaos,” y, al levantar la vista al Cielo, contemplan el arco de la promesa (452.) Las nubes negras y amenazadoras que cubrían el firmamento se han desvanecido, y como Esteban, clavan la mirada en el Cielo, y ven la gloria de Dios y al Hijo del hombre sentado en su trono. En su divina forma distinguen los rastros de su humillación, y oyen brotar de sus labios la oración dirigida a su Padre y a los santos ángeles: “Yo quiero que aquellos también que me has dado, estén conmigo en donde yo estoy.” Luego se oye una voz armoniosa y triunfante, que dice: “¡Helos aquí! ¡Helos aquí! santos, inocentes e inmaculados. Guardaron la palabra de mi paciencia y andarán entre los ángeles;” y de los labios pálidos y trémulos de los que guardaron firmemente la fe, sube una aclamación de victoria.

Es a medianoche cuando Dios manifiesta su poder para librar a su pueblo. Sale el sol en todo su esplendor. Se suceden señales y prodigios con rapidez. Los malos miran la escena con terror y asombro, mientras los justos contemplan con gozo las señales de su liberación. La naturaleza entera parece trastornada. Los ríos dejan de correr. Nubes negras y pesadas se levantan y chocan unas con otras. En medio de los Cielos conmovidos hay un claro de gloria indescriptible, de donde baja la voz de Dios semejante al ruido de muchas aguas, diciendo: “Hecho es.”

Esa misma voz sacude los Cielos y la tierra. Le sigue un gran terremoto. El firmamento parece abrirse y cerrarse. La gloria del trono de Dios parece cruzar la atmósfera. Los montes son movidos como una caña al soplo del viento, y las rocas quebrantadas se esparcen por todos lados. Se oye un estruendo como de cercana (453) tempestad. El mar es azotado con furor. Se oye el silbido del huracán, como voz de demonios en misión de destrucción. Toda la tierra se alborota e hincha como las olas del mar. Su superficie se raja. Sus mismos fundamentos parecen ceder. Se hunden cordilleras. Desaparecen islas habitadas con su carga viviente. Los puertos marítimos que se volvieron como Sodoma por su corrupción, son tragados por las enfurecidas olas. Pedriscos grandes, cada uno, “como del peso de un talento” (Apocalipsis 16:21), hace su obra de destrucción. Las más soberbias ciudades de la tierra son arrasadas. Los palacios costosos, en que los magnates han malgastado sus riquezas en provecho de su gloria personal, caen en ruinas ante su vista. Los muros de las cárceles se parten de arriba abajo, y son libertados los hijos de Dios que habían sido apresados por su fe.

Los sepulcros se abren, y “muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua.” (Daniel 12:2.) Todos los que murieron en la fe bajo el mensaje del tercer ángel, salen glorificados de la tumba, para oír el pacto de paz que Dios hace con los que guardaron su ley. “Los que le traspasaron,” los que se mofaron y se rieron de la agonía de Cristo y los enemigos más acérrimos de su verdad y de su pueblo, son resucitados para mirarle en su gloria y para ver el honor con que serán recompensados los fieles y obedientes.

Densas nubes cubren aún el firmamento; sin embargo el sol se abre paso de vez en cuando, como si fuese el ojo vengador de Jehová. Fieros relámpagos rasgan (454) el Cielo con fragor, envolviendo a la tierra en claridad de llamaradas. Por encima del ruido aterrador de los truenos, se oyen voces misteriosas y terribles que anuncian la condenación de los impíos. No todos entienden las palabras pronunciadas; pero los falsos centinelas las comprenden perfectamente. Los que poco antes eran tan temerarios, jactanciosos y provocativos, y que tanto se regocijaban al ensañarse en el pueblo de Dios observador de sus mandamientos, se sienten presa de consternación y tiemblan de terror. Sus llantos dominan el ruido de los elementos. Los demonios confiesan la divinidad de Cristo y tiemblan ante su poder, mientras que los hombres claman por misericordia y se revuelcan en terror abyecto.

Al considerar el día de Dios en santa visión, los antiguos profetas exclamaron: “Tocad trompeta en Sión, y dad alarma en mi santo monte; tiemblen todos los moradores de la tierra, porque viene el día de Jehová, porque está cercano.” “Y Jehová dará su orden delante de su ejército, porque muy grande es su campamento; poderoso el ejecutor de su orden; porque grande es el día de Jehová, y muy terrible; ¿quién podrá soportarlo?” (Joel 2: 1,11.) “Aullad, porque cerca está el día de Jehová; vendrá como terrible azote del Todopoderoso. (Isaías 13:6.) “Métete en la peña, escóndete en el polvo, de la presencia temible de Jehová, y del resplandor de su majestad. La altivez de los ojos del hombre será abatida, y la soberbia de los hombres será humillada; y será exaltado Jehová solo en aquel día. Porque Jehová de los ejércitos tiene reservado un día que vendrá sobre todo soberbio y altivo, sobre todo enaltecido, y será abatido.” (Isaías

2:10-12.) “Aquel día arrojará el hombre a los topos y (455) murciélagos sus ídolos de plata y sus ídolos de oro, que él se hizo para adorarlos, y se meterá en las hendiduras de las rocas y en las cavernas de las peñas, por la presencia temible de Jehová, y por el resplandor de su majestad, cuando se levante para sacudir con fuerza la tierra.” (Isaías 2:20,21.)

Por un desgarrón de las nubes una estrella arroja rayos de luz cuyo brillo queda cuadruplicado por el contraste con la obscuridad. Significa esperanza y júbilo para los fieles, pero severidad para los transgresores de la ley de Dios. Los que todo lo sacrificaron por Cristo están entonces seguros, como escondidos en los pliegues del pabellón de Dios. Fueron probados, y ante el mundo y los despreciadores de la verdad demostraron su fidelidad a Aquel que murió por ellos. Un cambio maravilloso se ha realizado en aquellos que conservaron su integridad ante la misma muerte. Han sido librados como por ensalmo de la sombría y terrible tiranía de los hombres vueltos demonios. Sus semblantes, poco antes tan pálidos, tan llenos de ansiedad y tan macilentos, brillan ahora de admiración, fe, y amor. Sus voces se elevan en canto triunfal: “Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones. Por tanto, no temeremos, aunque la tierra sea removida, y se traspasen los montes al corazón del mar; aunque bramen y borboteen sus aguas, y tiemblen los montes a causa de su ímpetu.” (Salmos 46: 1-3.)

Mientras estas palabras de santa confianza se elevan hacia Dios, las nubes se retiran, y el Cielo estrellado brilla con esplendor indescriptible en contraste con el firmamento negro y severo en ambos lados. La magnificencia del (456) Cielo es radiante por las puertas entreabiertas. Entonces aparece en el Cielo una mano que sostiene dos tablas de piedra puestas una sobre otra. La mano abre las tablas en las cuales se revelan los preceptos del Decálogo inscritos como con letras de fuego. Las palabras son tan distintas que todos pueden leerlas. La memoria se despierta, las tinieblas de la superstición y de la herejía desaparecen de todos los espíritus, y las diez palabras de Dios, breves, inteligibles y llenas de autoridad, se presentan a la vista de todos los habitantes de la tierra. ¡El código maravilloso! ¡La ocasión maravillosa!

Es imposible describir el horror y la desesperación de aquellos que pisotearon los santos preceptos de Dios. El Señor les había dado su ley con la cual hubieron podido comparar su carácter y ver sus defectos mientras que había aún oportunidad para arrepentirse y reformarse; pero el afán de asegurarse el favor del mundo, pusieron a un lado los preceptos de la ley y enseñaron a otros a transgredirlos. Se empeñaron en obligar al pueblo de Dios a que profanase su sábado. Ahora los condena aquella misma ley que despreciaban. Ya echan de ver que no tienen disculpa. Eligieron a quién querían servir y adorar. “Entonces volveréis a discernir entre el justo y el malo, entre el que sirve a Dios y el que no le sirve.” (Malaquías 3:18.)

Los enemigos de la ley de Dios, desde los ministros hasta el más insignificante entre ellos, adquieren un nuevo concepto de lo que es la verdad y el deber. Reconocen demasiado tarde que el sábado del cuarto mandamiento es el sello del Dios vivo. Ven demasiado tarde la verdadera naturaleza de (457) su falso sábado, y el fundamento arenoso sobre el cual construyeron. Se dan cuenta de que han estado luchando contra Dios. Los maestros de la religión condujeron las almas a la perdición mientras profesaban guiarlas hacia las puertas del Paraíso. No se sabrá antes del día del juicio final cuán grande es la responsabilidad de los que desempeñan un cargo sagrado, y cuán terribles son los resultados de su infidelidad. Sólo en la eternidad podrá apreciarse debidamente la pérdida de una sola alma. Terrible será la suerte de aquel a quien Dios diga: Apártate, mal servidor.

Desde el Cielo se oye la voz de Dios que proclama el día y la hora de la venida de Jesús, y promulga a su pueblo el pacto eterno. Sus palabras resuenan por la tierra como el estruendo de los más estrepitosos truenos. El Israel de Dios escucha con los ojos elevados al Cielo. Sus semblantes se iluminan con la gloria divina y brillan cual brillara el rostro de Moisés cuando bajó de Sinaí. Los malos no los pueden mirar. Y cuando la bendición es pronunciada sobre los que honraron a Dios santificando su sábado, se oye un inmenso grito de victoria.

Pronto aparece en el este una pequeña nube negra, de un tamaño como la mitad de la palma de la mano. Es la nube que envuelve al Salvador, y que a la distancia parece rodeada de oscuridad. El pueblo de Dios sabe que es la señal del Hijo del hombre. En silencio solemne la contemplan mientras va acercándose a la tierra, volviéndose más luminosa y más gloriosa hasta convertirse en una gran nube blanca, cuya base es como fuego consumidor, y sobre ella el arco iris del pacto. Jesús marcha al frente como un gran conquistador, y los ejércitos del Cielo lo siguen. Con canciones de (458) triunfo, un séquito vasto de santos ángeles le escolta en su camino. Él firmamento parece lleno con formas brillantes, diez mil veces diez mil, y miles de miles. No hay pluma que pueda describir, ni mente humana concebir, la gloria de la escena. Como la viviente nube que se viene acercando, Jesús se puede mirar claramente. No trae una corona de espinas, sino una corona de gloria descansa sobre su frente sagrada. Su aspecto brilla como el sol a mediodía. Sobre su vestidura y muslo tiene un nombre escrito, “Rey de reyes, y Señor de Señores.”

Ante Él cada cara se vuelve pálida, y sobre los que Dios ha rechazado, cae la negrura de desesperación. El justo clama temblando: “¿Quién podrá sostenerse en pie?” La canción de los ángeles cesa, y hay un período de silencio aterrador. Entonces se oye la voz de Jesús, diciendo: “Bástate mi gracia.” Se encienden las caras de los justos, y alegría llena cada corazón. Y los ángeles tocan una nota más alta, y cantan de nuevo, mientras se acercan aún más a la tierra.

El Rey de reyes desciende sobre la nube, envuelta en fuego flamante. La tierra se estremece ante Él, se enrollan los Cielos juntos como un rollo, y se mueven cada montaña y cada isla fuera de su lugar. Dice el Salmista: “Vendrá nuestro Dios, y no callará; fuego consumidor hay delante de Él, y tempestad poderosa le rodea. Convoca a los Cielos desde arriba, y a la tierra, para juzgar a su pueblo. Juntadme mis santos, los que hicieron conmigo pacto con sacrificio. Y los Cielos (459) declararán su justicia porque Dios mismo es el juez.” (Salmos 50:3-6.)

“Y los reyes de la tierra, los magnates, los ricos, los tribunos, los poderosos, y todo siervo y todo libre, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes; y decían a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro del que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero; porque el gran día de su ira ha llegado; ¿y quién podrá sostenerse en pie?” (Apocalipsis 6:15-17.)

Cesaron las burlas. Callan los labios mentirosos. El choque de las armas y el tumulto de la batalla, “manto revolcado en sangre,” (Isaías 9:5), han concluido. Sólo se oyen ahora voces de oración, llanto y lamentación. De las bocas que se mofaban poco antes, estalla el grito: “El gran día de su ira es venido; ¿y quién podrá estar firme?” Los impíos piden ser sepultados bajo las rocas de las montañas, antes que ver la cara de Aquel a quien han despreciado y rechazado.

Allí están los que se mofaron de Cristo en su humillación. Con fuerza penetrante acuden a su mente las palabras del Varón de dolores, cuando, conjurado por el sumo sacerdote, declaró solemnemente: “que a partir de ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Poder, y viniendo sobre las nubes del Cielo.” (S. Mateo 26:64.)

Ahora le ven en la gloria de Cristo, y deben verlo aún sentado a la diestra del poder divino.

Conocen esa voz que penetra hasta el oído de los muertos (460), ¡Cuántas veces sus tiernas y quejumbrosas modulaciones no los han llamado al arrepentimiento! ¡Cuántas veces no ha sido oído en las conmovedoras exhortaciones de un amigo, de un hermano, de un Redentor! Para los que rechazaron su gracia, ninguna otra podría estar tan llena de condenación ni tan cargada de acusaciones, como esta voz que tan a menudo exhortó con estas palabras: “Volveos, volveos, ¿por qué queréis morir?” ¡Oh, si sólo fuera para ellos la voz de un extraño! Jesús dice: “Por cuanto llamé, y no quisisteis oír; Extendí mi mano, y no hubo quien atendiese, sino que desechasteis todo consejo mío y no aceptasteis mi reprensión.” (Proverbios 1:24,25.) Esa voz despierta recuerdos que ellos quisieran borrar, – de avisos despreciados, invitaciones rechazadas, privilegios desdeñados.

Los que pusieron en ridículo su aserto de ser el Hijo de Dios enmudecen ahora. Allí está el altivo Herodes que se burló de su título real y mandó a los soldados escarnecedores que le coronaran. Allí están los hombres mismos que con manos impías pusieron sobre su cuerpo el manto de grana, sobre sus sagradas sienas la corona de espinas y en su dócil mano un cetro burlesco, y se inclinaron ante Él con burlas de blasfemia. Los hombres que golpearon y escupieron al Príncipe de la vida, tratan de evitar ahora su mirada penetrante y de huir de la gloria abrumadora de su presencia. Los que atravesaron con clavos sus manos y sus pies, los soldados que le abrieron el costado, consideran esas señales con terror y remordimiento.

Los sacerdotes y los escribas recuerdan los acontecimientos del Calvario con claridad aterradora. Llenos de horror recuerdan cómo, moviendo sus cabezas con arrebató satánico (461), exclamaron: “A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar: si es el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creeremos en Él. Ha puesto su confianza en Dios; líbrele ahora si le quiere. (S. Mateo 27:42.43.)

Recuerdan a lo vivo la parábola de El Salvador de los labradores que se negaron a entregar a su señor los frutos de la viña, que maltrataron a sus siervos y mataron a su hijo. También recuerdan la sentencia que ellos mismos pronunciaron: A los malos destruirá miserablemente el señor de la viña. Los sacerdotes y escribas ven en el pecado y en el castigo de aquellos malos labradores su propia conducta y su propia y merecida suerte. Y entonces se levanta un grito de agonía mortal. Más fuerte que los gritos de “¡Sea crucificado! ¡Sea crucificado!” que resonaron por las calles de Jerusalén, estalla el clamor terrible y desesperado: “¡Es el Hijo de Dios! ¡Es el verdadero Mesías!” Tratan de huir de la presencia del Rey de reyes. En vano tratan de esconderse en las hondas cuevas de la tierra desgarrada por la conmoción de los elementos.

En la vida de todos los que rechazan la verdad, hay momentos en que la conciencia se despierta, en que la memoria evoca el recuerdo aterrador de una vida de hipocresía, y el alma se siente atormentada de vanos pesares. Mas ¿qué es eso comparado con el remordimiento que se experimentará aquel día cuando “venga miedo como asolamiento”, cuando, “vuestra desgracia llegue como un torbellino” (Proverbios 1:24,25.) Los que habrían querido matar a Cristo y a su pueblo fiel son ahora testigos de la gloria que descansa sobre ellos. En medio de su terror oyen las voces de los santos que exclaman en unánime júbilo: “He aquí este es nuestro Dios, le hemos esperado para que nos salvase.” (Isaías 25:9) (462.)

Entre las oscilaciones de la tierra, las llamaradas de los relámpagos y el fragor de los truenos, el Hijo de Dios llama a la vida a los santos dormidos. Dirige una mirada a las tumbas de los justos, y levantando luego las manos al Cielo, exclama: “¡Despertaos, despertaos, despertaos, los que dormís en el polvo, y levantaos!” Por toda la superficie

de la tierra, los muertos oirán esa voz; y los que la oigan vivirán. Y toda la tierra repercutirá bajo las pisadas de la multitud extraordinaria de todas las naciones, tribus, lenguas y pueblos. De la prisión de la muerte salen revestidos de gloria inmortal gritando: “¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh sepulcro, tu agujón?” (1 Corintios 15:55.) Y los justos vivos unen sus voces a las de los santos resucitados en prolongada y alegre aclamación de victoria.

Todos salen de sus tumbas de igual estatura que cuando en ellas fueron depositados. Adán, que se encuentra entre la multitud resucitada, es de soberbia altura y formas majestuosas, de porte poco inferior al del Hijo de Dios. Presenta un contraste notable con los hombres de las generaciones posteriores; en este respecto se nota la gran degeneración de la raza humana. Pero todos se levantan de su último sueño profundo con la lozanía y el vigor de eterna juventud. Al principio, el hombre fue creado a la semejanza de Dios, no sólo en carácter, sino también en lo que se refiere a la forma y a la fisonomía. El pecado borró e hizo desaparecer casi por completo la imagen divina; pero Cristo vino a restaurar lo que se había malogrado. El transformará nuestros cuerpos viles y los hará semejantes a la imagen de su cuerpo glorioso. La forma mortal y corruptible, desprovista de gracia, manchada en otro tiempo por el pecado, se vuelve perfecta, hermosa e (463) inmortal. Todas las imperfecciones y deformidades quedan en la tumba. Los redimidos tienen la imagen de su Señor. ¡Oh redención maravillosa! De ti mucho se habló, mucho se te esperó, contemplada con anticipación ansiosa, pero nunca completamente entendida.

Los justos vivos son mudados “en un instante, en un abrir y cerrar de ojos.” A la voz de Dios fueron glorificados; ahora son echados inmortales, y juntamente con los santos resucitados son arrebatados para recibir a Cristo su Señor en los aires. Amigos, a quienes la muerte tenía separados desde largo tiempo, se reúnen para no separarse más. Santos ángeles llevan niñitos a los brazos de sus madres, y juntos, con canciones de alegría, ascienden a la ciudad de Dios.

En cada lado del carro nebuloso hay alas, y debajo de ellas, ruedas vivientes; y mientras el carro asciende las ruedas claman: “¡Santo!” y las alas, al moverse, claman: “¡Santo!” y el cortejo de los ángeles exclama: “¡Santo, santo, santo, es el Señor Dios, el Todopoderoso!” el pueblo de Dios exclama: “¡Aleluya!” mientras el carro se adelanta hacia la nueva Jerusalén.

Antes de entrar a la ciudad, se arreglan los santos en un cuadrado hueco, con Jesús en el medio. En altura supera los santos y los ángeles. Su forma majestuosa y aspecto amoroso se puede ver en el cuadro. Sobre las cabezas de los vencedores el Salvador, con su propia mano derecha, coloca las coronas de gloria. Para cada santo hay una corona, llevando su nombre nuevo, y la inscripción, “Santidad a Jehová.” En cada mano está puesta la palma del vencedor y la brillante arpa. Los ángeles indicados tocan la nota, y se levanta cada voz en alabanza agradecida, cada mano barre las cuerdas del arpa (464) con tacto diestro, produciendo dulce música en ricos y melodiosos acordes.

Delante de la multitud de los redimidos se encuentra la ciudad santa. Jesús abre ampliamente las puertas de perla, y entran por ellas las naciones que guardaron la verdad. Allí contemplan el paraíso de Dios, el hogar de Adán en su inocencia. Luego se oye aquella voz, más armoniosa que cualquier música que haya acariciado jamás el oído de los hombres, y que dice: “Vuestro conflicto ha terminado.” Los rayos del aspecto del Salvador con inefable amor da la bienvenida a los redimidos para que entren en el gozo de su Señor.

Repentinamente retumbó sobre el aire un grito triunfante de adoración. Los dos Adanes están a punto de encontrarse. El Hijo de Dios está en pie con los brazos extendidos para recibir al padre de nuestra raza, - al ser que él creó, que pecó contra su

Hacedor, y por cuyo pecado el Salvador lleva las señales de la crucifixión. Al distinguir Adán las cruentas señales de los clavos, no se echa en los brazos de su Señor, sino que prosterna humildemente a sus pies, exclamando: “¡Digno, digno es el Cordero que fue inmolado!” El Salvador lo levanta con ternura, y dirige la atención a la morada edénica de la cual ha estado desterrado por tanto tiempo.

Después de su expulsión del Edén, la vida de Adán en la tierra estuvo llena de pesar. Cada hoja marchita, cada víctima ofrecida en sacrificio, cada ajamiento en el hermoso aspecto de la naturaleza, cada mancha en la pureza del hombre, le volvían a recordar su pecado. Terrible fue la agonía del remordimiento cuando notó que aumentaba la iniquidad, y que en contestación a sus censuras, se le tachaba de ser él mismo causa del pecado. Con paciencia y humildad soportó, por cerca de mil años, el castigo de su (465) transgresión. Se arrepintió sinceramente de su pecado y confió en los méritos del Salvador prometido, y murió en la esperanza de la resurrección. El Hijo de Dios reparó la culpa y caída del hombre, y ahora, merced a la obra de propiciación, Adán es restablecido a su primitiva soberanía.

Transportado de dicha, contempla los árboles que hicieron una vez su delicia - los mismos árboles de los cuales cortó fruta cuando se regocijó en la perfección de inocencia y santidad. Ve las vides que sus propias manos cultivaron, las mismas flores que se gozaba en cuidar en otros tiempos. Su espíritu abarca toda la escena; comprende que éste es en verdad el Edén restaurado y que es mucho más hermoso ahora que cuando él fue expulsado. El Salvador le lleva al árbol de la vida, toma su fruto glorioso y se lo ofrece para comer. Adán mira en torno suyo y nota a una multitud de los redimidos de su familia que se encuentra en el paraíso de Dios. Entonces arroja su brillante corona a los pies de Jesús, y, cayendo sobre su pecho, abraza al Redentor. Toca luego el arpa de oro, y por las bóvedas del Cielo repercute el canto triunfal: “¡Digno, digno, digno es el Cordero, que fue inmolado y volvió a vivir!” La familia de Adán repite los acordes y arroja sus coronas a los pies del Salvador, inclinándose ante Él en adoración.

Presencian esta reunión los ángeles que lloraron por la caída de Adán y se regocijaron cuando Jesús, una vez resucitado, ascendió al Cielo, después de haber abierto el sepulcro para todos aquellos que creyesen en su nombre. Ahora contemplan el cumplimiento de la obra de redención y unen sus voces al cántico de alabanza (466.)

Los elegidos del Señor fueron educados y disciplinados en la escuela de la prueba. Anduvieron en los senderos angostos de la tierra: fueron purificados en el horno de la aflicción. Por causa de Jesús sufrieron oposición, odio y calumnias. Le siguieron a través de luchas dolorosas; se negaron a sí mismos y experimentaron amargos desengaños. Por su propia dolorosa experiencia conocieron los males del pecado, su poder, la culpabilidad que entraña y su maldición; y lo miran con horror. Al darse cuenta de la magnitud del sacrificio hecho para curarlo, se sienten humillados ante sí mismos, y sus corazones se llenan de una gratitud y alabanza que no pueden apreciar los que nunca cayeron. Aman mucho porque se les ha perdonado mucho. Habiendo participada de los sufrimientos de Cristo, están en condición de participar de su gloria.

Los herederos de Dios han venido de buhardillas, chozas, cárceles, cadalsos, montañas, desiertos, cuevas de la tierra, y de las cavernas del mar. Pero ya no seguirán siendo débiles, afligidos, dispersos y oprimidos. De aquí en adelante estarán siempre con el Señor. Están ante el trono, más ricamente vestidos que jamás lo fueron los personajes más honrados de la tierra. Están coronados con diademas más gloriosas que las que jamás ciñeron los monarcas de la tierra. Pasaron para siempre los días de sufrimiento y llanto. El Rey de gloria ha secado las lágrimas de todos los semblantes; toda causa de pesar ha sido alejada. Mientras agitan las palmas, dejan oír un canto de

alabanza, claro, dulce, y armonioso; cada voz se une a la melodía, hasta que entre las bóvedas del Cielo repercute el clamor: “La salvación pertenece a nuestro Dios (467) que está sentado en el trono, y al Cordero.” Y todos los habitantes del Cielo responden en la atribución, “Amén. La bendición, la gloria, la sabiduría, la acción de gracias, el honor, el poder y la fortaleza, sean a nuestro Dios por los siglos de los siglos.” (Apocalipsis 7:10,12.)

El tema de redención apenas ha comenzado para ser entendido. Con nuestra inteligencia limitada podemos considerar con todo fervor la ignominia y la gloria, la vida y la muerte, la justicia y la misericordia que se tocan en la cruz; pero ni con la mayor tensión de nuestras facultades mentales llegamos a comprender todo su significado. La largura y anchura, la profundidad y la altura del amor redentor se comprenden tan sólo confusamente. El plan de la redención no se entenderá por completo ni siquiera cuando los rescatados vean como serán conocidos; pero a través de las edades sin fin, nuevas verdades se desplegarán continuamente ante la mente admirada y deleitada. Aunque las aflicciones, las penas y las tentaciones terrenales hayan concluido, y aunque la causa de ellas haya sido suprimida, el pueblo de Dios tendrá siempre un conocimiento claro e inteligente de lo que costó su salvación.

La cruz de Cristo será la ciencia y el canto de los redimidos durante toda la eternidad. En el Cristo glorificado, contemplarán al Cristo crucificado. Nunca se olvidará que Él que pudo mandar todos los poderes de la naturaleza, quien por una palabra pudo llamar ángeles poderosos a hacer su voluntad y ejecutar venganza sobre sus enemigos, - el amado de Dios, la Majestad del Cielo - sometido a insulto, tortura, y muerte, para que los pecadores puedan ser redimidos. El hecho de que el Hacedor de todos los mundos, el Arbitro de todos los destinos (468), dejase su gloria y se humillase por amor al hombre, despertará eternamente la admiración y adoración del universo. Cuando las naciones de los salvos miren a su Redentor y vean la gloria eterna del Padre brillar en su rostro; cuando contemplen su trono, que es desde la eternidad hasta la eternidad, y sepan que su reino no tendrá fin, entonces prorrumpirán en un cántico de júbilo: “¡Digno, digno es el Cordero que fue inmolado, nos ha redimido para Dios con su propia preciosísima sangre!”

El misterio de la cruz explica todos los demás misterios. A la luz que irradia del Calvario, los atributos de Dios que nos llenaban de temor respetuoso nos resultan herniosos y atractivos. Se ve que la misericordia, la compasión y el amor paternal se unen a la santidad, la justicia y el poder. Al mismo tiempo que contemplamos la majestad de su trono, tan grande y elevado, vemos su carácter en sus manifestaciones misericordiosas y comprendemos, como nunca antes, el significado del apelativo conmovedor: “Padre nuestro.”

Se echará de ver que Aquel cuya sabiduría es infinita no hubiera podido idear otro plan para salvarnos que el del sacrificio de su Hijo. La compensación de este sacrificio es la dicha de poblar la tierra con seres rescatados, santos, felices e inmortales. El resultado de la lucha del Salvador contra las potestades de las tinieblas es la dicha de los redimidos, la cual contribuirá a la gloria de Dios por toda la eternidad. Y tal es el valor del alma, que el Padre está satisfecho con el precio pagado; y Cristo mismo, al considerar los resultados de su gran sacrificio, no lo está menos (469.)

Capitulo XXXVI

LA DESOLACIÓN DE LA TIERRA

“Por eso, en un solo día vendrán sus plagas, muerte, duelo y hambre, y será quemada con fuego; porque poderoso es Dios el Señor, que la ha sentenciado. Y los reyes de la tierra que han fornicado con ella, y con ella han vivido en deleites, llorarán y harán lamentación sobre ella, cuando vean el humo de su incendio, parándose lejos por el temor de su tormento, diciendo: “¡Ay, ay, de la gran ciudad de Babilonia, la ciudad fuerte; porque en una hora vino tu juicio! Y los mercaderes de la tierra lloran y hacen lamentación sobre ella, porque ninguno compra más sus mercancías.”(Apocalipsis 18:11.) Tales son los juicios que caen sobre Babilonia en el día de la ira de Dios. La gran ciudad ha llenado la medida de su iniquidad; ha llegado su hora; está madura para la destrucción.

Cuando la voz de Dios ponga fin al cautiverio de su pueblo, será terrible el despertar para los que lo hayan perdido todo en la gran lucha de la vida. Mientras duraba el tiempo de gracia, los cegaban los engaños de Satanás y disculpaban su vida de pecado. Los ricos se enorgullecían de su superioridad con respecto a los menos favorecidos; pero habían logrado sus (470) riquezas violando la ley de Dios. Habían dejado de dar de comer a los hambrientos, de vestir a los desnudos, de obrar con justicia, y de amar la misericordia. Habían tratado de enaltecerse y de obtener el homenaje de sus semejantes. Ahora están despojados de cuanto los hacía grandes, y quedan desprovistos de todo y sin defensa. Ven la destrucción de los ídolos que prefirieron a su Creador. Vendieron sus almas por las riquezas y los placeres terrenales, y no procuraron hacerse ricos en Dios. El resultado es que sus vidas terminan en fracaso; sus placeres se cambian ahora en amargura y sus tesoros en corrupción. La ganancia de una vida entera les es arrebatada en un momento. Los ricos lamentan la destrucción de sus soberbias casas, la dispersión de su oro y de su plata. Pero sus lamentos son sofocados por el temor de que ellos mismos van a perecer con sus ídolos.

Los impíos están llenos de pesar, no por su indiferencia pecaminosa para con Dios y sus semejantes, sino porque Dios haya vencido. Lamentan el resultado obtenido; pero no se arrepienten de su maldad. Si pudiesen hacerlo, no dejarían de probar cualquier medio para vencer.

El mundo ve a aquellos mismos de quienes se burló y a quienes deseó exterminar, pasar sanos y salvos por entre tempestades, terremotos y pestilencias. El que es un fuego consumidor para los transgresores de su ley, es un seguro pabellón para su pueblo.

El ministro que sacrificó la verdad para ganar el favor de los hombres, discierne ahora el carácter e influencia de sus enseñanzas. Es aparente que un ojo omnisciente le seguía cuando estaba en el púlpito, cuando andaba por las calles, cuando se mezclaba con (471) los hombres en las diferentes escenas de la vida. Cada emoción del alma, cada línea escrita, cada palabra pronunciada, cada acción encaminada a hacer descansar a los hombres en una falsa seguridad, fue una siembra; y ahora, en las almas miserables y perdidas que le rodean, Él contempla la cosecha.

Los ministros y el pueblo ven que no sostuvieron la debida relación con Dios. Ven que se rebelaron contra el Autor de toda ley justa y recta. El rechazamiento de los preceptos divinos dio origen a miles de fuentes de mal, discordia, odio e iniquidad, hasta que la tierra se convirtió en un vasto campo de luchas, en un abismo de corrupción. Tal es el cuadro que se presenta ahora ante la vista de los que rechazaron la verdad y prefirieron el error. Ningún lenguaje puede expresar la vehemencia con que los desobedientes y desleales desean lo que perdieron para siempre: la vida eterna. Los hombres a quienes el mundo idolatró por sus talentos y elocuencia, ven ahora las cosas en su luz verdadera. Se dan cuenta de lo que perdieron por la trasgresión, y caen a los

pies de aquellos a quienes despreciaron y ridiculizaron a causa de su fidelidad, y confiesan que Dios los amaba.

Los hombres ven que fueron engañados. Ansiosamente se acusan unos a otros de haberse arrastrado mutuamente a la destrucción; pero todos concuerdan para abrumar a los ministros con la más amarga condenación. Los pastores infieles profetizaron cosas lisonjeras; indujeron a sus oyentes a menospreciar la ley de Dios y a perseguir a los que querían santificarla. Ahora, en su desesperación, estos maestros confiesan ante el mundo su obra de engaño. Las multitudes se llenan de furor. “¡Estamos perdidos! - exclaman - y vosotros sois causa (472) de nuestra perdición;” y se vuelven contra los falsos centinelas. Precisamente aquellos que más los admiraban en otros tiempos pronunciarán contra ellos las más terribles maldiciones. Las manos mismas que los coronaron con laureles se levantarán para aniquilarlos. Las espadas que debían servir para destruir al pueblo de Dios se emplean ahora para matar a sus enemigos. Por todas partes hay luchas y derramamiento de sangre.

La marca de la redención ha sido puesta sobre ellos “a los hombres que gimen y que claman a causa de todas las abominaciones que se hacen.” Ahora sale el ángel de la muerte representado en la visión de Ezequiel por los hombres armados con instrumentos de destrucción, y a quienes se les manda: “Matad a viejos, jóvenes y doncellas, niños y mujeres, hasta que no quede ninguno; pero a todo aquel sobre el cual hubiere señal, no os acercaréis; y comenzaréis por mi santuario.” Dice el profeta: “Comenzaron, pues, desde los varones ancianos que estaban delante del templo.” (Ezequiel 9:6.) La obra de destrucción empieza entre los que profesan ser guardianes espirituales del pueblo. Los falsos pastores caen los primeros. De nadie se tendrá piedad y ninguno escapará. Hombres, mujeres, doncellas, y niños perecerán juntos.

“Jehová sale de su lugar para castigar al morador de la tierra por su maldad; y la tierra descubrirá la sangre derramada sobre ella, y no encubrirá ya más a sus muertos.” (Isaías 26:21.) “Y esta será la plaga con que herirá Jehová a todos los pueblos que hayan hecho la guerra a Jerusalén: la carne de ellos se consumirá estando ellos sobre sus pies, y se consumirán en las cuencas sus ojos, y la lengua se les deshará en la boca. Y acontecerá (473) en aquel día que habrá entre ellos gran pánico enviado por Jehová; y trabará cada uno de la mano de su compañero, y levantará su mano contra la mano de su compañero.” (Zacarías 14:12,13.) En la loca lucha de sus propias desenfadadas pasiones y debido al terrible derramamiento de la ira de Dios sin mezcla de piedad, caen los impíos habitantes de la tierra: sacerdotes, gobernantes y el pueblo en general, ricos y pobres, grandes y pequeños. “Y habrá víctimas de Jehová en aquel día desde un extremo de la tierra hasta el otro; no se endecharán ni se recogerán ni serán enterrados.” (Jeremías 25:33.)

A la venida de Cristo los impíos serán borrados de la superficie de la tierra, - consumidos por el espíritu de su boca y destruidos por el resplandor de su gloria. Cristo lleva a su pueblo a la ciudad de Dios, y la tierra queda privada de sus habitantes. “He aquí que Jehová vacía la tierra y la despuebla, y trastorna su haz, y hace esparcir a sus moradores.” “La tierra será enteramente vaciada, y completamente saqueada; porque Jehová ha pronunciado esta palabra.” “Porque transgredieron las leyes, violaron el estatuto, quebrantaron el pacto sempiterno. Por esta causa, la maldición consumió la tierra, ya que sus moradores fueron hallados culpables; por esta causa fueron consumidos los habitantes de la tierra.” (Isaías 24:1,3,5,6.)

Toda la tierra tiene el aspecto desolado de un desierto. Las ruinas de las ciudades y aldeas destruidas por el terremoto, los árboles desarraigados, las rocas escabrosas arrojadas por el mar o arrancadas de la misma tierra, están esparcidas por la superficie de ésta, al paso que grandes cuevas señalan el sitio donde las montañas fueron rasgadas

desde sus (474) cimientos. Aquí es donde, con sus ángeles, Satanás hará su morada durante mil años. Aquí será confinado, a vagar para arriba y para abajo sobre la superficie destrozada de la tierra, y ver los efectos de su rebelión contra la ley de Dios. Por mil años puede gozar del fruto de la maldición que él ha causado. Limitado sólo a la tierra, no tendrá el privilegio de recorrer a otros planetas, para tentar y molestar a los que no han caído. Durante este tiempo, Satanás sufre extremadamente. Desde su caída su vida de actividad intensa ha desterrado reflejo; pero ahora es privado de su poder, y es al contemplar la parte que ha actuado desde que primero se rebeló contra el gobierno del Cielo, y al mirar hacía delante con temblor y terror el porvenir terrible, cuando tiene que sufrir por todo lo malo que ha hecho, y ser castigado por los pecados que ha causado cometer.

Gritos de triunfo ascienden de los ángeles y los santos redimidos, que no serán más molestados y tentados por Satanás, y que los habitantes de otros mundos han sido librados de su presencia y tentaciones.

Durante los mil años, entre la primera y la segunda resurrección, el juicio de los malos muertos, toma lugar. Los justos reinan como reyes y sacerdotes para Dios. Y en unión con Cristo juzgan a los malos, comparando sus acciones con el libro de estatutos, la Biblia, y decidiendo cada caso de acuerdo con las acciones que hicieron en el cuerpo. Entonces la porción que el malo tiene que sufrir es conocida, según sus obras; esta escrito contra sus nombres en el libro de muerte. Satanás también y los ángeles malos son juzgados por Cristo y su pueblo (475.)

Capítulo XXXVII

LA CONTROVERSIA FINALIZADA

Al fin de los mil años, Cristo regresa otra vez a la tierra. Le acompaña la hueste de los redimidos, y le sigue una comitiva de ángeles. Al descender en majestad aterradora, manda a los muertos impíos que resuciten para recibir su condenación. Se levanta un gran ejército, innumerable como la arena del mar. ¡Qué contraste entre ellos y los que resucitaron en la primera resurrección! Los justos estaban revestidos de juventud y belleza inmortales. Los impíos llevan las huellas de la enfermedad y de la muerte.

Todas las miradas de esa inmensa multitud se vuelven para contemplar la gloria del Hijo de Dios. A una voz las huestes de los impíos exclaman: “¡Bendito Él que viene en el nombre del Señor!” No es el amor a Jesús lo que les inspira esta exclamación, sino que el poder de la verdad arranca esas palabras de sus labios. Los impíos salen de sus tumbas tales como a ellas bajaron, con la misma enemistad hacia Cristo y el mismo espíritu de rebelión. No disponen de un nuevo tiempo de gracia para remediar los defectos de su vida pasada, pues de nada les serviría. Toda una vida de pecado no ablandó sus corazones. De serles concedido un segundo tiempo de gracia (476), lo emplearían como el primero, eludiendo las exigencias de Dios e incitándose a la rebelión contra Él.

Cristo desciende sobre el monte de los Olivos, y como sus pies tocan la montaña, se separa en dos, y se convierte en una vasta llanura. Entonces la Nueva Jerusalén, en su esplendor deslumbrante, desciende del Cielo. A medida que desciende sobre el lugar purificado y preparado para recibirla, Cristo, con su pueblo y los ángeles, entran en la ciudad sagrada.

Entonces Satanás se prepara para la última tremenda lucha por la supremacía. Mientras estaba despojado de su poder e imposibilitado para hacer su obra de engaño, el príncipe del mal se sentía abatido y desgraciado; pero cuando resucitan los impíos y ve las grandes multitudes que tiene al lado suyo, sus esperanzas reviven y resuelve no rendirse en el gran conflicto. Alistará bajo su bandera a todos los ejércitos de los perdidos y por medio de ellos tratará de ejecutar sus planes. Los impíos son sus cautivos. Al rechazar a Cristo aceptaron la autoridad del jefe de los rebeldes. Están listos para aceptar sus sugerencias y ejecutar sus órdenes. No obstante, fiel a su antigua astucia, no se da por Satanás. Pretende ser el príncipe que tiene derecho a la posesión de la tierra y cuya herencia le ha sido arrebatada injustamente. Se presenta ante sus súbditos engañados como redentor, asegurándoles que su poder los ha sacado de sus tumbas y que está a punto de librarlos de la más cruel tiranía. Habiendo desaparecido Cristo, Satanás obra milagros para sostener sus pretensiones. Fortalece a los débiles y a todos les infunde su propio espíritu y energía. Propone dirigirlos (477) contra el real de los santos y tomar posesión de la ciudad de Dios. En un arrebato belicoso señala los innumerables millones que han sido resucitados de entre los muertos, y declara que como jefe de ellos es muy capaz de destruir la ciudad y recuperar su trono y su reino.

Entre aquella inmensa muchedumbre se cuentan numerosos representantes de la raza longeva que existía antes del diluvio; hombres de estatura elevada y de capacidad intelectual gigantesca, que habiendo cedido al dominio de los ángeles caídos, consagraron toda su habilidad y todos sus conocimientos a la exaltación de sí mismos; hombres cuyas obras artísticas maravillosas hicieron que el mundo idolatrara su genio, pero cuya crueldad y malos ardides mancillaron la tierra y borraron la imagen de Dios, de suerte que el Creador los hubo de raer de la superficie de la tierra. Allí hay reyes y generales que conquistaron naciones, hombres valientes que nunca perdieron una batalla, guerreros soberbios y ambiciosos cuya venida hacía temblar reinos. La muerte no los cambió. Al salir de la tumba, reasumen el curso de sus pensamientos en el punto mismo en que lo dejaron. Se levantan animados por el mismo deseo de conquista que los dominaba cuando cayeron.

Satanás consulta con sus ángeles, y luego con esos reyes, conquistadores y hombres poderosos. Consideran la fuerza y el número de los suyos, y declaran que el ejército que está dentro de la ciudad es pequeño, comparado con el de ellos, y que se lo puede vencer. Preparan sus planes para apoderarse de las riquezas y gloria de la Nueva Jerusalén. En el acto todos se disponen para la batalla. Hábiles artífices fabrican armas de guerra. Renombrados caudillos organizan en compañías y divisiones las muchedumbres de guerreros (478.)

Al fin se da la orden de marcha, y las huestes innumerables se ponen en movimiento - un ejército cual no fue jamás reunido por conquistadores terrenales ni podría ser igualado por las fuerzas combinadas de todas las edades desde que empezaron las guerras. Satanás, el más poderoso guerrero, marcha al frente, y sus ángeles unen sus fuerzas para esta batalla final. Hay reyes y guerreros en su comitiva, y las multitudes siguen en grandes compañías, cada ejército bajo su correspondiente jefe. Con precisión militar las columnas cerradas avanzan sobre la superficie desgarrada y escabrosa de la tierra hacia la ciudad de Dios. Por orden de Jesús, se cierran las puertas de la Nueva Jerusalén, y los ejércitos de Satanás circundan la ciudad y se preparan para el asalto.

Entonces Cristo reaparece a la vista de sus enemigos. Muy por encima de la ciudad, sobre un fundamento de oro bruñido, hay un trono alto y encumbrado. En el trono está sentado el Hijo de Dios, y en torno suyo están los súbditos de su reino. Ningún lenguaje, ninguna pluma pueden expresar ni describir el poder y la majestad de

Cristo. La gloria del Padre Eterno envuelve a su Hijo. El esplendor de su presencia llena la ciudad de Dios, rebosando más allá de las puertas e inundando toda la tierra con su brillo.

Inmediatos al trono se encuentran los que fueron alguna vez celosos en la causa de Satanás, pero que, cual tizones arrancados del fuego, siguieron luego a su Salvador con profunda e intensa devoción. Vienen después los que perfeccionaron su carácter cristiano en medio de la mentira y de la incredulidad, los que honraron la ley de Dios cuando el mundo cristiano la declaró abolida, y los millones de todas las edades que fueron martirizados por su fe. Y más allá está la “gran multitud, la cual nadie (479) podía contar, de todas naciones, tribus, pueblos y lenguas, que estaban de pie delante del trono y en la presencia del Cordero, cubiertos de ropas blancas, y con palmas en las manos.” (Apocalipsis 7:9.) Su lucha terminó; ganaron la victoria. Disputaron el premio de la carrera y lo alcanzaron. La palma que llevan en la mano es símbolo de su triunfo, la vestidura blanca, emblema de la justicia perfecta de Cristo que es ahora de ellos.

Los redimidos entonan un canto de alabanza que se extiende y repercute por las bóvedas del Cielo: “La salvación pertenece a nuestro Dios que esta sentado en el trono, y al Cordero.” (Vers. 10.) Ángeles y serafines unen sus voces en adoración. Al ver los redimidos el poder y la malignidad de Satanás, han comprendido, como nunca antes, que ningún poder fuera del de Cristo habría podido hacerlos vencedores. Entre toda esa muchedumbre ni uno se atribuye a sí mismo la salvación, como si hubiese prevalecido con su propio poder y su bondad. Nada se dice de lo que han hecho o sufrido, sino que el tema de cada canto, la nota dominante de cada antifona es: Salvación a nuestro Dios y al Cordero.

En presencia de los habitantes de la tierra y del Cielo reunidos, se efectúa la coronación final del Hijo de Dios. Y entonces, revestido de suprema majestad y poder, el Rey de reyes falla el juicio de aquellos que se rebelaron contra su gobierno, y ejecuta justicia contra los que transgredieron su ley y oprimieron a su pueblo. El profeta de Dios dice: “Y vi un gran trono blanco, y al que estaba sentado en el, de delante del cual huyeron la tierra y el Cielo (480), y no se encontró ningún lugar para ellos. Y vi a los muertos,

grandes y pequeños, de pie delante de Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras.” (Apocalipsis 20:11.12.)

Apenas se abren los registros, y la mirada de Jesús se dirige hacia los impíos, éstos se vuelven conscientes de todos los pecados que cometieron. Reconocen exactamente el lugar donde sus pies se apartaron del sendero de la pureza y de la santidad, y cuán lejos el orgullo y la rebelión los han llevado en el camino de la transgresión de la ley de Dios. Las tentaciones seductoras que ellos fomentaron cediendo al pecado, las bendiciones que pervirtieron, su desprecio de los mensajeros de Dios, los avisos rechazados, la oposición de corazones obstinados y sin arrepentimiento - todo eso sale a relucir como si estuviese escrito con letras de fuego.

Por encima del trono se destaca la cruz; y como en vista panorámica aparecen las escenas de la tentación, la caída de Adán y las fases sucesivas del gran plan de redención. El humilde nacimiento del Salvador; su juventud pasada en la sencillez y en la obediencia; su bautismo en el Jordán; el ayuno y la tentación en el desierto; su ministerio público, que reveló a los hombres las bendiciones más preciosas del Cielo: los días repletos de obras de amor y misericordia, y las noches pasadas en oración y vigilia en la soledad de los montes; las conspiraciones de la envidia, del odio y de la malicia con que se recompensaron sus beneficios; la terrible y misteriosa agonía en Getsemaní, bajo el peso anonadador de los pecados de todo el mundo; la traición que le

entregó en manos de la turba asesina; los terribles acontecimientos de esa noche de horror – el preso resignado y olvidado de sus discípulos (481) más amados, arrastrado brutalmente por las calles de Jerusalén; el Hijo de Dios presentado con visos de triunfo ante Anás, obligado a comparecer en el palacio del sumo sacerdote, en el pretorio de Pilato, ante el cobarde y cruel Herodes; ridiculizado, insultado, atormentado y condenado a muerte - todo eso está representado a lo vivo.

Luego, ante las multitudes agitadas, se reproducen las escenas finales: el paciente Varón de dolores pisando el sendero del Calvario; el Príncipe del Cielo colgado de la cruz; los sacerdotes altaneros y el populacho escarnecedor ridiculizando la agonía de su muerte; la obscuridad sobrenatural; el temblor de la tierra, las rocas destrozadas y los sepulcros abiertos que señalaron el momento en que expiró el Redentor del mundo.

La escena terrible se presenta con toda exactitud. Satanás, sus ángeles y sus súbditos no pueden apartar los ojos del cuadro que representa su propia obra. Cada actor recuerda el papel que desempeñó. Herodes, el que mató a los niños inocentes de Belén para hacer morir al Rey de Israel; la innoble Herodías, sobre cuya conciencia pesa la sangre de Juan el Bautista; el débil Pilato, esclavo de las circunstancias; los soldados escarnecedores; los sacerdotes y gobernantes, y la muchedumbre enloquecida que gritaba: “¡Recaiga su sangre sobre nosotros, y sobre nuestros hijos!” - todos contemplan la enormidad de su culpa. En vano procuran esconderse ante la divina majestad de su presencia que sobrepuja el resplandor del sol, mientras que los redimidos echan sus coronas a los pies del Salvador, exclamando: “¡Él murió por mí!”

Entre la multitud de los rescatados están los apóstoles de Cristo, el heroico Pablo, el ardiente Pedro, el amado y amoroso Juan y sus hermanos de corazón leal, y con ellos la inmensa hueste de los mártires; mientras (482) que fuera de los muros, con todo lo que es vil y abominable, se encuentran aquellos que los persiguieron, encarcelaron y mataron. Allí está Néron, monstruo de crueldad y de vicios, y puede ver la alegría y el triunfo de aquellos a quienes torturó, y cuya dolorosa angustia le proporcionara deleite satánico. Su madre está allí para ser testigo de los resultados de su propia obra; para ver cómo los malos rasgos de carácter transmitidos a su hijo y las pasiones fomentadas y desarrolladas por la influencia y el ejemplo de ella, produjeron crímenes que horrorizaron al mundo.

Allí hay sacerdotes y prelados papistas, que dijeron ser los embajadores de Cristo y que no obstante emplearon instrumentos de suplicio, calabozos y hogueras para dominar las conciencias de su pueblo. Allí están los orgullosos pontífices que se ensalzaron por encima de Dios y que pretendieron alterar la ley del Altísimo. Aquellos así llamados padres de la iglesia tienen que rendir a Dios una cuenta de la que bien quisieran librarse. Demasiado tarde ven que el Omnisciente es celoso de su ley y que no tendrá por inocente al culpable de violarla. Comprenden entonces que Cristo identifica sus intereses con los de su pueblo perseguido, y sienten la fuerza de su propia palabra: “que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis.” (S. Mateo 25:40.)

Todos los impíos del mundo están de pie ante el tribunal de Dios, acusados de alta traición contra el gobierno del Cielo. No hay quien sostenga ni defienda la causa de ellos; no tienen disculpa; y se pronuncia contra ellos la sentencia de la muerte eterna.

Es entonces evidente para todos que el salario del pecado (483) no es la noble independencia y la vida eterna, sino la esclavitud, la ruina y la muerte. Los impíos ven lo que perdieron con su vida de rebeldía. Despreciaron el maravilloso don de eterna gloria cuando les fue ofrecido; pero ¡cuán deseable no les parece ahora! “Todo eso - exclama el alma perdida - yo habría podido poseerlo; pero preferí rechazarlo. ¡Oh sorprendente infatuación! He cambiado la paz, la dicha y el honor por la miseria, la

infamia y la desesperación.” Todos ven que su exclusión del Cielo es justa. Por sus vidas, declararon: “No queremos que este Jesús reine sobre nosotros.”

Como fuera de sí, los impíos han contemplado la coronación del Hijo de Dios. Ven en las manos de Él las tablas de la ley divina, los estatutos que ellos despreciaron y transgredieron. Son testigos de la explosión de admiración, arrobamiento y adoración de los redimidos; y cuando las ondas de melodía inundan a las multitudes fuera de la ciudad, todos exclaman a una voz: “Maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos.” (Apocalipsis 15:3.) Y cayendo prosternados, adoran al Príncipe de la vida. Satanás parece paralizado al contemplar la gloria y majestad del Cristo. El que en otro tiempo fuera uno de los querubines cubridores recuerda de dónde cayó. Él, que fuera serafín resplandeciente, “hijo de la aurora,” ¡cuán cambiado se ve, y cuán degradado! Está excluido para siempre del consejo en que antes se le honraba. Ve ahora a otro que, junto al Padre, vela su gloria. Ha visto la corona colocada sobre la cabeza de Cristo por un ángel de elevada estatura y majestuosa presencia, y sabe que este oficio habría podido ser el suyo (484.)

Recuerda la mansión de su inocencia y pureza, la paz y el contentamiento de que gozaba hasta que se entregó a murmurar contra Dios y a envidiar a Cristo. Sus acusaciones, su rebelión, sus engaños para captarse la simpatía y la ayuda de los ángeles, su porfía en no hacer esfuerzo alguno para reponerse cuando Dios le hubiera perdonado - todo eso se le presenta a lo vivo. Echa una mirada retrospectiva sobre la obra que realizó entre los hombres y sobre sus resultados: la enemistad del hombre para con sus semejantes, la terrible destrucción de vidas, el ascenso y la caída de los reinos, el derrocamiento de tronos, la larga serie de tumultos, conflictos y revoluciones. Recuerda los esfuerzos constantes que hizo para oponerse a la obra de Cristo y para hundir a los hombres en degradación siempre mayor. Ve que sus conspiraciones infernales no pudieron acabar con los que pusieron su confianza en Jesús. Al considerar Satanás su reino y los frutos de sus esfuerzos, sólo ve fracaso y ruina. Ha inducido a las multitudes a creer que la ciudad de Dios sería fácil presa; pero ahora ve que eso es falso. Una y otra vez, en el curso de la gran controversia, ha sido derrotado y obligado a rendirse. De sobra conoce el poder y la majestad del Eterno.

El propósito del gran rebelde consistió siempre en justificarse, y en hacer aparecer al gobierno de Dios como responsable de la rebelión. A ese fin dedicó todo el poder de su gigantesca inteligencia. Obró deliberada y sistemáticamente, y con éxito maravilloso, para inducir a inmensas multitudes a que aceptaran su versión del gran conflicto que ha estado desarrollándose por tanto tiempo. Durante miles de años este jefe de conspiraciones hizo pasar la mentira por verdad. Pero llegó (485) el momento en que la rebelión debe ser sofocada finalmente y puestos en evidencia la historia y el carácter de Satanás. El archiengañador ha sido desenmascarado por completo en su último gran esfuerzo para destronar a Cristo, destruir a su pueblo y apoderarse de la ciudad de Dios. Los que se han unido a él, se dan cuenta del fracaso total de su causa. Los discípulos de Cristo y los ángeles leales contemplan en toda su extensión las maquinaciones de Satanás contra el gobierno de Dios. Ahora se vuelve objeto de execración universal.

Satanás ve que su rebelión voluntaria le incapacitó para el Cielo. Ejercitó su poder guerreando contra Dios; la pureza, la paz y la armonía del Cielo serían para él suprema tortura. Sus acusaciones contra la misericordia y justicia de Dios están ya acalladas. Los vituperios que procuró lanzar contra Jehová recaen enteramente sobre él. Y ahora Satanás se inclina y reconoce la justicia de su sentencia.

Toda cuestión de verdad y error en la larga controversia antigua se hace evidente. La justicia de Dios está completamente vindicada. El mundo entero contempló

el gran sacrificio hecho por el Padre y el Hijo en beneficio del hombre. Ha llegado la hora en que Cristo ocupa el puesto a que tiene derecho, y es exaltado sobre los principados y potestades, y sobre todo nombre que se nombre.

A fin de alcanzar el gozo que le fuera propuesto - el de llevar muchos hijos a la gloria - sufrió la cruz y menosprecio la vergüenza. Y por inconcebiblemente grandes que fuesen el dolor y el oprobio, tan grande aún son la dicha y la gloria. Echa una mirada hacia los redimidos, transformados a su propia imagen, cuyas caras (486) reflejan la semejanza de su Rey. Contempla en su pureza perfecta y alegría sin igual el resultado de las angustias de su alma, y está satisfecho. Luego, con voz que llega hasta las multitudes reunidas de los justos y de los impíos, exclama: “¡Contemplad el rescate de mi sangre! Por éstos sufrí, por éstos morí, para que pudiesen permanecer en mi presencia a través de las edades eternas.” Y de entre los revestidos con túnicas blancas en torno del trono, asciende el canto de alabanza: “¡El Cordero que ha sido inmolado es digno de tomar el poder, la riquezas, la sabiduría, la fortaleza, el honor, la gloria y la alabanza!” (Apocalipsis 5:12.)

A pesar de que Satanás se ha visto obligado a reconocer la justicia de Dios, y a inclinarse ante la supremacía de Cristo, su carácter sigue siendo el mismo. El espíritu de rebelión, cual poderoso torrente, vuelve a estallar. Lleno de frenesí, determina no cejar en el gran conflicto. Ha llegado la hora de intentar un último y desesperado esfuerzo contra el Rey del Cielo. Se lanza en medio de sus súbditos, y trata de inspirarlos con su propio furor y de moverlos a dar inmediata batalla. Pero entre todos los innumerables millones a quienes indujo engañosamente a la rebelión, no hay ahora ninguno que reconozca su supremacía. Su poder ha concluido. Los impíos están llenos del mismo odio contra Dios que el que inspira a Satanás; pero ven que su caso es desesperado, que no pueden prevalecer contra Jehová. Se enardecen contra Satanás y contra los que fueron sus agentes para engañar, y con furia demoníaca se vuelven contra ellos, y sigue allí una escena de contienda universal.

Entonces se cumplen las palabras del profeta: “Jehová (487) está airado contra todas las naciones, e indignado contra todo el ejército de ellas; las destruirá y las entregará al matadero.” (Isaías 34:2.) “Sobre los malos hará llover calamidades; fuego, azufre y viento abrasador será la porción del cáliz de ellos.” (Salmos 11:6.) Dios hace descender fuego del Cielo. La tierra está quebrantada. Salen a relucir las armas escondidas en sus profundidades. Llamas devoradoras se escapan por todas partes de grietas amenazantes. Hasta las rocas están ardiendo. Ha llegado el día que arderá como un horno. (Malaquías 4:1.) Los elementos se disuelven con calor abrasador, la tierra también y las obras que hay en ella están abrasadas. (2 Pedro 3:10.) El fuego de Tofet está “preparado para el rey,” el jefe de rebelión; el montón mismo es profundo y largo, y “el sople de Jehová, como torrente de azufre, lo enciende.” (Isaías 30:33.) La superficie de la tierra parece una masa fundida, - un inmenso lago de fuego hirviente. Es la hora del juicio y perdición de los hombres impíos, - “es día de venganza, un año de retribuciones en el pleito de Sión.” (Isaías 34:8).

Los impíos reciben su recompensa en la tierra (Proverbios 11:31.) “Serán como el rastrojo; aquel día que está para llegar los abrasará, dice Jehová de los ejércitos.” (Malaquías 4:1.) Algunos son destruidos en un momento, mientras otros sufren muchos días. Todos son castigados conforme a sus hechos. Los pecados de los justos han sido transferidos a Satanás, el creador del mal, quien tiene que pagar su pena. Así habiendo sido cargados sobre Satanás los pecados de los justos, tiene éste que sufrir no sólo por su propia rebelión, sino también por todos los pecados que hizo cometer al pueblo de Dios. Su castigo debe ser (488) mucho mayor que el de aquellos a quienes engañó. Después de haber perecido todos los que cayeron por sus seducciones, el diablo tiene

que seguir viviendo y sufriendo. En las llamas purificadoras, quedan por fin destruidos los impíos, raíz y rama, - Satanás la raíz, sus secuaces las ramas. Se satisface la justicia de Dios, y los santos y todas las huestes angelicales dicen con gran voz, Amén.

Mientras la tierra estaba envuelta en el fuego de venganza de Dios, los justos viven seguros en la ciudad santa. La segunda muerte no tiene poder sobre los que tuvieron parte en la primera resurrección. (Apocalipsis 20:6.) Mientras Dios es para los impíos un fuego devorador, es para su pueblo un sol y un escudo. (Salinos 84:11.)

“Vi un Cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer Cielo y la primera tierra desaparecieron.” (Apocalipsis 21:1.) El fuego que consume a los impíos purifica la tierra. Desaparece todo rastro de la maldición. Ningún infierno que arda eternamente recordará a los redimidos las terribles consecuencias del pecado. Sólo queda un recuerdo: nuestro Redentor llevará siempre las señales de su crucifixión. En su cabeza herida, en su costado, en sus manos y en sus pies se ven las únicas huellas de la obra cruel efectuada por el pecado.

“Oh torre del rebaño, fortaleza de la hija de Sión, hasta ti vendrá la antigua soberanía.” (Miquías 4:8.) El reino derrotado por el pecado, Cristo lo ha recobrado, y los redimidos lo poseerán con Él. “Los justos heredarán la tierra, y vivirán para siempre sobre ella.” (Salinos 37:29.) El temor de hacer aparecer la futura herencia de los santos demasiado material ha inducido a muchos a espiritualizar aquellas verdades que nos hacen considerar (489) la tierra nueva como nuestra morada. Cristo aseguró a sus discípulos que iba a preparar mansiones para ellos. Los que aceptan las enseñanzas de la Palabra de Dios no ignorarán por completo lo que se refiere a la patria celestial. Y sin embargo el Apóstol Pablo declara: “Cosas que el ojo no vio, ni el oído oyó, ni han subido al corazón del hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman.” (1 Corintios 2:9.) El lenguaje humano no alcanza a describir la recompensa de los justos. Sólo la conocerán quienes la contemplan. Ninguna inteligencia limitada puede comprender la gloria del paraíso de Dios.

En la Biblia se llama la herencia de los bienaventurados una patria. (Hebreos 11:14-16.) Allí conduce el gran Pastor a su rebaño a los manantiales de aguas vivas. El árbol de vida da su fruto cada mes, y las hojas del árbol son para el servicio de las naciones. Allí hay corrientes que manan eternamente, claras como el cristal, al lado de las cuales se mecen árboles que echan su sombra sobre los senderos preparados para los redimidos del Señor. Allí las vastas llanuras alternan con bellísimas colinas y las montañas de Dios elevan sus majestuosas cumbres. En aquellas pacíficas llanuras, al borde de aquellas corrientes vivas, es donde el pueblo de Dios que por tanto tiempo anduvo peregrino y errante, encontrará un hogar.

Allí está la Nueva Jerusalén, “teniendo la gloria de Dios.” “Su luz era semejante al de una piedra preciosísima, como piedra de jaspe, diáfana como el cristal.” (Apocalipsis 21:11.) Dijo Jehová: “me alegraré sobre Jerusalén, y me gozaré en mi pueblo.” (Isaías 65: 19.) “El tabernáculo de Dios con los hombres, y Él morará con ellos; y ellos serán su pueblo (490), y Dios mismo estará con ellos [como su Dios]. “Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos, y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas pasaron.” (Apocalipsis 21: 3,4.)

En la ciudad de Dios “no habrá allí más noche.” Nadie necesitará ni deseará descanso. No habrá quien se canse haciendo la voluntad de Dios ni ofreciendo alabanzas a su nombre. Sentiremos siempre la frescura de la mañana, que nunca se agotará. “No tienen necesidad de luz de lámpara, ni de luz de sol, porque el Señor los iluminará.” (Apocalipsis 22:5.) La luz del sol será sobrepujada por un brillo que sin deslumbrar la vista excederá sin medida la claridad de nuestro mediodía. La gloria de Dios y del

Cordero inunda la ciudad santa con una luz que nunca se desvanece. Los redimidos andan en la luz gloriosa de un día eterno que no necesita sol.

“Y no vi en ella santuario; porque el Señor Dios Todopoderoso es el santuario de ella, y el Cordero.” (Apocalipsis 21:22.) El pueblo de Dios tiene el privilegio de tener comunión directa con el Padre y el Hijo. “Ahora vemos mediante espejo, borrosamente.” (1 Corintios 13:12.) Vemos la imagen de Dios reflejada como en un espejo en las obras de la naturaleza y en su modo de obrar para con los hombres; pero entonces le veremos cara a cara sin velo que nos lo oculte. Estaremos en su presencia y contemplaremos la gloria de su rostro.

Allí intelectos inmortales estudiarán con eterno deleite las maravillas del poder creador, los misterios del amor redentor. Allí no habrá enemigo cruel (491) y engañoso para tentar a que se olvide a Dios. Toda facultad será desarrollada, toda capacidad aumentada. La adquisición de conocimientos no cansará la inteligencia ni agotará las energías. Las mayores empresas podrán llevarse a cabo, satisfacerse las aspiraciones más sublimes, realizarse las más encumbradas ambiciones; y sin embargo surgirán nuevas alturas que superar, nuevas maravillas que admirar, nuevas verdades que comprender, nuevos objetos que agucen las facultades del espíritu, del alma y del cuerpo.

Y a medida que los años de la eternidad transcurran, traerán consigo revelaciones más ricas y aún más gloriosas respecto de Dios y de Cristo. Así como el conocimiento es progresivo, así también el amor, la reverencia y la dicha irán en aumento. Cuanto más sepan los hombres acerca de Dios, tanto más admirarán su carácter. A medida que Jesús les descubra la riqueza de la redención y los hechos asombrosos del gran conflicto con Satanás, los corazones de los redimidos se estremecerán con gratitud siempre más fuerte, y tocarán sus arpas de oro con una mano más firme y miradas de miradas y diez mil veces diez mil y miles de miles de voces se unirán para engrosar el potente coro de alabanza.

“Y a todo lo creado que está en el Cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar, y a todas las cosas que hay en ellos, los oí decir: Al que esta sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, el honor, la gloria y el dominio, por los siglos de los siglos.” (Apocalipsis 5:13.)

Ya no hay más pecado ni pecadores. El universo entero de Dios está purificado, y la gran controversia ha terminado para siempre (492.)